

TERESA VIEJO

ANIMALES DOMÉSTICOS

Todas las historias de amor son peligrosas



PLAN
B

D.J.57



Animales Domésticos

Teresa Viejo

facebook

twitter

YouTube

1.^a edición: agosto, 2017

© 2017 by Teresa Viejo

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021
Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una
empresa

del grupo Penguin Random House Grupo
Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-777-1

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales

Maquetación ebook:
emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el

ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita

de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo

públicos.

Es el macho el que vigila a la hembra, para evitar que le sea

arrebatada o le abandone.

HELEN FISHER

Se puede sacar al mono de la jungla, pero no a la jungla del mono.

FRANS DE WAAL

*Saber a ciencia cierta de alguien,
equivale a su posesión.*

CARLOS CASTILLA DEL PINO

*Es una ley inexorable en la vida de los
sexos, la acción*

anafrodisíaca de la costumbre.

GREGORIO MARAÑÓN

*¿Por qué el placer no puede ser una
fuente de perfección, el único*

camino de la salvación?

MANUEL VICENT

Jamás veré el mundo si me encadeno a la lavadora.

SILVIA PLATH

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Cita](#)

[El inicio](#)

[1. Orquídea Negra](#)

2. Una fecha te encadena al calendario

3. En el centro del laberinto, tu nombre

4. Este terco sentir

5. El juego

6. Tras la máscara

7. Estás lejos y al sur

8. Una espera insensata

9. Sin lágrimas ni amor

10. Esas lunas de sombra

11. La noche no es azul, es amarilla

12. Lo que llega en el día frío

13. Esta tarde te amo

14. Llámame Siete

15. Esos mundos sellados

16. Un extraño huésped I

17. Un extraño huésped II

18. Y me vence y lo venzo

19. Sembradora de fantasmas

20. Solo barro que brilla

21. Jeroglíficos trazados en jardines

22. Cayendo en la boca del infierno

23. Desde la sombra

24. Los versos de los hombres

25. Estoy pensando en ti

26. Un pozo de agua oscura

27. Inventando la tarde

28. Quiero hacer que te olvides de su nombre

29. El peso del silencio

30. Ya en desnudez total

31. Entro en el juego

32. Si acaso estás jugando

33. Viento sur, tercer piso

34. Tras la puerta

35. No hay por qué odiar los tangos

36. Los filos de las nubes

37. Aseguran que aman

38. Cada estrella caduca

39. La tristeza no alcanza

40. La que busca y no encuentra

41. Una presencia de hombre

42. De aire pesado y dulce

43. Un ángel negro

44. Como antes de la invasión de los monstruos

45. El asfixiante recuerdo

46. Tu viaje dura un año

47. Estuve en muchos ojos

48. Esa herida

49. Un animal obsceno

[50. Llueve a cántaros](#)

[51. Basura acumulada](#)

[52. Solo en sueños me dices tu secreto](#)

[Septiembre me acerca a ti](#)

[Nota de la autora](#)

[Sound Track de Animales domésticos](#)

El inicio

La moqueta amortigua el sonido de mis tacones al avanzar por el corredor.

Una pena porque me gusta su *tac-tac-tac*. Me infunde poder. Si no pisara en

blando resonarían con un ritmo ligeramente obstinado. Habitación 5942. No he encontrado una regla para memorizar el número antes de salir del coche y lo he

apuntado con lápiz de ojos en el dorso de la mano. A lo mejor mi inconsciente quería olvidarlo, vete a saber.

«La puerta estará entreabierta. No llames.» ¿Ves? De esto sí me acuerdo, no

en vano tengo una memoria semántica gracias a la que, evocando una palabra, a

veces incluso un olor, puedo recrear al detalle una situación vivida tiempo atrás.

Las frases se me dan bastante bien —a casi todas las mujeres—, en especial las que al oírlas escuecen como si vertieras sal sobre una herida abierta.

Enseguida encuentro la puerta. Se sitúa a pocos metros de la salida del

ascensor. Podría darme la vuelta, porque creo que no me ha oído llegar, pero no.

Mi instinto animal me anima a seguir. No obstante, parece inevitable preguntarse

qué me ha traído hasta aquí, y la mezcla de sensaciones que desata la duda corta el aliento.

No sé por qué ahora pienso en ella, incluso antes que en ti. Será porque está muerta y nadie puede caminar ligero si arrastra un cadáver sobre sus espaldas.

Será porque la conciencia representa un lastre demasiado pesado. Desde hace días recuerdo de forma obsesiva cuando me aseguras que tengo una parte oscura que no sabes cómo gestionar y, detrás de esta confesión, sospecho tu miedo a mirar al monstruo a los ojos tal y como deben de medir el peligro los valientes.

Yo lo soy, tú eres el miedo que me ha henchido de valor, porque hay que tenerlo

para empujar esta puerta ignorando lo que me aguarda al otro lado. Lo hago, y

acto seguido desemboco en una habitación decorada en tonos grises donde luce

una única lámpara en un espacio en penumbra. Al fondo destaca un ventanal, a

través de cuya persiana se filtran tenues hilos de luz horizontales. Junto a ella un

hombre trajeado se gira hacia mí.

Durante unos segundos interminables medimos nuestras respiraciones en

silencio. Supongo que dará vueltas a lo mismo que yo, ¿quién de los dos tomará

la iniciativa?

—¿En qué pensabas mientras venías? —
arranca él.

Lo primero que me sorprende es su tono de voz. Su envergadura física no

armoniza con semejante timbre adolescente. Lo segundo, su rapidez al escupir las sílabas como los humos de un tubo de escape defectuoso.

—Una pregunta imprecisa —apunto por decir algo, eso sí esforzándome en dotar de gravedad la frase.

—¿El último pensamiento? —también es ágil razonando.

—Has consumido tu turno. Me toca a mí. ¿Por qué lo haces?

—¿Por qué lo hago? —repite histriónico —. Las mujeres sois unas curiosas

impenitentes. ¿Y si respondo que porque me da la gana? Me aburre lo vulgar. ¿Y

tú?

—O me equivoco o me da la sensación de que estamos compitiendo.

—¿Cuándo no competimos los hombres y las mujeres? —A continuación

avanza un paso y suelta a bocajarro—: ¿Llevas sujetador? Me gustan las tías que

no lo usan porque se rebelan contra él; en cambio, aborrezco a las que no se lo

ponen por simple dejadez.

Soy incapaz de responder. No sé qué espera de mí, si que me muestre más ingeniosa que él o que sea yo quien empiece el juego de una vez. Además

detecto en su forma de hablar una agresividad latente que me arroja a la intemperie. Nada resulta como lo había planeado.

—Estás a contraluz, no te veo. —
Necesito saber cómo es.

—Y tú en sombra. Lo dejamos en tablas.

Esta es una de esas veces en que conviene empezar por el final, lector. Mi nombre es Abigail y te invito a acompañarme a lo largo de un relato en el que me arrancaré la piel a jirones. Si bien he optado por presentarme ante ti sin máscaras, reconozco que sí he preservado otras identidades por seguridad.

Pronto entenderás los motivos.

Te diré también que la historia que empiezas a leer está inconclusa y me sacude como si acabara de producirse. Como si girase en un bucle del que me resulta imposible huir. Soy de la convicción de que hay instantes capaces de dar la vuelta al calcetín de una vida, que tras ellos jamás volverá a ser la misma. Eso

fue lo que pasó. Ignoro si al dictador del destino no se le debe discutir o si el libre albedrío nos convierte en responsables directos de nuestros errores, pero presumo que no tuve otro camino que tomar.

Por otra parte, y puesto que mi narración se ajusta a los hechos, y estos son

crudos, me siento en el deber de pedirte disculpas, en ocasiones por mi lenguaje,

al que he restado artificio, lo que, a veces, lo vuelve áspero, y en otras por aproximarte a un territorio sórdido. Los lugares y escenarios conservan sus nombres y resultaría fácil dar con ellos, otra cosa sería franquearlos, vagar por un campo minado que atrae al ser humano usando oscuras artimañas. No obstante, a pesar de cualquier singularidad en mi historia, enseguida descubrirás

que su punto de partida es relativamente

vulgar y nace de un engaño que casi nadie esquiva con éxito; por ello te pediría que trates de ponerte en mi lugar y, a medida que avances en la lectura, más que empatía, emplees conmigo la compasión.

Mi naufragio me ha convertido en una mujer rota, pero la imperfección es también una forma de vivir.

Aquella caja de galletas no sale de mi cabeza. Mi madre solía guardarlas en un estuche de latón donde se comercializaba el Cola Cao . Era un recipiente rectangular azul con la imagen

de una mujer que alejaba de las manos de sus hijos una bandeja cargada con un par de tazas y el bote de cacao en polvo.

Recuerdo que en casa se escondía en un rincón de la balda superior, en un armario de cocina. «Ni se te ocurra encaramarte ahí. Son para la merienda, no vayas a comértelas y te empaches», advertía ella por sistema.

Cumplí años y la caja se transformó en el metafórico ojo de una cerradura, por el que tenía prohibido mirar.

La verdadera diferencia entre los seres humanos estriba en la forma en que reaccionamos ante la caja de galletas del altillo, ya que observo dos

reacciones que describen a sendos tipos de personas: las que cumplen dócilmente la norma

y quienes la burlan. Quienes reprimen sus deseos y quienes buscan como sea una

banqueta con la que acceder al estante, coger la caja y darse un atracón a hurtadillas. Dos clases de adultos: los que dan la espalda a la puerta vedada y siguen con su vida, o los que, apenas el vigilante se distrae, se abalanzan sobre ella para curiosear qué se esconde al otro lado.

Yo siempre codicié las galletas y las llaves de todas las puertas. Desde niña

me vencía un impulso, esa fuerza que no para ante nada ni entiende de razones, que me impelía a descubrir qué ocultaba aquel lugar, físico o emocional, cuyo acceso me negaban. Supongo que la culpa de esto la tiene mi enfermizo morbo.

Y ahora termino, aunque necesito advertirte algo: antes de aventurarte en este

texto conviene que sepas a cuál de los dos grupos perteneces.

Con honestidad, dime... ¿qué harías tú ante la caja de galletas?

1

Orquídea Negra

Si te hubiese hecho caso y hubiera comprado una impresora nueva, en lugar de activar una y otra vez el botón de encendido hasta lograr que funcionase la vieja. Si no hubiera postergado los informes en mi vicio de dejar todo para última hora... Si no te hubieras ido.

—Niña, ya te estoy echando de menos
—me has susurrado en la misma

entrada del aeropuerto, mientras
acariciabas mi trasero mordiéndome los

labios.

Lo chocante no ha sido oírte lo decir, pues las personas manoseamos las

palabras a nuestro antojo, sino el fogonazo de verdad que sorprendí en tu mirada,

¿o se trataba de un derroche de sentimentalismo apresurado por tu viaje? Llevo

tanto tiempo sintiéndome como si deambulara por un áspero páramo sin

emociones, y de repente me han abofeteado unas cuantas de golpe para que no

me olvide de que amar es lo que da sentido a un matrimonio.

También me ha extrañado que me llamaras «niña». Nunca empleas ese

apelativo conmigo y me ha resultado fuera de lugar. ¿Niña, cuando acabo de cumplir cuarenta años resistiéndome a soterrar los treinta? ¿Cuando el espejo me recuerda que para lucir mi aspecto debo ser fiel a la dieta, al gimnasio o al dermatólogo? Los seres humanos somos un manojo de imposturas socialmente aceptadas, pero mentiras al fin y al cabo.

¿Dios, por qué te echo de menos si no estoy enamorada? Supongo que tú

tampoco, de lo contrario no sé qué pinta este mail en la bandeja de entrada.

—¿Has guardado la camisa vaquera que te regalé en Reyes?

—Es un poco gruesa. Allí es verano.

—No te gusta.

—Sí, claro que me gusta.

—No. No te gusta porque estamos en febrero y no la has estrenado.

—Joder, Abi, qué pesada eres.

—¿Para qué me has pedido que te ayude, si no paramos de discutir?

—No lo he hecho. Tú has insistido. —
Ahí me has arrancado las corbatas de la
mano y tras elegir una a boleo has
lanzado el resto al vestidor—. Es un
mes, no

necesito tantas.

—Esa es de *sport*. ¿Y si te invitan a una
cena formal?

No hemos dejado de reñir desde que
despanzurramos la maleta como una

tripa abierta sobre la cama. Por un lado
me sentía enojada por no conocer la
duración exacta de tu viaje hasta última
hora, por otro me apiadaba verte

preparar el equipaje con semblante afligido, igual que un expatriado que arrastrase la melancolía del destierro por los rincones del dormitorio. Siempre ideé que serían dos semanas e imagino que tú también, no quiero sospechar lo contrario, me niego a creer que supieras desde el principio cuánto tiempo estarías fuera y me lo ocultaras a sabiendas. En cualquier caso ten presente que

ningún cambio es neutro porque desata inesperados movimientos a su alrededor.

—¿Un mes? ¿Al final te vas un mes entero? ¿Hasta el... dieciocho?

—Sí, no me perdonaría no estar con

Lucas el Día del Padre.

Me habías revelado la fecha de vuelta hace solo cuatro días y lo que más me

desconcertó fue constatar tu ausencia el próximo dieciséis de marzo. El día en que cumplirás cuarenta y dos años.

—¿Y tu cumpleaños?

—¡Vaya! Lo celebraremos al volver — aseguraste sin inmutarte mientras

grapabas los dosieres que preparabas para llevarte.

—¿Te das cuenta de que va a ser tu primer cumpleaños separados desde que

nos conocemos?

No respondiste. Si a ti no te importa que llevemos catorce años soplando

velas crecientes y deseos menguantes a mí tampoco.

Esta mañana, cuando me quitaste las corbatas de entre las manos con esa

insolencia tuya de niño malcriado, abandoné la alcoba protestando. «Es *tu* equipaje, haz con él lo que quieras. Ya es hora de que crezcas, de que tomes decisiones por ti mismo. ¡No soy tu madre!», me escucharías rumiar por el pasillo mientras me dirigía al cuarto de Lucas, donde el niño jugaba con

Mariana. «Qué raro se me haría viajar al hemisferio sur. Es dar la vuelta al calendario: cuando aquí nos morimos de frío, allí lo hacen de calor», apunté sentándome junto a ellos en la alfombra. Ella humilló la mirada, guardando silencio. La mujer es leal aunque limitada, por tanto me dispuse a describir dónde se ubica ese remate de tierra que convierte la punta de América en el encaje de una prenda de ropa puntillosa, pero mi lección de geografía no le interesó.

—Siempre me olvido del nombre de su pueblo.

—Pacayacu, en Riobamba, al sur de

Quito.

—Con ese nombre cualquiera lo recuerda. ¿Y hace mucho que no va?

—Tres años. —Parecía estar a punto de llorar—. Mi niño enfermo vive allá

con mis papás. Mi papá también está mal; me da mucha pena pensar que vaya a

morir sin verle.

Nunca sé si miente; ni siquiera pondría la mano en el fuego por afirmar que

existe ese niño, cuyo origen me parece un enigma porque jamás ha mencionado

marido, novio o algún sucedáneo de pareja. En momentos así detecto en Mariana

cierta impostura con la que trata de apelar a nuestra conmiseración.

—Saque la vajilla del lavaplatos, que habrá terminado. Yo vigilo a Lucas —
propuse para quedarme a solas con él.

A menudo me asalta esa necesidad de abrazar con ansiedad a mi hijo y la asemejo a la pulsión de saciar un hambre intempestiva. Empieza por una desazón, un nerviosismo que me lleva a separar al niño de lo que esté haciendo,

incluso a arrancarle de tus propios brazos, y no se calma hasta que lo estrujo entre los míos y hundo mi nariz en su cuello como si su olor a cachorro humano me alimentara. Me temo que se debe a mi mala conciencia de mujer trabajadora,

de madre que delega los cuidados de su hijo en una extraña; algo que hoy día resulta de lo más frecuente; sin embargo, mi yo más íntimo me dicta que no es lo natural.

—No me gusta Chile —confesé al oído de Lucas—. No sé qué mierda se le

ha perdido a tu padre allí.

—Si les interesa tu oferta, ¿cuál sería el siguiente paso?

—Lo iríamos viendo —has respondido mientras manipulabas la radio del

coche antes de encontrar una canción de tu agrado y canturrearla—. « *That life happens for reason. I don't, I don't, I don't.* »1

—«Todo pasa por alguna razón.» ¿Va con segundas o qué?

—Me gusta esta canción, sin más —y has continuado desafinándola.

Madrid llevaba días dentro de una burbuja nutrida por la atmósfera lechosa

que se volatiliza a través de sus alcantarillas. Habitamos una ciudad más agujereada que un queso gruyere, así me lo explicó una vez un cliente

asegurándome que el centro de la capital está horadado por decenas de túneles bajo los cuales se sepultan miles de cadáveres, y no contento con esto se animó a relatarme unas cuantas leyendas truculentas. Cómo hubiera disfrutado mi abuela

al oírlas, porque a ella lo que más le atrae de mi trabajo son las historias de trastienda. A mi madre, en cambio, el dinero que gano vendiendo pisos.

Apenas hemos salido del garaje han

caído cuatro gotas que no han hecho más que enguachinar el asfalto, pero al entrar en la M-40 ha roto a llover a cántaros, y desde ahí he conducido hacia el aeropuerto con la pelea de los limpiaparabrisas contra el agua a modo de banda sonora.

—Dicen que la nueva terminal puede estar abierta a final de este año. Creo que es impresionante.

—No me has respondido, Fernando — he insistido.

—Es que no sé qué me estás

preguntando.

—Muy fácil: si les interesa el proyecto y quieren sacarlo adelante, ¿quién lo

haría? ¿Tú? ¿Ellos? ¿Desde aquí? ¿Abrirían una oficina en Madrid? ¿Tendrías que pasar un tiempo allí?

—¿Qué estás insinuando, Abigail? ¿Acaso te molesta que pueda obtener un trabajo? ¿Te recuerdo tus charlas diciéndome que alguien como yo no puede

podrirse como un jubilado? ¿Se te olvidan tus reproches?

—¡¡Nunca te he reprochado que estés en paro!!

—Por favor, háblame en castellano no en histérico. ¿Acaso crees que no noto ese tonillo de «yo soy la que ingresa el dinero a fin de mes, yo mantengo a esta familia»?

—Te lo estás inventando porque yo nunca —he objetado a la defensiva—, te he flagelado con algo así.

De repente el coche ha empezado a enfangarse más que el pavimento. ¿Soy

estúpida o qué? Pues no te he sermoneado justo sobre aquello de lo que evitamos

hablar; sobre ese nubarrón que enrarece nuestra pareja y termina ahogándonos.

Ridículo. Una parte de mí soltaba necedades y la otra quería coserse la lengua al

paladar.

—¡Ostras, no discutamos, Abi! —has esgrimido, condescendiente—. Estoy a

punto de coger un avión. No puedo irme amargado por haber tenido una bronca

con mi mujer minutos antes. ¿Y si explota la cabina porque unos yihadistas han

puesto goma-2 en sus portátiles? ¿Y si desaparezco en mitad del Atlántico, como

en *Lost*? Te quedarías con la culpa...

—¡¡Eres un capullo!!

¿Cómo se te ocurre? ¿Has olvidado que Madrid sigue en *shock* desde el mes

de marzo porque el miedo es sinuoso y se cuela por cualquier resquicio? Al advertir mi conmoción deslizaste una mano sobre mi muslo, lo que agradecí

con una caricia. «No bajes», me pediste tras llegar y estacionar en doble fila, pero te

acompañé a escasos metros de las puertas de acceso. Después vino ese impulso

tuyo de agarrarme el culo mientras me besabas que llegó a excitarme. Lo admito,

sí. Bastante. Me temo que, de habernos encontrado solos, lo hubiera hecho allí mismo, de pie, porque el sexo vertical apremia a una celeridad entrega que no encuentro en el día a día. A veces me siento tan agotada que al tumbarme sobre la cama termino dormida.

Recuerdo a una mujer mayor que se bajó de un taxi, mal tapada por un

espantoso gorro impermeable, y al rebasarnos se nos quedó mirando con esa

nostalgia que empaña a quienes se dan cuenta de que un día tuvieron algo parecido y no supieron retenerlo. Como quien contempla las piezas de su jarrón favorito tras quebrarse.

Hasta hace un minuto hubiera preferido mil veces nuestra precariedad antes

que convertirme en la señora del ridículo gorro de plástico; en cambio, ahora mi

mundo se ha hecho añicos igual que la porcelana de la mujer. Supongo que la decepción es un remedio muy amargo, pero cura la ingenuidad.

Entonces, según se cerraban las puertas automáticas, te giraste y repetiste:

«Niña, hazme caso: ya te estoy echando de menos.»

Entre unas cosas y otras he malgastado la tarde: me he dado un baño, he ojeado revistas atrasadas y zapeado un rato, mi madre me ha tenido una hora al teléfono detallando las excentricidades de la abuela y, en torno a las nueve, con

Lucas acostado y un plato de croquetas

sobre la mesa del *office*, he abierto mi correo a fin de imprimir la información de los nuevos inmuebles y revisarla tumbada en el sofá. Sin embargo, el artilugio ha vuelto a fallar.

He grabado los datos en un *pen* y me he dirigido a tu despacho. Antes de entrar me ha sacudido un escalofrío y me he quedado paralizada en el umbral.

No sé, algo me sugería que no lo hiciera, que no lo cruzara, que se trataba de tu

privacidad y mi obligación pasaba por respetar «tu espacio»; sin embargo, al principio nunca hubo cuartos cerrados entre nosotros. Durante un tiempo éramos una única persona, dos enfermos

de amor. Pero hace tanto de esto. Hace tanto de

todo.

Tu despacho recuerda a un recinto profesional convencional: la mesa que

heredaste de tu padre, y él del suyo, situada frente a la puerta; una *boiserie* de madera cargada de libros y fotografías, cubriendo dos de sus paredes; el óleo de Viola, regalo de boda de tus amigos de la universidad — y que juzgo oscuro y tristísimo—, dominando una pared, y en la otra, el ventanal, cegado ahora por las cortinas. Bajo él un tablero a modo de mesa auxiliar almacena unos proyectos que te

resistes a dar por perdidos. En la librería guardas las colecciones encuadernadas de *El Víbora*[2](#) y tus artículos en *La Luna de Madrid*,[3](#) donde llegaste a colaborar. «Soy ingeniero, pero en este cuerpo habita un artista capado por su madre. Busco a una mujer que me rescate de ella. ¿Crees que podrías serlo tú?», expusiste cuando nos conocimos, como tarjeta de presentación.

¿Para qué necesita tu ordenador un código de acceso si aparte de mí la única

que podría curiosear en él es Mariana y no la supongo dotada de dicha

habilidad? Es lo primero que me he preguntado al descubrirlo. «¿Usuario?»

«Fernando Dávila» he escrito a continuación, dispuesta a abrirlo. «¿Ha olvidado

su contraseña?» «Sí», he añadido. De inmediato he acudido a tus *keywords*, intuyendo que habrías elegido alguna fecha familiar, pero he leído «Match Point» sin comprender nada.

Tras rondar estas cuatro paredes y atemperar mi mal genio contra las esquinas

de las alfombras, termino repasando las fotografías de las baldas. Descubrirte en

ellas hace que me enamore de ti en cinco minutos para desenamorarme cinco después, y durante este lapso de tiempo experimento tantas sensaciones que si las condensara escribiría tratados de amor. Dios, cómo me fastidia reconocer la de cosas que todavía me cautivan de ti: el modo en que te despeinas, tu tormentosa barba de días, esa intención en tu mirada... En un impulso escojo una foto reciente tomada en Sevilla, donde apareces sentado en la butaca de un hotel,

y yo, detrás, echándote una lazada al cuello, mientras de tus rodillas penden las

acreditaciones de la Copa Davis. Esto me lleva a desunir el papel del marco movida por una corazonada. Al momento tecleo en el ordenador la fecha que anotaste en su reverso, como sueles hacer. «Incorrecto.» No puede ser porque el éxito de Rafael Nadal sí que fue un auténtico Match Point. Entonces lo he intentado añadiendo un cero a un día del pasado mes de diciembre: 05122004.

Al principio apenas distingues sombras, bultos imprecisos cuyo significado te resulta obtuso. El esfuerzo por aguzar la vista para que entre la oscuridad vayan tomando forma los secretos del otro

lado es ímprobo, porque asomarse a través

del ojo de una cerradura deviene en una actividad de riesgo.

Nunca esperes encontrar un paraíso, pues te topará con un escenario

cavernoso del que te costará salir. Puede que la luz se vuelva tinieblas cuando abras una puerta, como la de este despacho, y lo que halles te fuerce a atrancarla después con mil candados. Y es previsible que trates de darle la espalda; sin embargo, por más intentos que hagas, aquello que averiguaste permanecerá en ti como el síndrome del miembro ausente. Y aún tardarás en

comprender que lo que te ha dirigido hasta allí, que ese ansia por desentrañar lo que ignoras de la otra persona, no responde a otra razón que querer averiguar más sobre ti misma.

Esta es mi tormenta ahora y no te culpo porque la he desatado yo sola, y eso

que, a priori, he tratado de no desviarme del camino marcado: he activado la impresora, he seleccionado el documento, lo he impreso... Sin más pretensiones.

Pero a medida que la máquina soltaba los folios, la pantalla se ha ido

transformando en un cerrojo demasiado

atractivo como para no mirarlo.

Entonces me he dicho «un vistazo, solo uno», dejando que mi morbo husmeara por ella.

Hubiera valido cualquiera de las carpetas o los documentos alineados por orden alfabético; sin embargo, he optado por un sobre parpadeante en la barra de herramientas y he clicado sobre el icono.

Ante mí aparece una lista de direcciones de correo —alguna me es conocida,

otras no—. Me intereso por un mensaje sin leer recibido en una cuenta familiar:

fda vila@hotmail.es.

Último correo de Orquídea Negra.

Asunto: Despertar al lado de vos

1 Canción «Just feel better» de Steven Tyler & Carlos Santana. 2005. Arista Records.

2 El Víbora era una revista española sobre historietas y cómics adultos, editada entre 1979 y 2005.

3 La Luna de Madrid era una publicación española emblema del

movimiento contracultural conocido como «La movida madrileña», editada entre 1982 y 1988.

2

Una fecha te encadena al calendario

Dime, ¿mientras recibías sus mensajes mirabas la foto de nuestra boda o la girabas sobre la mesa para no cruzar la vista conmigo?

Yo lo he hecho y el cristal se ha resquebrajado. Un augurio. Malísimo. Seguro

que mi abuela entonaría una jaculatoria a la virgen de Otero y conjuraría al espíritu de Xavier Cugat para que desde

la ultratumba velara por su única nieta.

La abuela hace bien en amar al fantasma del artista, porque los amores de piel de cordero se reencarnan en diablos. Dímelo a mí.

Mi boca es un estropajo, sobre mis ojos se teje un doloroso velo, y en mis huesos, un frío de siglos. Dentro me ha crecido tal bloque de hielo que si necesitara orinar me lo haría encima. Lo sé, estoy siendo presa de un ataque de pánico. Cómo no lo voy a saber si soy psicóloga. Obtuve un notable de media en

la carrera, cualquiera en mi caso

diagnosticaría unos síntomas de libro aunque no

ejerza. Además, me considero lista, rematadamente aviesa cuando toca tomar

una decisión o arriesgar. Soy valiente, no una melindrosa que busca amparo en

los hombres. Lo soy en mi trabajo, comprando inmuebles a precios ajustados y

vendiéndolos con soltura y, por si fuera poco, me jacto de esquivar los

problemas. ¡¿Cómo coño no he visto este?! Acaso porque he preferido vivir en

los márgenes y no enfrentarme a lo que se atrinchera tras nuestra fachada de matrimonio feliz, del pálido calco de lo que un día fuimos. Porque he ido sorteando lo que nos golpea como quien huye de una matanza.

De continuar este espantoso malestar, ¿podría enfermar? Seguro que sí,

seguro que el amor frustrado hiere y el desamor, mata.

Amado mío:

No debiera de escribirte pero vos no sabés lo eterna que se me hace la

espera. Creí que nunca llegaría el

instante de olerte en mi almohada,
prepararte las viandas que he ensayado
durante meses o una vida entera,
porque a veces creo que estás en ella
desde siempre. Mi corazón parece
una bomba atronando allá donde voy.
¿Pensás en mí como yo lo hago en
vos? Sos mi obsesión apenas abro los
ojos, porque el rato del sueño lo paso
imaginando que dormís entre mis
pechos. Como entonces, cuando tu
huracán me arrolló.

Por fin. Por fin. Por fiiiiiiin llegás,
amor.

Le conté a mi mamá que estos días
andaré difícil de localizar para que no

se inquietara, que es tiempo de
acondicionar la casa de la playa antes
del

invierno y debo de aprovechar ahora
que hay menos trabajo. Deduje que

vos no querrás verla. Ella es linda, pero
un poco copuchenta, que decimos

acá, y lo mismo le da por chasconear lo
que no debe.

Apúrese mi rey, no veo la hora de abrazarte. Si tuviera alas te recogería en cualquiera de esas nubes donde andás. Te estoy besando el alma.

Siempre tuya. Orquídea Negra.

Leer tanta cursilería atenaza mi estómago, así que me arrastro hasta el aseo y,

derrengada sobre el inodoro, expulso lo poco que queda en su interior.

Ahora entiendo la divergencia entre saber y conocer: puedo saber todo de ti, sin llegar a conocerte; de hecho acepto

tus errores, al fin y al cabo llevo años perdonándolos, pero la mentira, no, Fernando, porque es una decisión premeditada, cargada de crueldad. ¿Quién es esta mujer? ¿De dónde ha salido?

Trato de vislumbrar entre líneas algo que permita saciar mis preguntas, y lo único es que sus expresiones me recuerdan con envidia a la complicidad de nuestros inicios. ¿Sabes cuánto ha transcurrido desde que lo hicimos por primera vez? Catorce años. Dos veces siete. Dos crisis de las que anuncian los agoreros

en los libros de autoayuda. ¿Se trata de

eso? ¿De que navegamos entre

rompientes y en tu huida hacia delante
has resuelto serme infiel?

Yo, en cambio, siento un estrepitoso
vacío dentro. Un océano helado.

Supongo que todos los matrimonios son
complicados, pero algunos se despeñan

ellos solos.

Con enorme esfuerzo me yergo para ver
mi apariencia en el espejo, que

refleja la misma oscuridad que Orquídea
Negra. Me doy cuenta de que aún no he

aclarado la mascarilla del pelo y su humedad me sacude en repentinos escalofríos.

Temo haber despertado a Lucas, de modo que me dirijo a su alcoba y, por suerte, permanece tranquilo en su cuna. Junto a ella, una cama individual espera a mi hijo. Fue tan largo el proceso hasta que llegó a nuestra vida, sumas de ilusiones diluidas en mi propia sangre, tratamientos sin éxito y abortos que me doblaban por la mitad, persuadida de que nunca sería madre, que mi instinto de protección le protege, coartando lo inevitable. Los hijos tendrían que evolucionar

hacia una suerte de adorables perros viejos a los que nunca dejarías de acunar.

«Tú no buscabas un hijo, sino una mascota», me soltó tu madre un día, y lo llevo

grabado en el alma.

Fue al poco de empezarle a salir los primeros dientes. Ahora tiene algo más

de dos años y es un calco de ti.

—¿Lo ves? Ahí, ese punto blanco sobre la encía superior. Si ponemos a Lucas

bajo el foco se ve mejor —anuncié—.

Cógelo y, si sigue llorando, dale el mordedor.

—¿En serio tienes que irte? —inquiriste con gesto de ahogo.

De sobra sabías que sí y la pregunta atacaba a mi línea de flotación: la culpabilidad de una madre que antepone el trabajo a su hijo de cuatro meses, y en la balanza de una mujer en inestable equilibrio ese dilema estraga. Aquella mañana me tocaba rubricar la venta de una vivienda que estaba apalabrada mediante un contrato de arras, pero cuyos matices la convertían en terreno resbaladizo. En teoría se trataba de un empresario dispuesto a regalar un lujoso

apartamento a su ahijada; en la práctica un cliente pagaba en ladrillos los servicios a una puta que parecía su nieta, y en este oficio pronto aprendes que los hombres encoñados dejan de estarlo en menos que chasquean sus dedos. Si no acudía yo en persona y disipaba sus dudas sobre la operación, existían bastantes probabilidades de que se echara atrás. Tú lo sabías y la duda sobraba; sin embargo, la expusiste según escrutabas la cuna como quien contempla una ecuación sin solución.

Por respuesta te arrojé una batería de preguntas: ¿Quién adquirió este ático?

¿Quién sufraga la hipoteca? ¿Quién paga

la fiesta en que vivimos? Como

cualquier contestación hubiera sido humillante para ti, salí de casa sin esperarla,

y a mi vuelta estaba ella. Mantengo fresca la estampa con la que me di de bruces

al entrar: Leonor sostenía a Lucas en brazos, mientras tú firmabas no sé qué papel al pediatra de urgencias y la chica de entonces —¿se llamaba Cora, Corina, Coral...? ¡Bah, qué más dará! Era mema — se enjuagaba el llanto en el delantal.

—Le ha subido la fiebre, nada le apaciguaba —te excusabas igual que un

crío

pillado en falta.

—Fernando ha hecho *muy bien* en llamarme, puesto que tú no estabas. Le he

sugerido contactar con un pediatra que descartara algo peor.

En la mirada del médico constaté que se adhería a su rejón. Tu madre avanzó

hacia mí y me sepultó bajo un manto de lava incandescente.

—Debería darte vergüenza, abandonar a tu hijo todo el día. Espero que te

coman los remordimientos porque, de lo contrario, serías un cacho de carne con

ojos. Los hombres están hechos para una cosa, y nosotras para otra. A ver si lo

entiendes: Fernando no ha nacido para pasar el aspirador o cambiar pañales, y menos para ser tu «perrito faldero». Penita me da Lucas. Tú no buscabas un hijo, sino una mascota.

Tras darme una ducha y prepararme una infusión, vuelvo a sentarme en tu

escritorio. Necesito saber, casi tanto como calmar mi angustia.

Estoy convencida de que este mensaje es

el último de una cadena que te has

encargado de borrar. Su «no debiera de escribirte», me reafirma en que le has debido de conminar a que no lo hiciera, pero una mujer enamorada comete muchas torpezas. Introduzco su nombre en la lupa, a fin de rastrear algún mail más; sin embargo, el ordenador, de orquideanegra@yahoo.cl, solo conserva el leído y la papelera está vacía. En «no deseado» hay tres correos: uno de publicidad bancaria, otro ofreciendo una tirada gratis del tarot y el último de una compañía que promociona «un seguro de hogar y gana un viaje a América». Tú

me has enviado a Marte de una patada y

solo quiero averiguar el modo de regresar indemne.

Queda certificado tu empeño por hacer desaparecer cualquier pista. Es más,

aunque exista un modo de recuperarlas, mis pocos conocimientos en

informática me impiden desentrañarlo. Por ahora. De momento se me ocurre

investigar el historial de búsquedas en Google , y me topo con el muro en que te has transformado súbitamente: lista de lecturas vacía.

En mi cabeza planean mil escenarios posibles, como que no te hayas

marchado a Chile y, apenas arranqué el coche, hubieras abandonado el

aeropuerto por otra salida, de manera que, en este momento, podrías encontrarte

en... Málaga o en Burgos o... recluido en el piso de abajo, ¿por qué no? De hecho, que Orquídea Negra se exprese empleando modismos chilenos no acredita nada. Al momento me digo que nadie urdiría un plan tan bien

orquestado para verse con una amante a pocos kilómetros. Derrotada, ovillo la cabeza entre mis brazos. Quisiera retrasar las manijas del reloj cuatro horas o diez o un día, para romper tu

billete en pedacitos y atarte a mi cama.
¿Dios, por qué te echo tanto de menos si
no estoy enamorada?

A las once y cuarenta pruebo suerte con
las otras cuentas. Además de

fdavila@hotmail.es, acumulas ocho más.
La que sigue en la lista es la herencia

de

tu

paso

por

la

empresa

familiar

de

ingeniería

—

fernando2@davila&wilkins.com—, y
tras ella se sitúan dos correos adscritos
a la

inmobiliaria:

contabilidad@at.proyectosinmobiliarios.

y

fernando@at.proyectosinmobiliarios.es.

A continuación, siguen unas de nombres rarísimos; al pulsar el doble clic sobre ellas, el sistema me pide una contraseña.

Pruebo de nuevo y sucede lo mismo.

La pantalla es un fondo azul limpio, salvo en la esquina superior derecha, donde cuento nueve iconos, seis carpetas y tres accesos directos. Empiezo por estos: uno me lleva a una web de descargas ilegales que pregunta si deseo continuar viendo el capítulo de *Perdidos* que dejaste inconcluso. No acabo de entender por qué no acudes al canal de pago, al cual estamos suscritos. La web del Colegio de Ingenieros

aparece al pinchar el segundo, y la de la revista *AD*, el tercero.

Lo siguiente es abrir las carpetas, que utilizan numeración en lugar de título y

son archivos ZIP —sé que permiten la comprensión del material porque alguna

vez llegan imágenes en alta definición de las viviendas por este método—.

Clicleo uno al azar y me solicita un código, al igual que el resto. Estoy anonadada... Se trata de archivos encriptados, como los de las películas, aunque me propongo encontrar sus claves como sea. Para ello vuelco las cajas de clips,

los portalápices, cualquier cosa, segura de que no existe un ser humano que no se

dedique al espionaje capaz de memorizar tantísimas contraseñas sin

contaminarlas con el pin del teléfono, el de la tarjeta de crédito o la lista de aniversarios y cumpleaños, imprescindible para subsistir en pareja. Sin éxito, me concentro en los cajones, pero, al intentar abrir el primero de la derecha, constato

que está cerrado; pruebo con el inferior a él y después con el siguiente. Igual.

Entonces me dirijo a los de la izquierda y obtengo el mismo resultado. ¿Desde

cuándo se bloquean con llave? No recuerdo que fuese así. Antes, no. Seguro que

no.

Descubrir cuánto ignoro, no ya de ti sino de mi propia vida, me golpea como

si un brutal mazazo hubiese reventado la mitad de mis vísceras. «Te odio», pronuncio para mí, y un regusto a hiel vuelve a quemarme la garganta. Si alguien cree que «odiar» resulta furibundo, peor es decir «te quiero» con la

trascendencia con la que uno se come un bocadillo. Intuyo que desde ahora,

averigüe lo que averigüe, tan importante será aclarar hasta dónde llega tu hermetismo como determinar cuándo empezó a descarrilar nuestra pareja, porque ambas cosas están relacionadas. Estoy segura de que tuvo que producirse

algo que me ha pasado inadvertido, un hecho o una fecha que cambió todo entre

nosotros, porque llegar a admitir que siempre fuiste una mentira me aniquilaría.

Deberíamos disponer de un radar para la vileza, un detector de maltratadores, misóginos, extorsionadores emocionales, celosos impenitentes, adúlteros, arteros y demás fauna nociva

que pulula por el universo amoroso. Claro que, de no existir ese momento preciso en que alguien se extravía, ¿entonces lo llevaría inscrito en el ADN, a modo de gen latente, como la basura del cáncer o el germen del Alzheimer? ¿Como el estigma del mal o la psicopatía?

Finalmente, ayudada por un destornillador, presiono la madera bajo el sobre de cristal de la mesa y de inmediato surge una bandeja extraíble que corona la fila de cajones. Consiste en una lámina de roble que se usa como tablero auxiliar para depositar papeles mientras se trabaja. A medida que la deslizo hacia mí asoma la hendidura de

un tirador en la que se alinean, igual que hormigas, un juego de llaves. Son cuatro, antiguas, de hierro, y cada una posee un código de dientes diferente, sin marca que indique a qué cajón corresponden.

Tras varios intentos compruebo que las llaves abren la cerradura de los

cajones de ambos lados, pero no en el mismo orden, de modo que me toca

probar hasta dar con la llave correcta. Las gavetas de mi derecha almacenan documentos, en cuyo inventario dilapidaría horas; son facturas, dossieres, folletos... Aburrida ante tanto material, me concentro en los de la izquierda. En

cuanto desencaja el cajón superior,
freno en seco.

Tras un revoltijo de cables, auriculares
y cargadores, aparecen... uno al lado del
otro... en escrupuloso orden... cuatro
teléfonos móviles.

3

En el centro del laberinto, tu nombre

Los lunes de lluvia, Madrid se transforma en un caos donde es fácil

desquiciarse. Mi primera cita del día debería de haberse producido a las 9.15; sin

embargo, a las 9.30 estoy bloqueada en un atasco porque el director de una sucursal bancaria se ha encastillado en su política de privacidad, mostrándose impermeable a mis preguntas. Mientras,

los dueños de un apartamento en la calle Lagasca, se estarán mortificando a la espera de que les confirme la cifra que ellos acarician. Dirigir una agencia inmobiliaria comporta un ejercicio de funambulismo.

Nunca estuve de acuerdo en disponer de dos sucursales, una personal y otra para la inmobiliaria, pero te lamentabas del tiempo que perdías en desplazarte al centro y abrimos otra cuenta en una oficina al lado de casa. Esta mañana ha sido

la tercera o la cuarta vez que la visitaba.

—Tiene que haber una manera de informarme.

Tras las negativas de la chica de la caja, el director me ha conducido a un despacho de paredes en vinilo y cristal.

—Si fuese una firma solidaria no habría problema, pero usted posee una única

cuenta compartida (y no es sobre la que me pide información) con Fernando Dávila Ochoa, quien, según dice, es su marido.

—¿Cómo que *digo*? ¡Es mi marido! Si le hubiera sucedido un accidente, ¿no

podría acceder a su otra cuenta?

—Claro, por medio del certificado de defunción, en el triste caso de un

fallecimiento.

—Es kafkiano.

—No, señora. Es legal.

—Por lo menos dígame si posee alguna otra cuenta en esta sucursal.

—Lo lamento, protección de datos no nos lo permite. De todos modos, no

quiero inmiscuirme en asuntos privados, pero reconozca que no deja de ser

extraño que siendo su *esposa* ignore la existencia...

¿Quién le explica a este cretino que sí,

que lo ignoro porque no persigo a mi

marido, quien ya es mayorcito para arreglárselas solo sin joder a los demás? Que

mientras él juega a ser un visionario de los negocios, yo me dedico a trabajar.

Que la misión de Fernando —aparte de urdir proyectos que jamás prosperan—

es velar por la economía doméstica, es decir abonar la luz y demás suministros,

porque la hipoteca la cubre mi empresa. ¿Quién le cuenta que estoy sonada desde que descubriera el resguardo bancario de una cuenta a su nombre cuya

existencia, por supuesto, desconocía?

—¡Váyase al cuerno! —He terminado estampando la silla contra la pared, y

he salido dando codazos a esos vejestorios que merodean por los bancos a

primera hora para contar los euros de su pensión. Figurarme que un día seré como ellos me entristece enormemente.

«Llegada OK. Vuelo genial, pero extrañándote. Te mandaré un mail largo en

cuanto me instale en el hotel. *Miss you.*»

No he respondido tu mensaje. Elegir a quién tener cerca resulta crucial, pero también escoger a quién mantener lejos, y ahora te quiero en el último confín del mundo.

La madrugada del sábado al domingo me dormí tardísimo, después de haber

llorado a mares. Huelga reconocer lo trabajoso de investigar en tus cajones; de hecho apenas pude ojear los papeles por encima, y así es cómo hallé el resguardo bancario. El humo de un incendio cuyas brasas necesito agitar.

Sé que hay mentiras, muchas más...

facturas de hotel y restaurantes en los que

no recuerdo haber estado contigo. Mapas de lugares por descubrir. Notas con tu

letra ininteligible. En algún lugar debe de encontrarse la hoja de ruta que me consienta leerte entre las líneas que eres tú ahora; sin embargo, aún no he dado con ella.

Ayer ojeaba a cada rato los teléfonos sin atreverme a rozarlos. Por la noche me había convencido de que los guardabas como antiguallas; sin embargo, la luz del día disipó esta hipótesis: se trata de cuatro modelos distintos, dos disponen

de una tapa que cubre la pantalla y uno es tan pequeño que lo puedo ocultar en la palma de la mano.

Mientras los examinaba oí sonar el mío varias veces, olvidado en algún lugar

del dormitorio, sin ganas de cogerlo, porque hubiera sido inútil disimular este cataclismo. A última hora sí que envié un mensaje a mi amiga Julia —«Necesito hablar contigo. He descubierto algo horrible sobre Fernando»—, aunque no lo ha

leído aún. Me temo que ha desconectado, ya que, después de dar mil tumbos sentimentales, parece ilusionada con alguien y se han

marchado juntos el fin de semana. Recuerdo que al principio tenía celos de ti y cada vez que regresaba al

apartamento donde vivíamos juntas, arrastrando entre los pies algún berrinche, ella advertía que mi príncipe decolorado me haría sufrir un calvario. «Los hombres con mirada turbia son un lodazal por dentro», señalaba, en cambio ahora no podríamos contar con una mejor aliada.

—Tú no necesitas admirar a un hombre, Abigail —me respondió el día en que

reconocí que había dejado de admirarte.

—No sé por qué.

—A los hombres les atraen las mujeres fuertes; sin embargo, eligen a las

frágiles. Obedece a su instinto de protección y tú posees *algo* masculino que les intimida. Fernando es perfecto: te ama, tenéis un hijo por el que habéis luchado mucho, y está deslumbrado por ti desde que te conoció. Debería ser suficiente para que os hagáis viejos juntos.

Sin embargo, no parece que lo sea.

Los vehículos surcan la A-6 formando un embudo, cuando el teléfono

interrumpe a la radio. No me apetece hablar y rechazo la llamada.

Anoche no pude encender ninguno de los móviles porque ignoraba su PIN,

pero hubiera activado la rellamada de los números registrados para rastrear a quién pertenecían. Por descontento que removí Roma con Santiago buscándolos, mas escarbar entre tus papeles me angustia. Anoche descubrí que entre los

resguardos bancarios de nuestra cuenta, donde traspapelaste el de tu otra cuenta

«fantasma», conservabas el comprobante del pago del billete de avión que

cargaste en ella. Hasta entonces di por hecho que si una «empresa» requería tus

servicios para diseñarles unas bodegas ecológicas sufragaría los gastos, pero lo

has abonado tú y en primera clase. Además lo adquiriste hace dos meses, de manera que siempre supiste el tiempo que permanecerías en Chile. Tu pantomima de ir alargando la estancia, haciéndome creer que el entusiasmo de los bodegueros iba en aumento, me parece ruin y sucia y rastrera e indigna y miserable y mezquina... y mil adjetivos de igual tenor.

Sé que equiparar la deslealtad amorosa al fraude material es cicatero, pero me

reconcome imaginarte despilfarrando nuestro dinero a miles de kilómetros

mientras estoy mascando humo en un atasco.

Aún hay más.

Sucedió a media tarde. Sobre la otomana que reutilizamos como mesa baja se

multiplicaban platos con comida apetecible, incitándome a picar algo con poco

éxito. A mis pies, acurrucado entre la corva de mis rodillas y el respaldo del tresillo, Lucas dormitaba u ojeaba cuentos, cuya historia yo resumía desganada.

Al final me animé a ver una película que encanta a mi hijo, *Los Increíbles*,⁴ por lo que él gateó hasta acurrucarse entre mis brazos, donde saboreé la piel lechosa de su cuello. Ese instante de felicidad se quebró en los primeros fotogramas, cuando apareció el malo tratando de robar una caja fuerte y todo se precipitó en mi cabeza. «Mamá tiene que hacer una cosa. No te muevas, eh. ¿Me prometes que no te vas a bajar del sofá?», advertí a Lucas antes de correr hacia el dormitorio.

Allí descolgué el cuadro bajo el cual se camufla la tapa de acero de una caja fuerte, donde guardamos unas pocas

joyas, tus relojes y dinero en metálico, proveniente de los pagos opacos de clientes que prefieren escriturar por un precio inferior al de compra. Admito que mi sector participa de unas reglas poco ortodoxas; no obstante, para sobrevivir entre sus dentelladas conviene aceptarlas

sin trabas. Dado que la agencia cuenta con otra caja en el banco, en la de casa no

custodiamos cantidades elevadas. Deposité sobre la cama el joyero, el estuche de

los relojes, las escrituras del ático y un único sobre, porque al deslizar la mano

dentro no hallé más. En él conté tres billetes de quinientos euros y alguno de cien. Apenas dos mil euros.

Eché un vistazo a los joyeros y vi que estaban en orden, pero enseguida

recordé que conoces la clave de la caja fuerte bancaria y dispones de su llave...

Las náuseas me proyectaron hacia el baño. Faltaba dinero, sí, pero resultaba más

grave sospechar qué habrías podido hacer con los fondos que compartimos Lupe,

mi socia, y yo. Logré calmarme cuando

opiné que el director del banco, Fermín, me habría alertado en el caso de haberte personado en la sucursal sin aviso, pues es muy mirado con las normas. Lo demostró el día en que nos conocimos según

solicitaba un crédito para adecentar el recinto donde planeaba ubicar la agencia;

ante su negativa por no disponer de aval, logré arrancarle de su despacho, obligándole a seguirme hasta un local insalubre y ruinoso. «Mírelo bien porque me voy a meter ahí tal y como está, si no aprueba el préstamo.»

Compadecido,

reconoció que una cabezonería semejante solo la había encontrado antes en su mujer, e imagino que eso le llevó a confiar que pagaría. Desde entonces me ha demostrado su probidad.

Al poco montábamos la oficina con un ordenador, un móvil y un fax en

treinta metros cuadrados que han crecido hasta los cien, gracias a un mercado en

continua tendencia alcista.

Desembocando en la calle Princesa vuelve a sonar el teléfono. Miro a la

pantalla y leo: «Carlota.» Sé que si no atiendo insistirá porque no he respondido

a sus mensajes. Tampoco he contestado a tu madre si tenía o no noticias tuyas.

«¿Noticias de Fernando? —he repetido su pregunta al leerla—. Sí, claro que tengo noticias tuyas. Indecentes, Leonor. ¿Por cuál de ellas quieres que empiece?»

Aprieto la tecla de descolgar y inspiró hondo. Muy hondo.

—Hola.

—¡Por fin! —exclaman al otro lado—.

Te estuve llamando ayer. Pensé que podríamos vernos un rato.

—Lo siento. Lucas se puso peor y no daba abasto sin la chica.

—Hubiera ido a verte. Me hubiese escapado un momento. ¿Estás bien?

—Agobiada.

—No me sorprende... Es tu estado favorito. ¿Comemos?

—Hoy no puedo. Te llamo luego.

—¡Claro! Mejor mañana. —La charla progresa hacia uno de esos silencios

que punzan y quiero zanjarla—.
¿Abigail?

—Dime.

—Te he echado de menos. Mucho. Te echo mucho de menos.

Cuelgo, y me digo que la verdad es una puerta que debemos abrir solo en contadas ocasiones.

4 Película de animación creada por la factoría Disney y Pixar, estrenada en 2004.

4

Este terco sentir

—No pienso hacerlo.

—No veo por qué —replico como una niña caprichosa.

—Porque... porque la gente no va por ahí metiéndose en los ordenadores de los demás. No está bien.

—¡¿De los demás?! Mierda, Julia, se trata de... de Fernando, quien se estará follando ahora a una tía en la otra esquina del planeta.

Mi mejor amiga me abraza y lloramos otra vez. Llevamos media tarde

haciéndolo, como si la misma herida supurase por los dos extremos que somos

cada una de nosotras; ha sucedido tras arrojar el mail de Orquídea Negra sobre

su mesa, y ver cómo ella se ha hundido en el sofá sin dar crédito. Después ha ido

apareciendo la terapeuta, y en estos momentos se esfuerza por impregnar de sentido común una situación que destila una vulgaridad aplastante. ¿De verdad alguien puede levantar la mano

reconociendo que la infidelidad ha pasado de largo por su vida? ¿A qué ser humano no le ha visitado en cualquiera de sus derivadas y en cualquier escenario de su largo o corto currículum amoroso? Ni todo lo que te hace sentir bien es amor, ni el amor te hace sentir bien siempre.

—Fernando ha dilapidado tu confianza —atempera— y en consecuencia tu seguridad y tu autoestima se evaporan en un chasquido de dedos. Hay que reconocer que ha sido muy desleal.

Esto predica Julia, y a mí me importa un bledo la razón metafísica por la que

has dejado de ser exclusivamente mío. El hombre que eras se ha esfumado y en su lugar contemplo tu descarnado esqueleto.

—No ejerzas de psicóloga conmigo. No busco terapia ni empatía. Quiero saber. Y después dar una solución a esto —me escucho y mi voz suena hiriente.

Su carita se comprime en una mueca de dolor. Está pálida, como si su nuevo amante le hubiera absorbido la sangre, y me sobrecoge el tono violáceo de sus ojeras. Tras el llanto se le ha puesto la nariz roja, algo hinchada, y los labios

resecos. Se pasa la punta de la lengua por ellos y no entiendo por qué los hombres no esperan en fila india para besarlos. Julia resulta hermosa hasta con el unguento del tinte embadurnando su cabeza, hasta sentada en el inodoro tratando

de vencer su estreñimiento. Preciosa cuando se enfada porque no soporta los zapatos que le has obligado a ponerse, ya que si fuese por ella llevaría esas horrendas botas de ante y sus vestidos *over size* todo el tiempo. Lo es cuando trata de someter sus rizos cada vez que sacude la cabeza. Es menuda, y deja la huella de los besos sin rematar de los adolescentes. Por eso resulta

incomprensible lo poco que le duran las parejas. Si me gustaran las mujeres me habría enamorado de ella, sin embargo siendo heterosexual solo puedo adorarla como lo hago.

—Una cosa es lo que quieres y otra, lo que necesitas —ha depositado la frase en mi frente y se ha levantado a preparar otra infusión.

La observo zascandilear en su cocina, abierta a la sala de estar por una ventana con la que su buhardilla trata de ganar un espacio ilusorio. Todo en su casa es liliputiense, pero Julia se comporta

como si habitase la residencia más onerosa de Madrid. Cada cajita labrada, cada vela, cada cojín adquiere en su presencia una dignidad sorprendente. Apenas monté la agencia, me afané en buscarle un lugar idóneo a un precio asequible: «Estás tirando el dinero en tu alquiler. Es mejor que compres algo, aunque no sea el apartamento de tus sueños», insistía porque, por deformación profesional, termino etiquetando a la gente en función de donde habita. «Es cuestión de principios —remachaba ella, abogando por un espíritu nómada—. Las servidumbres no son buenas, ni en los

ladrillos ni en las personas.» Tras la

grandilocuencia de la frase adivino una razón pedestre: su aprecio por el barrio y por estas bohemias cuatro paredes en las que estamos tratando de encajar tu deserción.

Al rato trae un brebaje hecho con jengibre y limón y corta un trozo más de su

bizcocho casero. Son las 19.00 horas y es lo único sólido que he tomado hoy.

Lunes de dolores.

En mi primer año en Madrid todo me resultaba colosal, inabarcable para mi mentalidad de chica provinciana, a quien Valencia se le quedó ridícula en

cuanto tomó la línea 1 de Metro. En el fondo nunca me sentí de allí, quizá porque mi primera infancia transcurrió en Granátula, el pueblo materno, o porque evocarla ahonda en el divorcio de mis padres, digerido como un cisma, y una huye de lo

que le lastima.

Pensándolo bien, mi vida transcurre siempre en zigzag: de Valencia al pueblo,

de allí vuelta a la ciudad, del mar a la meseta. De la intimidad al resquemor. Del

amor al odio.

Cómo me cuesta pertenecer a un lugar o alguien, de hecho hasta que llegaste

tú no sentí que fuese de nadie. Tú me pareciste un buen lugar donde vivir.

Ser hija única, adorar a mi abuela —con quien viví hasta los seis años—, crecer entre el sensual libertinaje del Mediterráneo y que mi padre y mi madre empezaran a discutir cuando abandoné el colegio, fueron los hitos de mi niñez y mi adolescencia. Hasta que los descubrí odiándose, había ideado que amor era esa cosa que se traían ellos; tampoco es que estuvieran besándose por las esquinas, aunque en su pareja reinaba la armonía. Con doce años ignoraba que la

pasión era la sal de una relación. Durante el instituto la atmósfera en casa se volvió irrespirable, de modo que al terminar elegí una formación universitaria que me distanciara de ellos y vine a Madrid a estudiar Psicología, con el sustento económico de la abuela.

Conocí a Julia en el Colegio Mayor donde me hospedaba, cuando en una

fiesta apareció una chica embutida en ropas negras, de piel blanquísima, mirada

melancólica y hablar pausado, que también cursaba Psicología. Era lo más

opuesto a mí en kilómetros a la redonda,

pero, como los contrarios se atraen, nos hicimos inseparables.

Al contrario que Julia, yo carecía de la vocación requerida para ejercer, mas

codiciaba entender al ser humano; concebir qué nos predispone al precipicio del

desprecio, de la venganza, del rencor y del odio.

Por ello, diagnosticar la enorme simetría entre mis padres y nosotros, me

aterra. Imagino que aún no he madurado lo suficiente para que mi corazón deje

de sentir y empiece a pensar.

—Tengo claro que no puedo discernir nada ahora, por eso lo único que me

calmaría sería saber... saber, ¿comprendes? Necesito averiguarlo todo: quién es ella, cómo empezaron, qué tiempo llevan juntos... He visto recibos de hoteles que creo... no... no creo. ¡Sé que no he estado en ellos en mi puñetera vida!

¿Quién se olvidaría de algo así si no padece Alzheimer? Entonces, ha ido con ella a esos sitios, ¿ok? ¿Qué narices hacía, por ejemplo... en Barcelona? ¿Acaso se conocieron allí?

Julia me escucha envuelta en una manta de sofá y soplando a la taza que tiene entre las manos.

—He llegado a pensar que a lo mejor se dedica al turismo; quizás estaba en

España acompañando a un *tour* organizado y se encontraron por casualidad. Por

la calle, algo así como... «¿Tienes fuego?» Bueno sí, vale, Fernando no fuma, pero, pe, pe... pero qué iba a saber ella. O: «Por favor, ¿el Teatro Español? ¿El Museo Thyssen? ¿El Guggenheim? ¡Oh, que está en Bilbao! Pero, claro, soy una

majadera chilena nacida en un país que se cargó lo único insigne que había dado al mundo. Vos sabés que hablo de Neruda...» —Gesticulo, histriónica.

—Estás desvariando, Abigail, pobres chilenos. Y no se lo cargaron, falleció de muerte natural. A quien liquidaron fue a Allende.

—De muerte natural provocada por los disgustos de su patético país. A ver, cuéntame qué podría hacer una chilena aquí aparte de joder a las españolas. ¡Ah, que a lo mejor estudiaba un máster! En... en dirección de estupiedades...

márketing manual... ¿Chupapollas

profesional?

Mi amiga ha soltado una risa que me ha terminado contagiando.

—Y lo de las llaves, ¿qué? —suelto.

—Es una mesa antigua, todos los muebles de antes contaban con ellas. Mi abuela solía colgarse del cinturón del hábito un cordel con varias llaves que abrían los cajones de los sinfonieres de la casa.

—¿Y por qué me entero ahora?

—Seguramente siempre estuvieron ahí. Lo que llamamos realidad no es la

realidad neutra, sino una distorsión de nuestra óptica. Recuerda que el cristalino

observa las imágenes invertidas; nuestros ojos nos engañan a cada rato. Puede que vieras a Fernando utilizarlas alguna vez, pero en ese momento, dado que no existía ninguna amenaza, tu inconsciente depuró el acto y no lo consideró a tener

en cuenta.

—Terapia, no. Lo siento, pero no soporto el aire de condescendencia que usas

con tus perturbados.

Recurro a un término peyorativo a conciencia, aún a riesgo de molestar a

Julia, quien desempeña su oficio como psicóloga en un hospital público, lo que

le lleva a bregar con un puñado de seres humanos que le desmenuzan sus dramas

a diario. En su mayoría se trata de chavales que atentan contra la propiedad privada y, espray en mano, la recubren de grafitis; que practican el botellón para relacionarse, hurtan coches o móviles; trafican con costo, esnifan cocaína o tragan metanfetaminas como agua. Princesas cuyos dedos les desencadenan el vómito para embutirse en una talla 34, o se prostituyen a

cambio de un puñado

de euros o un bolso de Prada . Chaperos por vicio o necesidad. Hijos violentos contra sus padres o sus novias, o contra ellos mismos, que contemplan en la autolesión un placer. Chavales que cuelgan vídeos inhumanos en la red... Digo yo, entre toda esta fauna... ¿qué le costaría buscarme un hacker?

—¿Sabes por qué nunca quise ejercer?

—De memoria —vocaliza despacio—. No soportarías escuchar las miserias

de la gente. Es una forma de escabullirte de las tuyas.

Se hace un silencio larguísimo porque mi barco ha resultado tocado, pero, tras unos segundos de prórroga, vuelvo a insistir.

—¿También tienes una explicación a las cuentas de correo de mi marido? ¿A

que estén blindadas, encriptadas, codificadas o como narices se diga?

Julia se estremece. Ignoro si es imaginándose semejante galimatías de mails o

porque el posesivo al referirme a ti empieza a ser irrisorio. Como si la viuda hablase en presente del muerto, y

todos menos ella se dieran cuenta de que él ya no está en condiciones de escucharla.

—Si uno se marcha de viaje cierra todo, digo yo. No sé, trato de poner

cordura donde no la hay.

Volvemos a callarnos. La cabeza me pesa demasiado. Julia deja la taza en la

mesa y me toma las manos. Reconforta sentir su tacto.

—¿Cuánto has dormido en dos noches? Abi, estás bajo mínimos. Echa el

freno porque vas a reventar. Tú no eres

tu mente, no consientas que te capitaneen

porque es una pésima consejera. No me parece insólito que alguien que trata de

ganarse la vida con proyectos de lo más variopinto abra una cuenta para cada uno de ellos, máxime si no desea que sus potenciales clientes sepan de sus anteriores intentos. Si te ausentas un tiempo, lo razonable sería no dejar correos sin responder. En cuanto a la explicación de las contraseñas, podría ser simple:

evitar cruzar mails entre una cuenta y otra por un simple despiste. Disponer de

un código obligaría a Fernando a un

mayor celo en el trabajo. Toda explicación

descabellada, puede tener otra razonable enfrente. ¿Has meditado que a lo peor

te estás dejando llevar por la víscera y estás sacando las cosas de quicio?

—El nombre de las cuentas no suena profesional —insisto—. Celia... ¿me vas a ayudar?

—¡Virgen Santa! ¿Todavía sigues con eso?

—Si no me facilitas a alguien que me diga lo que esconde el ordenador de

Fernando, te juro que pienso bajar al infierno a buscarlo.

5

El juego

Siempre nos ha caracterizado un apetito voraz, quizá por eso nos casamos al

año de conocernos. Sin embargo, esto no es audacia, pues la valentía del ser humano no se demuestra pegando un salto al vacío o cambiando de estado civil, sino enfrentándose a la sombra psicológica o a la del ser amado, y cuesta examinar los respaldos del dobladillo, el correcto encaje de la hechura de una sisa, si la prenda ha entrado por los ojos. Cuesta tanto que puedes dilapidar una vida entera con

alguien sin desnudarte ante él.

Es probable que nadie se comporte ante los demás como realmente es, que se

guarde lo espinoso y expanda lo amable para confundir, pero qué desolador tener

que admitir que se ha vivido con un desconocido, con un poliedro del que solo se

ha examinado una de sus caras porque el resto apuntan ser horribles. Yo me siento así, como si acabara de despertarme en mitad de un escenario donde interpreto una función que, hasta ahora, habría jurado que se trataba de algo real.

Mi mente es un hermético trozo de hormigón que no puede forjar un juicio ni

tomar una decisión, entre otras cosas porque dirimo opciones opuestas, tanto que

parezco un planeta movido por fuerzas centrípetas y centrífugas a la vez. Una parte de mí me anima a desertar de mi matrimonio y a la otra le convulsiona el hecho de descubrirte.

—¿Qué te parece? Están concluyendo la reforma, por lo que podemos sacarlo

a precio de primera mano —asegura Lupe, mientras sigo con la cabeza gacha

sobre las fotos del piso que acaba de mostrarme—. ¿Dónde estás, Abigail?

—Te he oído.

—¿Y?

La primera persona con quien compartí mi decisión de crear mi propia

empresa fue Guadalupe Gadea. GG firmaba en los informes de la

«megasuperpromotora» donde las dos coincidimos, cuando cuajaron las certezas

de que mi futuro estaba en este sector. Antes había dado unos cuantos tumbos

en

varios departamentos de recursos humanos elaborando test y ejerciendo de

psicóloga con quien no lo necesitaba. «GG, reguapa» la llamo con sorna, porque

entre sus aptitudes esa no la acompaña. La mayor, aparte de una exquisita mano

izquierda en las negociaciones, es ser irreductible ante cualquier revés. Bajita y

delgada —con mi 1,72 de altura, aparentamos un par de esperpentos de circo—,

de lisa melena castaña, cincuenta años cumplidos y una vida personal misérrima

desde que su hermana falleció de un cáncer que la convirtió en madre de dos sobrinos adolescentes y el único bastión para ellos, ya que su padre había sufrido un mortal accidente de tráfico tres años atrás. Qué ganas tendría ella de cambiar

su cómodo sillón en aquella empresa por uno en esta oficina, o qué argumentos

utilizaría yo para que me aceptara de compañera de viaje. Cualquiera sabe, pero

es mi socia. Sin Lupe no habría negocio.

—¿Cuánto piden?

—Doscientos.

—¿Lo vale?

—¿Apostarías tu pescuezo porque algo de lo que estamos ofertando vale lo

que vale? —Lupe echa una lazada a la silla y se sienta frente a mí, en el lado opuesto de mi mesa de trabajo. Sucede en la agencia que hemos levantado juntas. Parsimoniosa, saca la cajetilla de tabaco, enciende un pitillo y habla al compás del humo de sus caladas—. Hay una operación que no podemos

perdernos, pero es peliaguda.

Ella también; además de directa, clara y sagaz. La línea recta que uniría dos

puntos, parafraseando el aforismo que resume la esencia masculina. Siento que

me mira más de lo normal y cojo el móvil para no aguantar sus pupilas,

escudriñándome.

—¿Tú estás bien?

—Duermo fatal. Me cuesta hacerlo sola.

Hoy es martes, cuarto día sin ti.

—¡Ah, querida! Bienvenida al club. Si llevaras quince años sin dormir con otra persona, aparte de tu perro...

La inflexión antes de «otra persona» me lleva a maliciar, como otras veces, que su objeto de deseo son las mujeres. A las lesbianas les incomoda reconocerlo, aunque no sé por qué la sociedad especula sobre la sexualidad de las mujeres solas y no sobre la de los hombres. O no tanto, ya que esto con Manu, el arquitecto encargado de las reformas y homosexual militante, no sucede. El peso de la soledad femenina tiene otra medida. Enseguida me

reprocho mi vicio de tropezar en el

cliché: a lo peor Lupe es una mujer sin éxito

en sus relaciones amorosas y con pudor a verbalizar sus fiascos.

—¿Estás a dieta otra vez? —pregunta de sopetón, lo que niego con la cabeza

—. Pues mírate al espejo, te estás quedando en los huesos.

¿Para qué una dieta? No concibo ninguna más eficaz que una decepción

sentimental. Anoche llegué a casa con el estómago anudado, a pesar de los esfuerzos de Julia por que cenara algo.

—Le he dejado media tortilla en el microondas —apuntó Mariana desde lo

alto de la banqueta donde seguía un programa de telerrealidad.

—Se va a dejar los ojos en la pantalla. ¿Ha llamado alguien?

Abrí la puerta del electrodoméstico, saqué el recipiente, vi que era de patata y

lo volví a guardar. Mil veces le he explicado que por la noche no ingiero carbohidratos. A continuación leí la lista de los mensajes, ordenados tal y como le he conminado a hacer: nombre, hora y urgencia. Algo ha asimilado con éxito,

por fin. Esto decía la libreta:

—La señora madre, a las seis menos cinco. Llamará otra vez.

—La señora madre, a las seis y media. Llamará otra vez.

—La señora madre del señor, a las siete y cuarto.

—La señora madre, a las ocho y diez. Llamará otra vez.

—Han llamado y han colgado a las ocho y media, y a las nueve.

—La señora madre, a las diez menos veinte. Llamará otra vez.

Queda clara la pesadez endémica de mi madre.

Mariana se fue a descansar; yo tomé un yogur líquido y descolgué el teléfono

fijo, pues estaba segura de que mi «señora madre» cumpliría sus amenazas.

Tras

dar las buenas noches a Lucas me encerré en tu despacho, arrastrando con los pies una caja de cartón y varias bolsas entre los brazos. Miré la hora: eran las 22.50 de la noche.

Por la tarde había adquirido una fotocopidora doméstica para obtener copia

de los papeles que considerara cardinales. En el suelo distribuí una decena de carpetas de colores, a las que adherí una etiqueta: hoteles, movimientos bancarios, resguardos de gasolina, restaurantes, fotografías... En los próximos días me tocaba componer tu rompecabezas, pieza a pieza. Después, ya veríamos.

—El edificio hace esquina y converge en la plaza. Los pisos tendrían mucha luz porque está repleto de balcones. Son 465 metros construidos sobre idéntico solar. El bajo alberga dos tiendas y a eso suma tres plantas, además de una buhardilla.

—Dos casas por planta, imagino.

—Sí. Ahora alquilan la buhardilla aparte, pero si se une a un apartamento saldría un dúplex muy chulo. Vas a alucinar con el precio.

—¿Cuánto piden? —Algo ha empezado a agitarse dentro de mí.

—Están en 600.000, porque bajaron 65.000 la última semana. Estoy segura de

que si ofrecemos 525.000 nos lo quedamos.

Según doy forma a la transacción, una sacudida eléctrica me anima a

quitarme la chaqueta. Cuanto el trabajo se cuela en mi cabeza, disuelve la nostalgia de ti porque hoy te he echado de menos, no sé si mucho, pero sí demasiado para un solo día.

—Diseñaríamos tres apartamentos por planta de unos cincuenta metros y un

dúplex a todo trapo —esboza unas sucintas cuentas sobre un folio—. Podemos

venderlos a 175.000 los estándar y a 225.000 o 235.000 el de lujo. Calcula pues.

—¿La reforma?

—Entre 300.000 y 350.000. Manuel está a punto de llegar y pediremos su

opinión. Sería un lavado de cara, no vamos a apuntalar los cimientos. Tiene que

entrar por los ojos, de eso se trata. Muy mal se nos tendría que dar para no sacar

quinientos mil euros. Es un negocio redondo.

—¿La parte peliaguda?

Mi socia presiona la colilla contra el plato de cerámica sobre el que apoya una

planta del dinero que me regaló la abuela y cuyos brotes corren por la mesa, y

suelta el obstáculo que oscurece el negocio.

—Los apartamentos son alquileres de corta estancia, ya sabes, estudiantes,

inmigrantes... menos uno, el segundo derecha. Es la única vivienda de renta antigua que le resta al propietario, porque las demás se las ha ido quitando de encima; sin embargo, esta le trae por la calle de la amargura. —Lupe chasquea la lengua y se reclina cruzando los brazos sobre el cristal de la mesa, por lo que el

pecho reposa en ellos. No puedo evitar una mirada a sus tetas; con los años adoptan la apariencia informe de una mujer mayor. Instintivamente rozo las mías —. Conste que me apena esto que te voy a contar. La señora es una viuda sin hijos que ha vivido ahí desde que se casó, y se niega a marcharse porque le prometió a su marido que jamás abandonaría lo que él había construido con sus manos: los muebles. Están hechos a medida y encajan al milímetro en las

paredes. El destrozo de desmontarlos los vuelve irrecuperables.

—¿Le han ofrecido dinero?

—Y no poco. El dueño quiere instalarse en Marbella y mantener el inmueble

representa un engorro. Al parecer, la mujer es de esas personas que entienden que lo único que les queda por perder es la vida. ¿Qué piensas?

—Que con sentimentalismos no vamos a ningún sitio. ¿Tú? —indico.

—Todos tenemos un precio y siempre hay alguien dispuesto a pagarlo.

—¿Quién va a verla, tú o yo?

—¡Esa es mi Abigail! ¿Quién dijo miedo? ¡A hacer puñetas el cortisol!

Antes de esta conversación he visitado a Fermín, el director del banco de la inmobiliaria. Hablar de inversiones si tu patrimonio se columpia en el alero denotaría una gran temeridad.

—¿Todo bien?

—Todo genial —he respondido con falsa normalidad—. Necesito recuperar unos papeles de la caja.

A continuación, le he seguido por un pasillo situado detrás de los mostradores

de atención al público, hemos descendido un tramo de escaleras y él ha

abierto

con su tarjeta una de las dos puertas gemelas que esconden lo más valioso de la

sucursal. En el hueco de un trastero se refugian un puñado de cajas de seguridad

para clientes.

—Esto no puede durar siempre —ha anunciado serio, antes de dejarme sola.

—¿El qué?

—La inflación en las viviendas, tipos bajos, cada vez más suelo... Los

municipios se han vuelto locos convirtiéndose en urbanizables secarrales que no valen ni para vertederos.

—Son las reglas del mercado. ¿A ti qué más te da si lo que un banco quiere es

firmar hipotecas, cuantas más mejor? — Deseaba que se fuera porque empezaban a quemarme las manos.

—Un banco necesita *cash flow*, no inmuebles que a saber cuánto valen cuando entran en el supuesto mercado.

—¿Qué pasa? ¿Has discutido esta noche con tu mujer? Porque no veas si

estás turbio.

—¡Qué va! Ella es una bendita. Pienso mucho, a lo mejor demasiado. Tú y

Lupe guardaos de operaciones arriesgadas. Os aprecio.

Después ha atrancado la puerta y he escuchado cómo arrastraba sus pasos,

como si algo dentro le pesara todavía más que su mezcla de músculos y huesos.

Enseguida me he olvidado de él. Apenas he abierto la caja, he volcado su contenido y, tras contar el dinero, he respirado en paz.

Ahora, ni sueñes que no haberme
expoliado te libra de algo, Fernando.
Me

has robado algo peor: mi dignidad.

Minutos después, Manu y Lupe se cuelan
en mi despacho.

Manuel Ruano. Treinta y ocho años —
eso cuenta, pero creo que se quita

algunos—. Un metro noventa con
estilismo de Hackett y exquisito gusto

combinando colores; el mismo que pone
a disposición de las viviendas que

rehabilita. Luce una tupida barba oscura,

el pelo muy corto y se depila del cuello al tobillo. Lleva dos piernas de mujer tatuadas en la espalda —las de su madre cuando contaba veinte años—, y conociendo sus gustos sexuales presumo que

debe de ser lo más cerca que ha estado de unas. Lupe le llama Manuel, él insiste en que yo emplee Manu, lo que refrenda nuestro grado de confianza. No forma parte de nuestra empresa; no obstante, se ha convertido en un puntal en ella al encargarse de transformar lo ruinoso en vendible, o supervendible según su

juicio y nuestro presupuesto.

—¿Qué opinas? —soltamos las dos al tiempo, mostrándole las fotos del inmueble.

—Difícil encontrar un edificio en la zona con luz en varias fachadas —

resuelve tras un rato de escrutinio del material gráfico.

El resto de la mañana trazamos el plan de rehabilitación y apenas me quedo

sola, como si el teléfono tuviera clarividencia, empieza a vibrar una y otra vez sumando mensajes. Mi madre,

la tuya, Julia preguntándome si había descansado, la tintorería, y el último anulando el almuerzo: «Esto se alarga. Imposible comer

hoy, *sorry*. El 1 de marzo baja el Euribor. Nos quedaremos en el 2,090. Los bancos nos haremos de oro y tú también, muñeca. Ganas de verte. *Bye*.
»

Según releo el texto, contrariada por el cambio de planes, la campanilla de la

bandeja de entrada del ordenador me gira hacia él. El círculo azul señala un mail

tuyo.

Esbozo una media sonrisa crispada. Son las 13.42, las 7.42 en Chile, lo que quiere decir que has madrugado y tendrás que justificar a tu amante por qué envías mensajes a estas horas. Y esa es otra, ¿sabe ella que existo?

Abigail, amor, de imaginar que os iba a echar tanto de menos no hubiera

venido. Os recuerdo a cada paso. ¿Cómo está Lucas? ¿Pregunta por mí?

Estaba dando vueltas en la cama por el cambio de horario pensando en

escribirte, pero el ordenador no cogía red hasta ahora, y de repente me

siento bloqueado... Parece que me robas las palabras. Hace mucho que no

te digo cosas. Hace tanto que no hablamos como lo hacíamos antes. Como

al principio.

A veces uno tiene que perder su rutina para entender lo fantástica que es.

Bueno no me hagas mucho caso; tengo la cabeza embotada... Acabo de

decidir que no pienso releer lo que escribo, deseo que tú lo recibas tal y como me nace.

El hotel está bien; de ciudad, de esos impersonales que lo mismo podrían estar en Madrid, que en Berlín que en Vancouver. Voy a adjuntarte una foto en cuando se descargue la pastilla de la cámara. Por cierto es genial.

Gracias por regalármela, al igual que tantas otras cosas.

Mañana mantendré la primera reunión con la empresa; luego me desplazaré a sus viñedos y andaré en ruta. Anoche estuve mirando unos folletos, porque los han convertido en

destino turístico. Esta gente es lista,
de modo que tengo que ir con pies de
plomo, que no se figuren que llega el
español a darles sopa con honda.

El primer viaje será al Valle de
Casablanca, a continuación al de

Colchagua y luego partiremos hacia
Viña del Mar. Durante los

desplazamientos las posibilidades de
comunicarnos serán más escasas. Te

llamaré, amor, aunque no quiero
interrumpirte en el trabajo. Odio

convertirme en un marido controlador.

Voy a mandarte alguna foto. Abraza al bebé.

Te quiero.

Qué fácil es desmontarte, ¿cómo que «las posibilidades de comunicarnos

serán más escasas»? Deberías haber buscado una excusa mejor que dar a

entender que te encuentras en un país con tecnología del neolítico.

¡Bah! Pulso la tecla de borrado y me dispongo a salir porque he decidido liberar mi malhumor en el gimnasio.

Cuando estoy a punto de enfundarme la gabardina, escucho una nueva campanilla. Desde el correo anterior — fdavila@hotmail.es— remites la imagen de una avenida cercada por altos

edificios, en cuya margen derecha se dibujan las cumbres de lo que entiendo son

las estribaciones de Los Andes. «Estoy en la planta 7. ¿Bonito, verdad?» A este

correo le suceden dos más que incluyen sendas fotografías, donde viras la óptica

a la izquierda y al frente; nada de lo que te rodea en el interior. Del territorio amoroso de sábanas revueltas junto a

Orquídea Negra. Ni un indicio de que seas tú quien me añora y no una máquina programada para consolar con frases huecas

a las esposas engañadas.

En un arrebato lanzo la gabardina y el bolso al suelo, y me siento ante el teclado dispuesta a soltar la hiel que me lacera el esternón. Cuando llevo media docena de líneas incendiarias freno y me digo que estoy a punto de mandar mi

estrategia a la mierda. Porque sí, claro que tengo una estrategia, por supuesto que

tras el choque de trenes que es ahora mi

vida, y tras contemplar tanta

devastación alrededor, me reconozco una superviviente y como tal debo actuar.

Ahora decreto los tiempos de este juego perverso donde tú mientes y yo hago como que me lo trago.

De modo que borro lo escrito y empiezo.

Querido Fernando, qué alegría, acabo de recibir tu mensaje.

No tenerte cerca también es insufrible para mí. No pienses en nada más

que en tus proyectos, porque desde aquí yo reme en la misma dirección.

Te recuerdo a todas horas. He vuelto a ponerme el anillo y llevo uno de tus

relojes...

¡¡Oh, no!! ¡¡Qué bobada!! El reloj no; podrías figurarte que he abierto la caja

fuerte, he contado el dinero y he notado su falta; tengo que tachar esto también...

Y haciendo alarde de mi capacidad para mentir, comienzo de nuevo.

6

Tras la máscara

El resto del día no he dejado de pensar en las carpetas de colores que

diseminé anoche por tu despacho. Cerraba los ojos y estaban ahí, surcando la alfombra como lagartijas. Por eso he vuelto pronto a casa, me he dado un baño caliente y he seguido llenándolas.

Mientras examino tus papeles me siento como si ojeara a través de la

cerradura de un cuarto conocido que, de repente, resulta ser otro. He tenido que

derrochar nervios de acero y el esmero de una entomóloga forense para ir

analizando los resguardos bancarios y los extractos de las tarjetas de crédito, sin

derrumbarme a cada instante llorando sobre ellos. Cuando llevaba bastante

revisado, he llegado a la conjetura de que manejas dos contabilidades en

paralelo: una es la nuestra y otra, aquella que te permite sostener tu mentira.

A un lado, por tanto, estarían las cuentas bancarias de la empresa y la que

compartimos los dos; ambas, a partir de este vistazo, no presentan fallos y tus gastos en la tarjeta me parecen razonables: algún almuerzo con amigos, la mensualidad del gimnasio, ropa, gasolina... En el otro, media docena de

resguardos atestiguan la existencia de esa otra cuenta fantasma. Me ha

extrañado, eso sí, que se remontaran solo a las últimas semanas, pero barrunto que te deshaces de ellos apenas das por bueno su detalle. Aquí mi resumen, tras haberlos fotocopiado y revisado a conciencia.

—El lunes 20 de diciembre procediste a abonar un billete de ida y vuelta a

Santiago de Chile, en primera, mediante una tarjeta de crédito con cargo a la mencionada cuenta. Ese mismo día sufragaste una comida en el Parador de La

Granja por valor de 325 euros.

–El 22 de diciembre la tarjeta registra un cargo de 187,35 de Alfabia Flores y

otro de 520 euros en Loewe.

–El miércoles 12 de enero hay un gasto de 700 euros en la Joyería Rabat y varios pagos en El Corte Inglés.

–Viernes 21 de enero. Un ingreso en efectivo por importe de 2.400 euros en

la

sucursal de la avenida, la del estúpido director, con su insulsa cajera y sus narcotizados clientes.

—El jueves 27 de enero desembolsas 419 euros en la tienda Ekseption y al día

siguiente 186 en La Casa del Libro y 700 en Arte Madrid.

—El siguiente movimiento te sitúa el 8 de febrero en el Parador de Toledo donde

abonaste, además del almuerzo, una habitación. Total 480 euros.

—El último uso de la tarjeta es del

miércoles 16: una cena en Horcher por el respetable precio de 478 euros, fecha que recoge también un ingreso de 2.000, tal y como apunta el impreso del banco con los gastos de este mes de febrero.

Los de fechas anteriores apuesto a que los recibirías en casa, porque no verías

riesgo en que yo los encontrara sobre la base de que tú abres el buzón a diario.

El saldo hasta ese momento era de 5.327 euros.

En mi rastreo he dado con algunas facturas que acreditan

los pagos y en donde corroboro tu

afición a los regalos

suntuosos. Conmigo sueles ser más austero, claro que uno

derrocha más alegremente el dinero que no gana. Puede

que tu doble vida no comporte un atraco a mano armada,

pero sí una sinvergonzonería.

Me pregunto qué clase de coartadas urdirás para Orquídea Negra. ¿Le has

confesado que estás casado, o acaso eres un empresario del IBEX cuya

«apretadísima agenda» justifica tantas ausencias? ¿Piensas alguna vez, no ya en mí, sino en Lucas? ¿Te has planteado que mientras follas con tu amante, y tu mujer se desloma vendiendo pisos, tu hijo crece amparado por una desconocida?

Los nudillos de Mariana golpean la puerta del despacho. Me revienta saberla

pegada a ella, como si una no pudiera llorar a gusto, y empleo la manga para limpiarme la nariz y las mejillas antes de contestar.

—¿Qué quiere?

—Permiso. Es la señora madre de usted, que ha llamado dos veces —se

excusa alargándome el inalámbrico.

Su cara dice «atiéndala, porque no hay quien la aguante». También «la he

visto, no disimule».

—Tocaba limpieza para que no nos coman los papeles —me justifico sin

convicción.

Mariana suelda sus pies a la tarima. Los movimientos de sus ojos son

vertiginosos: del suelo a las carpetas, de

las facturas al sobre amarillo que estaba por abrir.

—¿No ha entrado esta mañana aquí, verdad? —pregunto desconfiada.

—Me ha ordenado que no.

—Claro, ya ve el lío que tengo.

A continuación me perfora con esa mirada oscura, casi negra, y en un palpito

sospecho que quizás haya visto antes lo que se desperdiga ahora por el suelo; que conoce qué es lo que guardan los cajones de tu mesa, los secretos de este

despacho...

—¿A qué espera, Mariana? —inquiero
—. Ya se puede ir.

Mientras atornilla los zuecos me acerco
el auricular —«Dime, mamá»—, lo
que no me impide oírla.

—A Lucas no, a él nunca consentiría que
le sucediese algo.

Y desaparece dejando dentro el mismo
frío que se lleva.

—¡Por fin! Ya está bien, hija.

—Te he avisado de que tenía lío, que te

llamaría en cuanto pudiera.

—Eso fue a la hora de comer y van a dar las nueve. ¿Y si a la abuela le diera

un infarto cómo te enterarías?

—Te podría haber dado a ti, no sé por qué tienes que poner siempre a la abuela en lo peor.

—¡Qué desagradable eres, Abigail! Cada vez te pareces más a tu padre.

¿Sabes algo de Fernando? —Mi madre suspira y yo me trago las ganas de gritar

—. Ojalá tenga suerte porque... qué pena da tantísimo talento desaprovechado...

además de que es un santo varón.

—¿Tú qué sabrás? —salto encolerizada.

—Todo lo que tengo que saber porque te he parido. ¡Anda, habla con tu

abuela! No sé cómo te las apañas para sacarme siempre de mis casillas.

«Tome, madre, su nieta —se la escucha mascar al otro lado del teléfono—. Si

no fuese por mi yerno y por mi nieto... Menuda estúpida se está volviendo con

eso de que gana cuatro duros. ¡Ale, ahí la tiene!»

—El que tenga oídos que oiga, el que tenga ojos que vea y el que tenga boca

que calle —sentencia a modo de saludo —. ¿Cómo estás, cariño mío?

—Bien.

Se suceden cinco segundos de mutismo y no es preciso adelantar más a

alguien tan intuitiva como ella.

—Hay tormenta —afirma.

—Un ciclón y estoy en el centro. Es la mayor decepción de mi vida.

—¿No es por el trabajo, a que no? Pues

ningún hombre se merece dos
lágrimas.

—¿Tampoco Xavier Cugat?

—¡Uy, niña! Ese sí hubiera valido la vida entera.

Sus palabras son cosquillas al oído que desatan una risa tonta. La abuela cuenta que un día soñó con convertirse en cantante pero qué iba a hacer ella en La Mancha durante esos años en los que no había más escenario que la era, ni otro libreto que el pregón municipal. Al parecer se enamoró del director de orquesta cuando escuchó los primeros compases de *Perfidia*, y tanto le gustaba

que me hubiese bautizado con su nombre completo, Francisco de Asís Javier — como llamó Rita a mi madre, por Rita Hayworth—, pero al nacer optó por Abbe

Lane, una de sus cinco esposas. Lo sucedido entre su deseo y mi DNI fue un diálogo de sordos con el funcionario del Registro Civil de Valencia, que no entendía a mi abuela al deletrear el nombre y terminó eligiendo el más parecido.

«Santo, el seis de noviembre», le dijo. Cuando ella comprobó el error se disgustó

muchísimo y yo pasé del espectáculo al

judaísmo.

—¿Quieres que sugiera a tu madre que vayamos a verte?

—No, abuela. Iré yo un fin de semana.

—¿Y cuando vengas cantamos para enterrar las penas?

—Claro —aseguro entre lágrimas—. Te lo prometo.

—¡Vaaa, ahora un poquito! —carraspea, y se lanza a entonar una de sus

canciones favoritas—. «Me lo dijo Adela, chachá, chachachá, me lo dijo Adela,

chachá, chachachá...»

Desde que murió Xavier Cugat, mi abuela le sufraga una misa anual en el

Santuario de Nuestra Señora de Oreto y Zuqueca y, como entonces, cada mes de

octubre sus conocidas acuden al funeral para acompañarla en el sentimiento

igual que si fuera su viuda.

—¡¡Pues no os ponéis a cantar!! —
recrimina mi madre, arrancándole el

auricular—. No sé quién tiene menos cabeza si tú o ella, Abigail. Luego le da por el tocadiscos y le sube la tensión.

—¿Quieres algo más? —espeto, fría.

—Pues sí. Verás que no se la puede dejar sola; a este paso cualquier día nos da un disgusto, así que voy poco a Valencia. Y...

—¿Adónde quieres ir a parar?

La oigo resoplar antes de soltarme su propósito.

—Quiero vender la casa de El Carmen, primero, y luego la otra.

—¿La otra? ¡¿Nuestra casa?! ¿La de la Malvarrosa?

—¡Nuestra casa, nuestra casa! —repite en tono burlesco—. ¿Acaso vas tú?

¿Acaso la necesitas para algo? No, ¿verdad? Tu padre me la dio a mí, así que puedo hacer con ella lo que me venga en gana.

Recordar el divorcio de mis padres me encierra en un puño de tristeza, porque tras veinte años de matrimonio su único afán fue dirimir el número de ladrillos que les tocaba a cada uno.

Ante mis protestas mi madre pone en marcha la rueda de las evasivas y yo desconecto. A continuación me acomodo

sobre la alfombra, activo el manos libres y deposito el inalámbrico a mi lado; a veces, al retomarlo minutos después, sigue dando vueltas al mismo tema sin percatarse. A causa de este movimiento sacudo involuntariamente un sobre amarillo tamaño cuartilla, y su contenido se esparce como polvo delante de mí. En su interior hay cinco fotografías de pésima calidad. En dos de ellas te sitúas en la segunda fila de un

plano general junto a varias personas, aunque es tan borrosa que cuesta

reconocerte. En otra estás sentado en una silla al revés, apoyando los antebrazos

en el respaldo, y juraría que ha sido tomada en el interior de una caseta andaluza

porque a tu espalda, diluidas, se acrisolan dos parejas componiendo el paso de una sevillana. En la siguiente un grupo de gente desconocida para mí pasea por una calle de albero, y en la última... todo empieza a arder.

—¿Me oyes, hija?

«Sí, claro», respondo a la voz de mi madre, incapaz de despegarme de ese primer plano donde besas a una mujer con labios en forma de corazón. La chica, de faz redonda, joven, pómulos prominentes, parece más baja que tú;

viste ropa

blanca y lleva un bolso colgando del hombro, al tiempo que recoge su cabello oscuro en una cola de caballo. Es mi rival, Orquídea Negra.

Un aullido estrangula mis tripas. Cuando supones que ya no encajarías más

dolor, de improvisto te penetra la punta del cuchillo por el ombligo y te desgarras.

No existe rodeo que pare este atropello, es mejor dejarse arrollar por la bestia

y, a continuación, encomendarse al diablo.

Estás lejos y al sur

Todo amor que se descuida está condenado a la infidelidad, incluso el nuestro,

que un día creímos invencible. Aun así no dejo de preguntarme qué ha sucedido

para que te retrates junto a otra mujer con una complicidad que nos pertenecía solo a nosotros. ¿El tedio, la costumbre? ¿Es cuestión de morbo? ¿Con cuál de las dos finges? ¿Será que ambicionamos lo que no tenemos y, en cuanto lo alcanzamos, dejamos de desearlo?

Lanzo mi munición contra Julia y ella languidece en el sofá, en pijama porque la he sacado de la cama, ya que no se me ha ocurrido otra cosa, pasadas las diez de la noche, que dejar a Lucas acostado, la menestra enfriándose sobre la mesa, y venirme a su casa para compartirle la fotografía. Ella ha tomado el papel entre las pinzas que formaban el índice y su pulgar, como si analizara una maloliente boñiga, arrugando la nariz y tensando los músculos del cuello igual que lianas.

—Ahí tienes la respuesta —sentencia

tras retornar de la cocina con una tisana de melisa y tila—. Según esto se conocieron en España, en Sevilla. No sé, quizá

tengas razón y se trate de una guía turística como temías. Dios te lo ha mandado

para calmarte. Ya está. Déjalo.

—No me cuentes pamplinas ni me hables de Dios, porque si existiera no toleraría este castigo.

—No seas melodramática, no eres la primera mujer cuyo marido le es infiel.

Castigo es una enfermedad. O los problemas con los que trato a diario.

Vale, sí, está en lo cierto. Estoy bordeando la histeria, pero atemperar mi reacción no cambia nada.

—No rebusques más, no insistas — prosigue—. Párate y medita cuáles son tus

sentimientos antes de tomar cualquier resolución. Con la mano en el corazón,

¿cómo te sientes?

—Engañada, decepcionada, despechada. Estoy furiosa.

—¿Y qué necesitarías para que esa ira se apaciguase?

—Saber. Saberlo todo.

—Saberlo todo —repite. Sé que está utilizando un interrogatorio básico en

terapia y me dejo—. Sé sincera: ¿qué te gustaría que pasase ahora?

—¿Que se muriera esta imbécil? —La luz filtrada a través de la tulipa de una

lámpara rebota sobre Orquídea Negra—. ¿Que le diera un infarto a Fernando

mientras se la folla? Porque esa es otra, ¿sabes que le he pillado una caja de

pastillas al fondo de un cajón?

Julia inspira según se distienden las aletas de su nariz. Se da cuenta de que no

sirven sus estrategias.

—¿Desde cuándo necesita química, eh? Va a cumplir 42 años, ¿qué hace

metiéndose esa porquería? ¿Para qué? ¿Para aguantar como un campeón? ¿Qué

pasa? Que la tía es más joven, ¿no? De eso se trata, de emular a un veinteañero.

—La sexualidad masculina adolece de fragilidad, deberías saber que a veces

es peor el miedo a fallar que el fallo en sí mismo.

—¡Vete a la mierda! No te soporto en plan psicóloga.

Me revienta que me adoctrine y, al sacudir los brazos vuelco la taza, la cual derrama la infusión sobre la mesa. Un hilillo dorado serpentea la madera en dirección a la foto.

—Me has preguntado qué me gustaría que pasara... —arranco, superada— ...

y sería despertarme hace una semana como si no hubiera sucedido nada. Eso me

gustaría. Por mi hijo. Por mí.

Cuando giro la cabeza veo a Julia limpiando la fotografía; me exaspera su corrección.

—Toma, se había mojado —dice depositándola entre mis manos con sonrisa

lastimera—. La herida empieza a cicatrizar cuando la entiendes, Abigail, por eso

solo tienes dos caminos: o admites lo que ha pasado, perdonas y continúas adelante, o prepárate para saltar del tranvía. Seguir horadando en ella sin intercambiar ni una frase con Fernando

es masoquista.

—No quiero hablar con él. No hasta que no sepa qué hacer con mi

matrimonio... Si por lo menos trabajase...

—¿Qué quieres decir?

—Que depende de mí y me debe honestidad.

—No entiendo por dónde vas.

Lo que voy a declarar suena prejuicioso, aun así, los sostengo.

—Tú sabes que la nuestra no es una

relación normal y se sustenta en un pacto tácito donde están cambiados los papeles. Si ganase el dinero que ha gastado tendría un pase, pero se está dando la gran vida a costa de lo que yo facturo.

¡Maldito desgraciado!

—Según tú, quien asume el cuidado doméstico debe comprometerse a una

fidelidad que para la otra parte no es exigible, ¿cierto?

—¡No he dicho eso!

—Sí lo has dicho. No te juzgo, pero tu

argumento concuerda con el de esos

hombres que razonaban tener queridas por ser los «proveedores» de su hogar, mientras sus esposas aguantaban sin rechistar en pago a ser «mantenidas». Tú y Fernando estáis en las antípodas de estas relaciones. No piensas lo que dices, Abi. Estás improvisando.

Desgraciadamente, no, y la decepciono porque soy peor persona que ella.

Siempre fue así. A mi amiga le tocó el cupón de la honradez en la feria de la vida

y a mí, el de la astucia.

Hay cosas de ti, Fernando, que me carcomen tanto como para perder la razón.

Supongo que todo se desencadenó cuando abandonaste la empresa familiar

una decisión con la que jamás estuve de acuerdo—, activando una bomba de

relojería. Hasta entonces Dávila&Wilkins —la consultoría que fundara tu padre

junto a su amigo Spencer Wilkins— nos amparaba bajo su paraguas de

seguridad, pero te obcecaste en

demostrar que en solitario podrías llegar lejos.

Tu salida sucedió al poco de nuestro sexto aniversario, objetando que los

grilletes de tu apellido no te dejaban volar. «No nos dejan volar», utilizaste el plural. Además te avergonzaba residir en un piso prestado por tus padres. «A tus hermanas también les dejaron uno cuando se casaron», alegaba yo, pero tú

insistías que te resultaba degradante. Empezaste a odiar la ingeniería; aducías que carecías de vocación, pues la cursaste por no decepcionar a tu padre ni contradecir a tu madre. «¿Qué quieres hacer?», indagaba cuando surgía el

tema.

«Mi verdadera vocación es el arte.»
«¿Pintar, esculpir...?» El *arte*, y de ahí no salíamos. Durante unas semanas te dio por rumiar que contactarías con tus amigos del «Colegio Maravillas» para poner en marcha no sé qué proyecto

peregrino. Un día fuiste al bar donde os reuníais, El Labra, enfrente de

«Chicote» en la Gran Vía, y cuando lo encontraste cerrado te derrumbaste. Ni si

hubieran estado para ti.

Pobre Calimero. ¿Te acuerdas de aquel

dibujo animado de nuestra infancia?

¿El pollito negro de ojos azules que sufría las mil adversidades de una vida ingrata y repetía sin cesar «es una injusticia, amiguitos»? Estás abducido por su espíritu bobalicón y ese desamparo que a veces me infundía ternura, ahora me asquea.

—¿Crees que una nómina disminuiría tu daño? —insiste Julia—. Fernando

quiere... encontrar un trabajo que le haga feliz y no ganar dinero por la dictadura

de tener que ganarlo.

—Estamos muy cansadas, mejor lo

dejamos.

Siento que el apartamento va menguando hasta transformarse en una

claustrofóbica caja de muñecas; necesito marcharme porque un minuto más aquí

y estallo en pedacitos infinitesimales. Irse de algunos lugares es cuidarse; alejarse en el momento oportuno, una sabiduría.

Una vez en casa subo el termostato antes de introducirme en la cama. Lo que

daría esta noche por un abrazo, ya que, si bien no solucionan los problemas, sí

que te llenan de energía para encararlos.

Entre las sábanas ruedo de tu lado al mío y del mío al tuyo, porque la ausencia que peor se lleva es la del cuerpo del otro. Mientras intento que me venga el sueño echo un vistazo a los mensajes que todavía no he respondido, y descubro unos cuantos firmados por Carlota.

18.35 «¿Estás ahí?»

18.55 «*Hello, Darling.*»

19.27 «Andas *missing*, ¿qué te pasa?»

20.01 «¿No te habrás enfadado por lo de la comida? Menudo lío en el banco.

Ya te contaré.»

20.47. «¿Cenamos el jueves? Lo he arreglado todo. Di que sí.»

«Sí», he escrito y lo he enviado. No pedía más.

Es imposible no mascar la bancarrota de mi matrimonio. El desengaño

amoroso no se conforma con romper el corazón, porque tiene el poder

esclarecedor de un cristal de aumento sobre las miserias de tu vida. Se esfuma el

amor, y tu trabajo se vuelve ruin. Tu

físico, sometido antes a una disciplina heroica, de repente recuerda lo que es: un cuerpo que va cumpliendo años. Tu vida social se disipa. Tu pundonor desciende al barro. La traición del ser amado no deja títere con cabeza.

Desazonada, cojo por enésima vez la fotografía tratando de detectar en ella algo que me hubiera pasado inadvertido antes. La dejo. La vuelvo a tomar, aproximándola ahora a la luz. De pronto el bombeo de la sangre bajo mis sienes se atropella. Sé que es solo un presentimiento abriéndose paso a codazos entre decenas de ideas, pero debo darle una oportunidad; por tanto, salgo de la alcoba envuelta en una

camisa tuya y me encierro en tu despacho tiritando de frío y de miedo.

Despliego el resto de las fotografías sobre la mesa y bajo la luz del flexo las cotejo. ¿Y si, como sostiene Julia, la realidad carece de neutralidad y lo que presumimos inamovible esconde una percepción subjetiva? Ahora vemos una cosa, pero virando el ángulo, descubrimos otra.

Durante esta tarde no reparé bien en las fotos del grupo porque dada su ínfima calidad cuesta diferenciar los detalles.

Empleando la lupa, doy con Orquídea Negra en una de ellas, y tras de sí se sitúan varias personas —incluido tú—, la mayoría vestidos de corto. En efecto la mujer lleva una blusa blanca, pero de su

hombro no cuelga un bolso sino una chaquetilla oscura. Ahí mi error. A pesar de

permanecer en cuchillas se advierte que viste una falda, larga, y botas camperas.

Y su perfil delata la existencia de unos claveles en su cabello recogido.

Nadie que no haya nacido en el sur luciría ese atuendo sin sentirlo un

disfraz.

Por tanto... esa mujer... no es chilena, no es Orquídea Negra.

Un espantoso dolor de estómago me precipita hacia el baño.

8

Una espera insensata

—Tranquila, Lupe. No te hagas mala sangre; los adolescentes son así.

Mi socia se disculpa a través del teléfono. Normalmente muestra un

autocontrol admirable salvo con asuntos relativos a sus sobrinos, en cuyo caso se

transforma en una cámara que pierde el foco. Al parecer el mayor de sus

ahijados no metaboliza el duelo por la pérdida de su madre y en vez de

lágrimas

le brotan puñetazos a mansalva.

—Temo que lo expulsen... ¿Dónde encuentro yo un instituto decente a estas

alturas de curso?

—¿Por qué lo van a expulsar? No deja de ser una chiquillería, como si fuese

nuevo que los chavales se calentaran de vez en cuando.

—El problema es que ha ido a meterse con el más melindroso de la clase. Sus

padres son abogados y han dicho al

director que van a interponer una denuncia

por *bullying*.

—¡Vaya por Dios!

—Le conozco, Abigail, tiene mal pronto, pero es un buenazo. ¿Qué iba él a acosar a nadie?

De seguir así terminará sentado en ese aséptico despacho de hospital donde Julia remienda los descosidos prematuros.

Es jueves, sexto día sin ti, y me encuentro tratando de atemperar a una mujer

desbordada y a punto de entrevistarme con otra encabezonada. Mi procesión va por dentro.

—Mira que me joroba dejarte sola en esto —insiste Lupe—. Antes de soltar un improperio cuenta hasta veinte, que la diplomacia no es lo tuyo.

—Yo también te quiero. Me lo tomaré como una aproximación y después entras tú en escena, ¿te tranquiliza eso?

—Bastante. Nos jugamos mucho. —Y cuelga.

Nos jugamos mucho, porfío dentro del coche, mientras aguardo a que la señal de tráfico vire al verde y lo haga también mi vida, entumecida en el impás de espera de un semáforo.

En el cajón de los teléfonos anoche aparecieron dos libretas Moleskine , una lineada y la otra en cuadrícula. Esta última es una especie de diario sin cronología. Frases sueltas aquí y allá para cuya lectura necesito fortalecerme. De hecho en una de las páginas encontré una cuadrícula con nombres de mujeres y

corazones en sus escaques. La arranqué, ya que sospecho lo que significa, y

quitándola de en medio evitaba la tentación de ojearla, porque me mortificaría.

Que te recrees puntuando tus encuentros sexuales es de adolescentes y me

resisto a creerlo; prefiero concentrarme en la agenda lineada, donde distribuyes

un puñado de direcciones y números de teléfono en páginas aleatorias. Me

resulta increíble que recuerdes a qué corresponde cada uno, ya que lo mismo podría tratarse de una información de interés que apuntas deprisa y corriendo, como de un contacto para algún proyecto, el amigo del amigo de un

amigo...

Con suerte, alguno me llevará a una de esas dos mujeres que componen tu tramposa historia.

Una vez que dejo el coche en el p arking, camino hacia la plaza de Lavapi es

por unas calles adoquinadas donde el *tac-tac* de mis tacones rivaliza con la bulla del barrio. No s e si podría vivir aquí, porque si bien evoca a la jaranera Valencia donde crec , los humanos nos acostumbramos al escalón superior y descender

cuesta una barbaridad. Tras las lluvias,

Madrid se ha despertado con el cielo límpido y un suelo helado.

El edificio no exhibe nada que anuncie su venta. Mejor, la competencia

adultera los precios. Antes de acceder a él aplaco mi mal cuerpo con una manzanilla en un barucho donde unos jubilados diluyen el tiempo en sus cafés. A su lado unos travestis con sus armas de guerra —faldas mínimas y escotes largos

— se encaraman a la barra pidiendo bebidas energéticas, aunque los agostados viejos ni las miran. Supongo que las ignoran porque las tendrán más vistas que el tebeo, considerando que a

los hombres os cautiva la novedad: de adolescentes perdéis la cabeza por la recién llegada a la pandilla y de adultos os atrae el último fichaje en la oficina.

A pocos metros del inmueble admito que necesita más que un lavado de cara.

Superado el portal asciendo por unas escaleras de consumidos peldaños hasta el

descansillo de la segunda planta y aprieto el timbre de la derecha. A mi alrededor

una mansedumbre inusual en este barrio me confirma que el propietario ha

concluido la tarea de acoso y derribo a sus inquilinos. A todos menos a ella: Micaela Pellejero.

—Soy yo, ¿qué quería? —contesta entreabriendo la puerta.

—Mi nombre es Abigail Torres, de AT Proyectos Inmobiliarios —me

presento colando mi tarjeta entre la jamba y la hoja, cuidándome de no

mencionar cargos que la abrumen—. Ha hablado con mi compañera Guadalupe

y habían concertado una visita a esta hora.

—No les va a servir de nada.

—Ella ha tenido un problema familiar y se lamenta de no estar aquí —prosigo

como si su impertinencia no fuera conmigo—. Los sobrinos a veces dan más

quebraderos de cabeza que los hijos.

Se mantiene callada unos segundos antes de desplegar la puerta.

—¿Usted tiene hijos? —no conversa, dispara sílabas como balines.

—Uno y mi trabajo me ha costado.

—Un error. Entre, tiene cinco minutos. Los mismos que me comprometí con ella así que aproveche el tiempo.

Echa a andar por un angosto pasillo en dirección al foco de claridad del fondo. La sala posee dos balcones a la plaza y un muestrario de filigranas en madera tapizando las paredes.

—¡Qué belleza! —miento, mientras paseo las yemas de los dedos por un escritorio encajado dentro de una boiserie.

—Le importa un pijo lo que está mirando. Abrevie.

Cuento mentalmente hasta cinco. No anda mi paciencia para pruebas, pero si pienso en el negocio que la exige la encuentro bajo las piedras.

—Entiendo lo que supone para usted mantener en pie esta obra de arte. Mi compañera me ha explicado que...

—¿La lista de su compañera le ha dicho que de aquí no salgo si no es con los pies por delante?

—Mujer, no diga esas cosas. No mienta al diablo —recurso a las frases de la abuela, a ver si empatizo con ella.

—A veces la única forma de salirte con la tuya es muerta.

—La vida es cíclica y tras un final llega un comienzo inesperado.

—¡Déjese de monsergas! La vida es una mierda y punto. Vaya terminando que es gerundio.

—Micaela, debe escuchar la oferta que vamos a proponerle antes de tomar una decisión.

—¿Cómo dijo que se llamaba?

—Abigail.

—¡Menuda putada le hicieron sus padres! ¿Les habla?

—Fue una idea de mi abuela, la mujer...

—Abigail —zanja de un plumazo—. Usted tiene nombre de culebrón y, si me

perdona, aspecto de puta cara... pero eso no quiere decir que sea mala persona,

así que no sé qué cojones hace convenciendo a viudas para que abandonen sus

pisos. ¿Dónde pretenden meternos? ¿En asilos? ¿En loqueros?

Esta vez llego hasta veinte. Estoy

sufriendo un aguacero inmerecido.

—Me temo que nos malinterpreta.

—No hay que ir a la universidad para saber qué buscan. Me he informado,

tengo un contrato y se acabó.

—No lo ponemos en duda. A pesar de los trabajos de su marido esta es una

vivienda con limitaciones. Podría acceder a una mucho más digna.

—¿Dignidad? ¿Qué sabrá usted? Esto es un santuario, aquí cristianamos un

amor. Aquí he idolatrado a un hombre

hasta perder la razón.

Doy fe. A ver cómo mejoro su declaración.

—Los recuerdos se guardan en el corazón, Micaela —sueno tan vacua que me

sonrojo al escucharme.

—De aquí no me muevo —pronuncia despacio.

—Bien, mejor dejarlo por hoy. Volveremos a llamarla.

No tiro la toalla solo la guardo y, por lo menos, no me contradice. En su lugar

pasa por delante de mí anudándose la bata y enfila el pasillo. Al salir reparo mejor en ella: las canas clareando entre el tinte color berenjena, la cara ancha, mandíbula cuadrada y nariz algo picuda, los ojos amarillos y escarchados. Su piel, convertida en un enjambre de finísimas arrugas.

—Si me encuentro una rata en el felpudo, regueros de cucharadas, a mi gato

muerto o una avería en las tuberías sin venir a cuento, no paro hasta hundirles la

vida y el trabajo —amenaza antes de cerrar la puerta.

—Creo que usted ha visto muchas películas.

Algunas palabras vienen tan cargadas de intención que, apenas se pronuncian, dan la batalla por ganada.

En el aparcamiento, sentada en el coche, contemplo mis rodillas. La falda

asciende un palmo por encima y los muslos se entrevén tensos bajo las medias.

¿Será cierto lo de «apariencia de puta cara»? En otra situación me hubiese defendido atacando; sin embargo, cualquiera no se mordía la lengua con el

dinero que mueve esta partida. Examino mi rostro en el espejo retrovisor y no encuentro nada estridente: máscara de pestañas, color en las mejillas, un tono natural de labios... El pelo aseado en una coleta baja y un sastre color piedra de corte masculino. Creí que mi indumentaria infundía solvencia y ha resultado una

bomba de implosión.

Me confieso aturdida. Mucho. E incapaz de resumir a Guadalupe la visita sin

el pesimismo con el que se ha saldado.

Entonces extraigo del bolso tu libreta y repaso los números, como si la

combinación aleatoria de cifras ocultara un código velado y dependiera de mi sagacidad dar con él. Releo las direcciones. Puesto que una está relativamente cerca resuelvo acercarme hasta allí. Callejeando accedo a la glorieta de Embajadores para orientarme hacia el paseo de las Acacias, una avenida cuyo aspecto ha cambiado sobremanera en los últimos años. Ahora edificios del siglo pasado cohabitan con urbanizaciones de desahogados jardines y un vecindario

rejuvenecido. Estaciono frente al número que has signado en un círculo rojo y que me resulta vagamente familiar, ya que igual he realizado

alguna transacción en él. O puede que esta ciudad, que se tabica en todas las direcciones posibles,

no dé tregua a la originalidad y condene a sus construcciones a una apariencia estándar.

Estuve en ti antes, aunque acabe de conocerte. Alguna vez me dijiste esta frase. De repente me brota la sensiblería en mitad de la debacle, no tengo remedio.

¿Qué significará esta dirección señalada en rojo en la anarquía de tu libreta?

Mientras recapacito en ello permanezco en el coche, sin atreverme a desayunar

nada sólido para no excitar al dragón de las náuseas, y sin dejar de otear la cancela exterior que atraviesan una mujer con ropa deportiva, un joven llevando unos libros... hasta que un mono azul me confirma que acaba de aparecer el portero. Salgo del coche, cruzo temeraria, y le asalto sin tener claro qué voy a demandar de él.

—Buenas... ¿sabe si los propietarios del Bajo E del portal 12 están en su domicilio? —repito la dirección de tu libreta.

La mirada del trabajador me taladra el escote antes de volver al cubo de la basura.

—Ahí tiene los telefonillos.

—He quedado con ellos, soy de la agencia de seguros y...

—No me cuente su vida.

El portero desaparece tras la puerta, que se cierra con un quejido metálico.

Segundos después una pelirroja franquea la entrada.

—Disculpe, ¿en el portal 12, en el Bajo E, hay una empresa de reprografía o es un domicilio particular? Estoy perdida.

—Ni idea, soy nueva aquí. ¡Lo siento!
—divulga al viento, calle abajo.

De continuar así gastaré la mañana en balde en la primera dirección que

decido investigar. Dudo si presionar o no el portero automático y, finalmente, escucho el escueto «¿Sí?» de una voz femenina a través del interfono.

—¿Maribel? —improvisó el primer nombre que me viene a la cabeza—.

¿Eres tú? No recuerdo si anoté bien tu número.

La mujer no dice nada, y me obliga a continuar.

—El caso es que juraría que escribí portal 12, bajo E.

Al cabo de unos segundos se abre la puerta lo que desliga un mínimo nudo;

no obstante, dentro de mí guardo una buena colección.

La urbanización la forman dos edificios en uve en cuyo vértice se sitúa la letra E, menos expuesta al trasiego de gente que las precedentes. El espacio central está ocupado por una piscina, zonas deportivas y una vegetación bastante frondosa. Puesto que a los bajos se accede desde el jardín, y no a través del portal, emprendo la senda izquierda recitando el abecedario hasta mi

destino: una puerta de color verde, en consonancia con el herraje perimetral.

Custodiándola se levantan un par de ventanas con las persianas medio echadas.

El timbre es una campanilla de ecos orientales. Al poco noto que alguien

curiosease por la mirilla antes de abrir, lo que hace una mujer de decolorado cabello corto y ojos ahumados. La calculo mayor que yo, aunque su apariencia juvenil intente redimir su edad.

—¿Maribel? —pregunto—. ¿No vive aquí?

La mujer me escruta desconfiada.

—¿Ha quedado con ella?

También es suerte la mía elegir un nombre al azar y dar en la diana. Me pone

nerviosísima que aparezca una tal Maribel detrás de la mujer.

—Bueno... Sí, claro... o mejor... yo venía...

—No está. —Cierra de golpe.

En este vecindario son expertos en plantones. Retrocedo unos pasos y me

apoyo contra la pared, descorazonada porque ni yo sé lo qué busco. ¿Acaso a las

otras? ¿A tus amantes? ¿Pero cómo iban a estar aquí si una de ellas,

supuestamente, es andaluza y la otra está contigo en Chile? ¿Y si este sitio careciese de misterio alguno porque en él residiese alguien perteneciente a nuestro círculo... que sé yo, un conocido de tus padres o...? Escucho un portazo a mi espalda y segundos después una señora me rebasa tratando de desplegar con

poco tino un carrito de la compra. Yo me lanzo tras ella en un impulso.

—Perdón, ¿en aquel bajo... vive...
Maribel? Maribel... ¿Ramírez?

La vecina frena en seco. Se gira y achina los ojos antes de replicarme.

—¿Por qué no se van ustedes a joder a su casa? Este es un lugar decente.

—No, no... no la entiendo .

—Claro que sí y demasiado bien. Ignoro si lo hacen ustedes por dinero o por

vicio, pero aquí viven niños. Y familias. Y gente de bien. Que una cosa es estar

al tanto con los recibos de la comunidad, y otra, tolerar esos

tejemanejes. ¡Se nos

hincharon las narices! Mucho trajecito, mucho trajecito, pero será tan zorra como las demás.

Otra que se despide sin la menor regla de cortesía. Hoy me han llamado furcia

dos veces y aún no hemos llegado al mediodía. Tengo un conjunto de motivos para sentirme furiosa y solo uno para avanzar por encima de cada obstáculo que trate de frenar mis pasos: que nadie resuelve por ti lo que tú no eres capaz de afrontar. Por tanto rescato mi cartera del bolso y extraigo de ella un pedazo de cartón.

—He quedado con este hombre —digo
tras golpear la puerta de nuevo e

introducir por debajo tu fotografía.

La madera se despliega de inmediato.

—Normalmente llama él antes —aclara
la mujer del pelo decolorado.

9

Sin lágrimas ni amor

Me encuentro en una habitación gobernada por una cama circular, a la que se

ciñen unas sábanas negras segmentadas por cojines bicolores. Todo el espacio es

un damero en blanco y negro que, extrañamente, no resulta frío. A los pies se sitúan dos descalzadores curvos tapizados en una imitación de cebra, en los que me siento apenas entro. Enfrente, un espejo asciende pared arriba

rebasando el ángulo del techo y, bajo él, sobre un aparador, reposan una champanera y una bandeja con frutos rojos que no pienso tocar.

No detecto ninguna ventana exterior, por lo que la única iluminación la

suministran unos focos indirectos, a los que se suman dos lamparillas a ambos lados de un cabecero ilustrado con figuras africanas que me recuerdan a los dibujos rectilíneos de la «Cueva de los nadadores», de *El paciente inglés*, quizá porque la historia de ese amor quebrado me atravesó el corazón y siempre tendemos a evocar aquello que nos emociona. Fijándome bien compruebo

que se

trata de posturas eróticas.

Transcurrido un rato continuo sentada en el escabel, porque me causa

aversión tocar cualquier objeto, como si lo creyera contaminado. Como si el amor adúltero fuera una plaga que se inoculara en cuanto bajas la guardia.

Prefiero reparar en ellos a través del espejo, fabulando que se encuentran en un

mundo paralelo al mío. En cierto modo la física cuántica augura que todo

acontece a la vez —lo bueno, lo malo, la fortuna y el desastre—, pero en diferentes dimensiones.

Parte del espejo oculta la puerta de un aseo alicatado en una imitación a mármol negro, dotado con cabina de ducha, lavabo, inodoro y bidet. No sé por qué en la mayoría de las viviendas se tiende a prescindir del bidet cuando desempeña su papel en el intercambio amoroso. Si bien las parejas estables tienden a permanecer abrazadas tras el coito, sin la urgencia de lanzarse en busca del sanitario, las infieles urgen a lavarse de inmediato en la idea de que el agua

les purifica no solo los genitales, sino la mala conciencia. Visto que la existencia del bidet delata el grado de compromiso, empezaré a valorar la estabilidad sentimental de quienes habitan las casas curioseando sus cuartos de baño.

¿Recuerdas la anécdota que contaba tu padre sobre el Liceo de Barcelona? Él comentaba que en los antepalcos se instalaron bidets, ocultos entre cortinas, pues los propietarios de los palcos solían acudir acompañados de sus queridas, con las

cuales mantenían relaciones durante la función, e incluso, a veces, sus mujeres

e

hijos permanecían ignorantes en el patio de butacas. «Querida» suena rancio

¿verdad?, aunque acaso la palabra contenga mayor respetabilidad que la de

«amante», puesto que, desde lo textual, «querida» enfatiza la voluntad de amar y

la capacidad generosa de quien lo hace, frente a la pasividad de quien recibe el

afecto. En todo caso, la sexualidad humana es tan frenética que nos convierte en

monos lujuriosos.

¿Cuánto tiempo llevaré aquí dentro? Y, sobre todo, cuánto más pienso

permanecer considerando que no meditaba lo que hacía cuando seguía sin

rechistar a la mujer del pelo platino hasta esta habitación. Antes me había dirigido a una abreviada sala decorada con un banco corrido en piel blanca, donde me instó a esperar unos minutos. «¿Esperar a qué?», pregunté para mí.

—¿Le apetece tomar algo? —propuso antes de cerrar la puerta.

—Una manzanilla.

—Solo tenemos vino blanco.

—Me refiero a una infusión —aclaré, y ella me escrutó como si fuese una

lunática recién descendida al planeta Tierra.

Entonces me dio por contemplar si mis náuseas podrían enmascarar un

embarazo, cosa harto improbable porque, tras años de intentar ser padres,

concebimos a Lucas por medio de un tratamiento de fertilidad que nos dejó exhaustos a los dos, así que dudo de estarlo de forma natural en el peor momento de nuestra biografía. Aunque a veces la vida es así de puñetera. Te enfrenta con

tu destino cuantos más miedos te cercan y menos armas tienes para doblegarlos.

Por último, la mujer indagó si prefería esperarte allí o dentro. ¿Dentro? ¿Qué

coño es dentro?, discurrí. Lo entendí al instante: estaba tanteando si prefería esperarte sentada en plan mojigata o abierta de piernas en la alcoba. «Dentro», señalé, y abandonamos la sala cuando una luz en la puerta se tornó verde; un reflector igual al que luce ahora en color rojo sobre el dintel de la de entrada a la alcoba.

Siento que del mismo modo que algunas personas, aunque se marchen, se

quedan prendidas a nosotros algo de ti
persiste en este lugar, de ahí que resulte

un infierno imaginarme a otra mujer
bosquejando con sus dedos el mismo

recorrido en tu piel que realizo yo. ¿Con
cuál de ellas te has tumbado en esta
cama? ¿Quién llegaba primero a la cita?
Suponía que los amantes frecuentaban
hoteles o contaban con la clandestinidad
del apartamento prestado por un amigo

cómplice; no hubiera sospechado la
existencia de pisos que alquilaran
cuartos por horas en el corazón de una
urbanización respetable. Una casa de
citas. No existe eufemismo que
amortigüe la laceración de una

infidelidad.

Hace un par de minutos que la luz interior ha virado al verde, e ignoro si eso

indica que tengo vía libre para salir sin cruzarme con nadie, o advierte que la puerta podría ser franqueada en cualquier momento. O las dos cosas. Tampoco sé si este «semáforo del sexo» se activa desde dentro —en cuyo caso habré tocado un botón inadecuado—, o por fuera. Por otra parte parece natural que la rubia se pregunte por qué no llegas y ahí empezará a sospechar.

De repente me atenaza un frío repentino, seguido de ganas de orinar, algo que

me repugna hacer en este lugar. A mi pesar me dirijo al baño y una vez allí, en el

espejo, asoma una mujer de piel cuarteada y mirada tristísima. No soy yo, pero sí

la persona en la que empiezo a convertirme.

La psicología informa de cómo estragan los disgustos, del modo en que las pesadumbres avejentan a quien no sabe gestionarlas en el plazo convenido. He contemplado rostros tersos como una manzana llenarse de arrugas de la noche a la mañana tras llorar la muerte de un hijo, hombres encanecidos después de

perder su trabajo, ancianas prematuras porque descubren que el marido ha huido junto a su secretaria. Teniendo en cuenta que la gente muere de pena, de amor,

de miedo y de envidia, vivir representa un riesgo; ahora bien, de existir heridas

insuperables, no consentiré que la mía sea una de ellas.

Tras recomponerme me encamino a la puerta y giro el picaporte. A un metro

de la misma me sobresalta la figura de la mujer del pelo platino, quien me invita

a escoltarla unos metros hasta confluír en otra sala de espera, distinta a la primera.

—Lo siento, estoy desolada —improvisó—. Me ha mandado un mensaje

diciéndome que le es imposible venir.

—Tranquila —atempera ella—. A veces pasa. Bryce Echenique escribe que

los amores, como los barcos, no siempre coinciden en su tiempo de llegada al atraque.

Aguantar los devaneos poéticos de esta celestina es demasiado. Quiero

esfumarme de esta cloaca lo antes posible.

—¿Qué le tengo que pagar?

—Nooo. Él se encargará de eso.

—¿Él...?

—Él.

—Quizá debería hacerlo yo, ¿no?

—Está correcto. —Su mirada se congela por encima de mi cabeza, donde

imagino otra luz verde—. Ahora tiene que irse.

Escurridiza, abre una puerta que converge en el exterior de la vivienda.

—¿Ha sido la... primera vez que no llega? —trato de balbucir como haría una

amante despechada intentando obtener alguna información más.

—Que tenga un buen día —pronuncia cortante la rubia.

Un terremoto me acompaña al coche y sus réplicas se alternan mientras

conduzco por la Castellana barruntando que frecuentas ese recinto más de lo sospechado y que esas dos mujeres,

quizá, no sean las únicas. Al alcanzar Embassy5 dejó el coche en doble fila y pido un sándwich y una tila doble en la cafetería. ¿Cuánto llevas haciendo esto? Necesito saberlo tanto como respirar.

Pasados unos minutos, saco la libreta del bolso, elijo al azar un número y lo

marco, aunque cuelgo de inmediato. La ansiedad es un bucle de pensamientos corriendo más deprisa que la vida, lo leí en algún libro y ahora doy fe de ello.

Anhelante, busco a mi alrededor una boya y la descubro al final de la barra, donde reconozco un teléfono de fichas usado hace años en los comercios; se trata de una reliquia difícil de encontrar

que conserva este establecimiento.

—Una fatalidad —susurro al camarero —. No sé qué me ha sucedido con el

móvil y me urge realizar una llamada. Si pudiera utilizar su teléfono... les abonaría...

—Claro, señora. Yo le facilito uno — dice antes de entregarme un

inalámbrico.

Es imprudente utilizar su número, pero mi paciencia se ha esfumado.

Empiezo por el 608 que adjudicas a un lugar en la zona de Princesa; cuento seis

pitidos antes de que se active un contestador sin mensaje. A continuación tecleo

otro número y al primer timbrado salta una voz femenina que recita «Bienvenido

al mundo de Verónica. Mi misión es relajarte y liberarte de tensiones». He debido de empalidecer porque el camarero se acerca y me pregunta si puede ayudarme en algo.

—Sí, la cuenta, por favor. Ah, perdón... ¿tendría un callejero a mano?

Sobre el mapa rastreo el emplazamiento de varias direcciones de las que

aparecen en tu libreta, hasta quedarme con las más cercanas. Mi estómago arde.

¿Por qué me duele tanto todo esto, si ya no estoy enamorada?

Me cuesta unas vueltas a la manzana localizar la calle Five y un enfado mi torpeza hasta dar con ella. Solo cuando decido aparcar al comienzo de Alfonso VIII y recorrerla a pie, emerge un *cul de sac* peatonal que se confunde con el acceso privado de los edificios colindantes. Chamartín descansa del bullicio generado por la plaza de Castilla en rincones únicos, como esta casa erigida al final de la bocacalle. Me planto frente a un chalet cuya

arquitectura imita a un cubo en ladrillo rojo sin mortero; tres plantas agujereadas por ventanales y una coqueta entrada a la que se accede por una hilera de escalones en granito.

Apuesto a que se trata de una oficina — a pesar de no detectar actividad a esta hora y de que las ventanas estén cegadas por cortinas opacas—, lo que trato de comprobar asomándome a un buzón donde se amontonan encartes publicitarios.

En el portero automático descubro una chapa que reproduce el nombre «Five».

Agito una rama de hiedra para diferir una leyenda junto a la placa y leo:

«Elegancia y distinción con el lugar que deseas.»

La calle Nervión es una vía tranquila en el corazón de El Viso, uno de los fortines elitistas y más prohibitivos de la capital. Desde la creación de la inmobiliaria tan solo he vendido una propiedad aquí, detrás de la iglesia de Santa Gema, que permaneció en cartera una semana porque te las quitan de las manos.

Fiel a la fisonomía de la colonia, la escoltan una hilera de chalets edificados en los años veinte y treinta que pertenecen en la actualidad a familias de apellido

tan compuesto como sus cuentas corrientes. Encuentro el número accediendo a

ella por Doctor Arce, todavía con el aliento entrecortado. La dirección que busco

es la mitad de un edificio pareado, a cuyo gemelo lo adecentan vivos colores. El

que me interesa consta de dos plantas, fachada blanca a juego con la carpintería

exterior, y una puerta verde. Las contraventanas selladas contribuyen a trasladar

la sensación de que cuanto menos se moleste mejor; en su entrada leo el nombre

con el que encabezas tu libreta:
«Sombras.»

No he llegado a salir del coche, amasando mis sospechas en su interior,

ojeando cualquier actividad en la villa. Un par de casas más allá distingo a una

mujer que arrastra a un perro liliputiense. Abandono el coche y le doy alcance,

tras abrocharme los botones de la blusa y ajustarme el abrigo.

—Buenos días, perdone pero... me cuesta conversar con algún vecino.

Es una abuelita de piel sonrosada, cabellos y ojos grises, como las ancianas benefactoras de los cuentos.

—Soy Inmaculada. Mi marido y mis cuatro hijos... —miento.

—No la oigo bien, estoy un poco sorda —se excusa.

—Estamos interesados en adquirir una casa en el barrio; hemos visitado una,

en la calle de atrás, pero... —me acerco a su oído— ... me han dicho que en esa

vivienda blanca... Mire, nosotros somos católicos y... ¿Usted sabe qué hacen ahí?

—Es una casa de señoritas.

—¿Señoritas?

—De compañía. Sí, de pilinguis.

—¡Cabrón! —mascullo.

—¿Qué dice usted?

—¡Válgame Dios! ¡Alabado sea el Señor! —me persigno—. Así que es un...

puticlub. ¿Y... qué tipo de señoritas? ¿Ustedes las ven? Lo digo porque si se

andan paseando... en ropa interior, pues... los niños, ya sabe.

—¡Nooooo! Son educadísimas, no molestan. Si no salen nunca. Como son de

fuera y no hablan español, ni se las oye. Aparte de que tienen el horario cambiado. Ellas trabajan por la noche y a estas horas les toca descansar. Estarán durmiendo, como benditas.

—Como putas —murmuro, mordiéndome la lengua, porque lo que ansío es

gritar burradas a los cuatro vientos.

¿En qué clase de hombre te has convertido, Fernando? No te reconozco

porque a medida que sigo los rastros que has ido dejando tras de ti, vas metamorfoseándote en un ser abyecto cuyas taras se expanden como fosas abisales. Me cuesta tantísimo creer que tu única motivación sea divertirme que, a

riesgo de justificarte, empiezo a temer si no estarás perdiendo la razón.

Ahora bien, si por el contrario se tratase de una huida, ten presente que nunca

escaparás del todo. Y menos de ti mismo.

5 Mítica cafetería y salón de té madrileño, inaugurado en 1931, situado en el paseo de la Castellana, y en la actualidad desaparecido de dicha dirección.

10

Esas lunas de sombra

—¡Por Dios, Abigail! ¿Quieres dejar de insistir? Estoy en consulta, me has obligado a salir.

Julia tiene razón, no he cesado de marcar su número cuando cortaba la llamada una y otra vez.

—¿Qué pasa?

—Es un hijo de puta, un miserable...

—Cálmate, por favor.

—He estado donde se cita con esas tías, o con otras, cualquiera sabe... Y va

de putas, Julia, de putas... ¿Qué necesidad tiene él?

—¿Que has hecho qué?

Le resumo todo mientras resuenan en el coche las luces de emergencia.

Necesito desahogarme antes de aparecer en la oficina donde Lupe debe de andar

desquiciada sin noticias mías. Enseguida Julia airea su bata blanca para

templarme con ese *fair play* de psicóloga que me inflama.

—Prométeme que vas a parar. Que te vas a olvidar de tus mil conjeturas y este fin de semana tú y yo planificamos cómo actuar. ¿Entendido?

—Te advierto que si le exoneras no te lo perdonaré.

—No lo haré, pero ten presente que Fernando no es ningún bicho raro.
Cuatro

de cada diez tíos usan la prostitución, la estadística habla por sí sola. Lo compruebo a diario. Incluso hay quien discute si debería considerarse o no infidelidad; los hombres se sienten libres pagando por un sexo que desligan de cualquier carga emocional. Es lo que

hay. Piensa además que la exclusividad sexual es más costosa para ellos.

—¿Cómo? ¿Para una mujer, no? —la interrumpo, indignada.

—Ahora no estoy para debatir, debo volver; tengo un paciente dentro.

¿Necesitas un ansiolítico? ¿Quieres que le pida a algún compañero una receta?

—Mientras me queden lágrimas y existan las tilas, aguantaré.

—Qué antigua, Madame Bovary.

Permanezco un rato frente al volante sin atreverme a arrancar el coche porque

estoy demasiado nerviosa.

Vivir es transitar por un campo minado de desastres que presumes lejanos

hasta que te atrapan bajo sus escombros, de cánceres, accidentes, traiciones... de pérdidas de empleo y dignidad. De amores que parten sin avisar.

Si recapacitas, siempre algo dentro de ti tiende a presentir la calamidad y haces lo posible para evitarla. No sé... dejas de fumar y de ingerir comida basura, no bebes, ahorras «por si acaso», te compras un coche revestido de airbags. No

besas a quien no debes o no sigues haciéndolo si en tu hogar te aguarda una familia.

Acabo de recordar algo que me sucedió hace meses. En el salón, la tele

enmudecida emitía un programa nocturno al que no prestaba atención, cuando

apareció una mujer guapísima y tan expresiva que pulsé el sonido para

escucharla. Hubiera pasado por modelo, pero se trataba de una prostituta

vanagloriándose de su oficio. Me impresionó oírla aseverar que gracias a

las meretrices las parejas se oxigenaban, porque el matrimonio era una farsa que hacía aguas. Su jactancia se me atragantó. «Sé más de vuestros hombres que vosotras», nos avisaba a las mujeres, porque, según su experiencia, las putas hablaban poco y escuchaban mucho. Me fui a la cama consternada.

Le hubiera replicado que no se conoce a alguien solo por copular con él; los

hombres no podéis estar forjados de una materia tan simple y manipulable.

Incluso aceptando que seáis «genéticamente» depredadores, ¿para qué os sirve la

sensibilidad o el sedimento de una moral que algo os habrá calado, digo yo?

Antes de apagar la televisión, la prostituta expuso algo que reavivó en mí el

recuerdo del personaje de Julia Roberts en *Pretty woman*: entre las líneas rojas que no traspasan las putas reales, al igual que las de la ficción, destacaba la de no besar al cliente para no agarrarse una obsesión con él, como si el amor romántico se transmitiera a través de la saliva, como un virus. ¿Será verdad que el amor no

entra por el coño, sino por la boca?

—¿Dónde andabas? Me tienes en ascuas
—pregunta Lupe, apenas aterrizo en
la agencia.

Junto a ella descubro una mata de pelo
hirsuto.

—¡Vaya! Tenemos chico nuevo en la
oficina.

—Yago, ¿te acuerdas de Abigail?
Salúdala.

El chaval rezonga antes de levantarse
arrastrando los pies y tenderme una
mano blanda. Es altísimo y está
cuadrado, no representa su edad.

—Dale un beso, hombre —replica su tía.

—Déjale que salude como quiera.

Él yergue la barbilla y tras los revueltos mechones asoman unos ojos verdes

abocados a ser la perdición de muchas chicas.

—¿Qué ha sucedido? —Lupe pisa mis talones hasta el despacho.

—Tenías razón porque la mujer es impenetrable. No he querido tensar la cuerda más de lo debido. Nos va a costar.

—¿Ha escuchado la oferta?

—Ni de coña le he hablado de dinero. Hubiera enseñado nuestras cartas al principio de la partida. Error.

—¿Y?

—Me comprometí a volver a contactar con ella. La casa es un relicario.

—Ya te dije. ¿Cierro otra visita a principios de la semana próxima?

—Perfecto.

Cuelgo la chaqueta en el respaldo de la silla observando a Yago, según pasa

las páginas de una revista con desgana.

—¿Y él, Lupe?

—Una semana de expulsión, así se las gastan en la enseñanza concertada.

El peso de realidades como esta ahoga mis palabras. No sé qué decir y se lo

digo. Y que es una injusticia porque se trata de un chaval, solo eso.

—Pero yo no soy su madre, ahí el problema.

Las dos respiramos hondo y nos tragamos una bola de angustia cada una por

lo nuestro.

Amor, no sabes cómo te necesito a mi lado. Me da que no va a resultar el

pan comido que había ideado. No es que la reunión con los gerifaltes de las

bodegas haya ido mal, pero son duros de roer. Son datos técnicos, no

quiero abrumarte.

Si estuvieras cerca me insuflarías fuerzas porque tu energía es tan

contagiosa. Creo que no he conocido a una mujer más fuerte que tú.

Las mujeres soléis demandar seguridad a los hombres, en cambio tú eres la que me apuntala a cada paso. ¿Te acuerdas cuando me anunciaste que querías dejar la constructora? Puse el grito en el cielo. Tenías un buen trabajo y no se habían cumplido dos años de mi salida de la consultoría familiar, por lo que nuestras finanzas eran bastante inestables... parecía descabellado jugárnoslo a una carta y encima marcada. Entonces no te reconocí abiertamente mis miedos —se

supone que los hombres no usamos

de eso—; sin embargo, tendría que haberlo hecho, nos habríamos ahorrado

tantas discusiones. Me hubiera gustado asegurarte que todo saldría bien,

pero en su lugar ponía trabas y trabas. Y mira adónde has llegado con tu instinto... mientras tu marido sigue llamando a puertas que no se abren.

Verás que me entra la depre a la mínima cuando no estás a mi lado.

Dicen que hay mujeres corcho y mujeres acero; las primeras flotan ante

cualquier oleaje. En cambio, las segundas se van al fondo y lo peor es que

te arrastran. Tú eres un bosque de alcornoques.

Me enorgulleces tanto aunque no te lo confiese, ¿lo sabes, verdad? Y lo

que significáis Lucas y tú para mí. ¿Ves? Ahí fui yo el cabezota, porque habías tirado la toalla. Pero cómo ibas a renunciar a tener un hijo, ¿tú?, si hubieras sido capaz de criar una familia numerosa.

Voy a dejarte porque se ha hecho tarde y estoy cansado; el cambio de hora

me afecta más de la cuenta. O extrañarte.

Te quiero, Abi.

Por cierto, cuando entré en el aeropuerto tenía una erección. Me encantó

nuestra despedida. Deberíamos hacerlo más. A todas horas.

La entrada de tu mensaje queda registrada a las 6.43 de la mañana, hora peninsular, y lo encuentro según liquido a trancas y barrancas el correo

acumulado. Leerlo me abofetea. Es una concesión a la estúpida fantasía tras una

mañana descarnada.

Imposible no reconstruir tus actos antes de enviarlo: quizás habíais vuelto de

una cena y, mientras Orquídea Negra se aseaba, tú aprovechaste para escribir; o

puede que entre coito y coito anunciases «tengo que curiosear el mail porque estoy esperando un informe urgente»; o que a hurtadillas te escurrieras del lecho, como un ratero.

Las mentiras del texto tejen un manto repleto de coladeros, pero me aburren

tanto que no pretendo rebatirte ni una. Mejor, una sí. ¿Hacerlo más? ¿Cuánto

más? ¿Umm? ¿Dos, tres veces a la semana? ¿A diario? ¿Y cómo lograrlo cuando te conoces el cuerpo del otro mejor que el tuyo y no queda un ápice de su epidermis por explorar y la atracción del principio se ha fosilizado? ¿Cómo si la rutina te agota, y te agotan los mil problemas que pospones cada noche para la

mañana siguiente, y te agota excitarte y la obligación de excitarle a él, y te torturas porque te encuentras tan cansada que el orgasmo no llega y te extenua darte cuenta de que después tendrás que ducharte y entonces dormirás media hora menos?

Vete a la mierda, Fernando. Tú y tus veleidades sentimentales esgrimidas en la distancia para aplacar tu contrición. A la mierda.

Decido dar una vuelta a ver si se esfuma este genio endiablado, cuando suena

el móvil, pero no lo cojo. Segundos después pestañea un mensaje. Lo remite Carlota y pregunta vasco o japonés —«¿Goizeku o Kabuki?»—. Había olvidado que hemos quedado a cenar. «Me da lo mismo», respondo, pero, tras lanzarlo, me doy cuenta de que no tengo ánimo para meterme un chuletón entre pecho y espalda. No me queda más que confiar en mi cascada suerte; en su

siguiente mensaje constato que aún puedo depositar alguna esperanza en ella. «A las 21.30

en Kabuki. Ganas de verte, Darling. *A lot off.* »

Antes de cruzar la puerta reparo en Yago, quien sumerge la cabeza en un portátil apoyado en sus rodillas.

—Sugeriré a Lupe que te compre uno de segunda mano. Eso ya no se ve por

el mundo —admito al descubrir que tiene la pantalla en blanco y negro.

—Lo estoy emulando —replica para el

cuello de su jersey.

—¿Qué?

—Pirateo el sistema operativo de un Mac y lo programo en este.

—¿Eso es legal?

El chaval me mira con sorna y vuelve a concentrarse en teclear.

—Si sigues haciendo cosas así, Lupe va a tener serios problemas contigo.

—¿Tú de qué vas?

Su impertinencia me noquea solo un par de segundos.

—Óyeme bien, Yago —digo apretando los dedos en su omoplato; cuanto más

se revuelve más presiono—. Tu tía se está deslomando por vosotros, para que no

caigáis en lo peor. Tienes dieciséis años, ¿no? Pues tú verás si prefieres escucharla o que una cosa llamada servicios sociales se encargue de ti. Y

créeme, yo en tu piel no desearía saber de qué van.

—¡Déjame, coño! Me estás haciendo daño.

—Daño es el que le haces a ella.

Presiento que soy demasiado agresiva y aflojo el tacto. Lamento haber

canalizado mi rabia contra él, aunque no pienso reconocérselo porque el crío necesitaba un rapapolvo. Tras ponerme el abrigo, vuelvo a mirarle y descubro que ha retomado el portátil. Su rostro se ha distendido y parece disfrutar.

—¿Cómo de bueno eres con la informática?

—¿A ti qué te importa, tía?

—Contesta a lo que te preguntan.

Yago atornilla la cabeza en dirección a mi despacho y después me reta con una

sonrisa burlona.

—Yo que tú no me iría dejando el ordenador encendido. Ni aunque le pongas

cien claves de acceso.

La plaza del Presidente Carmona cruza General Perón; en este horario no se

aparca con facilidad ya que los residentes copan las plazas libres, y el

aparcacoches del restaurante se las ve y se las desea para encajar los

automóviles, aun así, opto por dejarle las llaves. El tipo repara en mis piernas

al

descender del coche porque la tela se ha deslizado muslos arriba. Llevo un vestido negro de mangas francesas y escote en uve, y un abrigo rojo balanceándose del brazo. La melena trabajada tras pasar por la peluquería, donde

me he consentido la veleidad de conectar con mi feminidad herida.

«A las 21.30 en Kabuki. Ganas de verte, Darling. *A lot off*», decía el mensaje firmado por Carlota, y aquí estoy.

Ignoro si tendría que reconocirme ansiosa, inquieta, expectante... Pero

sufro

tal embotamiento que solo detecto un ladrillo ocupando el hueco entre mi frente

y mi nuca.

Entro. Entrego mi abrigo en el guardarropa. Pregunto. El metre indica una

mesa discreta, al fondo. Atravieso la sala contabilizando las miradas pegadas a la

lana de mi traje y desemboco en la mesa.

—¡Dios, cada día estás más bella!

—Me alegro de verte —respondo.

—¿Solo eso? Yo me moría por hacerlo

—asegura Carlos, besándome en la

comisura.

Al sentarme me convengo de que vivir
es lo que sucede mientras tú miras en

otra dirección.

11

La noche no es azul, es amarilla

—No has comido nada. Pensé que te gustaría más un japonés, pero me equivoqué.

—Nooo, al contrario. Ha sido un acierto —replico tratando de reconfortarle.

—¿Qué te preocupa? ¿Que nos vean? Es la primera vez que cenamos juntos.

Me lo había imaginado... —Su gesto resulta frustrante.

A medida que ha ido transcurriendo la velada he asumido el error. De cenar, de vernos. De estar aquí o en cualquier sitio. Pobre Carlos, su cara es un poema y la mía debe de parecer un enrevesado jeroglífico.

—¿Cómo lo imaginaste? —pregunto con tal rudeza que respinga.

—¿Y tú?

—Gallego tenías que ser. —Sonríó abiertamente y él se relaja un poco.

Que yo recuerde, Carlos solo me ha hablado una vez de Verín, donde nació, y

fue situando el punto de partida de una carrera meteórica que le condujo de Ourense a Madrid para ocupar un despacho en la planta enmoquetada de su banco. En él nos cruzamos por primera vez hace tres años cuando mi agencia tuvo que remendar un embargo; era una de esas operaciones delicadas sometidas a la dictadura de la celeridad: lo levantas, registras la vivienda sin cargas, después vendes y compras cruzando los dedos para que no salte otra requisa en la operación. Fermín, el director de nuestra sucursal, quien me acompañaba esa

mañana, nos presentó. «Carlos Ouso, director general de Riesgos. Un figura al

que siempre conviene tener de cara.» La
suya parecía la de alguien de fiar y eso,
en su sector, representa una rareza.
Desde esa fecha tuvimos un trato
cercano y, a

medida que nos conocíamos, más
cómplice. Ahí encuentro el fallo. Acabo
de

tener una epifanía.

—¿Postre? —pregunta el camarero y
«postre» repite Carlos.

—¿Un flan de té verde? —sugiero
tratando de endulzar la desabrida noche.

Por fin sonrío y lo hace apoyándose en

su mirada, que se enmarca tras unas

gafas de pasta negra. Son nuevas, advierto. Seguro que las estrena para mí y no

he comentado nada. Carlos es un hombre atractivo, sin discusión: luce una barba

canosa pulcramente recortada; tiene una buena mata de pelo y me chifla cómo le

queda ese traje confeccionado a medida y sin corbata, que se enfunda como un

guante. No conozco mujer que no quisiera salir disparada, colarse, primero en su

coche, y después entre sus piernas, para amanecer brincando sobre él. De hecho

es lo que hubiera esperado de mí hace justo una semana, cuando nos citamos en

un café a deshora, y nuestros dedos jugaban sacudidos por el ansia de quien ambiciona muchísimo más que un encuentro táctil, pero cómo le expongo que la Abigail que él desea se ha volatilizado.

Carlos y yo solo nos hemos besado, y tampoco ha sucedido tantas veces. Ni

desde hace tanto tiempo.

La primera, el pasado mes de diciembre

durante el festejo de Navidad del

banco. El relato peca de corriente:
directas e indirectas, compañeros
achispados

a nuestro alrededor, semanas de
arrastrar un coqueteo adolescente... dos,
tres copas de *champagne*, hasta que —
¡alerta máxima, alerta máxima!— dos
lenguas se entrelazan en un párking
como si no hubiera un mañana y el
garaje fuese el

paraíso. Apostaría a que sucedió así,
pero el espacio que ocupa el ladrillo en
mi

cabeza obliga a las neuronas a

apelotonarse en algún recoveco desde el que aplican la ley del mínimo esfuerzo.

«Esto no está bien», debí de objetar, porque las mujeres disponemos de un catálogo de excusas cuando queremos pero... NO DEBEMOS: «Quizá sea mejor parar», «No me perdonaría perder nuestra amistad», «¿Qué locura estamos haciendo?», «Nos vamos a arrepentir». Sin embargo, me pareció tan placentero

besar a Carlos. Su boca guardaba el aroma de unas gominolas en forma de mora

que cogió al abandonar el restaurante donde celebrábamos la cena. Mientras

sorteábamos el hielo de las aceras, él no dejaba de mascarlas, quizá sofocando un tic nervioso o entrenándose para recorrer mi paladar, cualquiera sabe.

Guardo con claridad el momento de gatear esa noche entre las sábanas al

regresar a casa mientras tú, entre sueños, murmurabas si me lo había pasado bien, y cómo evitaba rozarte, convencida de que el menor tacto revelaría mi traición. Cuando me echaste encima las piernas formando uno de tus nudos permanecí estancada un rato, a la espera de que me cayera un chaparrón de recriminaciones que nunca llegó.

—¿Te has mirado al espejo? Menuda cara —señalaste al levantarnos—.

«Litros de alcohol, corren por tus venas... Mujer» —bromeaste, parodiando una

canción de los ochenta.

—Capullo.

—Te sienta fatal el garrafón.

—Fue *champagne*.

—Los de pueblo toleráis mejor el cava. Margaritas a los cerdos, no.

—¡Que te den!

Tu sarcasmo agravaba mis remordimientos, porque cuando te sientes culpable

el disimulo se gestiona peor que el reproche. No te imaginas qué forma de temblar mientras acomodaba las tazas del desayuno en el lavaplatos, convencida de que lo que advertías no era la resaca sino una frase escrita en mi frente: «A tu

mujer le ha comido la boca otro tío, pringado.» Y eso que era la primera vez que

sucedía.

Desde entonces se han ido mezclando

dos ingredientes en una inflamada

coctelera: las ganas y las culpas; y depende de cómo la agitara, al destaparla flotaban unas u otras. Carlos se dispuso a ejecutar una suave presión continua a la que me he terminado acostumbrando, gracias a la cual cada mañana me topo

con un mensaje de «buenos días» y cada tarde recibo un mail reconociendo que

«de todo lo que hoy me ha sucedido, lo mejor es pensarte». Frente a tu apatía a

la hora de verbalizar tus emociones, me fascina de Carlos su facilidad para desmenuzarlas, y traduzco que se debe

al hecho de dirigir un equipo de subordinadas. Estar rodeado de mujeres le autoriza a interpretarnos y ha

deducido con tino que se nos conquista por la palabra. De ahí que, mientras yo

cejaba en «esta cosa rara que tenemos», él ha ido hilando frases como «elige un

puñado de vocablos lindos y te confeccionaré con ellos un traje para cubrirte», las cuales, aparte de regalarme el oído, entorpecen mi interés de poner orden.

Así es como hemos llegado a estos días en que te encuentras de viaje y donde,

en teoría, liberaríamos el deseo. En cambio el mío ha ingresado en el congelador.

Cuando al dejar Kabuki he pedido las llaves del coche, me he percatado de su decepción. Sé que le habría gustado que me hubiese desplazado en un taxi para acercarme a casa después, pero al poco he comprobado que él sí ha llegado en transporte público.

—¿Te molesta llevarme? —sugiere.

—Por supuesto que no. ¿Estás tonto?

Antes de subirnos en el coche, Carlos ondula su brazo entre mi abrigo y el vestido para rodearme la cintura y besarme en la mejilla. «Mi mundo por diez minutos del tuyo», sisea a mi oído. Me reconcome haberme excedido alimentado sus expectativas; de hecho me gustaría contestar de nuevo todos sus mensajes, midiendo cada palabra, desde el primero, desde aquel suyo en que me recomendaba la prudencia de alterar su nombre en la memoria para no despertar sospechas —«Mejor guárdame como Carlota»—. Pero, ¿cómo escaparme de este espejismo sin herirle? ¿Y por qué ahora sí, en teoría, dispongo de motivos

para continuar?

La respuesta prodiga simpleza: porque el aliciente para este flirteo se ha esfumado. El morbo ha desaparecido.

A mí solo me atraía añadir pimienta a un menú insípido. Yo necesitaba

saberme anhelada y fuerte y poderosa y protegida y joven y sensual y deseable y

sexy, e incluso inmadura, puesto que la desgana de nuestro matrimonio me

estaba aniquilando.

¿Qué se esperaría de mí? ¿Acostarme con él porque tú lo has hecho con otras?

¿Así de simple, una revancha? ¿Es ese el desagravio que exige la infidelidad?

Iniciamos la vuelta a casa en silencio, conduciendo yo, observándome Carlos,

según valoro la eventualidad de contarle lo que he averiguado sobre ti porque a)

él es hombre y te entendería mejor, y b) se trata de un amigo leal, e incluso ecuánime. A nuestra espalda mengua el monolito de la plaza de Castilla a medida que nos aventuramos por el páramo en que se convierte a esta hora la Castellana, y estoy a punto de iniciar mi confesión cuando, en su lugar, pronuncio un «No, no sigas, por favor», después de sentir sus manos entre mis

muslos y la punta de sus dedos alcanzándome el pubis. ¿Es que los tíos no pensáis en otra cosa?

—Me haces sentir muy incómoda, Carlos.

—Lo siento. Me pierdo, Abigail. Te has convertido en mi obsesión.

—Necesito tiempo.

—Necesitas tiempo —repetir las frases es su costumbre—. Creí que eso es lo

que deseábamos los dos. Y ahora lo tenemos... estás sola.

Mierda, a ver cómo salgo de esta

encerrona.

—Menos de lo que pensaba. Hoy me ha llamado diciéndome que las cosas no van bien y volverá antes de lo previsto —falseo.

Ninguno de los dos mencionamos tu nombre, como si al ignorarlo te

transformaras en un «ente» inmune al sufrimiento. Sin embargo, él no recela de

aludir a Ana, su esposa, cuando sale a colación, ya que, por descontado, que está

casado, como todos. Como quienes avanzan hacia la infidelidad escudándose en

describir una insoportable situación doméstica.

Carlos gasta los últimos minutos del trayecto oteando por la ventanilla, igual

que un niño enfurruñado al que le han arrebatado su juguete y le han ordenado

irse a dormir.

—Tiene usted una nuca preciosa —
comento, por distender la presión.

Él vuelve la cara hacia mí, sonrío y besa

mi mejilla. Debo encomiar que tenga buen encaje y no sea rencoroso.

—Guíame tú porque no conozco bien esta zona —ruego al acceder a unas calles escoltadas por bloques de viviendas similares entre sí.

—Para aquí.

—¿Esta era tu casa?

—No. Prefiero ir a pie los últimos metros. Te he mentado... un poco. En realidad me había llevado el coche, pero lo he dejado aparcado cerca del

restaurante porque quería volver contigo. Mañana lo recogeré.

—¿Y qué le vas a decir a tu mujer cuando descubra que no está?

—Que lo he dejado en el taller para una revisión.

No se le da mal ingeniar coartadas, lo que indica que no es algo nuevo y que no soy su primera vez.

—¿Te pasa algo? Hoy estás rarísima.

—No quiero dañar a nadie, Carlos. Pienso en tu mujer... es buena persona.

—

Son frases de manual. Lo sé y las empleo a conciencia.

—Esto no tiene que ver con ella. Tú eres muy importante para mí, por eso no quiero presionarte, debes sentirte segura. Deseo tanto que salga bien.

¿Que salga bien, qué? ¿El primer polvo? ¿Ser amantes clandestinos? ¿La

maratón del domingo? ¿La próxima junta de accionistas? ¿Cuándo toca lo de

«no te lo había confesado, pero soy muy desgraciado en mi matrimonio, mi

mujer no me entiende»? Algunas cosas

nunca cambian. Antes de marcharse su boca se engarza a la mía y, dado que me agrada besarle, le correspondo hasta que sus manos descubren la uve de mi vestido, se cuelan dentro, y toca pararle los pies de nuevo.

—Eres preciosa, cariño. Ten cuidado en la autovía. —Después desaparece por la primera bocacalle a la derecha.

Entonces extraigo de la guantera un paquete de pañuelos de papel y me restriego los labios. Ahora entiendo a las putas.

Dime, ¿esto que acaba de suceder es un engaño? ¿Lo sería desear con el

pensamiento? ¿Qué agujero debe violentarme otra persona para serte infiel,

Fernando? ¿La boca o el coño?

Cuando me incorporo a la A-6 cotejo la temperatura en el termostato del

coche, comprobando que ha descendido bruscamente. Fuera marca siete grados y

aquí dentro me demuele la escarcha.

12

Lo que llega en el día frío

Sábado, 26 de febrero. Una semana sin ti.

La de hoy es una de esas mansas mañanas de sábado cobijada bajo un cielo

azul hipnótico. He salido a la terraza guarnecida con ropa de abrigo junto a una

taza de café entre las manos, dejándome seducir por el paisaje que se saborea desde aquí: en un primer vistazo se

despliegan los jardines de la urbanización y el verde turbulento del invierno en la piscina; a media distancia mi mirada reposa en una madeja trabada de copas de árboles y tejados, y la lejanía consiente una aproximación a la urbe, personificada en unas grúas de huesos larguísimos responsables de erigir las torres que cambiarán el *skyline* madrileño.

Cada vez me admira más esta ciudad interminable. Pertenezco a ese grupo de capitalinos a quienes les agrada surcarla en coche, a pesar de sus nudos viales o de sus obras, y disfruto diagnosticándola a través de sus inmuebles. Es capaz de

integrar lo más variopinto de este mundo globalizado sin perder sus patios de vecinos. Los que han nacido aquí, los menos, lo llaman casticismo y yo, lo considero personalidad.

Es imposible desligar Madrid de nuestra historia porque surgió a golpe de

garitos, de ruidosas noches etílicas en oscuros antros y mañanas de museo y galerías clandestinas. De calles céntricas y bares en el Rastro. De los mil laberintos en que andábamos. A veces hablamos del instante en que nos conocimos, como si tratáramos de avivar nuestras cenizas soplando sobre ellas palabras demasiado repetidas. En

los cruces fortuitos los seres humanos dejamos retazos que suelen pasar inadvertidos porque lo normal es que tendamos a

recordar apenas meros detalles: los dientes tras la sonrisa, el brillo en unos ojos,

incluso una prenda de vestir, sin avanzar más en el conocimiento del otro.

Aquella noche, el Cock estaba a reventar y resultaba meritorio hacerse un

hueco en ese bar, cuya barra compite con la Gran Vía en hora punta. A finales de

enero de 1991 aparecí en él junto a un par de amigas a quienes ya no frecuento,

porque la universidad te acerca a las personas y la vida te aleja de ellas. Por entonces Julia preparaba oposiciones sin separarse del temario, y yo, que llevaba un mes absorbida por un trabajo que odiaba —transcribir informes psicotécnicos

al ordenador—, huía del piso que compartíamos en cuanto apreciaba que el

gotelé, como la desidia, empezaba a caérseme encima grano a grano.

Dejé a mis amigas pidiendo unas copas

en la barra y me dispuse a serpentear

entre las mesas con la quimérica tarea de instalarnos en alguna. Tú estabas en la

más cercana a los baños y frente a ti había dos sillas vacías. «¿Están libres?», pregunté elevando la voz, por lo que levantaste la mirada con fastidio del catálogo en que andabas concentrado. Cuando me descubriste mudaste tu mohín por una media sonrisa, mientras me repasabas de arriba a abajo. Recuerdo que vestía una minifalda de cuero negra, medias tupidas y botines de tacón.

—Si te sientas tú, dejan de estarlo.

—Somos tres —aclaré.

—¿Iguales a ti? Sería un escándalo.

—¿Las llamo y juzgas?

—Dime quiénes son y envío a mis amigos para que las entretengan.

—Tienen novio.

—¿Tú no?

—¿Estás ligando, tío?

—Me estoy enamorando, que es mucho más interesante.

Como observadora advertí que sobre la

mesa descansaba un vaso vacío y

sospeché cierta tendencia a dejarte viciar por el alcohol. No obstante, a pesar del

humo y la luz aguardentosa del local, detecté baladas tristes al fondo de tu mirada y te concedí una tregua.

—Cinco minutos para que se te quite la tontería —calculando el tiempo en

que mis amigas tardarían en ser atendidas—. ¿Cómo te llamas?

—Fernando. ¿Y tú, mi reina?

—Abigail —dije, percatándome del

efecto sorpresa de mi nombre.

—¡Coño! Así no hay quien te olvide, tía. Me lo estás poniendo crudo. Dime

algo de ti que no me guste.

—Soy psicóloga. Los hombres os sentís vulnerables ante nosotras.

—Te equivocas, me muero por hacer terapia contigo.

—Tengo mal despertar. Soy mandona, muy mandona.

—Genial. Me gusta que las mujeres decidan por mí. ¿Tienes buen dormir?

—Excelente. Pero prefiero hacerlo sola.

—Te convenceré de lo contrario. ¿Más defectos?

—Soy hija única y mi familia es bastante friki. Además, son de pueblo.

—La mía es numerosa, la mitad del Opus y la otra mitad, pija.

Eras rápido, sarcástico, y hablabas desde esa inescrutable trinchera que a las

chicas siempre nos atrae conquistar; al rato busqué con la vista a mis amigas, quienes me saludaron levantando las copas, y al volverme a ti con la

intención de despedirme, vi por primera vez ese gesto tuyo, la frente fruncida mientras arqueas las cejas, que esbozas inconsciente cuando el siguiente paso representa un despeñadero.

—Han pasado los cinco minutos, me marcho —resolví.

Te tendí la mano, protocolaria, y en lugar de estrechármela pusiste en ella la guía cuyo contenido fisgoneabas antes de conocernos.

—Puesto que voy a casarme contigo —anunciaste serio—, elige tu regalo de boda. Desea y será tuyo.

—Los deseos hay que satisfacerlos, de lo contrario generan traumas.

—Nunca dudes que lo cumpliré.

Un año y tres meses después se cumplió tu profecía. Me eché a reír según repasaba la sucesión de cuadros que contenía el folleto y te pregunté si eran tuyos.

—¡No! Soy ingeniero. No obstante en este cuerpo habita un artista capado por su madre. Busco a una mujer que me rescate de ella. ¿Crees que podrías serlo tú?

Solo ahora alcanzo la hondura de lo que

supuso tu confianza. Hasta ese

momento nuestra charla no había dejado de ser una boutade, los indecisos

primeros pasos en un baile de debutantes, pero ahí te desnudaste sin darte cuenta. Entonces aprecié aquella punzada en mi pecho por la que aprisioné el catálogo como si hubiese entrevisto dentro una piedra preciosa y apunté con lápiz de ojos mi número. Llevaba cinco años entrenándome para identificar señales que me advirtiesen si alguien necesitaba ayuda; sin embargo, pasé por alto tu soterrada necesidad de protección, el grito de auxilio frente al ruido familiar, la castradora sombra

materna. Tu sensitiva vocación de singularidad.

Calimero me imploraba socorro y yo solo quería besarle.

—Llámame. A lo mejor podemos hacer algo con ese complejo de Edipo.

Prometo ajustarte el precio. Incluso no cobrarte.

—¿Pertenece a alguna ONG?

—No. Me has gustado, Fernando. Mucho. —Aposté fuerte. Lo valías.

Recogí mis redes sin esperarme a pescar una respuesta y regresé junto a mis

amigas, abrasada por dentro y por fuera. No importa qué excusa argüí ante ellas

justificando mi retraso, imagino que les hablaría de ti, pero no tengo clara su reacción, en cambio sí la de Julia cuando la desperté de madrugada.

—Estás flipada, Abigail.

—Es la primera vez que me sucede algo así. Desear pasar con alguien el resto

de mi vida sin conocer de él más que su nombre.

—Para un día que no salgo, vas y pierdes la cabeza. ¿Tú? Que eres la tía más

racional que conozco, que manejas a los tíos como marionetas.

—Mayor razón para hacerme caso: es distinto. Te juro que si supiera donde vive iría a buscarle. Le sacaría de la cama... o mejor, me metería en ella. ¡Ay, tócame, Julia! Siento mi piel en carne viva. No me entiendo ni yo misma. ¿Qué me pasa?

—Estás borracha. Hala, vete a dormir la resaca.

—No dejes el teléfono descolgado como sueles hacer. Y cuando llame, si no

estoy, apunta su número. Por favor, por favor...

Nunca llamaste.

Nunca quise volver a ver a alguien con tanta desesperación.

Por «nunca» empiezan las frases donde se agazapan las mentiras y alguna que otra inmensa verdad.

13

Esta tarde te amo

Cuenta la sabiduría milenaria que quienes estamos traspasados por el mismo

hilo rojo tarde o temprano acortaremos nuestras distancias y entonces bastará con tirar suavemente de uno de los cabos para acariciarnos, concluyendo que de este modo siempre estaremos cerca. Añade que el universo nos concede aquello

que precisamos para alcanzar la paz y la trascendencia, pero puede que no

sepamos discernir la naturaleza de esos dones, o que los juzguemos inservibles e inadecuados para nuestra misión. En ese caso el cosmos podría concedernos

algún deseo para ganar la aquiescencia en sus designios.

Aquellas semanas de 1991, dirigía con tozuda insistencia mis ruegos al cielo

y le imploraba encontrarte. Menuda ansiedad por verte cada mañana y qué

desesperación cada noche al no conseguirlo. Solo he reclamado tres cosas a lo largo de mi vida y las tres se han cumplido: a ti, a mi hijo, y que la confianza en mis sueños profesionales

se materializara de forma tangible.
Miedo me da

encomendarme allá arriba y rogar algo más.

La tarde de marzo en que Julia y yo
acudimos a la inauguración de una

galería de arte, elegí un traje de chaqueta en lino rojo que me infundía una apariencia elegante. Hilo rojo. Apenas entré me vapuleó una mística señal. Al fondo de la sala estabas tú, ataviado con un blázer azul y, bajo él, un suéter rojo, acompañado por parte de tu familia, tal y como supe más tarde. Erais vecinos de

la dueña de la galería y tu madre departía con los invitados como si fuese la anfitriona. Genio y figura. Nada más descubrirte mi sangre empezó a bombear a velocidad de vértigo menos en las piernas, congeladas, incapaces de dar un paso.

Rojo helado. En cuanto nuestras miradas se cruzaron sentí el vértigo ante un precipicio por el que iba a saltar sí o sí, pero cómo me contrarió la calma en que te aproximaste a mí entreteniéndote en los cuadros, a tu ritmo. Aún me sigue admirando tu sangre fría.

—Después de haber marcado unos trescientos números que empezaban por

431 (las únicas cifras que recordaba de las que me anotaste en el catálogo), hubiera sido más eficaz recorrer Madrid megáfono en mano voceando tu nombre.

—¿Ah, sí? ¿Y con esa mala memoria todavía lo recuerdas?

—Abigail —susurraste—. Estoy dispuesto a repetirlo una vida entera. He

pensado en ti muchas veces, ¿sabes? Incluso volví al Cock a ver si te veía, pero

te había tragado la tierra.

—Ya.

—¿Y tú?

—Un par de veces.

—Mentirosa.

Alcé la barbilla y constaté lo alto que eras; entonces me traspasaste con esos

ojos medio azules, medio grises, sonriéndome sin despegar unos labios ni

demasiado finos ni demasiado gruesos, y posé mis ojos en los formidables

huesos de tu mandíbula, en ese pelo oscuro, más largo que la primera vez, y apenas bajé la mirada ya me había enamorado.

Supuse que a ti te habría arrollado la misma desquiciada locomotora y que contemplándome de ese modo no te quedaba otra que besarme, en medio de todo y de todos, como en una de esas películas del domingo por la tarde, en cambio

avanzaste hacia un acrílico colgado frente a nosotros, valorándolo, basculando la

cabeza, y, solo al cabo de unos minutos, me propusiste algo. Me bastó con que

me acariciaran tus palabras para entender lo que podrían hacerme tus manos.

—Estos cuadros son una mierda y el vino del cóctel más. Te invito a una cerveza en un bar, aquí cerca. Salgo yo primero. Te espero unos metros a la derecha. Ahora te explico el porqué de la intriga.

De pronto deliberé que sí, que quizá la raza humana podría salvarse, que

todavía había esperanza. Así que me aproximé a Julia, quien no se había

percatado de nada, y anuncié: «Ahora vuelvo. Voy al baño.»

Una vez en la calle te encontré pegado al escaparate de una librería; me encantó tu interés por los libros y no por... los

zapatos, por poner un ejemplo, aunque en verdad si hubieras estado ojeando el cristal de una salchichería me habrías gustado igual. Apenas empezaste a contarme lo de tu familia y la controladora de tu madre, me abalancé sobre tu boca y me comí tus palabras, como si en lugar de desearte te odiara. Allí mismo, en un portal del barrio de Salamanca, nos besamos sin licencias y al hacerlo nos asomamos al alma del otro y caímos en la trampa del amor. Nos inventamos una nueva galaxia y nos quedamos atrapados en ella.

No se hizo para nosotros eso de querer a medias.

Hasta hoy.

Escucho la puerta corredera abriéndose con dificultad —en la reforma me

advirtió el constructor que instalara tres cristaleras porque el puente térmico pesa

mucho, pero soy obstinada y me negué —, y después el silencio, lo que me indica

que Mariana está ahí, acechante, a mi espalda. Con la misma turbadora mirada de hace días.

—¿Qué quiere, Mariana?

—Le llama la señora madre del señor.

Ella me entrega el teléfono, y yo, a cambio, le paso la taza vacía del café.

—¿Qué hace Lucas?

—Jugando conmigo en la cocina.

De repente me embarga una aguda nostalgia de mi hijo, lo que tiende a

sucedarme incluso si se encuentra a pocos metros de mí. Aflora sin aviso y es un

dolor sordo en mitad del esternón, peor que si un yunque lo presionara

impidiendo mi respiración. Qué no daría por permanecer junto al niño de la mañana a la noche; quemaría mis naves, las agendas y los teléfonos, disolvería las citas y cualquier compromiso que me alejara de él. Cuando me siento tan devastada por no tenerle entre mis brazos sospecho que no nací para ser una madre actual y mi karma es sufrir en cada despedida como si fuese la última.

Solo cuando no estás, Lucas puede dormir conmigo porque tú te muestras tajante

al sostener que el apego de nuestro hijo no se convierta en algo enfermizo y, si

bien nunca he rastreado en tu

determinación nada oscuro, me temo que
entronca

con tu necesidad de alejarte del control
materno. ¿Temes que mi amor en

demasia apoque a Lucas, es eso? ¿Que
le debilite? Me enerva presuponer que
una actitud mía pueda ser lesiva, pero la
pasada noche dormí con él, en nuestra
gigantesca cama donde hemos rodado
como peonzas, y no me arrepiento. He

amanecido embriagada por su olor a
cachorro y he relamido su piel como una
hembra a su cría. ¿Algo en mí te
recuerda a tu madre? No, no puede ser
porque Leonor no toca, no arrulla. Llevo
años espíándola cuando se aproxima a ti

y amaga con uno de sus besos en la mejilla que ella transforma en un suspiro al aire. Nunca la he sorprendido en un abrazo espontáneo.

—Buenos días Leonor, ¿qué tal te encuentras? —saludo a mi suegra.

—Muy bien querida. Anoche hablamos con Fernando.

Su información me altera tanto que me enderezo de un brinco.

—Nos ha explicado que los dueños de las bodegas no son tan receptivos

como él pensaba. Bueno... tampoco hay que darle tanta importancia. Él tiene sus

clientes aquí. Que posea ambiciones está bien, pero nunca debe descuidar su negocio, eso no...

Acuso un frío repentino y me envuelvo con la sudadera de lana. Lo de menos

es que la telefonaras y a mí me desmigajes apenas cuatro líneas de correo electrónico, lo deleznable es formar parte de esta farsa donde me obligas a actuar como un señuelo y con la cual engañas a tu familia, porque andan convencidos

de que tu «SL» irradia prosperidad, cuando en realidad está quebrada.

—... así que iremos después de comer.

¿Te parece?

Su pregunta retórica no admite objeción, con lo que acaba de complicar mis

planes del fin de semana: Julia se acercará en un rato y necesito preparar el encuentro de mañana con Yago, el sobrino de Lupe.

Ayer tarde, mientras aguardaba a que mi socia regresara de una visita,

observaba al chico cacharreando en un móvil. Me admiraba cómo sus dedos

largos y huesudos dibujaban cabriolas sobre el teclado.

—¿Te lo ha comprado tu tía? —
pregunté.

—No, es uno suyo.

—¿Le has cogido el teléfono?

—¡Eres una brasa! Es uno viejo y ella
mete la tarjeta de recarga para tenerme
controlado.

—Cierto... Si se te olvida el PIN
introduces otra tarjeta... que... entonces
funcionaría con otro número de
teléfono...

—¿En dónde vives tú? ¿En Barrio
Sésamo?

De inmediato me sentí eufórica porque comprobé que tenía frente a mí una mina.

—¿Se queda alguna información en el móvil o todo está en la tarjeta?

—Depende. Lo normal es guardarla en los dos sitios, pero hay gente que no lo hace y, si se le jode, se queda sin la agenda.

—¿Y los mensajes?

—Suelen estar en el teléfono. ¿Qué pasa, tía? ¿Tienes un marrón?

—Escúchame y responde a lo que te pregunto, Yago. ¿Existe alguna manera de activar una tarjeta de la que no posees el PIN?

—¿Conoces el PUK?

Sé que se trata de un código de desbloqueo, pero me quedé pensativa.

—Si te equivocas con el PIN tres veces, a la cuarta el móvil te pide el PUK y

si ahí fallas, tu línea se va a la puta mierda. ¿Tú qué necesitas? ¿Los números de

la agenda, las llamadas o los mensajes?

—Todo.

—Saca la tarjeta del móvil, mete otra y a ver qué encuentras. Si no te sirve,

hablamos.

Era imposible no fascinarse ante la persuasión de un chico convertido en

adulto de repente.

—También tengo un problema en un ordenador. ¿Podrías resolverlo?

—Joder, tía, lo tuyo con la informática es para hacérselo mirar. ¿De qué va?

—Archivos encriptados.

—¡Guau...! Eso sí que mola.

Yago arrojó el móvil sobre la mesa y se puso en pie con la intención de pasar a mi despacho. Había encontrado un entretenimiento mejor.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —grité—. ¡No está ahí!

—¿Dónde pues?

—Antes dime qué puedes hacer con él. Necesito abrir esos documentos.

—Instalas un *keylogger*, un *software* que registra las pulsaciones del teclado y saca un listado de las que más se

repiten.

—Pero... ¿si está inactivo? Quiero decir, ¿si los archivos se encuentran dentro

del ordenador y nadie ha escrito nada desde hace... tiempo?

—Oye, tía, ¿tú a quién quieres espiar?

—¿Cuánto se tarda?

—Depende de si puedo hacerlo solo o necesito ayuda. A lo mejor en una

mañana se termina. O no.

—Quiero contratarte. Puesto que no compete a la inmobiliaria dejemos al

margen a Guadalupe. Tienes dieciséis años...

—Diecisiete el mes que viene — interrumpió. Dichosa adolescencia, que solo

ansía sumar años.

—Los suficientes para ser responsable.

—¿Cuánto me vas a pagar?

Listo el chaval. Muy listo.

—¿Cuánto se paga por un trabajo así?

—Un profesional te pediría cincuenta euros a la hora. Yo soy tan bueno como

ellos... Pero te cobro treinta.

—Veinte y la propina, según resultados.

—¡Hecho! ¡Chócala, tía!

Ahora solo me quedaba convencer a Guadalupe de que necesitaba a su

sobrino en algún momento del fin de semana, lo que intenté apenas volvió a la

oficina.

—¿Qué te parece si me instala la impresora de casa? Ya sabes lo negada que

soy para estos cachivaches. Además a Lucas le vendría bien entretenerse con alguien, incluso podría quedarse a comer. Y se ganaría un dinerillo, ¿qué me dices?

—Que lo haces para rebajarme carga. ¿Crees que no me doy cuenta?

—Te equivocas.

—Anda, déjalo. Bastante tienes con lo tuyo.

—Guadalupe —insistí, tomándola del brazo—, lo necesito... Me haces un favor. De verdad.

—Chica, porque no sabes lo que es aguantarlo todo el día.

—¡Gracias! Me paso por él a las once del domingo. ¿OK?

Lámame Siete

Julia viste un peripatético vestido que se recoge entre las piernas al sentarse

frente a mí al otro lado de la mesa de tu despacho.

—Vamos a hablar claro, Abigail. Si estoy aquí es para que paremos esto —

avisa con gesto adusto.

Estoy determinada a no llevarle la contraria hasta explicarle que en el bolsillo

trasero de mis *jeans* llevo una copia de mi tarjeta, activada para no inmovilizar la Blackberry a cada paso. También sabrá que he situado los cuatro teléfonos, uno pegado al otro, y he echado a suertes por cuál empezaba. El azar ha escogido el

modelo negro; entonces he extraído su tarjeta y he utilizado la duplicada. Como

sospechaba Yago, la memoria estaba vacía, pero en el registro de llamadas se repiten dos números, un fijo y un móvil, que he anotado en un trozo de papel que atesoro en el bolsillo, y le propondré que repitamos la jugada con los tres restantes. No obstante guardaré lo más

jugoso para el final: los mensajes que guarda el teléfono.

—¿Me vas a hacer caso? —finaliza Julia.

Aguanto su mirada y no respondo porque ha llegado mi turno.

—¿Por dónde quieres empezar?
¿Restaurantes, hoteles? ¿Viajes, quizá?
—

Entonces abro el cajón del escritorio y deposito los móviles delante de ella—.
¿O

vamos a saco, amiga?

Ella me analiza en un signo de interrogación.

—¿Quieres saber qué es lo que hay en estos teléfonos?

—¿De qué estás hablando, Abigail?

—A ti también te puede —resulta fácil reconocer su turbación—. Las ganas

son superiores a tu voluntad, a pesar de que te enseñaron que no era correcto,

¿verdad?

—No me gusta nada lo que estoy oyendo. ¿A qué te refieres?

Su resistencia me espolea a jugar como si fuese el guion de una película de terror: estamos a punto de franquear un cuarto, dentro del cual hay engendros terribles. Secretos ignominiosos.

—A eso que tú sabes porque también lo sé yo —pronuncio con un tono de

voz tan cavernoso que me intimida incluso a mí.

—¿De qué hablas?!

Mi amiga se yergue exasperada y, de un manotazo, barre de la mesa los

teléfonos, que vuelan por los aires junto al portalápices, un puñado de folios,

varios libros y una lámpara de pie, regalo de tu madre.

—¡Pero, qué haces tía! —exclamo anonadada—. ¿Te has vuelto loca?

—No, tú eres la que empieza a perder la razón y me das miedo.

Julia retrocede unos pasos como si, de repente, me hubiese convertido en una

repudiada y no quisiera permanecer en la misma órbita que yo. Me altera su actitud porque parece otra persona, aunque quizá tenga la misma opinión de mí.

¿Y si estuviera enajenándome? ¿Si he

empezado a desquiciarme y no fuese

capaz de advertirlo? Julia es más sensata que yo y debo prestar atención a sus avisos. En todo caso temo que la he sobreestimado y, en contra de lo que pensaba, no comparte conmigo la atracción por indagar donde no debe. No es porosa al magnetismo de lo prohibido, no se ha visto en la necesidad de arbitrar entre el instinto y la razón. Acabo de descubrir que ella nunca codició la caja de

galletas.

—Estaba haciendo un... paripé... no... no es para que reacciones de esta

manera —me excuso, al tiempo que distingo unas manchas rojas sobre la tarima

—. ¿Qué te pasa en la mano? Estás sangrando.

—Me he cortado.

—Ahora mismo nos acercamos al ambulatorio.

—No es nada —asegura, envolviéndose la herida con su vestido.

—Entonces vamos al baño y te curas.

—No conviene que Lucas me vea y se asuste —rehúsa Julia—. Tráeme el

botiquín aquí, por favor.

Está en lo cierto. Antes de salir del despacho la abrazo; sin embargo, su cuerpo desprende frialdad y no responde a mis estímulos.

Y quiero llorar y no puedo.

Y quiero pedirle perdón y no me hace.

Tras este episodio, algo entre Julia y yo se ha entumecido y, aunque sea pasajero, esta ausencia de complicidad me abate. Por suerte su corte no reviste importancia y ella lo ha digerido con su buen talante de siempre. Sospecho que habrá sido el abrecartas o quizá se ha clavado una esquirla de la porcelana de

la

lámpara de tu madre, cuya fractura he festejado porque no me gustaba.

Respecto a los móviles, no han sufrido daños salvo uno cuya pantalla parece

un cielo perforado por mil rayos. Cuando los volví a guardar en el cajón Julia me

observaba haciendo que me sintiera una toxicómana en pleno mono sosteniendo

un gramo de cocaína entre las manos.

Total, que mi único logro se ha limitado a cruzar mi agenda con alguna de las

facturas que había archivado. De este modo he confirmado que las fotografías del sobre amarillo se realizaron durante el pasado abril, cuando maquinaste tu viaje a Sevilla escudándote en un trabajo que debías de realizar junto a Stephan, el socio de tu padre, porque, según tú, tu padre te pidió dicho favor.

Antes de marcharse Julia ha lanzado tal ojeada incendiaria a los papeles que

habíamos revisado juntas, que les hubiera prendido fuego.

—Si el suelo se tambalea bajo tus pies no busques soluciones en tus zapatos,

mejor eleva la mirada.

—¿Me estás recomendando que vaya a misa o que cambie de zapatero? —he

contestado de mala leche.

—Te sugiero que primero te aclares interiormente, porque en mitad de esta

confusión encontrarás poco. Para desentrañar lo que deseas solo puede ayudarte

Fernando, aunque los hombres poseen una naturaleza esquiva y, si se enroca, no

conseguirás más que evasivas.

En nuestra despedida mis dedos han

rozado en el bolsillo la nota con los números, consciente de haberle privado de una información decisiva. No me arrepiento; todo apunta a que Julia no puede acompañarme en mi búsqueda

porque hemos escenificado las posturas contrapuestas de un cuadrilátero, aunque

ella hace bien en señalar que mi obsesión por ubicarte en momentos y lugares concretos, como esos investigadores que colocan chinchetas en el mapa según se desplaza el criminal por él, conduce a la frustración.

El que tus padres permanecieran en casa una hora habría supuesto, a priori, un

alivio, pero Leonor no necesita más tiempo para sacarme de mis casillas. Apenas

he revelado que su lámpara estaba en la basura se ha comprometido a regalarte otra para tu cumpleaños.

—¡Oh! No estaréis juntos el dieciséis de marzo. Es un riesgo alejarse en las fechas señaladas —apuntó insidiosa.

—Riesgo, ¿por qué? Lo celebraremos cuando vuelva.

—Nunca será igual, querida. Hay que ver cómo pasa el tiempo. Ya tiene

cuarenta y dos años, ¿te das cuenta, Fernando? —se ha dirigido a tu padre, quien

jugaba con Lucas y apenas ha abierto la boca.

Que ella evidencie las taras de nuestro matrimonio, ensombreciéndolo como

una historia esquinada, me mortifica, lo que no me impide estar de acuerdo con

su malestar al hablar de tu cumpleaños. Las parejas se arrojan unas líneas rojas

que no traspasan aunque se vean amenazadas por un cataclismo nuclear.

Obstinados acuerdos que convinieron, con probabilidad, al principio de su relación y que convierten en medulares, de forma que incumplirlos atenta contra su propia subsistencia. La lealtad sexual, por descontado, pero también cosas nimias del tipo... partidas de mus los viernes, comer los domingos llueva o truene. Ir una vez al año a Lourdes o hacer el amor cada primer sábado de mes.

Desde que nos enamoramos hemos compartido nuestros cumpleaños, todos, lo que no equivale necesariamente a festejarlos. A veces se esfuman sin pena

ni

gloria, reducidos a un soplo de brisa agitando las hojas del calendario. Al paquete de unos grandes almacenes y un beso fugaz.

Con qué nitidez rememoro ahora lo sucedido en una de nuestras primeras

celebraciones, porque yo deseaba concederte una de esas noches sin reloj en la

cual cumplir alguna de tus fantasías sexuales y acudí a un *sex-shop* en busca de algunos juguetes eróticos, incluidas unas bolas chinas. Días más tarde puse en práctica lo que había leído en una

revista femenina que consistía en sustituir una de las tres esferas por un envoltorio de látex donde guardaría mi obsequio, en concreto unos gemelos grabados.

Esa noche un reguero de calor se expandía por mi cuerpo imaginando tu

sorpresa al descubrirla. Me asombra retener cada gesto de entonces, incluso los

más explícitos. Recuerdo que según frotaba tu pene contra mi mejilla te

observaba entornar los ojos a medida que lo recorría desde su base empleando roces suaves, succionando con mis

labios, arriba y abajo, remisamente, lamiéndote los testículos hasta ascender al glande. Sé cómo te excita mirarme cuando lo hago, cuando sorbo el miembro completo aunque me ahogue o aprieto su tallo reteniendo tu eyaculación; me resulta apasionante identificar ese punto de no retorno donde tensas tus músculos y todo tú oscilas en deliciosas sacudidas, tanto que he aprendido a someterte a mi antojo.

En aquella fiesta de cumpleaños quise que gozaras tú primero. Una vez te

corraste, coloqué una almohada basculando mi cadera y me abrí de

piernas.

Después deposité un bote de lubricante entre tus manos.

—No pienso moverme —te advertí—. Puedes probarme entera.

—No me fío de ti, eres muy rebelde. Mejor me aseguro.

Y procediste a atarme al cabecero, ayudándote de unos pañuelos de seda; acto

seguido me extendiste el gel por la vagina, las ingles y el ano, mientras me clavabas la mirada. Si lo fascinante de hablar con los ojos es que nacen frases

sin errores, perfectas, lo sibilino de follar con ellos es que vuelve eterna una penetración.

—¿Por qué no pruebas por otro orificio?
—te invité al fin.

—¿Hoy sí? ¿Hoy me dejas merodear por él?

—¿Tanto te gusta?

—Tu culo me encanta —reconociste introduciéndome un dedo, después otro, y así hasta que empezó a dolerme—. Me gusta mi regalo.

—Pues hay otro mejor.

Sin poder girarme de espaldas, inmovilizada, con los brazos pegados a la

cabeza, elevaste mis caderas acumulando más cojines bajo ellas, a fin de

lamerme el recto y arquearme de placer. En mitad de mis espasmos llevaste tu lengua al clítoris para detenerte poco después.

—¿Tienes la regla? —preguntaste.

—No —aguantando las ganas de reír.

—¿Y por qué llevas un tampón? Aquí hay un cordón...

—Es para ti, ya verás.

La presión de tu mentón con tu barba a medio crecer me condujo a uno de esos orgasmos llenos de valles y montañas que parecen no terminar nunca, antes de que tus dientes apresaran el cordón a cuyo extremo se anudaba tu regalo y tiraran de él. Recuerdo que llegué a fotografiarte una vez lo extrajiste, e imagino que la foto aún andará por algún sitio o puede que se haya borrado porque las Polaroids alegorizan la duración del amor con crudeza: van amarilleando poco a poco, hasta que un día la imagen termina convertida en un borrón.

Los seres humanos somos lo que fuimos,
lo que rememoramos y, mejor aún,

lo que sentimos al hacerlo, por tanto a
veces presumo que bastaría con ponerle

intención para recobrar a los de antes y
no escondernos en esta cama, en lugar
de

encontrarnos. Otras, en cambio, caigo
dormida en ella sin otro armisticio que
el

sueño. No imaginas cómo te busco hoy
entre los dobleces de sus sábanas, en las

cicatrices de mi piel... cómo rastreo tu
olor en la almohada, ansiando a la

desesperada que un trozo de ti salve la distancia que nos separa, surque el océano, aparte mis piernas y sofoque lo que late entre ellas.

Hoy necesitaría que ese bello ser que fuiste curase mis heridas.

Desvelada, cojo el móvil negro y ojeo por enésima vez sus mensajes, a pesar de lo que me aflige leerlos.

Mensaje recibido. Miércoles, 19 de enero. 20.23

«Quiero ir contigo a todo. Sin preguntas. Sin miedos. Con el blanco de mis

sábanas, que te esperan para ensuciarse
y crear juntos el mundo que nos

quepa en ellas. En las direcciones
posibles e imposibles del mapa. Quiero

tu lengua bajo mi falda. Tu saliva
amasada con la mía. Mis pezones contra

tu espalda. Quiero tu falo indagando mis
rincones. Quiero tu lascivia y mi

inocencia, ¿o era al contrario?

Quiero quererte sin armaduras. Que te
despojes de tus máscaras y vengas

con el nombre que te haga merecerme.
¿Alex? ¿Javier? ¿Martín? No, estos

ya se han dejado calcetines en mi armario. Y dolores en mi cuerpo, algunos

imposibles. Sálvame del demonio. No dejes que vuelva a mí, no dejes que me lastime más.

Ahora sé que el amor nace de dentro por eso te llamarás Vientre, allí donde pienso edificar mi hogar.»

Mensaje enviado. Miércoles, 19 de enero. 20.35

«Seré tu Vientre. Y seré fuerte para que no quieras marcharte de casa. ¿Y

cuál será tu nombre, Ruth?»

Mensaje recibido. Miércoles, 19 de enero. 21.03

«Nunca te refieras a mí así. La mujer que te escribe acaba de inventarse.

Ellos gastaron a la otra, la dejaron enflaquecida y sin aliento.

Tengo una vida que darte. Nueva. He revivido de una muerte, y lo has

logrado tú. He necesitado solo una semana para saberlo.

Llámame como la suma de sus días, como el número cabalístico que

formamos los dos. Llámame Siete.»»

Esos mundos sellados

—Tu casa mola un huevo.

—Yago, si imaginas que el hecho de cobrar por horas incluye quedarte

pensando en las musarañas vas listo.

Es mediodía del domingo y el sobrino de Lupe y yo acabamos de ocupar tu

despacho. Antes he despejado el terreno, y sobre la mesa centenaria ya solo se encuentran el ordenador y tus móviles. Podría haber buceado en ellos

yo misma, pero quiero poner a prueba sus habilidades.

—¿Tú crees que sacarás algún provecho de este? —pregunto señalando al

aparato de color granate cuya pantalla se ha pulverizado.

El chico se rasca la cabeza, al tiempo que encoge los hombros.

—Voy a por una Coca-Cola —apunto para dejarle reflexionar.

A mi vuelta le descubro con los pies sobre la mesa, balanceándose en tu sillón

de escritorio.

—¡Eh, chaval! ¿Se puede saber qué haces?

—Y tú, ¿de qué vas, pardilla? Mira esto
—dice mostrándome el interior de los
teléfonos—. Ninguno tiene tarjeta.

—Imposible. Ayer extraje una de este aparato.

—Tuviste suerte, elegiste el pleno. Tranqui, vamos a ver qué encuentro.

Me pregunto por qué habrás escondido las tarjetas; quizá lo hicieras de mí, aunque qué sentido tendría dejar puesta

únicamente la del teléfono negro. Puede que se trate de una negligencia, un olvido causado por las prisas de última hora.

Puede que tu intención fuese ocultarlas, pero te olvidaste de una, en cuyo caso deben de estar en algún lugar de esta habitación. Según doy vueltas a esto entrego a Yago el duplicado de la mía, y de nuevo se abre paso la impenitente náusea que me acosa desde hace una semana.

—Te lo voy a explicar —resuelve por fin.

Para distraer mi mal cuerpo me concentro en tomar notas. Yago me

contempla

con ojos como platos; le sorprende mi disposición a escribir lo que me explica.

—Ahora entiendo por qué el maestro manda. Es la leche dar lecciones.

—Al grano.

—Este —aclara, tomando el móvil gris con detalles metálicos— no tiene ni

un mensaje. Está vacío.

—¿Cómo?

—Borrados. Solo guarda el número de las últimas llamadas, nada más. De

hecho son cinco enviadas el dos de febrero: a las 10.47, a las 13.15, a las 13.50,

a las 17.30 y a las 19.10. En esta última estuvo casi una hora al teléfono. Mi pregunta: ¿para qué quiere alguien un móvil si solo marca un número?

—Si fueras Caperucita para hablar con tu abuelita, por ejemplo. ¿Puedes

averiguar cuándo empezaron o si también hay llamadas entrantes de ese

número?

—La lista completa estará grabada en la tarjeta. Yo que tú pediría a la

compañía las facturas atrasadas con el detalle de los números.

Por la ausencia de datos, deduzco que se trata de tarjetas prepago a las que irás añadiendo saldo a medida que lo necesitas; de este modo será más fácil deshacerte de ellas, al tiempo que diferenciar los números a la primera dada la disparidad entre los modelos. A continuación se lanza a por el teléfono de carcasa azul y teclado blanco.

—Último mensaje recibido: «Perdona por colgarte así. Lo siento, no sabía

que él estaba en casa. Ahora le da por venir antes. TQ.»

—¿Qué haces? —protesto, quitándole el móvil—. No te he consentido que los cotillees.

—Me he leído casi todos —suelta entre risas—. Van de rollo amor. ¿Son

tuyos? Mi tía fliparía. Piensa que eres superguay, con tu maridito, tu pinta de señora bien... Y vas a resultar tan guarra como las demás. Igual que esos tíos que los domingos van a misa por la mañana y por la tarde se matan a pajas viendo las

tetazas de las pelis porno.

—No me hables así o sales por la puerta

de inmediato.

—A mí nadie me amenaza, ¿oído, rubia?

Su insolencia me descompone; no obstante, entiendo que a menudo nos sacrificamos en aras de obtener lo que queremos; y yo *necesito* a este chico.

Cualquiera en su sano juicio le hubiera puesto en su sitio, pero no deseo enfadarle y que rehúse seguir. Yago, como cualquier adolescente, se encastilla en una rebeldía donde se siente seguro. En un gesto medido se despeja el cabello de

la frente, y entonces asoman dos ojos de

aguas turbulentas.

—Esos teléfonos no son míos y tampoco te incumbe de quién.

—¿Quieres el número o no? —replica en tono retador.

En mi cabeza rebota el mensaje que acaba de leer. ¿Esa mujer quién es? Su lenguaje evidencia distancias con el de la intensa de Ruth, llámame Siete, quien escribe con el artificio de Baudelaire bañado en absentia. Para mi fortuna, en mitad de su barroquismo cuenta bastante de sí misma, de su entorno, de un barrio «rutilante cual arcoíris, en el corazón del corazón». Apuesto a que reside en el centro —«el corazón del corazón»—,

seguramente en Chueca

—«arcoíris»—, y me da que cerca de su trabajo, puesto que, desde el instante en

que anuncia que termina su jornada laboral hasta que vuelve a casa transcurren

pocos minutos. Soléis intercambiaros frases casi siempre a la misma hora: antes

de las diez de la mañana y a partir de las ocho, u ocho y media de la tarde, así

que aventuro que, con ese metódico horario, su empleo está relacionado con el

comercio.

¿Te divierte acostarte con una tía así, una iluminada sideral? Entiendo que temas prosaicos como la hipoteca, llenar la nevera, etc., representan un fastidio, ¿no? Que te jodan, Fernando.

Sumo ya cuatro mujeres y, con bastante probabilidad, otras dos más en los móviles que faltan por analizar. Más tus putas. Más la escoria con la que habrás forjado tu biografía desde que nos conocemos. Mujeres a las que, a buen seguro,

también engañas —creo que ni siquiera escarbar en ello me compensaría—

porque se solapan las fechas y se trufan unas con otras, eso sí con auténtico ingenio por tu parte.

Podría estimar este relato una novela, si no se tratara de mí. Soy yo en carne viva.

Cuando despego los ojos del papel me topo con los de Yago como si me trepanaran la piel, los músculos, el cráneo, hasta conseguir algo que yo misma desconozco. No mira como un chaval, sino como un hombre, y lo hace con una intención nada inocente.

A su vez sospecho que ha descifrado el

motivo por el cual está aquí y eso le

otorga cierto poder. La misma seguridad que él ha conseguido la he perdido yo.

Por fortuna rompe él un silencio embarazoso.

—Olvídate de este —dice señalando el móvil granate—, porque se ha dado un buen leñazo.

—¿Acaso no funciona?

—La batería sí y se enciende... pero no se ve nada.

—¿Se puede cambiar la pantalla?

—¿Te acuerdas de lo que te comenté sobre clonar mi portátil? Conozco a

unos tíos que lo harían. Son frikis, pero muy buenos. Eso... y todo lo que quieras

sacar de aquí —asegura poniendo la mano sobre el teclado—. Déjame bajar el programa a ver qué conseguimos.

Acto seguido presiona el botón del encendido. Sus dedos planean sobre las

teclas cuando me pregunta la combinación.

—Date la vuelta y no mires —ordeno resuelta a escribirla yo.

—¿Me contratas para que te desbloquee archivos y me ocultas una clave que

puedo averiguar en un minisegundo? Por mí, dabuten, pero estás *p'allá*, tía.

De repente me siento ridículamente analógica.

16

Un extraño huésped I

—Aparca aquí —ordena Yago, señalando la sucesión de plazas vacías que

bordean un páramo.

Siguiendo las indicaciones del navegador hemos saltado al otro lado de la M-30 para, a continuación, serpentear un puñado de avenidas de reciente

construcción que han desembocado en San Eustaquio, una vía de generosas

aceras, flanqueada a lo lejos por bloques de pisos de protección oficial, y a mi izquierda por naves, la mayoría sin actividad, salvo un taller de arreglos de electrodomésticos, que preconizo no será un buen negocio en este barrio a trasmano. De niña mis padres los iban remendando hasta que se caían a trozos,

pero ahora tiramos la batidora al primer fallo. Vivimos en la sociedad del consumo que entra por los ojos y sale por los esfínteres. Y forjamos el mismo desapego hacia la tostadora que hacia nuestras parejas.

«Estamos en Villaverde», aclara mi copiloto. Un gueto obrero que no

frecuente porque sus viviendas, necesitadas de ingentes reformas, las suelen comprar unos inmigrantes cegados por el ilusorio paraíso de poseer una propiedad en su «sueño español». El mercado de la miseria da poco dinero y demasiados remordimientos.

Son las 10.40 horas del lunes, noveno día sin ti. Yago acordó ayer esta visita a sus amigos, los virgueros informáticos, a fin de recuperar los archivos a los que no pudo acceder. Al resto, sí. A las cuentas de correo, tu Messenger —tan esclarecedor—, por supuesto que sí.

Mientras aporreaba el teclado exhalaba un aire de animal indomable, sumado

al instinto masculino con que tiende a desenvolverse aunque tenga solo dieciséis

años. Casi diecisiete, protestaría él.

Se había obcecado en terminar antes de comer, por lo que lo hicimos a las cuatro de la tarde. Antes nos hinchamos a refrescos y a *snacks*, cosa que me alertó de lo que me espera cuando me transforme en la madre añosa de un adolescente y se hayan esfumado mis reservas de estoicismo y benevolencia.

Adoro al Lucas niño y me aterra que un

día se convierta en un bagual como Yago.

—Te he instalado un *keylogger*; un *software* indetectable gracias al cual vas a registrar todo lo que se escriba en el ordenador a partir de ahora. Contraseñas, historial de búsqueda, *etc.* El programa graba cada tecla pulsada y ocupa poca memoria; nadie se dará cuenta. Había otro que hace pantallazos —capturas de la pantalla, vamos— pero los borra a los tres días. Aparte de que come espacio y

levantaría sospechas.

—¿Sospechas? Cómo disfrutas, ¿eh? —
El chico parecía interpretar un papel

en su serie favorita.

—Más vas a disfrutar tú cuando mires esto.

Y activando un doble clic en la barra espaciadora abrió Messenger. Me recuerdo atónita mirando esa sucesión de nombres que no reconocía.

—Pincha uno, anda. Atrévete —susurró acercando el ratón a mis dedos. Su roce me estremeció.

Sin mencionar palabra elegí una conversación al azar y en ella me topé con un

glosario de frases cortas e intenciones largas: «¿Cómo me imaginas? ¿Qué te gustaría que llevase puesto? Deseo tanto conocerte. Yo también. En especial deseo tu deseo. ¿Estás solo? Vivo solo...»

—¿Quién es Raúl?

—El que juega a esto, rubia. ¿Qué pasa, que no conoces a tu marido?

—¿Quién te ha dicho que este ordenador sea suyo? —aduje girando la

pantalla para alejarla de su vista.

—Me importa una mierda lo que haya ahí dentro, te lo puedo contar sin

leerlo. ¿O es que tú no lo has hecho?

—¿Hacer qué?

—Escribir en el Messenger como si no fueras tú. Inventarte que eres otra

persona. Tontear, ligar, hacerte una gayola... ¡Mola un huevo!

—¿Qué sabrás tú, niño?

—Está claro que más que tú.

Al terminar bosquejó un beso entre sus labios; acercó una mano a mi muslo e

inició un ascenso por el vaquero.

—¿Qué coño haces, imbécil? —exclamé arrancándosela de un manotazo.

—¿No te apetece?

Estuve en un tris de abofetearle si no se hubiese carcajeado mientras se recostaba en tu sillón.

—¡Es broma! Joder, qué poco sentido del humor tenéis las tías. Os tomáis la vida demasiado en serio. Luego os quejáis de sufrir gastritis.

—¿Quieres acabar de una vez?

Yago se reclinó hacia delante para coger

una cuartilla garabateada. Un

parsimonioso dedo índice la fue deslizando por la mesa hasta situarla delante de

mí.

—¡Schh, quieta ahí! —protestó cuando hice ademán de capturarla—. Son las

claves de las cuentas de correo, pero... primero mi dinero.

—¿Acaso crees que no te voy a pagar?

—La tela.

Qué vértigo saberme a un paso de tus

secretos y embridar mis ganas para que

no se advirtiesen. Entregué a Yago dos billetes de cincuenta euros y a cambio me

pasó el papel.

—¿De dónde las has sacado y cómo sé que son buenas?

—Porque este tío es un gilipollas: pone una contraseña y deja los asteriscos,

así que solo hay que copiarlos y pegarlos en una aplicación que los traduce a letras y números. Dos noticias: la buena es que el *Password Reavealer* va como un tiro y ahí tienes las

contraseñas de las cuentas de mail y la del Messenger, no se te ocurra perderlas. También el nombre del programa por si alguna vez lo necesitas, porque lo he desinstalado. Está borrado de la memoria de búsqueda y de la papelera. Por cierto, estaba vacía, ¿ok, rubia? Y la mala...

—¿Qué?

Eché el freno, sonriéndome desafiante.

—¿Cuál es la mala, joder? Me pones de los nervios.

—Tú a mí también me pones —soltó otra sonora carcajada—. Que no vale

para estos archivos. Has tenido suerte porque tu *software* es de 2002, igual que la aplicación, pero se conoce que el tío los encriptó de otra forma. Una de dos, o pasas o se lo llevamos a mis colegas. *It's up to you.*

Ahí sonó el teléfono; entonces eché una ojeada al reloj para comprobar que ya

eran las cuatro menos cuarto. Como si un árbitro hubiera pitado el fin del partido, arranqué a Yago de tu mesa, tomé en brazos a Lucas, que tras la siesta jugaba distraído sobre la alfombra, y nos dirigimos a la cocina. En el tiempo de

descuento, descolgué.

—¿Sííí? —respondí molesta.

—¡Por fin te escucho! —sonabas tembloroso en la distancia—. Me moría de

ganas. Has tardado tanto que suponía que no estabas en casa. Iba a intentarlo en

el móvil. ¿Cómo estás, amor?

—Bien, bien... No esperaba... esta sorpresa.

—¿Pasa algo?

—¡No! Bueno... sí. Que Lucas se acaba de dar un coscorrón y... —siéntete

orgullosa de mí, Fernando: cada vez
mejor—. Espera, por favor. —

Taponando el micrófono me dirigí a
Yago fingiendo calma.

—Necesito cinco minutos. Seis, siete lo
máximo. Te doy diez euros si te

quedas junto a Lucas y no le dejas
moverse. No puede tocar nada, ni
llevarse nada a la boca, ¿entendido? —
le hablé al oído.

—Veinte.

—¿Veinte euros por cinco minutos?!
Eres un hijo de puta. Ahora vuelvo.

Debería haber previsto cuál sería mi reacción al escucharte, pero me pilló a contrapié. Hasta la llamada representabas con destreza el papel de una holografía muda al otro lado de la cama, rondando por la casa, en el asiento de al lado mientras despotrico contra la vida y el tráfico, cuando de súbito el sonido de tu voz sorteando las olas del Atlántico, te dispensó una entidad corpórea. Ese amasijo de venas y músculos que eres respiraba a unos centímetros de mi boca y me aceleró el pulso. En ese instante, en la milésima de segundo en que te oí por

primera vez tras tu partida, anhelaba emprender el camino inverso que hizo tu

voz para besarte y besarte, y seguir besándote.

—¿Estás con alguien? —preguntaste, escamado.

—Mariana. Le he pedido que no se cogiera el día libre, no quería quedarme sola en casa. Se me cae encima cuando no estás.

—¿Por qué no ha respondido ella al teléfono?

—Estábamos durmiendo a Lucas, que se ha caído en mitad del pasillo. ¿A ti

qué te pasa? ¿Me llamas para

preguntarme por la asistenta?

—¡Oh, perdóname, mi amor! Esto se me hace muy difícil. Te extraño tanto

que... al final suelto estupideces. ¿Me echas de menos?

—Un mundo, Fernando. —En esto no te engañé—. Cuéntame tú.

A partir de aquí empezaste a resumir con tal aplomo y credibilidad tus

inexistentes reuniones, los invisibles acuerdos, que costaba no confiar en ti.
Tus

palabras fueron tejiendo una tela de

araña tan bien trabada que durante el tiempo

de un reloj congelado caí en ella. Sentirla me trasladaba una tibia sensación de

paz, como si nada hubiera sucedido y tus correos fuesen un espejismo, y no hubiese cuenta fantasma y me hubiese inventado los cuatro móviles en un raptó de locura.

—Me quedo más tranquilo si tienes donde avisarme a cualquier hora.

Imagínate que lo de Lucas no hubiese sido un simple porrazo.

—¿Qué ibas a hacer tú desde allí?

—Cogerme el primer avión. ¿Te he dicho ya que te quiero?

—Bobo.

Acto seguido me dictaste un número de teléfono.

—Pertenece a la persona que coordina la agenda de todos.

—Ok, anotado. ¿Cómo se llama?

—Orquídea. Su nombre es Orquídea.

Un extraño huésped II

El preventorio de electrodomésticos consiste en un mostrador de DM, sitiado por decenas de cachivaches en baldas colgadas de las paredes. Seguro que tendrán su lógica, pero no me siento con ánimo de adivinarla. Yago y yo nos adentramos, pues, en una almoneda de plástico, acero y latón comandada por un tipo de melena lamida y patillas, que nada más vernos desliza las lamas de la persiana de la puerta y echa la llave a la cerradura.

—Vamos a la trastienda.

—¿Cierras a estas horas? Menudo trabajo el tuyo —he objetado, sosteniendo

en los brazos tu ordenador.

—La gente toca el timbre, está acostumbrada.

¿Gente? Pondría la mano en el fuego a que la mayoría de esos que él

considera clientes deja su artilugio pendiente de un presupuesto o de abonar el arreglo, y luego no lo recoge. Es como cuando llevas una prenda al tinte al final de temporada y te olvidas de

ella porque has llenado el armario de ropa para la

nueva estación. Un día, pasados los meses o los años, te da por especular dónde

habrá ido a parar aquella falda que tanto te gustaba.

Detrás de unas estanterías colmadas de cajas se sitúa un espacio anejo al de atención al público, en el cual se ubica el taller. Apenas accedo a él, acomodo mi vista a la oscuridad porque las paredes y el techo están pintados de negro; la única luz procede de un flexo y de las pantallas en las que se concentran dos chicos de la edad de Yago. Me temo

que aquí recomponen pocas batidoras.

—Tío, he sido incapaz de abrirlos —se excusa él—. Seguí los pasos que me

dijiste, pero el *software* no lee esas *urls*. ¿Qué cojones habrá ahí?

—Estás en primero de pillería, chaval —bromea el jefe de la banda—.

Pásame tu móvil y te avisamos cuando esté listo —propone, tratando de

arrebatarme el ordenador.

—No. No me voy sin él.

—¿Pretendes que nos pongamos a

hacerlo ahora?

—Sí. Quiero estar delante.

—Eso cuesta más.

—¿Cuánto más?

Escribe una cifra en la palma de su mano y la muestra. Saco doscientos euros

de la cartera, no sin reservas porque la incertidumbre de que se trate de un camelo me pinza el estómago. A continuación suelto el aparato y me pego a él, cruzándome de brazos.

—No dispongo de toda la mañana.

Tengo que devolver a este a la guardería
—espeto, refiriéndome a Yago.

—Mmm, una tía buena con sentido del humor. Allá vamos, prenda.

El hacker aproxima dos sillas y nos sentamos frente a tu pantalla. Estoy tan concentrada en sus maquinaciones que tardo en percatarme de que ese inefable olor nos envuelve desde hace rato. Acurrucado en el suelo, sorprendo a Yago con

sus pupilas adheridas a mis piernas, y dudo si arrancarle el canuto de un guantazo o emboscarlas bajo el abrigo. Me violenta tanto su mirada que opto

por esto último.

Imposible no compadecer a Lupe. Más que un adolescente inadaptado, Yago

es una bomba de andrógenos a punto de explotar.

Supongo que llegará un momento en que lograré inmunizarme, en que no me

afectará lo que descubra sobre ti, como quienes se exponen tanto a un virus que

ya no se contagian. Conste que intento tomar distancia, de hecho he vuelto a usar

las técnicas de respiración que aprendí

durante el embarazo, y también medito visualizando el nudo de mi matrimonio como si fuese un forúnculo que he logrado extirparme y reposa sobre la encimera del baño. Sin embargo, haber leído, no solo tu Messenger, sino los mensajes que aún conservan las cuentas de correo electrónico —¡¿Seis, Fernando?! ¡¿Para qué seis?!—, no me ayuda en

absoluto.

No te imaginas lo que cuesta disciplinarse; el domingo quería descifrar todo

de una tacada. Hasta hoy he avanzado lo suficiente para sostener que no solo

utilizas un nombre en cada cuenta, sino que, escudado tras él, se despliega una personalidad distinta. Sé que parece un disparate, ya que implica admitir que estoy casada con un estafador emocional y otorgarte tal talento para la fantasía que no sé por qué no urdes un libro y te presentas a un premio literario, pero es

así y he comprobado que en el submundo donde moras desarrollas otro trabajo,

otras aficiones... Ríete tú de los universos paralelos; la física cuántica habría encontrado en ti un filón.

Ahora bien la sofisticación que empleas para camuflarte desaparece en el

acercamiento a tus víctimas, usando una estrategia tan previsible como

ramplona. Lo peor es que alguna se creerá que ha conquistado a su príncipe azul

porque las mujeres, a veces, travestimos el sexo de romanticismo. Todos

pecamos por amor, unos por amar a quien no se debe y otros por no amar a quien

se debe, pero lo tuyo no es amor, sino una cacería. Si el hombre depreda por naturaleza, chapó por ti ya que representas la vanguardia de tu género.

Te desprecio, Fernando. No dejaré de hacerlo nunca. A su vez me acuso de haber vivido ciega durante tanto tiempo, dado que nadie engaña sin la connivencia de un incauto que se deje engatusar.

Con respecto a las cuentas, me las he aprendido de memoria, lo que no representa una hazaña pues siempre tuve buena retentiva. Dos de ellas —

bowie2001@hotmail.com y
melokoton_4547@hotmail.com— no
poseen

actividad desde el pasado año, aunque puedes haberla borrado antes de tu

viaje;

en cambio, las otras la han mantenido hasta el día antes. En ellas te ocultas con

habilidad, salvo en
nando.salmeron@yahoo.com, donde
recurre al diminutivo

Nando, junto a tu apellido materno. La dirección recoge el intercambio de

mensajes con una mujer llamada Elena. Los he impreso y los he guardado en el

altillo del vestidor, pendientes de una lectura reposada.

Qué

sorpresa

toparme

con

Ruth,

llámame

Siete,

en

raul.gomezlara@yahoo.com: «Mi casa te
espera para convertirse en hogar. Mi

cuerpo para ser tu hoguera.» Habrase
visto semejante idiota. Tras leer sus

frases

di con el momento en que os intercambiasteis los teléfonos, lo que me ha permitido corroborar que has empleado el móvil negro en exclusiva con ella y los demás pertenecen a otras mujeres. Tu modus operandi pasa por contactar con alguien a través de Messenger, u otra red, y una vez que decides conocerla, facilitas una dirección de mail y un móvil. De este modo desapareces con sencillez si apagas el teléfono y das de baja la línea. Los dos últimos correos electrónicos

—asuntospropios.007@yahoo.com

y

salva_cantalapiedra.2002@hotmail.com
— reproducen la misma pauta, con la

salvedad de que el primero está
conectado al chat. Mi intención de
confeccionar

un patrón psicológico de tus mujeres
requiere apuntar cualquier detalle, como
cuando lees una novela cargada de
personajes y necesitas un esquema para
que la amenaza de derrumbe no arruine
su lectura. Ayer noche terminé saturada.

Máxime porque me movía el delirante
interés de dar con la pista de Orquídea
Negra.

—¿Qué había?

—¿A ti qué te importa? —contesto a Yago, mientras guardo el ordenador dentro del maletero.

Abandonamos la nave casi dos horas después, tiempo en que el hacker ha decodificado los archivos, grabando su contenido en una memoria externa. Me ha llamado la atención su celo en no airear unas imágenes a las que únicamente se ha asomado para comprobar que la transmisión de datos se había completado con éxito.

—El material no me interesa, por

seguridad e higiene mental. Pertenece a los

clientes —así ha zanjado su trabajo.

Antes de irme he recordado el teléfono granate que llevaba en el bolso.

—Yago asegura que al cambiar la pantalla funcionará.

—Habría que buscar un recambio, no puedo hacerlo ahora. Descuida, te

llamaré en cuanto lo tenga. —Y nos hemos despedido con la formalidad de un apretón de manos, como si lo suyo fuese serio.

Al ir a arrancar descubro que la llave no se encuentra en el contacto.

—¿Las llaves? Juraría que acabo de dejarlas puestas.

—Aquí —desvela Yago, según mece el llavero entre su índice y el pulgar.

—Juegucitos, ahora, no, de verdad. Tengo que dejarte en casa y regresar a la inmobiliaria. Tu tía se estará preguntando dónde estoy.

—Mándale un mensaje. Dile que te retrasas.

—Ya lo he hecho. Tenemos una visita

muy importante a las cuatro y antes
quiero ir al gimnasio y comer.

Harta de su fanfarronería intento
quitárselas, a lo que él reacciona
empujándome contra la ventanilla.

—Pero, ¿qué haces? —protesto—. ¡Me
has lastimado!

Yago entreabre los labios pero no
pronuncia nada, en cambio contrae la
mandíbula y dirige sus dedos a mis
piernas. Desconcertada, veo cómo cuele
su

mano por debajo de mi falda. Me revuelvo en el poco espacio que consiente el

volante hasta aprisionarla.

—Sácala. Saca la mano de ahí y entrégame las llaves.

—¿Qué me das a cambio?

—¿Más dinero? Te has vuelto loco. Voy a contárselo a tu tía.

—Hazlo, pero todo. Dile qué cojones fui a hacer a tu casa el domingo.

—Dame las llaves, Yago.

—Te las doy si haces algo por mí.

—¿Qué... qué mierda...?

—Enséñame las tetas.

—¡Eres un cerdo! Estás enfermo.

Amago con abofetearle antes de que él, agilísimo, aprese mis muñecas y lance

una dentellada sobre ellas. De inmediato siento el ardor de cien alfileres en la huella de sus caninos, por lo que estrangulo un grito que nadie podría escuchar en este erial del extrarradio madrileño.

—A mí no me pega nadie. Si lo intentas

te hago sangre —advierte—. ¿Sabes

que el mordisco humano es más peligroso que el de un perro?

Admito lo ridículo de dejarse intimidar por un chaval de dieciséis años pero

quién frena a mi atrabancado corazón, a ese miedo antiguo que nos atenaza a las

mujeres cuando la tentativa masculina desfila por la senda opuesta a la nuestra,

cuando su deseo es malsano y nos agrade. Apenas trato de salir del coche, Yago

bloquea los seguros con el mando.

Presiono de nuevo la manija y él activa el sistema de seguridad para niños, bloqueando las puertas. Por desgracia solo existen dos formas de desconectarlo, desde el mando o a través de una tecla en el salpicadero, a la cual no alcanzo si Yago no se hace a un lado, puesto que su cuerpo está vencido sobre el mío, así que lo tengo difícil.

—Soy más rápido. No me pongas a prueba, rubia.

Apenas articula su amenaza una gélida sensación en la cara interna de mis muslos me hace estremecerme, sospechando que no se trata de sus

dedos. En una ojeada distingo el brillo del acero.

—¿Qué haces? —pronuncio temblorosa.

—Súbete la falda y abre las piernas. Déjame ver lo que llevas debajo.

Quisiera enfrentarme a él; sin embargo, no tengo coraje.

—¿Qué has fumado? —atino a balbucir —. No era hachís, ¿verdad?

¿Cómo no me habré dado cuenta? Bastaba con haberle observado bien: su

ausencia de miedo, esa euforia, las pupilas dilatadas, el exceso de

salivación...

Ha fumado una mezcla de cocaína y costo, y hacerlo a media mañana delata un

consumo frecuente.

—¿Estás tomando drogas?

—Tú te mereces una fiesta. Estás buenísima, tía.

—¿En eso gastas el dinero que te ha dado? Devuélveme las llaves y te

prometo no decirle nada a tu tía.

—Enséñame las tetas y ya veremos.

La afilada hoja tiembla bajo mi falda hasta rasgar un siete en ella.

—¡Súbete el jersey! O si lo prefieres lo rajo y después sigo contigo.

Está demasiado puesto como para amenazarme de palabra. Sabe lo que

quiere, por tanto llevo mis dedos al elástico del suéter y tiro de él hacia arriba,

convulsionada por una mezcla de miedo y vergüenza. ¿Quién me mandaría

acercarme a este aprendiz de delincuente? Con virulencia Yago agarra el jersey

decidido a cubrirme la cabeza por completo, lo que me impide abrir los ojos bajo

él. «Me estás ahogando», logro pronunciar a duras penas. No sé cómo bloquear

la secuencia de tortuosas imágenes que se agolpan en mi mente, como en esas sesiones de meditación donde encadenas un pensamiento tras otro y te vas detrás de ellos sin soltarlos. Dos zafios témpanos traspasan su hielo a mi sangre a medida que manosean mi pecho antes de liberarlo del sujetador; entonces Yago se lanza a lamirme las tetas con una bisoñez patética.

Junto al miedo por lo que pueda llegar a hacerme, me atormenta que, a pesar

de encontrarnos en un lugar desértico, nos descubra alguien, un jubilado

paseando un perro, una pandilla de chicos o los mismos de la tienda de arreglos,

y les dé por especular que lo que sucede dentro del coche es sexo consentido. Un

líquido amargo desagua en mi boca, lo ensalivo e, incapaz de escupirlo, lo vuelvo a tragar. Cuando se decide a masajear mis muslos los contraigo hasta el dolor y, encolerizado, apresa mi mano derecha deslizando la navaja por ella.

En

este momento solo pienso en mi hijo, lo que me lleva a quebrarme cual

colegiala.

—Deja de gemir, tía, que se me va a bajar. ¡Joder!

A continuación aprisiona en mi mano un pene largo y delgado, como si no

hubiera concluido su desarrollo y esperara mi ayuda para el último estirón, presionando la suya para que mi sacudida sea más enérgica; yo opto por obedecer porque ansío terminar este esperpento cuanto antes. Pasados unos

minutos Yago empieza a relajar la tensión de su mano sobre la mía y su

respiración se agita, a medida que un fluido viscoso resbala entre mis dedos.

Diligente, logro liberarme de la lana que ciñe mi cabeza y le descubro recostado

sobre el apoyacabezas, con los ojos cerrados en una ñoña mueca de placer

infantil. El niño-hombre desea como un bestia y disfruta como un crío de teta; su

estampa es grotesca. De inmediato constato que ya no sujeta las llaves porque se

le han escurrido y ahora seestean en la alfombrilla, lo mismo que la navaja; no obstante, para recuperarlas necesitaría agacharme, arriesgándome a ser descubierta y que me inmovilice por el cuello, así que doy el llavero por perdido

y priorizo abandonar el vehículo como sea.

Como una sinuosa gata agarro el bolso y, sin dejar de sollozar, a fin de que no se percate de mis movimientos, pulso el botón de desbloqueo en el salpicadero, abro la puerta y salto fuera vertiginosa.

—¡Cerdo, cabrón! —grito desde el exterior—. ¡Sal de mi coche!

Mientras él se despereza, atrapo mi móvil y lo amenazo con llamar a la

policía. Yago sonríe, burlón, abotonándose la bragueta a medida que abandona el

vehículo y lo rodea blandiendo el llavero.

—No te acerques o grito.

—Estás despeinada, tía. ¿Qué habrás hecho? Llama a la pasma y confesaré lo

que ha pasado ahí dentro. Soy menor, ¿te

acuerdas?

—¿Qué quieres?

—Follarte.

—Me das asco. Te ordeno que me des las llaves.

—¿Quieres las llaves? ¿Sí? Pues cógelas.

Yago lanza el llavero al suelo, le da una patada y, atónita, contemplo cómo desaparece por la boca de una alcantarilla.

Y me vence y lo venzo

—Te está sonando el móvil.

—¿Sí? No... No lo he oído, Lupe.

Ante su insistencia cojo el teléfono del bolso y ficho cuatro llamadas

perdidas: una de mi madre y tres de Carlos. Me extraña no encontrar ninguna de

Julia, aunque la supongo entretenida con su desconocido, o quizás haya resuelto

dejarme un tiempo para que entre en razón. La humanidad se pelea por genios como el mío y se aplaca con actitudes tolerantes como la suya. Entre los mensajes encuentro uno de Carlos, alias Carlota —«No me coges, andarás con lío. ¿Comemos mañana?»—, que no respondo, y otro tuyo: «Te echo de menos cada minuto. Ven conmigo, *superwoman*, métete en mi cama porque acabo de despertar. Te quiero Abi», remitido desde el número de Orquídea Negra. ¿O me crees tan lerda como para no darme cuenta?

—¿Te encuentras bien, Abigail?

—Lo del coche me ha trastocado el día

—aduzco guardando apresurada el
móvil.

No olvido que hoy he mentido a mi
socia, he engañado al del seguro y al
empleado de la grúa. Menuda arpía
estoy hecha.

A Lupe le he explicado que el coche me
había dejado tirada en plena A-6,
sugiriéndole que quedáramos en la plaza
de Lavapiés antes de la visita a Micaela
Pellejero. Con la compañía he
defendido un intento de robo y, según el
operario

del servicio de grúa especificaba la
necesidad de una denuncia policial, he

corregido mi versión declarando que, víctima de los nervios, yo misma arrojé el bolso para que el ladrón no se lo llevara y las llaves cayeron por la alcantarilla.

Lo único certificable es que he esperado a la asistencia con los seguros echados,

mientras soportaba las obscenas burlas de Yago al otro lado de la luna. Cansado,

ha echado a andar convirtiéndose en una silueta menguante que ha desaparecido

en la línea del horizonte. No sé hacia dónde, ni cómo habrá salido de allí, suerte

que en tres días se extingue el plazo de su expulsión y regresa al colegio.

Pobre Lupe. Escruto su perfil tomándose un café en el bar donde una semana

atrás soporté mis náuseas entre viejos y travestis, y un río de compasión me anima a asir su brazo y estamparla un beso en la mejilla. La mujer pega un respingo porque no está acostumbrada. A mi juicio los gestos públicos de efusividad resultan cursis, como si al exhibirlos ante los demás los envolviera la

impostura. Sin embargo, este momento requiere empatía y una suerte de

corporativismo que neutralice lo peor del ego masculino, y eso que no conoce, ni

por asomo, las perversiones de su sobrino.

—¿Te he dicho que eres una compañera genial? La mejor.

—Echas de menos a Fernando, de ahí que cualquier contratiempo se te haga

una montaña, ¿verdad?

—Seguro que es eso —finjo.

—¿Se creen más fuertes por venir en comandita?

Micaela Pellejero, la inquilina del segundo derecha cuyo piso se sitúa en el centro de nuestras oraciones, la viuda del artesano que decoró su vivienda igual que un museo de quinta división, permanecía callada hasta ahora. Antes nos ha

abierto la puerta sin concedernos la cortesía de un saludo y la hemos seguido hasta su sala de estar.

—Qué talento tenía su marido —declara Lupe, ya que en el reparto de papeles

hemos acordado que llevaría la iniciativa—. Entiendo su postura muchísimo

mejor tras comprobar la envidia de su trabajo.

—Déjese de florituras, oiga.

—Estoy segura de que habrá una forma de desmontarlo y volverlo a...

—No la hay —corta ella—. Pero aunque la hubiera no me da la gana irme.

¿Que no me entienden?

—La vida está llena de genios invisibles. De artistas ignorados en...

—¡Blablaba! Usted es más cansina todavía que su compañera.

La mujer y yo permanecemos sentadas en el sofá, y Guadalupe, que se había

acercado a la rinconera, regresa a un butacón situado frente a nosotras. Sus mandíbulas están tensas, aunque su voz sostiene el matiz amable con el que ha empezado su alocución.

—Me gustaría proponerle algo. Hay un fotógrafo amigo mío a quien le

fascinarían las creaciones de su marido. ¿Qué le parecería fotografiarlas y catalogarlas?

Micaela nos observa alternativamente, sin mover un músculo, y se toma unos

segundos en contestar.

—¿Tienen hijos?

He escuchado antes esa cuestión, por eso respondo yo.

—Ya le conté que tengo un niño con cara de pícaro, y unos ojos azules iguales

a los de su padre —a ver si la ablandamos—. Y Guadalupe cuida de sus sobrinos

tras el fallecimiento de su hermana.

—¿Cáncer?

—Sí —aclara Lupe.

—Siento lo que le voy a decir, pero ella se lo buscó. La maternidad arruina el cuerpo de una mujer.

—¿Cómo puede sostener esa barbaridad? —le reprocho. Para no haber tenido hijos el suyo es un adefesio.

—Porque es verdad.

Además de maleducada e insensible, esta mujer carece de cerebro. Mi socia trata de encajar su estocada mientras se contrae entera.

—Si una esposa ama a su marido no puede darle hijos porque le perderá. Yo no se los di, y fuimos muy felices. Aquí. Donde murió y donde voy a morir yo.

—Si muchas mujeres pensaran así desaparecería la raza humana —digo.

—Borre al hijo, a ver qué le queda con su marido. Nada.

—Amor —me apresuro a contestar, y me sorprende mi rotundidad.

La inquilina se quiebra en carcajadas.

—Si quiere mantenerlo, impida que entre alguien en medio. Pareja son dos.

Hemos acabado. Buenas tardes.

Cielo Santo, parece pronunciar esas palabras para mí.

—Muy interesantes sus teorías —apunta Lupe—. Nos ayudan a entender el

apego que tiene a este lugar y al mobiliario, aunque puede que haya llegado el

momento de volar sola. De comprobar si...

—He dicho que hemos acabado —sentencia, poniéndose en pie.

—Podría conseguir mucho dinero.

—¿Dinero? Usted cree que necesito dinero, ¿es eso? Demos el caramelo a la vieja, que caerá tarde o temprano.

—No me malinterprete —se excusa Lupe.

—No se enteran de nada, están borrachas de ambición. No quiero su dinero.

Tengo el que necesito y más. Mi marido no era ebanista, sino perito mercantil.

Un cargo en el Ministerio, y ganaba de sobra para los dos. ¡Váyanse a tomar por

culo!

—¿Seguro que no quieres que te lleve?

—Seguro. Te tragarías el atasco de Moncloa —aseguro.

Desde que hemos salido nos reconocemos incapaces de pronunciar palabra.

Apenas unas onomatopeyas y cuatro frases de cortesía.

—Hablamos de esto mañana cuando lo hayamos consultado con la almohada,

¿te parece? —propongo.

—Correcto. Descansa, Abigail.

En plena Puerta de Toledo Lupe aguarda a que pare un taxi y, una vez toma la

vía contraria a la que me correspondería enfilar a mí, solicito a su conductor que

gire 180 grados para acercarme al Mercado de San Fernando. Si quería dar

credibilidad a mi coartada no podía estacionar en el mismo aparcamiento que Lupe, y así lo he hecho.

—Debería haber elegido un coche en la otra dirección.

—¿Ah, sí? No me diga.

—Me ha obligado a dar la vuelta y yo buscaba salirme del centro.

—La vida es jodida. Casi siempre nos lleva por el camino que no queremos.

El tipo me vigila a través del retrovisor embuchándose las ganas de discutir, y

yo, retadora, le sostengo la mirada. Hoy no. Hoy no existe hombre que me venza.

A mi regreso a casa he buscado a Lucas como a una tabla salvavidas en mitad

de un mar iracundo y me he fundido en sus brazos.

A cada paso tropiezo con gente sin norte

ni anclajes emocionales que se

golpean cegados contra las esquinas;
hombres y mujeres a la deriva que

mendigan seguridad y afectos, aunque
sean simulados. En cambio yo tengo a

Lucas, que es mi patria.

¿Cómo puede afirmar la demente de
Micaela Pellejero que un hijo dinamita

un matrimonio, cuando a la larga se
transforma en la más sólida de sus

amalgamas? ¿O acaso esas parejas
modélicas, dueños de coquetos chalets

adosados o luminosos pisos, que a buen seguro les he vendido yo misma, se sostendrían si no existieran hijos detrás? Me acuerdo que hace pocos días escribiste que antes de que él naciera había tirado la toalla, sin embargo te equivocas porque mis deseos de ser madre nunca declinaron. Mi desengaño eras tú, pues consideraba que si no sabías gestionar tu vida tampoco podías enfrentarse a la paternidad con éxito. Por suerte me equivoqué.

Un ligero chasquido, casi inaudible, me lleva a concentrar mi atención en la puerta de la alcoba, a tiempo de entrever una sombra a través del filo de la

madera.

—¿Qué quiere, Mariana?

Se sucede un confuso silencio y finalmente la mujer se aleja del cuarto. De inmediato decido guardar la memoria externa dentro de la caja de seguridad porque este secretismo me hace desconfiar de ella.

Pasadas las diez de la noche entro en tu despacho y empiezo a responder los

mensajes pendientes del día: acepto comer con Carlos dotando la cita, eso sí, de

un interés profesional —«Mañana a las

14.30. *¿Alduccio?* Necesito tu consejo en una operación»— y, después de cavilar si no sería más prudente remitirte un mail, opto por este texto al móvil «Día horrible, avería en el coche, problemas en

una compra que parecía pan comido. Solo me hace sonreír saber que piensas en

mí. Gracias por recordarme cuánto me quieres. Te extraño. Mucho»,

muriéndome por conocer la cara de Orquídea Negra cuando lo descubra.
Acto

seguido abro tu ordenador y el

Messenger se activa por defecto, dado que no debí de desconectarlo, lo que me permite identificar un par de cuentas nuevas que pretendo ignorar aunque, a punto de cerrarlo, entra un mensaje en una de ellas.

—Hola. Acabo de ver que estás en línea
—escribe Sweet 1970.

Intrigada, mi dedo índice sobrevuela el ratón, pero me detengo porque no sé qué rastro dejaría en caso de abrirlo.

—¿Sigues ahí? Me encantaría hablar contigo.

La cautela me recomienda apagar

Messenger y la curiosidad seguir, así que

localizo en el fondo del bolso un trozo de papel y digo «Hazlo».

—¿Marcos? Soy Abigail, la mujer que...

—Sé quién eres —ataja el hacker—. El taller está cerrado.

—Salvo que a alguien le entre una urgencia por arreglar un secador de pelo.

Necesito una información. Si tengo que pagarte por ella...

—Mira tú, ese sería un buen negocio:

«tele asesoramiento cibernético las 24 horas». ¿Qué coño te pasa?

A continuación, transcribo en voz alta mis dudas.

—¿Solo eso? Tía, ¿has vivido en Marte los últimos años?

—Digamos que no había necesitado crear mi álter ego virtual.

—¡Bienvenida al mundo real! Ponte el cinturón, Dorothy, porque Kansas va a desaparecer.

19

Sembradora de fantasmas

A veces, el deseo nos deja indiferentes. Otras, en cambio, nos hace sentir un

cosquilleo en la boca del estómago que revuelve nuestro apetito y altera nuestra

concentración. Pero existe un deseo que arranca en las tripas y se extiende, imparable, hasta cubrir tu anatomía al completo. Es el deseo de un hijo. La necesidad que inspira el ser amado, la de acariciar una piel que reconocerías entre miles. El amor es un torrente de deseos cumplidos a los que perdemos el

miedo.

Una sensación similar me avasallaba mientras inspeccionaba un par de

inmuebles y enumeraba a sus dueños los pros y los contras de su venta; golpeaba

mi pecho cuando he llamado a Lupe —«Chica, qué ganas de que Yago vuelva al

colegio porque no hago carrera con él. ¿Qué hacemos con Micaela?»—, y me ha

desbordado las venas de las manos haciendo que girase el volante en dirección

contraria a mi siguiente cita, y me dirigiera hacia casa. Deseaba tanto saber si tenía alguna respuesta.

He permanecido en el coche mientras esperaba ver salir a Mariana por el

portal, lo que ha sucedido a las 13.15 horas. Iba a recoger a Lucas a la guardería

de modo que contaba con quince minutos de margen, incluso alguno más si se entretenía. Al entrar me he encaminado a tu despacho presta a comprobar si el trozo de cartón encajado bajo la puerta se había movido, lo que indicaría que Mariana había accedido a él, pero no ha sucedido así. A continuación he

encendido el ordenador.

Yo: Aquí estoy. ¿Y tú?

Sweet1970: Creí que no deseabas responder.

Yo: Me tomo mi tiempo. No soy impulsivo.

Sweet1970: Enseguida me di cuenta de que no eres como los demás.

Yo: Nadie es igual a otro.

Sweet1970: Me refiero a que pareces sensible. Y eso es... maravilloso!!!

Yo: No creas, para un hombre es un

problema.

Sweet1970: Eres gay?!

Yo: Nooooo. Soy arquitecto. ¿Y tú, a qué te dedicas?

Sweet1970: Soy profesora... de infantil. Adoro a los niños. Dime, ¿no te da

apuro utilizar tu nombre? Casi nadie lo hace.

Yo: Odio la mentira.

Sweet1970: Lo sabía, Raúl!! Por eso me llamó la atención tu perfil.

Esto sucedió anoche. Yo soy tú, es decir

Raúl Gómez Lara, el nombre que

según deduje utilizas en una de esas páginas de contactos donde habría dado contigo la última incauta apresada en tus redes. Antes de responderla recapitulé media docena de mensajes en los que ella había tratado de contactar contigo sin

éxito, pues ya te encontrabas de viaje, cumpliendo la pauta que me había dictado

Marcos, el hacker del taller de electrodomésticos: «Los mensajes son garbanzos

de Pulgarcito. Tú crees que los has

quitado de tu camino, pero si alguien va detrás, se los come, los defeca, y ahí deja la pista. Cárgatelos en cuanto termines y si no quieres conversar más con esa persona, bloquea su perfil y bórralo del historial para que no quede huella.»

¿Por qué usurpé tu identidad y mandé esa primera frase? En parte por

venganza, sin perder de vista que no te escarmentaría a ti sino a una ilusa que, en

ese dudoso juego, a lo peor se llama Pepe y es carnicero. Cualquiera sabe. Y en

otra... por satisfacer el morbo que me
provoca probarme tus zapatos. Ese
vértigo

desencadenado al llenar las páginas en
blanco de una vida no tiene parangón.

Durante la charla comprendí el
superpoder que representa conocer a
alguien tan

bien, pues lo mismo cuidas de él que le
aplastas como a un piojo.

Sweet1970: Me gusta la foto de tu
perfil. Eres tú??

Hasta aquí todo rodaba, pero al leer esto
sentí un miedo repentino. ¿De qué

imagen hablaba? ¿No serás capaz de mostrarte a cara descubierta? Bombardearla a preguntas habría llevado a admitir que disponías de más de un perfil o, peor aún, a traslucir mi engaño. Entonces lancé un órdago, a ver cómo reaccionaba.

Yo: ¿Qué es lo que más te gusta de ella?

Sweet1970: Tú qué crees???

Yo:

Sweet1970: No me gustan los hombres tatuados, pero... sé lo que significa

el tuyo. Lo he buscado en internet: creación. A qué sí???

No, no podía ser. Seguro que no, no se refería al tatuaje de tu omoplato izquierdo porque esos trazos que en el alfabeto vikingo representan el infinito, encarnan lo más bello que hemos creamos juntos: a nuestro hijo. Tú y yo sí sabemos lo que simboliza, algo que a los demás no les importa. Es nuestro, nos pertenece solo a nosotros, y lo defiendo ante la hambrienta manada como una loba. De forma instintiva deslicé la goma del pantalón del chándal hasta el borde del vello púbico y posé mis dedos en la marca que nos grabamos a la vez un día

de otoño hace dos años. «Con las manos enlazadas siempre», propusiste, ¿o lo

has olvidado? Así nos tatuamos, formando un nudo con los dedos sin apartar la mirada de los ojos del otro. Nuestro tatuaje es tan íntimo que resulta una impudicia que lo exhibas ante otras mujeres, Fernando, no tienes derecho a vilipendiarlo.

Un aliño de tristeza, decepción e ira, me rompió, llorando sin consuelo. Me disponía a borrar la conversación cuando irrumpió otro mensaje.

Sweet1970: Quieres mi teléfono? Te apetece hablar?

Entonces, sí respondí.

Yo: Mejor hazlo con mi mujer, que la

tengo aquí al lado. Algunas tías sois

tan crédulas que avergonzáis al género.
¡Gilipollas!

Di a la tecla de enviar y, cuando me cercioré de su recepción, eliminé la conversación completa y bloqueé el perfil. En algún punto del universo virtual dejé a una imbécil enrabieta acordándose de ti.

Podría haberme parado aquí, una vez consumada mi retorcida maldad; sin

embargo, no imaginas qué saña me empujaba a seguir. Cerré el chat y abrí la
cuenta
asuntospropios.007@hotmail.com,

decidida a repasar la secuencia completa de mensajes, lo que hice saltando de una emoción a otra hasta derramar

un montón de lágrimas sobre la cuartilla en la cual tomaba notas. Al terminar pulsé el rectángulo de la izquierda donde reza «Redactar mensaje nuevo» y arranqué a escribir:

Siete, amor, me comprometí a que no tuvieras noticias mías durante mi

viaje en una prueba para ambos, pero no saber de ti resulta un infierno. Ni

siquiera quise que supieras dónde estoy, y no creo que sea bueno romper

mi compromiso, más que en estas líneas.
Ni te imaginas las virguerías que
he hecho para que te lleguen.

No dejo de pensar en tu cama. En las
duchas juntos, en nuestras peleas

sobre temas insustanciales porque, en lo
importante, pensamos igual. Te

propongo que a mi vuelta hablemos de
dar un paso adelante; sé que quizá

te parezca demasiado pronto, pero yo no
puedo esperar. Contigo quiero

todo.

Siempre dices «nunca tuve un hogar hasta que encontré tu cuerpo» y a mí me pasa lo mismo. Te amo. Vientre.

Si tanto te gusta jugar con los corazones, vas a comprobar que no son de goma, ni rebotan, sino que se quiebran en cuanto los maltratas. Compuse este texto a sabiendas de que nunca te has mostrado tan explícito con ella; de hecho, tanto tus correos como los mensajes del móvil negro, me han servido para

hacerme una composición del papel que representas: Raúl Gómez Lara —

bautizado Vientre— es un editor de libros de arte que ha viajado a un lugar

indefinido para encontrarse a sí mismo. Según le has contado tienes 37 años y vives con tu madre, algo delicada de salud, después de haberse quebrado la convivencia con tu ex, una novia pija, rica y egocéntrica, cuyas manipulaciones llevas años sufriendo. Me estomaga que en algunos trazos su descripción

recuerde a mí, pero supongo que fantasear a tu nivel te obliga a inspirarte en lo

más cercano.

El personaje que has pergeñado, intenso en tus frases e indolente con los asuntos materiales, te ayuda a huir del compromiso pero pronto lo

solucionaremos porque «tu mensaje» no solo exuda amor, sino toda una promesa canjeable por un futuro en común. Guau, para una mujer enamorada eso equivale a un pedrusco, aunque sea de circonitas.

Nada más abrir el ordenador, con el corazón a mil, aparece la respuesta de Ruth, llámame Siete, a tu mensaje: Me siento como si hubiera conducido bajo una lluvia torrencial y de

repente apareces tú, un puente largo y seguro, bajo el cual desaparece el sonido de la lluvia; entonces te vas, salgo del puente y todo vuelve a ser tan insoportable como antes. Durante estos

días sin ti sentí que volvía al infierno, hasta que anoche llegaste desde algún lugar para recordarme que la magia existe. Y que somos uno.

Antes de ti era un pájaro disecado. Nunca vi mi maltrato hasta que me

reflejé en tus ojos y comprendí lo que era amar. Lo otro, no. Lo otro es la

peor de las adiciones.

Ábreme las piernas y el alma. Poséeme porque si no lo haces pronto

reviento. Te ama, Siete.

¿Esta chica por qué no se compra un

consolador y se aplaca sola antes de arder por combustión espontánea?

Y ahora, ¿qué? De momento borro su mensaje, tal y como hice ayer con el mío, pero ignoro el siguiente paso a dar porque no lo he previsto. Me temo que no todo se puede improvisar, aunque está bien dejarse llevar por los impulsos, debo esbozar un plan. Aturdida me levanto y paseo por tu despacho; me sitúo frente al ventanal, descorro los visillos y oteo en el cielo traslúcido de este uno de marzo alguna idea. Madrid bascula del cielo al infierno en cuestión de horas.

Reflejado en el cristal, mi rostro

también va mudando de la seriedad a un esbozo

de sonrisa en cuanto dilucido cuál será mi recorrido en adelante. Entonces envío

un mensaje a Julia: «Te echo demasiado de menos, amiga. ¿Qué tal una tarde de compras? Di que sí.»

Mientras aguardo su respuesta compruebo que han transcurrido veinte minutos y que es hora de desaparecer. Tomo el bolso y el abrigo, y según avanzo

por el pasillo escucho girar el bombín. De un salto me cuelo en el aseo, con la

hoja de madera entornada. Es de necios esconderme en mi propia casa, lo

admito, pero no deseo encontrarme con Mariana. Aguanto la respiración a

medida que se abre y cierra la puerta, y ella accede a la vivienda canturreando.

—¿Quiere usted comer ya, mi rey? — dice dirigiéndose a Lucas—. No sabe

qué sopa tan sabrosa le hice.

La mujer sabe cuidar de mi hijo y eso reconforta a alguien que posee unos

horarios tan esclavos como los míos. Me doy cuenta de que no he silenciado el móvil y, cuando estoy haciéndolo, Julia responde.

—¿Tiene que ser hoy?

—Sí, por favor. Mañana tengo citas —le ruego.

—¿A las siete?

—Genial, te recojo.

A continuación me descalzo e introduzco los zapatos en el bolso. Confiaba en

que Mariana fuese a su cuarto a cambiarse, en cambio ha abandonado el

abrigo

sobre la cómoda y trajina en la cocina, donde me escucharía al marcharme.

Entonces extraigo de mi llavero la llave de la puerta blindada, para que no tintinee con las demás al introducirla en la cerradura exterior porque, si bien puedo abrir en sigilo, no así cerrar la puerta. Desde mi móvil marco el teléfono fijo y a medida que suenan los timbrazos maniobro el picaporte y la llave en el

cerrojo. En cuanto Mariana descuelga salto al descansillo, cierro y corto la comunicación. Para asegurarme de que no abrirá, pulso rellamada. Me la

imagino quejándose del bromista al que le ha dado por molestar, mientras yo me esfumo por las escaleras.

A resguardo dentro del coche, asumiendo que llegaré tarde a la comida con Carlos, admito que estoy coqueteando con un entretenimiento que puede llegar a gustarme mucho. Y eso me excita tanto como un atracón de galletas de la caja que se esconde en el altillo.

Solo barro que brilla

—Baja cuando quieras —aviso a Julia
—. Te espero en el coche.

—¿Ya estás? Dame diez minutos. Tengo algo para ti.

En el corazón de Julia nunca florece el resentimiento. No sé cómo puedo dudar de ella.

Hoy estoy de suerte: he aparcado en el único sitio libre de la calle y Carlos nos ayudará a desatascar la compra del

edificio, tal y como he anunciado a mi socia al acabar la comida.

—¿Hará eso el banco?

—No. Carlos Ouso, a título privado, nos pondrá en contacto con alguna de

esas empresas que, sin ser ilegales, digamos que... poseen una moral laxa a la hora de «sugerir» a los inquilinos que se marchen.

Recalco el plural porque me cuido de que Guadalupe no sospeche que entre

nosotros haya algo más que una fluida relación profesional; aunque en realidad

no existe nada. Hoy, una mano bajo la mesa rozando mis rodillas y un beso en los labios al despedirnos.

—¿Moral? ¿Desde cuando el dinero es moral?

—Exactamente, Lupe.

—Imagino que serán expeditivos, pero... ¿no irán a empujarla por la escalera y que se rompa la crisma?

—La tiene hecha cisco ya.

Las dos nos hemos echado a reír a la vez y eso que malditas las ganas.

También hemos mirado hacia el mismo punto, allí donde un chico de dieciséis años tejía musarañas desde una de las butacas de la entrada, igual que hacen los hijos de los clientes cuando sus padres les dejan aparcados con una consola entre

las manos. La sociedad se fracciona entre quienes viven fuera o dentro de ellos

mismos, y Yago es un paisaje interior. Minutos antes había esquivado sus pies al

entrar en la inmobiliaria y él ni siquiera respondió a mis «buenas tardes».

—¿Qué vas a hacer con él? —he
inquirido a Lupe, como si me refiriese a
un

paquete. En cierto modo, lo que es.

—No sé, chica. Creí que iba a
escarmentar, pero se ha pasado la
semana

vagueando y con un humor de perros.

—¿Y si lo llevas a un psicólogo?

—Estuvo viéndole el del colegio cuando
falleció mi hermana, aunque no iba a

la mitad de las consultas.

—¿Quieres que se lo diga a Julia?
Hemos quedado luego.

—Me harías un favor.

Es curioso compartir una herida que a ella le duele y a mí me subleva, dada la cercanía de mi agresor. Así debo de calificar a Yago, ya que si emplease ambigüedades para aludir a su ataque sexual me vería abocada o a la mezquindad de asumir la culpa o a la connivencia. En todo caso he transitado por un abanico de sensaciones en la hora y media que he pasado en la oficina: tras el asco me ha asaltado la rabia, después el desprecio, y un posterior arrebató

de impartir justicia por mi cuenta por el que le hubiera abofeteado hasta saltarle

las muelas del juicio, y no tanto por mí como por Lupe, quien se desloma para

sacar de él algo de provecho.

Juntas, organizamos la agenda de la semana, ojeamos los bocetos de Manu y

cerramos una cita con una de esas empresas que, bajo la apariencia de eficaces

cobradores de morosos, terminarán acosando a Micaela Pellejero con un

escuadrón de ratas y cucarachas, tal y

como ella previó en un rapto de

clarividencia. El dinero, aparte de amoral, es muy sucio.

—¿Sabes algo? —ha confesado mi socia al terminar—. Nunca he querido ser

madre precisamente por esto. Por miedo a que un hijo mío me decepcionara. Soy

cobarde, ¿verdad?

Tras pronunciar la última palabra se ha esfumado sin esperar mi réplica,

metiéndose en su despacho. Al salir he sorteado las piernas de Yago, fusionadas

al suelo como destartaladas raíces de hiedra, pero no me he despedido de él.

Clavados a mi espalda he sentido dos puñales verdes.

—¡Ey! ¿Te has quedado dormida? —La voz de Julia es un eco desde el otro

lado de la ventanilla.

Sacudo la cabeza, avergonzada, porque tiene razón: mientras ojeaba por

enésima vez los mensajes que imprimí anoche entre Ruth, llámame Siete, y tú, la

modorra causada por la calefacción y la

falta de sueño han terminado
venciéndome.

Guardo con precipitación los folios
dentro de mi agenda y me apremio a
salir

del coche, echando un vistazo al espejo
retrovisor. En un primer plano se refleja

Julia, con sus levantiscos rizos y una luz
tan blanquecina en su piel que parece

hecha de mármol; y unos pasos atrás
aparece un hombre de barba y piel
oscura

que sonrío bobalicón. Un transeúnte

varado en mitad de la acera,
entorpeciendo

el paso. Salto del automóvil, la abrazo,
la sigo estrujando, aunque ella, dotada
de

una fuerza colosal, me aparta y se gira.

—Aquí tienes a mi «desconocido», Abi.
Te presento a Yamir.

—Namasté —saluda él, inclinando la
cabeza y juntando sus manos a la altura

del corazón—. Que la calma y la bondad
te acompañen.

Como si alcanzar la paz universal

dependiera de aplicar un catálogo de buenas intenciones.

¿A ver cómo encajas esto, Fernando? Porque si te importa Julia, y me consta que sí, debe de preocuparte tanto como a mí que haya perdido la cabeza por un tío que, aunque naciese en el Reino Unido, su familia procede de India y tiene aspecto de sirio o de iraní.

—Parece musulmán.

—No es musulmán. Es hinduista.

—Ya, pero lo parece.

—Y si lo fuera, ¿qué sucedería?

—Coño, Julia. Que cualquiera en su sano juicio se alejaría de un árabe con lo

que nos ha pasado en Madrid.

—Voy a hacer como que no te he oído, Abigail.

—Vale, exagero y sueno xenófoba. Pero, ¿qué pintas con un tío que está aquí de paso?

—Como todos. ¿O es que por nacer en

Albacete está asegurado el amor eterno?

—No sabes nada de él.

—Se llama Yamir Chaudhuri, es licenciado en Historia del Arte y Lengua Inglesa. Trabaja en el British Museum. Se encuentra en España en virtud a un convenio con El Prado, catalogando pintura inglesa del XVII. Es uno de los mayores expertos en Mary Beale, retratista, una de las primeras pintoras inglesas reconocidas. Te encantaría su historia, la de la pintora, digo. Su hermana mayor

está casada con un argentino, por eso habla castellano. Sus orígenes familiares se

sitúan en Bengala...

—Mira, como los tigres.

—No seas gansa, Abi. —Me ha lanzado sus miradas—. Me he enamorado.

Llevo toda la vida esperando esto.

—Esto, ¿qué es? ¿Una buena polla? Porque eso sí, tiene pinta de hacerlo de cine.

—¿Qué te pasa? ¿No crees que se pueda

construir una relación pura, limpia,

beneficiosa y equilibrada entre los dos?
¿Has perdido la fe en el amor?

—¿Qué coño es el amor, Julia? Aparte de una ensalada de intereses por la cual una pareja se auto convence de la necesidad de seguir siéndolo.

Similar a esta conversación hemos mantenido varias a lo largo de una tarde,

en la que Yamir nos ha acompañado un rato antes de declarar que «dos amigas

hablan un lenguaje que solo puede ser entendido por ellas, de modo que los ignorantes en él deben de desaparecer».

—¿Sabes a quién te pareces? —he reconocido, cuando en la despedida ha

vuelto a juntar las palmas de sus manos en actitud reverencial—. A ese actor de

Perdidos, el que salía en la película de *El paciente inglés*...

Por asociación de ideas mi mente ha saltado al enlace que encontré en tu ordenador para seguir la serie en inglés y a los bosquejos del cabecero de la vivienda secreta, donde te citabas con tus amantes y que me recordaron al film, y la tristeza me ha condenado a un llanto que costaba Dios y ayuda contener.

—Lo siento, no veo la televisión.

Prefiero los libros —ha aclarado él.

—A veces la televisión ayuda a olvidar.

—«Me ciegas con tus repentinas risas para que no vea tus lágrimas.» Lo

escribió Tagore. Namasté.

Únicamente logro soslayar la gigantesca nostalgia de nuestro amor —el del

principio, en el tiempo de la inocencia — que me desata reparar en la ternura entre Julia y Yamir, cuando entramos y salimos de las tiendas de moda de la calle Fuencarral.

—¿Ahora te gusta este estilo de ropa?

—ha apreciado, extrañada, ella—.

¿Qué pasó con tus Versace?

—Me siento mayor con ellos. Ha llegado el momento de rejuvenecer.

—¿No tendrá que ver con Fernando y...?

—¿Con que se esté tirando a tías diez años más jóvenes que yo? Nooo.

Mientras Julia curioseaba esas prendas de colores fluorescentes colgando de los

percheros con vocación de enterrar el invierno, yo solo dispongo de ojos para las
las

empleadas de los comercios. Sé lo que busco, el problema es que hay

demasiadas chicas parecidas, como si las dependientas formaran una casta

aparte: son clones de talla treinta y seis y relamidas melenas oscuras con raya en

medio. Aparte, dispongo de pocas señas para identificar a mi objetivo: un

tatuaje, alguna cicatriz fruto de un «sedicioso pasado» —me ajusto a la

literalidad de sus mensajes—, ojos castaños y boca sensual.

En Desigual, Julia se encapricha de una

camiseta de rayas arcoíris con el logo

de la marca impreso en el pecho. Se la pienso regalar, así que me anticipo a ella

y, cuando me sitúo en la caja, escucho algo que me hace brincar.

—¡Ruth! ¿Sabes si vinieron en el pedido los pitillos de tachuelas?

—¿Tienes que gritar para dirigirte a mí?

—Lo siento, con la música ambiente...

—Educación. Os pido educación, ¿ok? Están en el almacén. Etiquétalos, por

favor —recalca.

Me giro a mi izquierda y descubro a dos chicas: una rubia con coleta y otra

algo mayor que el resto de las dependientas, de melena lisa y recta a la altura de

los hombros. Los labios carnosos cubiertos de carmín rojo. Más baja y más delgada que yo. No necesito confirmación: es Ruth, llámame Siete.

—Disculpe... ¿le puedo cobrar ya? — pregunta la cajera.

—No. Solo un momento.

Tomo del exhibidor más cercano lo primero que encuentro —una falda y un par de pantalones— y lo deposito en el mostrador.

—Esto también.

—¿No quiere probárselo? ¿Ha confirmado que es su talla?

—Seguro que sí.

—Si no lo puede cambiar, por eso no pierda el ticket.

Una vez abono el recibo me acerco a Julia, sin perder de vista a la encargada

del establecimiento. Radiografía sus flemáticos movimientos, su mirada, entre autoritaria y displicente. Su boca, arrebatadoramente sexi.

—Para ti.

—¡Oh! Eres tonta. ¿Es para hacerte perdonar? —inquire Julia.

—A lo mejor.

—Sabes que siempre estaré de tu lado, ¿verdad?

Salimos cuando empiezan a echar el cierre las tiendas, lo que parece una señal

para que mi amiga proceda a la apertura de su ventanilla de preguntas. ¿Has tenido noticias tuyas? ¿Qué piensas hacer? ¿Cómo te sientes tú? Un cuestionario que no solo no puedo contestar, sino que, de conocer las respuestas, no debería

de hacerlo porque algo en mi interior, tan recóndito como certero, me sugiere que estoy a punto de vivir cosas de las que jamás deberé hablar. Nunca. En toda mi vida.

—Sí. No sé. Bien. ¿Satisfecha?

—Abi, si me preguntas te diré que os merecéis, no una sino varias

oportunidades, porque conozco la naturaleza de vuestra unión. Es sólida y

sincera. Cómo no vamos a dar al ser que amamos una segunda oportunidad si nos pasamos la vida concediéndonos decenas a nosotros mismos. Algunos seres humanos se quiebran por motivos por los que otros se entristecerían un par de días y seguirían adelante sin mayores escaras. Hay gente que posee resiliencia natural y otra que necesita aprender estrategias para superar sus fracasos.

Fernando es débil, muy débil, tú en cambio eres una roca. No le juzgues por lo

que tú hubieras hecho en sus

circunstancias.

—Todo esto si te pregunto, claro está.

—Por supuesto. Solo si me preguntas.

Ensaltadas por el brazo la acompaño al restaurante donde ha quedado con

Yamir.

—¿De verdad que no quieres cenar con nosotros?

—De verdad. Dile a tu «Dios de las pequeñas cosas» que me ha caído genial.

También de verdad.

Nos abrazamos y yo regreso al aparcamiento deshecha en lágrimas.

Lloro porque si esto que ella estima un diamante se convierte en barro que brilla, me tocará recoger sus pedazos. Y lo hago porque si está en lo cierto, entonces la perderé de forma inminente. Y porque la envidio al haber sido capaz de enamorarse, de dar una oportunidad a la vida, a los sentimientos, a un hombre

en particular y a la raza humana en general. Lloro porque me siento abatida y agotada. Porque ella exulta felicidad cuando yo llevo días instalada en la amargura de asistir al derrumbe de mi matrimonio, y me comen los celos, a

sabiendas de que, en mi piel, Julia se alegraría infinitamente por mí.

Lloro porque qué crudo resulta evidenciar otra vez más que soy peor persona

que ella.

21

Jeroglíficos trazados en jardines

Acabo de adquirir tres líneas de telefonía móvil en sendas tarjetas prepago y

un receptor. Me sorprenden los pocos mecanismos de control requeridos, incluso

ahora, tras los atentados de Madrid, y al tiempo me conforta no tener que exponer mi identidad, de modo que he falseado mis datos sin pudor. Con mi nueva

adquisición en el bolso desayuno en Starbucks mientras activo el receptor con un cosquilleo de emoción, como un caco antes de emprender su primer

delito de envidia.

Tengo motivos para estar satisfecha, entre ellos haber dado con la pista de Orquídea Negra. Presumía que iba a ser imposible saber algo sobre la mujer que ha desencadenado mi hecatombe, pero anoche comprobé que las conversaciones

antiguas de Messenger se cargan paulatinamente; así, a medida que iba

deshaciéndome de mensajes, en la barra

superior asomaban nuevos perfiles con

fechas antiguas, de modo que yendo hacia atrás, me topé con ella. El último texto registrado se remonta al cinco de febrero del pasado año y en él anuncia un viaje a Barcelona.

Leí todo. Su creciente entusiasmo y tu alarde de seducción. Sus dudas y tus persuasiones. La ingenuidad de quien está a punto de lanzarse al abismo sin red, convencida de hacerlo sobre una mullida cama de plumas. Su nombre es

Orquídea Minotti; hija única de una familia italo-chilena de saneada economía,

cuyo su padre falleció repentinamente, por lo que heredó los negocios familiares,

entre los cuales menciona una bodega. Durante esa época su matrimonio sufría

una crisis; ahora bien, desde el mensaje donde anuncia la visita a España hasta

su «despertar al lado de vos», y dada la ausencia de datos, he tenido que urdir mi

propia ficción sobre vosotros.

Hubo un momento en que recordé una factura de hotel de entre tus papeles y

salte a buscarla. Enseguida apareció:

Hotel Arts, dos noches, el 11 y el 12 de febrero de 2004. Haciendo memoria te sitúo por esas fechas presentando un ilusorio proyecto en Barcelona y, apurada por encajar las piezas, deduzco que Orquídea se hospedaría en dicho hotel. Desde entonces habéis mantenido un contacto epistolar y ella alentaría tu esperanza de una colaboración profesional con tal de volverte a ver. ¿Cambiaría algo si hubo otro encuentro antes de tu viaje a Chile? ¿O si en lugar de elucubrar que Orquídea y su marido terminaron separándose, siguieran juntos? No, porque me basta con «mi verdad», aunque no

se corresponda con la tuya, entre otras

cosas porque no hay verdades sino perspectivas. Sé que nunca sostendrás otro axioma que el que yo averigüe y que lo darás por bueno para no causarnos más dolor. Te conozco bien. No creo que

podamos vencer las reservas para preguntarnos y respondernos sin equívocos.

Quizá no tenga sentido obcecarme en hallar unas razones que, a lo peor, ni tú sabes. Julia diagnosticaba ayer que la resiliencia reparte valentía y debilidad entre los seres humanos, mas dudo que exista una explicación lógica a tus falsedades. ¿Una patología, entonces?

Créeme que he meditado esto. Supondrás que los remordimientos por no haberla identificado a tiempo me habrían hundido

—para qué cinco años de Psicología—; sin embargo, no detecto enfermedad o

adicción en tus maquinaciones, sino una disparatada manera de gestionar las frustraciones. O de buscar unos alicientes que otros encuentran en su progresión profesional, en su familia, en sus amigos... jugando al paddle o al golf. O incluso

con una amante. Una, Fernando. No un equipo internacional de fútbol.

Anoche también hallé tu perfil en una web. Descubrirlo se convirtió en un regalo del destino y sucedió porque ya dispongo del mío. Me divirtió cumplimentar mis datos en este juego de espejos: «Me llamo «Miss

MoneyPenny», soltera, 35 años cumplidos —me sumo al vicio general de

quitarse años—, diseñadora de interiores y enamorada del amor. Me dan alergia

los gatos, la comida marroquí y las canciones de Nino Bravo. Me chiflan el *sushi*, bucear y las puestas de sol. Abstenerse las «efes»: feos, fumadores y

futboleros.»»

La espera es la prisión del yo y la penitencia del ansioso, no obstante me toca

aguardar las respuestas.

Por último, a las 21.35 horas, también envié un mensaje haciéndome pasar

por ti, que fui madurando durante el trayecto de vuelta a casa.

Siete, algunas cosas deben realizarse como se sienten, aunque no tengan

sentido o sean una locura. Estoy en el aeropuerto a punto de tomar un

avión que me traiga de vuelta a España y a ti. Vine a África, necesitaba la

tierra, el sol y la inmensidad del cielo para pensar, y al final resulta que en

todos mis horizontes apareces tú.

Tengo que dejarte. Estoy en un locutorio y pierdo la conexión; no sabes lo

que me ha costado entrar en mi correo. Qué desesperación, creí que no

podría escribirte. Llego de madrugada, casi a las cinco. Te llamaré al

aterrizar y te veré lo antes posible.

Necesito besarte más que respirar. Te amo. Vientre.

Ahora son las 10.45 de la mañana del duodécimo día tras tu partida y anoto el siguiente texto en el terminal que acabo de comprar donde he insertado una de las tarjetas prepago:

«Siete, amor, ya estoy aquí. Apunta este número porque me ha

desaparecido de dentro de la maleta el móvil, el neceser, ropa... Debieron

de robarme antes de embarcar, en Dakar. He preferido contratar una línea

para estrenarla contigo, así que borra el otro porque lo he dado de baja.

Quería pasarme por la tienda nada más llegar, pero me he encontrado a mi

madre mal. Estoy preocupado. Menudo aterrizaje. Te llamo yo.»

A continuación me dirijo a la agencia.

—¿Ustedes harán factura? Con IVA, claro está —pregunta Lupe, y a mí me

da por reír.

—Ay, disculpe —me excuso—. Pero después de las reservas que teníamos, lo

último en que pensaba era en Hacienda.

—El nuestro es un servicio como cualquier otro.

En la sala de reuniones un cuarentón trajeado con el cráneo rapado y aspecto

de haber empleado un cuarto de su vida en el gimnasio, lleva un rato

explicándonos las argucias de su empresa para deshacerse, bien de los inquilinos

morosos, bien de los poco razonables.

—Con este nombre que se gastan dan miedo —apunto tomando la tarjeta que

nos habíamos intercambiado al presentarnos—: «El Liquidador.»

—El Negociador ya estaba cogido. Es lo que tiene este país, que en el mercado inmobiliario las SL crecen como setas.

No sé cómo mi socia puede mantener ese rictus y no se troncha de risa.

—Nuestra eficacia queda patente en las cifras de éxito, señorita Torres.

—Señora —replico.

—Ustedes formalicen la adquisición del inmueble y déjenos la gestión de la

salida de él de la señora... ¿Conejero, era?

—Pellejero. Sé que suena manido pero... cuanto menos sangre hagan mejor

—pronuncio mordiéndome la lengua para no reír.

—No vaya a pesar sobre nuestra conciencia una desgracia —añade Lupe.

—Es todo más sencillo. En cuanto empiecen la remodelación del edificio no

habrá quien lo habite. Si nos desquicia una obra en nuestra casa, imagínense soportar el martillo hidráulico a las

ocho de la mañana.

Al acabar, envió un mensaje a Carlos agradeciendo la mediación, así como el crédito puente que nos concede el banco para hacer frente a la obra hasta la venta de los apartamentos. «¿Lo celebramos con una cena, princesa?» Su propuesta hiela mi arretrato y no respondo nada. Ya pensaré en ello luego.

Cayendo en la boca del infierno

Pasadas las cuatro de la tarde me adentro en la tienda Desigual , cargando la bolsa con las prendas que adquirí la tarde anterior. Antes he enseñado un ático en la calle Caballero de Gracia sobre el que los clientes han realizado una oferta, lo

que apunta a una venta rápida, y he picado un sándwich que costaba Dios y ayuda tragar. En el baño de la cafetería me he cardado la melena y he recargado

de maquillaje mis ojos.

No hago más que activar el móvil desde el cual envié el mensaje a Ruth y saltan tres mensajes escritos: «Lámame, necesito oírte.» «¿Todo bien?» «Estoy pegada al teléfono, dime algo por favor.» Y uno de una voz susurrada diciendo

«No dejo de pensar en ti», que ha atornillado una vuelta más la escotilla de mi

estómago.

—Disculpa, ayer compré unas prendas que han resultado no ser de mi talla.

Iba con prisa y... ya sabes —me dirijo a la primera empleada que me sale al paso mientras trato de localizar a Ruth, sin éxito.

—¿Quiere cambiarlas por la suya, entonces?

—Preferiría otra cosa, pero es que no encuentro el ticket.

—Pues es necesario.

—Ya, pero no aparece.

—Son las normas del establecimiento.

—Tiene que haber una solución.

¿Podrías llamar a la encargada?

Minutos después se presenta Ruth con la misma ropa que ayer, aunque sus

movimientos son veloces. Cuando camina hacia mí me siento como si estuviera

a punto de saltar de un avión sin saber si funciona o no la argolla del paracaídas.

—Fui tontísima —empleo, a propósito, un tono impostado—. Mi marido

había organizado una cena y como llevaba prisa no me probé nada.

—Para proceder al cambio se precisa el

ticket o la factura de compra. ¿No posee el resguardo de la tarjeta de crédito?

Mira sin ver y habla sin escuchar porque solo tiene cabeza para ti.

—¡Oh, qué desastre! Por su culpa, porque cuando llego tarde se enfada.

¡Hombres! ¿Tú estás casada?

—No —responde con labios temblorosos.

—¿Pero tendrás novio?

—Pareja.

Cada cual escoge qué labios besar o qué

corazón acariciar y lo saludable sería

que esos objetos de deseo coincidieran en una misma persona, en cambio tú besas su boca, la mía y a saber cuántas más. Un alud de ira me induciría a lanzarme a su cuello hasta robarle el último aliento, a arrancarle los ojos. A sellar esos labios que tú muerdes, con el dichoso chisme de las alarmas para que no volvieras a acercarte a ellos. En cambio, aquí me ves, interpretando el papel de mi vida.

—Perdón, está vibrando mi móvil... Seguro que es él. Luego no puede vivir sin mí. ¿Me perdonas un momento?

Ella se echa a un lado, discreta, y yo

extraigo la Blackberry fingiendo una llamada, a medida que me alejo unos pasos. Con disimulo saco del bolso el otro móvil y pulso la tecla de enviar el texto que había escrito previamente:

«Perdóname, Siete. Mi madre no se encuentra mejor y no me atrevo a dejarla aún. Te recojo a la salida. No me hagas esperar o muero.» Guardo este aparato e inicio mi aproximación a Ruth con la Blackberry calentándome la oreja en una charla imaginaria.

—Que sííí, cari. Ok, besitos. ¡Por fin, ya he acabado! —digo mientras la

observo echarse una mano al bolsillo

porque habrá llegado el mensaje; no pienso

ponérselo fácil y agarro su brazo. Si es profesional entenderá que la clienta está

primero—. Mira lo que acabo de encontrar. ¡El ticket!

—Genial —asiente, nerviosísima, sujetando el móvil sin atreverse a abrir el mensaje—. Ahora le atiende una de mis compañeras, yo tengo que hacer algo urgente.

Y se volatiliza en dirección a la trastienda.

A veces Madrid enmohece

convirtiéndose en una boca de lobo, cercada por

afilados colmillos allá donde mires. Pueden ser las tres de la tarde que, de repente, el cielo se tiñe de negro, y solo quieres esfumarte para amanecer en cualquier rincón del planeta donde haya una puesta de sol. Otras, por suerte, en la ciudad no se pone el astro en días porque el ánimo de sus habitantes gobierna

las horas de su reloj. Desde que te fuiste el mío marca el modo noche perpetua.

Llevo un cuarto de hora apostada en la barra de una cafetería situada en la acera opuesta de la *boutique*. Visto

zapatillas de deporte, pantalón y sudadera negras, y una gorra de igual color bajo la que he disimulado mi cabello. La piel del rostro lavada con agua y jabón, pues me he cambiado en el gimnasio antes de

dirigirme hacia aquí. El espejo sito al fondo de la barra capta esa cara de cría traviesa que tanto alabas, pero que envejecerá en un suspiro si sigues rompiéndome el corazón.

A las 20.33 minutos, Ruth, llámame Siete, surge por un portal contiguo al establecimiento. Otea a derecha e izquierda, comprueba algo en el móvil y enciende un pitillo. Yo me pido un

pincho de tortilla, celebrando este antojo tras

días de astenia. A las 20.45 marca un número y de inmediato siento vibrar el teléfono en mi bolsillo. Cada dos o tres minutos vuelve a la carga. A punto de dar las nueve, apago el móvil y abono mi consumición. Emboscada junto a la cristalera, la fícho insistiendo un par de veces antes de lanzar el suyo dentro del bolso. Entonces apoya su espalda contra el escaparate, desmoralizada; después extrae otro cigarrillo, inspira unas caladas, y arranca a andar. Para entonces ya estoy fuera, a pocos metros, pisando los mismos adoquines que ella.

Tras serpentear media docena de calles desaparece en un portal de la calle Libertad, cercano a Augusto Figueroa. Conozco esta zona pues en ella se ubican varias zapaterías de marca a buenos precios, aunque me habría ahorrado la

persecución si cualquiera de los dos hubierais escrito en algún mensaje esta dirección. Aprovechando la menguada iluminación de un portal situado enfrente, me oculto en él, e invoco a los hados para que Ruth habite un apartamento exterior, de lo contrario se me complicará conocer cuál es y tendría que urdir un plan alternativo. Mientras tanto conecto el teléfono. Al rato se

enciende una luz

en la tercera planta y escribo: «Amor, estoy en el hospital. Mi madre se ha puesto peor y me siento morir. ¿Estás ahí?»

Acto seguido entra su llamada, que corto fulminante. Al otro lado de la

ventana que acaba de iluminarse, camuflada por unos visillos rayados, una

silueta femenina humilla la cabeza contemplándose las manos, que seguro

sujetan un teléfono:

«Perdóname, no puedo hablar. La tengo

delante y no para de preguntarme por
qué está aquí.»

«Necesito verte. En qué hospital
estás??? Voy para allá.»

«No. Detestaría que nuestro primer
encuentro tras el viaje fuese así. Tiene
que

ser especial.»

«Cómo de especial???»

A veces la entrada del infierno rezuma
verdor y apariencia de paraíso.

«Lo que se merece un compromiso.»

«Me has puesto nerviosa.»

«Yo estoy hecho un flan.»

Aguardo unos segundos; desde la distancia compruebo que la sombra de Siete

permanece inalterable e interpreto que soy yo —es decir, tú— quien debe de dar

un paso hacia delante.

«¿Puedo pedirte algo?» es mi mensaje.

«Mi vida entera, por ejemplo?»

«Eso lo primero. Después, las llaves de

tu casa... quiero sorprenderte.»

«¿Llaves? Pero... si tienes una copia.»

Maldición, no contaba con esto. ¿Posees un juego de llaves de su casa,

Fernando?

¿Gozabais de tanta confianza como para eso? Me sacudo el rencor de encima

y trato de retrotraerme a los objetos que encontré en la mesa de tu despacho, no

obstante no puedo recordar si había o no unas llaves. Puede que sí, aunque el inventario resulta confuso.

«Desaparecieron con el robo. Las metí en el llavero junto a las mías —

improvisado—. ¿Posees otra copia?»

«La hago mañana.»

«Mandaré al mensajero de la editorial a por ellas. Te estaré esperando.»

«Dispongo de la tarde libre. A las tres de la tarde volveré a casa.»

«Pienso en tus labios rojos... en tu sexo.»

«Mi vientre te necesita dentro. Ahora, ya. Mañana es tarde. Tengo mil

pensamientos sucios que cumplir contigo y otras tantas ganas de prenderte a besos para corrernos juntos.»

La pirómana de Ruth ha vuelto a coger las cerillas. Echemos, pues, un poco de gasolina al fuego.

«Me... me estoy poniendo a mil.»

«Yo soy un incendio.»

«Quisiera... saber una cosa...»

«Lo sabes todo de mí.»

«Mmm... ¿Estás rasurada?»

«¿Qué pregunta es esa? De sobra sabes que sí. Mi coño es tu refugio.»

Qué previsible. Me mortifica comprobar que también me he depilado para

gustarte, aunque luego tenga que soportar un contumaz escozor durante días, prurito los siguientes y el aspecto de un adolescente con vello racheado el resto, hasta que mi pubis vuelve a pertenecerme.

«Siente por mí, Siete. Mójate los dedos y acaríciate despacio... mueve el dedo

índice y el corazón en círculos.»

«Si lo hago no podré escribirte.»

«Mándame una foto, quiero verte.»

La sombra chinesca de detrás de la cortina se lleva los dedos a la boca y, a continuación, baja un brazo que desaparece por debajo de la cinturilla del pantalón. Puesto que las mujeres tenemos ritmos tan variables que van del quemador de gas al horno de inducción, me parece pertinente marcharme y en todo caso sostener la conversación desde el coche.

Entumecida de frío, reparo en una calle convertida en un yermo de

sobrecogedora soledad. Tan solo unos metros más lejos, en dirección a Infantas,

observo las luces de algún bar sin trasiego de clientes, echando el cierre, porque

el resto de las tiendas llevan horas cerradas.

Súbitamente empieza a caer una llovizna que remata un día plomizo.

La campanilla de un mensaje me sorprende recuperando mi bolsa de entre los

pies. «Descargando archivos», avisa, y sigue haciéndolo cuando entran un par de

interrogaciones de Ruth porque no

obtiene respuesta mía. Tras los visillos se mueve de un lado a otro, como si su agitación le llevara a ordenar el cuarto. Por fin se vislumbra una imagen de poca definición donde se reconoce un trozo de

piel y sobre ella unos trazos negros que se clavan en mí cual puntas de lanza.

Malherida, me arrastro a lo largo de la pared hasta quedar en cuclillas. ¿Así que

este es el tatuaje del que ella hablaba?

Ignoro el tiempo que llevo sentada sobre la fría piedra del escalón, temiendo

que hayas sido tú quien le animara a hacérselo. Me recuerda al nuestro; pero no,

no puede ser. Quizá vea fantasmas.

Entonces fijo la vista en el suelo porque advierto una franja de acera más oscura frente a mí. En un resorte levanto los ojos y me topo con un hombre vestido de negro. Tendrá unos treinta años y el pelo rizado y abundante. Creo que es mulato, aunque no me atrevería a asegurarlo. La primera reacción es asustarme, sin reflexionar que quizá resida en el inmueble y a su modo me esté pidiendo paso.

—Disculpa —comento echándome a un

lado; sin embargo, él permanece

inmóvil y empiezo a incomodarme—. ¿Pasa algo?

El desconocido no responde. A pesar de que se sitúa a algo más de un metro

puedo apreciar el penetrante olor a cuero que exhala. Durante unos segundos el

miedo me paraliza hasta que agarro el bolsón de gimnasia, dispuesta a lanzárselo

si avanza un paso hacia mí, me pongo en pie y salgo corriendo sin mirar atrás en

dirección a la plaza de Vázquez de
Milla.

23

Desde la sombra

De regreso a casa, el miedo se convirtió en un mezquino acólito que me

sacudía a cada rato. Ni siquiera la explicación más lógica lograba calmarme, la

de que ese hombre hubiera sido un transeúnte buscando guarecerse de la lluvia

en el mismo portal que yo. Me niego a obsesionarme con la agresión de Yago porque jamás me he arredrado ante nada

y ahora más que nunca necesito mis fuerzas. Sin embargo, anoche mantuve las manos pegadas al volante, aferradas a su seguridad, según escuchaba los avisos de los mensajes, sin atreverme a desviar la vista del asfalto.

—¿Qué hace levantada? —pregunté a Mariana al entrar y descubrirla en la cocina siguiendo una película sin sonido en la televisión.

—Pensé que querría cenar. No quería importunarla.

—Ya le he dicho que no le pago para pensar, Mariana. Gracias, pero he

tomado algo en el gimnasio. Váyase a dormir.

Al distanciarse del taburete advertí que se le está poniendo cuerpo de vieja, una figura informe de hombros encorvados y tobillos a reventar. La observé arrastrar los zuecos en el remolque de sus inflados pies mientras se desanudaba el delantal del uniforme y dictaminé que habíamos empleado a una anciana;

entonces, de repente, no sé por qué, me sentí reflejada en ella. Fue desolador.

—Que tenga felices sueños —pronuncié en un arrebatado de misericordia.

Reconozco que, a veces, descargo mi

rabia sobre el ser más indefenso con el

que me topo a lo largo del día. Mariana me facilita la vida, cuida de mi hijo e incluso se preocupa por mí, aunque me encoleriza que sea un obstáculo para dar rienda suelta a mis emociones en casa. Bien es verdad que es rara, rara. Que hace

cosas extrañísimas, que me espía... También cabe la posibilidad de que este sea

el comportamiento de otras mujeres, que, movidas por su precaria situación económica, sirven a quienes les merecen poco respeto. En todo caso me amarga

excusar mi comportamiento ya que no puedo consentir, Fernando, que este dolor

me malee más, que por tu culpa me convierta en peor persona. Sin embargo, se

precisa perversidad para responder como lo hice ayer a la docena de mensajes de

Ruth, llámame Siete.

«Mi madre ha sufrido una angina de pecho», escribí.

Minutos después el móvil se llenó de signos de interrogación.

«Está controlada, tranquila. Qué ganas de abrazarte.»

«Dime dónde estás. Salgo a verte.»

«De ninguna manera. Mañana te compensaré. Te amo, Siete.»

«Hazlo. Aunque duela.»

Antes de desactivar el teléfono dediqué una última cursilería a esa tiparraca cuyo coño también sellaría con la maquinita de las alarmas.

«Contigo he descubierto que las historias de amor no solo existen en las canciones.»

El Café Figueroa es un clásico en Madrid. Si por las tardes se apodera de su

barra el sector gay del barrio, a esta hora lo puebla un vecindario de edad a quienes no parece extrañarles mi aspecto.

A mí, sí. Me he contemplado en el espejo ahogando una risa nerviosa. Un

reloj junto a la puerta marca las once y veintisiete, así que me insto a pagar la manzanilla y entrar en acción, aunque en realidad llevo en marcha demasiado tiempo. Anoche salía y entraba de la cama según me asaltaba un nuevo propósito, a cual más loco.

Hace treinta minutos que el Cuatroleches me ha entregado un juego de llaves

en la entrada del p arking donde he aparcado mi coche. A Fran, el chico de los recados de la agencia, le llamamos Cuatroleches porque es su expresión favorita.

Lupe y yo estimamos que además de carecer de facilidad de palabra, le falta un

hervor, por eso mezcla los latiguillos sin criterio. Nos lo recomendó Fermín, el

director de nuestra sucursal bancaria, asegurándonos que lo que tenía de tonto lo

compensaba siendo servicial y honrado, y se cumple su valoración.

—Tenga, doña Abigail. Se lo dije anoche, que tardaba cuatro leches.

—¿Has hecho tú las copias?

—No, me las ha dado la señorita.

—¿Y qué le has dicho?

Al Cuatroleches le ha nacido una mueca de pánico mientras buscaba en el

bolsillo de su gastado pantalón de franela gris una cuartilla arrugada.

—Lo que me contó usted. Lo apunté y

me lo he aprendido.

—¿No se lo habrás leído a ella?

—¡No!

—No desconfío de ti, Fran. De sobra sé que eres muy bienmandado.

—Pone «que pregunte en la tienda por la señorita Ruth y le diga que me

manda el señor Raúl Gómez de la editorial a por unas llaves».

El hombre escribe con una letra picuda y trabajosa, en la que se emplearía a

fondo hasta la madrugada.

—Perfecto.

—Y todo en cuatro leches, doña Abigail. Je, je, je.

—Ale, vuelve a la agencia y no expliques nada a Lupe. Si logro quedarme

con la casa, lo haré yo —he mentido mientras le entregaba un billete de

cincuenta euros que le ha hecho un hombre feliz.

—A mandar, doña Abigail. —Y se ha marchado hacia la boca de Metro más

cercana dando saltitos.

Yo he acudido en busca de mi coche, estacionado en una plaza alejada de las cámaras de seguridad, y me he confinado en su asiento de atrás. Sobre la tapicería he desplegado la «rata» de pelo adquirida en una tienda de postizos de la calle Arenal nada más abrir, y las prendas que salvé anoche entre los desechos

del vestidor. Un rato después ha abandonado el aparcamiento una pelirroja de laminada melena dentro de unos desahogados vaqueros, con varias camisetas tuyas encima, una sobre otra, y una cazadora negra que merecería dormir el sueño eterno en la basura. A la

postre, resulto dos tallas más gruesa y el ser del género femenino con menos *glamour* en docenas de kilómetros a la redonda.

Para completar mi deplorable aspecto me he maquillado con una base clara y unos labios berenjena que se abren y cierran mascando chicle. Calzo zapatillas y una bolsa de deporte.

Me he transfigurado en una gótica estrafalaria, doblada por las náuseas y con

una taquicardia de mil demonios.

De haber existido un portero hubiese entrado en el edificio de Ruth con el

dinamismo de quien no tiene nada que ocultar y se dirige al tercero izquierda o al primero C. Lo habría hecho porque estoy harta de cruzar portales, lo que no

impediría que me temblaran las piernas como si en lugar de allanar una morada

fuese a descuartizar a su propietaria.

No detecto conserje y sí una fauna curiosa entrando y saliendo de un portal oscuro y tubular, que muere en un patio interior. De acuerdo con la ubicación del balcón en la fachada, la vivienda se sitúa en la tercera planta y me dirijo hacia

ella por las escaleras, pues no existe

ascensor. En la subida rebaso a una mujer

de pechos colosales, de la que opinaría que es un travesti, y me choco de bruces

con un hombre cubierto por un gabán de cuero negro hasta los tobillos y gafas de

espejo, con bastante prisa. En un primer vistazo he contado cuatro puertas por descansillo; al desembocar en el tercero me adelanta un chico que acuna a un perro chihuahua, mientras busco las llaves en la bolsa. Según la vista exterior del inmueble dudo entre dos casas, por lo que prefiero esperar a que el chaval del piso superior desaparezca en la suya, antes de intentar abrir la

primera de unas puertas antiguas dotadas de dos bombines. Pruebo la cerradura superior de una

de ellas sin éxito, pero al cambiar de llave y confirmar que se desliza con suavidad, escucho unos pasos en el interior de la vivienda. Una de dos, o estoy forzando la puerta equivocada o, de ser la casa que busco, no se encuentra vacía.

Podría tratarse de una asistenta, o de la misma Ruth demostrando que, a veces,

los que sorprenden se convierten en sorprendidos.

La voz retumba cada vez más fuerte, así

que dirimo entre ocultarme en una esquina simulando un mareo o llamar al timbre e improvisar. Puesto que las dos ideas son igual de insensatas me lanzo al suelo, culebreando por él hasta la escalinata, y una vez allí, soldada a la pared, me dejo caer peldaño a peldaño.

Arrastrándome, aterrizo en el piso inferior a tiempo de oír «ahora vuelvo», seguido de un portazo. Tampoco es que haya sido una gran solución, pues me yergo bastante dolorida antes de retomar la subida y cruzarme con una joven de pelo rasurado y varios *piercings*, que me incrusta su mirada, intrigada.

—¿Vas donde...?

—Al cuarto, donde el chico del chihuahua —propicio que la cortina de pelo

rojo me envuelva media cara—. Tengo otro y pensamos cruzarlos.

—¡Ah, guay! Si lo lográis, quiero uno. Mi chica prefiere un gato pero a mí me encantan los perros.

No estoy para chácharas y arranco a andar, cuando ella estira su brazo

agarrando la cinta del bolsón de deporte.

—Vivo en el tercero B. Te invito a

tomar algo al bajar... Así me cuentas qué te

ha dicho el Tony.

—A lo mejor —digo, quitándomela de encima. Lo último que me faltaba hoy

era toparme con una lesbiana cachonda.

Sus ojos me radiografían el culo al girarme; al llegar al tercero decido

continuar hasta corroborar que ha llegado al portal. Entonces retrocedo sobre mis

pasos, enfilo la letra A, e introduzco las llaves que franquean su puerta a la

primera.

Los versos de los hombres

Un santuario es ese espacio donde los fieles rinden culto a su creencia, y al que los neófitos deberíamos profesar algún respeto; en cambio me adentro en vuestro templo, en el apartamento de Ruth en que ignoro la de veces que os habréis amado, con el espíritu de un elefante en una cacharrería. A partir de ahora sucederá cualquier cosa, que cumpla mis intenciones de anoche, por estrambóticas o infantiles que parezcan, o que solo husmee por este piso

escapado de un catálogo de IKEA y me

esfume sin haber tocado ni un cenicero.

Tras cerrar la puerta, enciendo la luz; la entrada resulta angosta y trato de no

tropezarme con algo, cuyo ruido al caer me delatase. El recibidor está pintado de

un rojo frambuesa, igual que una de las paredes del salón. El resto, blanco. Dos

balcones velados por visillos tamizan el sol que a esta hora cubre, generoso, al

cuarto —es tan excitante situarme al otro lado de estas cortinillas, donde ella se

encontraba anoche, que me va a reventar

el pulso—. Contra la pared de color apoya un sofá gris en el cual se arremolinan cojines blancos y rojos; frente a él, dos mesas blancas, cosidas entre sí. Varios cestos de mimbre acumulan revistas

de moda. Enfrentado al tresillo se ubica un aparador sobre el que se reposa un plasma, cercado por marcos de fotos. En el ángulo opuesto a los balcones destaca una mesa de comedor y varias sillas alrededor. En ella, un ramo de margaritas pide a gritos el cambio del agua de su florero. La mayor parte de los cuadros son fotografías con creaciones de modistos clásicos; me acerco a la mayor y leo en la rúbrica el

lugar en que fue adquirida: Arte Madrid. He visto ese nombre antes, lo recuerdo bien: entre tus gastos, en tu doble contabilidad.

Setecientos euros. Ahí está tu obsequio.

La angustia me asfixia tanto que necesito sentarme y para no descolocar los

cojines elijo una silla. No me figuraba una casa así, como si en ella hubiera un

sitio para cada cosa y una cosa para cada sitio, como si la cuota de desorden en

la vida de Ruth fueras tú. Está claro que los prejuicios amordazan la realidad.

Me

pregunto qué resulta más obsceno, si espiar a alguien desnudo o violar su hogar

a hurtadillas. Si lo pienso, en la playa cientos de personas, observan nuestra anatomía como *voyeurs* y apenas nos importuna, en cambio trabajamos lazos de amistad con gente a la que, sin embargo, no invitaríamos a casa porque carecemos de la confianza suficiente.

Al cabo de un rato me siento fuerte para ojear las fotografías, no sin el recelo

de descubrirte en alguna. Entre ellas reconozco a la niña Ruth vistiendo un

peto

vaquero mientras monta en bicicleta, natural, fresca; en cambio en las recientes

posa sobreactuada. El diálogo que establecemos las mujeres con el objetivo de una cámara delata lo que somos y lo que ocultamos a los demás. Hay mujeres capaces de parar el mundo y otras que lo impulsan a andar. Mujeres que plantan jardines y los hacen florecer, y otras cuyas pisadas aniquilan cualquier brote a su

paso. ¿En qué grupo me situarías tú, Fernando? Tengo la impresión de que mi misión en este planeta no pasa por

detenerlo.

Centro ahora mi curiosidad en unas baldas que, de forma asimétrica, cuelgan

de la pared, sobre las que calculo medio centenar de libros que pueden darme pistas acerca de la personalidad de Ruth, aunque a lo mejor son banalidades decorativas porque ella pertenece a otra categoría de mujeres: las que solo leen revistas. Identifico desde *best sellers*, a los clásicos de Vargas Llosa o García Márquez. Mi vista planea por ellos sin interés y se ralentiza en unas biografías femeninas, como las de Sylvia Plath y Lotte Lenya, a las que se suma *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro.

Junto a esto me cautiva el nombre que destaca en el lomo de un volumen granate. ¿Puede alguien llamarse Idea y no estar condenada a ser genial?

Sin pensármelo dos veces extraigo unos guantes de látex de la bolsa de

gimnasia —he aprendido a proteger mis huellas gracias a las series de televisión

— y agarro el libro. Abarca su portada un retrato de extraño magnetismo: una mujer con falda y blusa negra y un guardapolvos de igual tono, y un semblante en paz y desafiante a la vez, en el cual aflora el perspicaz instinto de quien conoce el estrépito que está a punto de desencadenarse.

Intrigada, rastreo alguna información sobre esta hipnótica mujer. El ejemplar

pertenece a una edición uruguaya de la poesía completa de Idea Vilariño, y apenas lo abro, salta el recorte de un periódico que recoge una reseña de su obra: «Me enamoré del último hombre del que debía enamorarme.» En el titular Idea

se refiere a Juan Carlos Onetti, casado y un amante intermitente en su vida. Sus

páginas, buena parte dobladas por las esquinas, subrayadas en colores, me

sacuden. Leo a voleo unos versos sueltos... y su fuerza me estremece.

Te estoy llamando

*desde el pozo asfixiante del recuerdo
[...]*

*Concédeme esos cielos, esos mundos
dormidos.*

Los astros son solo barro que brilla...

... a pesar de los versos de los hombres.

Termino arrojando el libro sobre la
mesa, igual que la madrastra de

Blancanieves estamparía el espejo
contra el suelo tras contemplarse en él.

Parece

que fueran escritos para mí, y al tiempo para Ruth, ya que la grandeza de la poesía reside en conducir a cada lector a un escenario cotidiano. Pero reflejarme en ellos también me subleva.

Una mortal sensación de vacío me lleva a cuestionarme qué hago aquí,

porque el riesgo quizá no compense el placer de una etérea venganza. No

obstante, lejos de irme, deambulo de un lado a otro de la casa. Entro en la cocina, abro los armarios, tomo un vaso para llenarlo de agua y agotarlo de un trago; lo seco con una de mis camisetas y lo retorno a su lugar. Curioseó la nevera, repleta de fruta, yogures y tofu,

lo que me hace especular que Ruth sea vegetariana. Dentro del cuarto de baño destapo los botes de crema y olfateo las colonias. Acaricio su albornoz, manoseo la felpa, y reprimo un necio impulso de probármelo porque en mi cabeza resuenan los ecos de un capítulo de CSI donde

hablaba de las «células epiteliales», de las que impregnamos cada prenda. Al fantasear contigo en este aseo, se despereza dentro de mí el Alien de un morbo adictivo.

Frente al cuarto de baño hay una reducida habitación con una mesa de

escritorio y, sobre ella, el ordenador desde el que Ruth respondería a tus mensajes. Busco el número del teléfono fijo que se alinea junto al PC y al comprobar que coincide con el segundo número del terminal negro, pruebo de nuevo que destinas cada teléfono a una mujer distinta. Al lado del teclado cuento tres pendrives y me corroen las ganas de conocer qué almacenan, pero no me conviene entretenerme porque son las 13.20 minutos.

Tras la puerta del fondo del pasillo se encuentra el dormitorio, con una

formidable plancha de madera como cabecero que presenta la palabra LOVE

grabada en ella. Una vez dentro abro el armario, donde cuelgan prendas, la mayoría rojas y negras. Al fondo de las mismas, una bolsa con el logotipo de Ekseption vuelve a recordarme los resguardos bancarios que encontré en tu despacho, ya que deduzco que contiene tus regalos. Continúo hurgando entre la

ropa ansiando ver si encuentro algo tuyo y doy con un par de camisetas XL que

podrían serlo. Colindando al cabecero destacan dos mesas auxiliares

desportilladas, de las que se encuentran en el Rastro o en los traperos; sobre una

distingo un libro de poemas de Mario

Benedetti y un blíster de pastillas

anticonceptivas. La ira es el vapor de una olla a presión, que me lleva a abrir el

cajón de la otra mesilla —¿Dónde están, Fernando? ¿No se te ocurrirá follar sin

protección?— con tal ímpetu que su contenido salta por los aires. Sobre la tarima

quedan desperdigados varios objetos de bisutería, un antifaz, un tubo de

lubricante y unos envoltorios de preservativos. Mi paz dura un nanosegundo

porque también aparecen dos fotografías: el primer plano de una mano de mujer

acariciando piel, y en la otra reconozco tu hombro y, por descontado, el tatuaje.

Aquí la olla ha alcanzado su punto de ebullición y ya no hay medida, ni calma que valga.

Recupero la bolsa y la vuelco sobre el edredón, a lo largo del cual ruedan unos botes de pintura en aerosol, varios cúter, un martillo... y las fotocopias de unas fotos que realicé anoche en las que retraté mi pubis, tatuaje incluido, que distribuyo formando un corazón en el

centro de la cama. A continuación, me dirijo al armario y hundo los cúteres en su ropa a dos manos. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda, y en diagonal. La impresión de sumir la cuchilla en las prendas es blanda, como si lo hiciese en la barriga de Ruth. Abro los cajones y dibujo zetas en las camisetas. Mi revancha, aunque naif, me consiente sentirme pletórica. Con el bote de pintura roja trazo una mayúscula en la pared;

observo complacida el resultado y prosigo hasta completar la palabra ZORRA.

Cambio al color negro y sobre el

edredón immaculado escribo: ELLA ES
LA

ÚNICA. Después tacho con una cruz
vuestra fotografía y en el cabecero
canjeo

las letras de «love» por otras cuatro:
PUTA.

Según enfilo el salón voy agotando la
pintura con nuevos PUTA y ZORRA,

sin una sola oportunidad al
arrepentimiento.

Como si hubiese consumado la obra de
mi vida, me quito los guantes

dispuesta a marcharme, cuando recuerdo que el móvil está apagado y, por alguna

atravesada intuición, me detengo a conectarlo justo antes de abrir la puerta. Al momento brotan en él una sucesión de mensajes, el último enviado hace solo diez minutos: «Estoy saliendo de la tienda. ¿Estás en casa?» Pero, ¿qué diablos?

¡Dijo que regresaría a las tres de la tarde! Compruebo en mi reloj que son las 14.10, por lo que Ruth estará a punto de entrar de un momento a otro; de modo que dudo entre salir escopetada, a riesgo de chocarnos, o contestar pidiéndole unos minutos. Mis dedos trepidan

buscando la tecla adecuada hasta rematar el texto.

—Los aparatos del hospital interferían y no había cobertura. Estoy llegando.

Por favor, no lo hagas antes que yo. Tengo una sorpresa.

Enseguida salta su respuesta.

—Me pillas casi en el portal. Ok, compraré vino. ¿Diez minutos?

—Diez minutos, que serán diez siglos.

Más aliviada me dirijo a la puerta, pero, en cuanto deslizo el picaporte, escucho voces en el descansillo. Al asomarme a

la mirilla, distingo a la vecina de al lado conversando con alguien. ¡Mierda! Regreso al salón, incapaz de pensar.

Desde la mesa baja observo la orfandad del libro de Idea Vilariño, como si me

rogara que lo llevase conmigo, porque su poesía ha removido mi propio

abandono, y lo abro de nuevo.

... no viviré contigo

no criaré a tu hijo

no coseré tu ropa

... no volveré a tocarte

no te veré morir.

Los vasos comunicantes entre la historia de la amante-poeta de Onetti y el triángulo que forma la nuestra, trasciende a la metáfora; debo parar esta hélice que solo esparce dolor, para esfumarme de este lugar. Por tanto devuelvo el poemario a su balda y avanzo hacia la puerta.

He hallado despejada la bajada hacia el portal; sin embargo, apenas piso sus

baldosas hidráulicas, escucho el sonido de una llave en el portón y opto por disimular junto a los buzones. Al zaguán le circunda un viciado olor a piel, como de guarnecería de las de antes, y

deduzco que será porque linda con alguna. El

centro de Madrid es así de anárquico. A mi derecha, próxima a una puerta contigua a la del patio, juraría haber visto a una sombra moviéndose entre los cubos de basura, quizás un gato o incluso alguna pareja pillada in fraganti.

—Hola —es la voz de Ruth según abre su buzón.

—¿Qué passa? —respondo arrastrando la ese, tratando de imitar no sé qué diablos de jerga.

Siento que me acecha de reojo, a buen

seguro preguntándose quién es esta

ridícula que husmea los nombres de las etiquetas como haría un marciano con los carteles de la M-30, pero el deseo de verte es mayor que su curiosidad y se abstiene de indagar más. Un virulento tsunami me envuelve de pies a cabeza, transportando la venganza a cada una de mis células que empiezan a revolucionarse. Sería tan fácil, tanto como abrir la bolsa, tomar un cúter y clavárselo en el cuello, en ese lugar que conozco bien, donde el desenlace, además de inevitable, es inmediato.

—Adiós —se despide—. Que encuentres lo que buscas.

—Al Tony —aclaro yo, recordando el providencial nombre del chico del

chihuahua, mientras vuelvo la cabeza hacia ella. Necesito mirarla.

Un rato después vuelo al aparcamiento, suspirando por evaporarme de allí. Mi

corazón delira según introduzco la mano en la bolsa de deporte hasta dar con el

teléfono que he usado con Ruth; desencajo su carcasa y extirpo la tarjeta para arrojarla, junto a las llaves de su casa, por una alcantarilla.

Es entonces cuando descubro mis dedos manchados de sangre.

Estoy pensando en ti

—¿Estás segura de que no quieres que vayamos? Yo creo que necesitas ayuda pero como eres una cabezota...

—Crees, crees. Siempre crees que tienes la razón, mamá. Me organizo bien así; teneros en casa a ti y a la abuela sería un engorro.

—¿Por qué no te acercas tú este fin de semana? Va a hacer dos semanas que

se ha marchado Fernando y no te hemos visto el pelo. Y el de mi nieto menos.

Abro la boca con intención de replicar, pero un suspiro helado congela mis razones dentro de ella.

Dilatamos esta charla un rato más, al tiempo que ordeno el vestidor que dejé

manga por hombro esta mañana, hasta que Mariana asoma por la puerta del

dormitorio y anuncia una llamada, extendiéndome el teléfono inalámbrico.

—Parece el señor —explica.

—Te llamo luego —digo a mi madre,

aunque no pienso hacerlo.

Apenas trato de contestar me desmorono sobre la alfombra. De repente lo

sucedido es una película que desfila por mi mente a cámara lenta. No me

reconozco. No era yo. Siento cobardía y terror y vergüenza, lo que no significa

que no lo repitiera paso a paso, porque me domina el odio. Por suerte no volveré

a saber nada de Ruth jamás, ni tú. Para ella siempre serás, tras lo acaecido, la reencarnación de Satán. El hombre que le engañó sin medida ni remordimientos.

Lo que tenga que suceder a tu regreso no importa.

El futuro no existe.

—¿Sí? —pronuncio en un hilo de voz.

—¿Abigail?

—Dime.

—¿Eres tú?

—Perdona, ando con un horrible dolor de cabeza y me he tomado un

analgésico. Estoy atontada.

—Te he llamado al móvil varias veces.

—Disculpa, hablaba con mi madre...
Hoy no he ido a trabajar, llevo un
montón de casas visitadas y me siento
agotada...

—¿Me echas de menos? —sueñas a
bocajarro.

No existe mejor defensa que un buen
ataque.

—Si estuvieras aquí no tendría que darte
explicaciones. Me bastaría tu boca
para que supieras cuánto.

—Necesitaba oírlo. ¡Oh, Dios, no sabes
cómo!

—¿Sucede algo?

—Está siendo duro... No sé cómo explicártelo, amor. Los chilenos son...

digamos que especiales. En los negocios se muestran desconfiados; casi no

toman iniciativas, esperan tus propuestas y luego no se mojan, por lo que sientes

que estás pisando un terreno resbaladizo.

—Te noto de bajón y no me gusta oírte así. ¿No va bien tu proyecto?

—No terminan de concretar nada. Me da que voy a volver con él en el aire.

Qué sibilina forma de prepararme para tu «fiasco». Ahí va mi órdago.

—Hazlo ya, Fernando. ¿Qué necesidad tienes de seguir allí? Les cuentas que ha surgido un imprevisto y que te cambien el vuelo.

Te demoras en responderme e intuyo tu ansiedad mientras urdes una escapatoria.

—Lo interpretarían como un desagravio. Recuerda que me mandaron los billetes y la agenda con antelación.

—¡Ah, claro! Se tomaron tantas molestias enviándote todo —no entiendo

cómo no te remueve mi sarcasmo—.

Ánimo, nos quedan la mitad de los días

hasta tu vuelta.

—Sí, el viernes 18 estaré contigo... No sabes cuánto lo deseo. ¿Y mi miniyo?

¿Cómo está Lucas? ¿Pregunta por mí?

—Todo el tiempo —ahí no miento. Tu ausencia entristece a nuestro hijo. Los

niños aman sin matices.

—Abi... te he escrito un mail. Cuando

colguemos lo lees, ¿de acuerdo? O

cuando estés tranquila. Hay que cosas que se me dan mejor si no te miro a los

ojos. Estos días pienso mucho en nosotros, que lo sepas. Sé que hemos pasado

momentos difíciles, supongo que a todas las parejas les sucede porque el amor posee ciclos y a mí me ha costado entender que a la pasión de los primeros tiempos debe de sucederle una meseta tranquila... remansos de paz. Es el modo de crecer juntos... de eso se trata ¿no? ¿Qué piensas? Estás muy callada.

Cómo no voy a guardar silencio si me

asquea hasta el desmayo oírte una

teoría del amor que no practicas. La mayoría de las relaciones terminan cuando

quienes te aman dejan de hacer aquello que hicieron para conquistarte, pero tú has tomado una peligrosísima tangente. Eres confuso e indomable hasta en tu forma de agraviar.

—¿Tengo que preocuparme por algo? — pregunto.

—¿De que tu marido siga enamorado catorce años después de conocerte? Tú sabrás.

No sé si eres estúpido o un psicópata, con nula empatía y una mayestática capacidad para el engaño. Hay que tener cara para sostener esto después de lo que llevo desentrañado sobre ti. Me gustaría poder desahogarme tal y como desembuchan los reos sus confesiones cuando tienen el patíbulo enfrente, de manera que mis palabras te reventaran a diez mil kilómetros de distancia igual que una bomba de racimo. Al contrario me reprimo con una hipocresía sobrenatural.

—Me reservo para después de la lectura, Sr. Dávila.

—Te dejo, esta llamada va a salir por un

ojo de la cara.

—Claro porque... ¿desde dónde me estás llamando?

—Desde un sitio bellísimo que se llama Los Lagos, parece Suiza.

—¿Ahí también hay viñedos?

—No, han organizado una excursión...

—titubeas— ... la han organizado los

propietarios de la firma porque... quieren que me haga una idea lo más completa

del país.

—Entonces, si pasara algo... ¿ya no sirve el teléfono que me dejaste? El de...

¡buf! No recuerdo el nombre, era rarísimo.

—¡Oh, sí! Es la asistente personal del CEO de la compañía. Está al tanto de cada uno de nuestros movimientos.

—Bien, entonces no lo tiraré... ¿Cómo se llamaba?

—Orquídea.

—¡Es verdad! Orquídea, ¿qué más? Aunque espero no necesitarlo.

—Minotti —pronuncias con asepsia—. Tengo que colgar, amor.

El hecho de que ignores lo que yo sé me otorga un misterioso dominio sobre ti, por eso no deseo resolver la llamada todavía.

—¡Espera, no cuelgues aún! Necesito decirte que yo también siento que esta separación...

—¡Ey! No nos hemos separado. Es un viaje... No se te ocurra pensar.

—¡Temporal! Ok, ok. ¡Jo, no me interrumpas!

Trago saliva y continúo.

—He comprobado cuánto te echo de menos, Fernando... Te extraño incluso en las cosas simples de nuestra rutina: por ejemplo, en el modo en que desordenas los yogures dentro de la nevera o los mandos de la tele; extraño que dejes abiertos los botes en la ducha, bueno... lo que echo de menos es sorprenderte salir de ella mientras te sacudes el pelo, cubriendo de gotas el espejo. Y sorberlas de tu pecho en verano. Echo de menos tu olor en la almohada, los pelos que dejas en ella, esas canas que a ti te revientan, el color de tus ojos cuando los abres por primera vez en el

día... creo que hasta ha dejado de molestarme que subas a medias las persianas para despertarme. Extraño besar tu espalda; tus glúteos, como piedras... agarrarme a ellos cuando me penetras. Incluso añoro el sabor de tu saliva al mordirme los labios porque me resisto a abrirlos sin haberme lavado los dientes. Prometo que de ahora en adelante te lo consentiré...

—¡Joder, Abi! No empieces así... Me estás poniendo fatal...

—¿Cómo de fatal, amor?

—Como una moto.

—¿Y qué hay de malo? Yo ya lo estoy...

Desde que he descolgado el teléfono.

Ha sido oírte y se me ha pasado el dolor de cabeza. De hecho, te imagino desnudo sobre nuestra cama... en la que acabo de echarme. Mmm... ¿Sabes dónde tengo los dedos?

—¡Oh, Dios! No me digas estas cosas.

—Bajo mis bragas y... me los estoy metiendo dentro... ¿Quieres que siga?

—Solo si cierras los ojos creyendo que soy yo.

—¡Eres un capullo! Un jodido capullo.

—Hace tanto que no me hablabas así, yo

sí que he echado de menos a mi

mujer... ¿En qué piensas mientras lo haces?

—Llevaba un rato rozándome por encima del vaquero porque me gusta como

susurras al teléfono... No sé porqué he empezado a recordar las tardes en que vienes de jugar al tenis y tú quieres meterte en la ducha de inmediato y nunca te digo que esperes, porque me gusta olerte... me encanta tu sudor. ¿Sabes? Hueles

a hombre y a sexo y a deseo... Hueles a mis ganas. Aún lo haces como al

principio, como cuando no tenerte a mi lado generaba tal vacío que me hacía vivir en un calvario. ¡Ohhh! Estoy empapada. Necesitaría tanto follarte... ¿Acaso tú no? Dime, ¿no extrañas mi coño?

—¿Lo dudas? Jamás he sentido como cuando estoy dentro de ti. Me muero por hacerte tantas cosas...

—¿Qué cosas? ¿Besar mi tatuaje, por ejemplo?

—Sí, me encanta lamer tu sexo, muy despacio, mientras te retuerces de placer. Saborear tus labios mientras

deslizo mis dedos hacia tu vagina, aunque siempre se me cuele alguno por otro sitio. ¿Te acuerdas que al principio no te gustaba? Sin embargo, nos conocemos demasiado bien para ponernos límites.

Me vuelve loco que lubriques con solo acercar mi aliento a tu coño, me pone un

huevo, en serio... Y no imaginas lo loco que me vuelve sentir cómo crece tu clítoris en mi boca... ¡Buff, has conseguido que tenga una erección del demonio!

—¿Ah, sí? Desabróchate el pantalón. Hazte a la idea de que tus manos son las

mías. Humedécete las yemas de los dedos y...

—No me hagas esto, por favor.

—Claro que sí, Fernando, vas a correrte. Me lo vas a regalar... es lo menos que merezco.

Minutos después salgo a la terraza para aminorar este ahogo por el que se me

esfuma la vida. Quizá no lo vea, o no quiera, porque conllevaría asumir mi fracaso, pero mi medicina pasaría por arrancarte de esa parte de mí donde hace tanto arraigaste como un parásito.

A las ocho de la noche me postra el

cansancio y tomo un caldo antes de meterme en la cama. Estamos en la cocina, Mariana y yo; el ruido de la televisión evita que tengamos que hablar entre nosotras. La contemplo sin

prestar atención, hasta que las imágenes de una ambulancia y varios coches de policía me incitan a subir el volumen. En la pantalla aparece el primer plano de una chica con *piercings* y el pelo rapado a la que juraría haber visto antes: «...

como la puerta estaba abierta entré, y me topé con ella desplomada en medio del

salón. Horrible.» «¿Tenía algún enemigo, sabes si había recibido

amenazas?

¿Qué tipo de amistades frecuentaba?», pregunta, morbosa, la reportera. «Me da

que un novio, pero no hablaba mucho con los vecinos.» En un segundo plano se

sitúa un chico delgado con un chihuahua entre los brazos, hacia el que se dirige

ahora la periodista. «Tony también era vecino de la fallecida...» Me sobreviene

una arcada y arrojo el consomé sobre la mesa.

Un pozo de agua oscura

—¿Tú has escuchado algo de lo que he contado? —pregunta Manu desde el umbral de mi despacho.

Me sorprende buscando información en Internet sobre Ruth y minimizo la página que me disponía a leer, antes de responderle.

—Por supuesto. ¿Quieres que te lo recite?

—No darías ni una. A ti te pasa algo.

Acaba de defender sus ideas para la reforma del edificio de la plaza de

Lavapiés y está en lo cierto: el desasosiego no me deja concentrarme en nada.

Solo deseaba que terminara la reunión con Lupe para encerrarme e indagar si se

sabe algo más sobre el «crimen de la calle Libertad», tal y como lo han calificado los medios. Manu me observa con gravedad sin atreverse a entrar. Por norma, cuando se dirige a mí entona unas frases adornadas con vocablos tipo

«princesa» o «reina», con infantiles superlativos que hacen que te sientas bien y

sonrías y des tregua a la frivolidad. En cambio otras veces lanza imperativos que

sabes que toca cumplir, pues así se expresa en su trabajo. Su último «a ti te pasa

algo» sonaba de este modo.

—Tengo problemas personales —
convengo.

—¿Y?

—Ahora no quiero hablar.

—Perfecto. Estoy para lo que necesites, no lo olvides.

Antes de desaparecer, insiste.

—Lupe será ciega, yo no. La intuición no es un monopolio femenino.

Cuídate, tus ojeras dan pavor. Por cierto, ¿qué te ha sucedido en la mano?

—

pregunta mientras clava sus pupilas en mi vendaje.

—Se me fue el cuchillo... cortando jamón. Me gusta hacerlo a mí —aclaro

acariciándome la mano izquierda.

—Lonchar jamón es un arte. Aunque, para tu seguridad, déjanos eso a los hombres.

—Sí, hay cosas que es mejor que hagáis vosotros... pero no siempre estáis cerca.

—El hombre que no esté cerca de ti es un estúpido. —Y cierra la puerta.

Conozco a Manu desde hace cinco años. Él siempre está cerca. Apuntalando

una obra o entreteniéndome con el relato de sus largos y húmedos fines de semana... llorando de vez en cuando en

mi hombro, porque, por más indolencia que trate de enarbolar, también ha sufrido por amor. Hace un par de años se colgó de un novio por el cual perdió el juicio y un puñado de kilos; el chico no valía mucho físicamente; sin embargo, veneraba su talento de director de cine nominado al Goya por pergeñar unas densas historias que encandilaban a la crítica. Se pasaban horas en la cama, consumiendo películas americanas de serie

B, de las que su ex sacaba la verdad narrativa que quería imprimir a las suyas.

Curioso, porque a su alrededor hilaba

una madeja de mentiras, ya que su familia

le hubiese repudiado de saberle homosexual. Al final padecieron la claustrofobia

de un amor dentro del armario que les consumi3.

A ti te cae bien. No es que brinques cuando le ves, pero en las fiestas de San

Juan, durante esas cenas en nuestra terraza en las que festejamos la noche m3s larga del a3o y el verano y la amistad con el grupo escogido de personas que salvar3amos en un naufragio, y pronuncias esa especie de

discurso —al que nunca más daré crédito— dándome gracias por lo que hemos construido juntos,

le buscas para conversar un rato y luego, cuando hacemos balance, insistes que

su afecto por mí es grande: «Tú eres más importante para él que viceversa.»

A lo

mejor tienes razón.

Al quedarme sola inspiro hondo y me sumerjo de nuevo en la página del

diario. Pasada la vigilia actualizaba las noticias cada dos o tres horas temiendo toparme con mi nombre en ellas. Lo

publicado en torno al suceso es sucinto, a la par que espeluznante: mujer de treinta y cuatro años, degollada por un arma blanca en su domicilio, cuyas paredes aparecieron cubiertas de palabras soeces e insultos. Hora de la muerte, entre las 14.00 y 15.00 del jueves tres de marzo. La

policía trabaja sobre algunas hipótesis que podrían dar una resolución al caso en

las próximas horas.

Ayer, apenas me repuse del interrogatorio de Mariana preocupada por mi

salud, rememoraba las fotocopias de mis fotos sobre el edredón de Ruth,

llámame Siete, junto a la frase que escribí en él, y desfallecía. De poco sirve decirme que solo se advierte en ellas el trozo de piel donde aparece mi tatuaje, porque no resultaría descabellado seguir su rastro hasta el establecimiento donde

se realizó y los clientes que lo eligieron. En las series de televisión sucede así.

¿Formarán parte de las pistas de la investigación? ¿Habré dejado de ser Abigail

Torres para convertirme en una hipótesis

policial?

—Mariana, prepare ropa para Lucas que nos vamos —he ordenado a primera

hora de la tarde.

—¿Que se van ustedes? ¿Dónde?
¿Cuándo?

—Lo antes posible.

—¿Y qué hago yo sola aquí sin mi niño?

—No me caliente. Cójase el fin de semana libre o haga limpieza general, pero

no me atosigue.

Lo he decidido en mitad del atasco de vuelta a casa, angustiada ante la idea de pasar dos días acorralada entre miedos. Entonces he marcado el teléfono de la casona y he anunciado a mi madre mi visita.

—Pero si ayer me dijiste que no venías
—ha replicado molesta.

—He cambiado de opinión.

—A ver a qué hora llegas porque la abuela se acuesta temprano y no vamos a estar en danza hasta que aparezcas.

—La verdad... se le quitan a una las

ganas.

—Qué genio tienes, hija.

Prescindiendo de mi madre, el único lugar seguro lo representan los brazos de

la abuela.

Mientras la asistenta preparaba nuestra bolsa de viaje, he decidido leer el correo del que me hablaste ayer y para el que no he tenido cabeza en todo el día.

Querida Abigail, si tuviera que definirte en cuatro palabras diría que eres

un gamo agilísimo queriendo correr más rápido que la propia vida; aunque

no me gustaría que pensarás que te estoy echando la charla así, de

primeras, porque el objetivo de estas líneas es otro.

Necesito que sepas que he comprendido mi error. Es difícil para un hombre

admitir que quien solventa, arregla, mantiene y proyecta su mundo es una

mujer. Muy difícil. ¿Te acuerdas de aquel libro que explicaba cómo los

hombres no escuchamos y las mujeres no

leéis los mapas? Nunca lo acabé,
pero caló en mí una idea que, a veces,
recupero, la del «breadwinner». Eso
somos los hombres, quienes llevamos el
pan a casa. Yo no lo cumplo. Yo
dejo que tú asumas dicho rol y es duro
de digerir para ambos. No sé cuál es
el motivo por el que no he encontrado
mi sitio o está ocupado por otro, o
no sé pedirlo o buscarlo o... mi sitio no
existe.

¿Crees que no me gustaría regresar con
un contrato firmado en la maleta y

un cheque bancario en el bolsillo y fundírmelo contigo en un viaje... a

París, por ejemplo? Ansío hacer realidad mi sueño, tener mi propia

empresa, pero el hastío y la desesperanza son unos traidores que me

advierten que ya no hay tiempo, que se han esfumado mis oportunidades.

Sé que nunca hablamos de «esto». Nuestra situación me recuerda a esas

parejas que pasaron un día por un gran trauma, que perdieron a un hijo, y

continúan juntos sin aludir al cúmulo de

dolor que les mantiene unidos

como un miserable pegamento. A lo mejor la habitación del hijo

permanece igual que antes de fallecer y pasan a diario por delante de su puerta; y sospecho que entran en el cuarto a espaldas del otro, pero ni lo hacen juntos ni verbalizan la pérdida, ni el enorme vacío entre los dos. No pronuncian el nombre del crío, ni recuerdan el día de su cumpleaños,

aunque su muerte está ahí. La miran cada uno por su lado.

No sé por qué pongo este ejemplo, ya que si le sucediera algo a Lucas

perdería la razón. Adoro a nuestro hijo más que a cualquier cosa, más que

a mi vida, desde luego... Y no sé si más que a ti, porque para mí él y tú sois

lo mismo. No me imagino tener a Lucas cerca y no sentir tu piel al lado.

Nosotros omitimos nuestro «esto», aunque de vez en cuando me toca

encajar una indirecta por aquí y otra por allá, y tras ellas no puedo evitar

preguntarme «¿Qué me está queriendo decir, que soy un paria, un

parásito?». A mi entender lo peor son

los reproches velados. El comentario de «al marido de fulanita le han ascendido en su empresa» o esa manera distraída de ojear el periódico y pararte en las páginas de economía mascullando: «Joder, este tío es un lince. Ha creado su empresa de la nada y en un par de años...» Supones que no te escucho, pero se me remueve todo porque compruebo que estás admirando a otro y a mí no.

Imaginarás que no hubiera podido hablar con tanta franqueza mirándote a

los ojos y, aun así, me cuesta una enfermedad, pero mi atrevimiento

también me libera...

Puesto que tu carta me conduce a un escenario incómodo, me digo que en ella

usas meras tergiversaciones, prefiero eso antes que admitir cualquier atisbo de culpabilidad. Aparte de que resucita tu habitual estrategia para enfrentarte a los temas peliagudos: empiezas entonando un mea culpa, pasas a apreciar alguna

particularidad del otro que, en el fondo, es una crítica velada, y continúas con juicios que evalúas como hechos irrefutables. Eso sí, sin perder tu

compostura de niño bien, educado en una familia tan carca como la del ex de Manu. Salvando a

tu padre, claro, un buenazo al que aprecio a pesar de la grieta que nos distancia.

Por desgracia, él y yo hemos comprendido que el tejido de la confianza se rasga a raíz de un simple enganchón.

A las cinco en punto emprendemos viaje a Granátula de Calatrava, en Ciudad

Real, al que no sé bien por qué denomino «el pueblo de la abuela» cuando también lo es de mi madre.

Durante un tiempo le sentaba fatal porque interpretaba cierto menosprecio hacia ella; luego, a medida que fue encajando en

Valencia, donde la inmigración interior ubicó a mis padres, borró su origen, y ahora le da por reivindicarlo. Mi madre es francamente egoísta, además de voluble.

Ella había cursado el bachillerato, tenía veintiún años y trabajaba como

secretaria en una bodega cuando conoció a mi padre. A él le precedía la

ambición, un sentimiento noble en una zona de España con economías

precarias,

pero gestionada hasta entonces con nula fortuna. Al poco de casarse, un amigo le recomendó que probara fortuna en la industria naviera en Valencia y, meses después, nació yo.

Siempre me encantó nuestra casa allí. Es una quinta planta llena de luz,

aunque para ver el mar haya que trepar a la azotea, donde tendíamos la ropa, y

por encima de un enredo de antenas, cables y cuerdas cargadas de ajuares, asomaba la playa de la Malvarrosa. No se me olvidará que el vecindario lavaba

los miércoles y los jueves, y los viernes subíamos a recoger la colada a una solana de hormigón y tela asfáltica. Más adelante supe que la gente lo hacía así para no encontrarse con las sábanas volando al regresar de la playa, un hábito que no perdonaban, porque si soplaban poniente perdían las pinzas y desaparecían. Los valencianos saben exprimir la vida.

Objetivamente, mi padre no era un buen partido, por lo menos no lo que se esperaba para una mujer con cierta formación, pero ella se había emperrado en él como se empeñó en mandarme con la abuela a los dos años y en arrancarme de

sus brazos a los seis. A mi vuelta a Valencia lo único que distinguí fue aquel traje

centelleante colgado de una percha del armario empotrado. No sus brazos

abiertos, ni la madera de color rosa empolvado de mi nueva cama de hija única,

solo el puñetero traje. «Este año lo estrenarás», apuntó mi madre ufana. «¿Aquí

también hay carnavales, como en el pueblo?», farfullé, porque para mí tanto disfraz era vestirme de fallera que de egipcia.

Los recuerdos del pasado remoto y del reciente se enlazan durante el trayecto,

y si no dejo de orearlos reventaré. ¿Cómo pueden torcerse las cosas de este modo? Creí haber controlado todo —me deshice de la bolsa de deporte, de la peluca y de la ropa que usé, en un contenedor del extrarradio—; sin embargo, siempre dejamos rastros. Todo lo que hacemos repercute, no es gratuito ni invisible. Me tortura haber cogido el libro de Idea Vilariño tras quitarme los guantes, lo que señala que mis huellas quedaron impresas en él.

A las ocho menos cuarto de la noche surco la calle Herrería donde se sitúa la

blasonada casa familiar, con su fastuoso portón de madera del siglo XVIII, junto

al que me recibe la abuela saludando a dos manos. Reencontrarme con ella me

ensancha el corazón. No obstante, la mujer que abre la puerta del coche antes de

que apague el motor no siempre es un ser luminoso, a veces le asola una rara melancolía que ella nunca explica. Hoy, sin embargo, derrocha ese genio que achaca a las aguas de la zona, las que bebió el general Espartero —quien nació aquí— y por el que repite cuando algo se le mete entre ceja y ceja «tengo los mismos cojones que él», glosando un

dicho popular.

—Te he hecho un bizcocho de limón —
anuncia, contenta de abrazar a su

nieta y a su bisnieto—. Hale, vamos a
cenar y lo tomamos de postre .

—No tengo hambre, abuela. Solo quiero
que me achuches.

—Primero lo que Dios manda y luego lo
que él disponga.

Mi ansia por pedir socorro debe
esperar.

—Estás en los huesos. ¿Qué te ha
pasado? —aprecia mi madre tras

besarme

con frialdad.

—Mucho trabajo.

—A mí no me engañas.

—Mamá, tengamos la fiesta en paz.
Necesito calma unas horas.

—Que así sea, Abigail. No seré yo
quien te amargue una vida que
presupongo

bastante agria. Tú sabrás, al fin y al
cabo es tuya.

El sábado ha transcurrido lento, lento,

como cae la miel sobre el plato,

derrengada en el sofá, cubierta por una de las amorosas mantas de lana de la abuela, pero incapaz de desahogarme porque en las ocasiones en que nos hemos quedado a solas la garganta se ha vuelto correosa y no he tramado nada

coherente; el resto del tiempo la sombra de mi madre ha sido un telón de acero

entre las dos. Además una porfiada lluvia que no escampaba más que minutos sueltos, tampoco ha contribuido a lograr alguna intimidad.

En esos momentos en que aparentaba seguir cualquiera de los telefilms de la

tele, mi cabeza no dejaba de valorar si me convendría o no acudir a la policía con el objeto de desvelar lo que sucedió en casa de Ruth, adelantándome a sus pesquisas, sin descartar que eso disolvería de inmediato mi matrimonio —una cosa es tomar la decisión de separarnos y otra que los acontecimientos te condenen a ello—, e incluso me convertiría en una chiflada, lo que a la postre podría alejarme de mi hijo. Y ese peligro es insoportable. Paso el fin de semana debatiéndome entre urdir otra estrategia de venganza o atrincherarme,

aterrorizada, en mi guarida.

Hoy domingo, tras el desayuno, decido regresar a Madrid.

—¿Ya? ¿Por qué no después de comer?

—sostiene mi madre.

—Tengo trabajo.

—Estar tranquila con tu familia te da alergia, ¿o qué?

—Deja a la chiquilla, Rita —ha mediado mi abuela—. Ella sabe lo que hace.

Su despedida ha consistido en un abrazo interminable, inoculándome con él

las fuerzas que me fallan.

—A veces no es necesario hablar las cosas —susurra al oído—. A veces se quedan dentro y allí mueren sin responsos ni funerales.

Inventando la tarde

Estoy sentada en la única butaca de tu despacho porque desde que a la otra se le quebró la pata, y tú te comprometiste a arreglarla, sigue en el trastero. Lucas ha almorzado al poco de llegar y ahora duerme la siesta; yo ingiero un sándwich sin ganas.

Si este cuarto está acostumbrado a custodiar tus secretos, me pregunto por qué no podría cuidar de los míos. Y lo

hace, de hecho sus cuatro paredes forman un escudo protector bajo el que me siento segura. Más que segura, otra. Como si

la Abigail que se desenvuelve por el resto de la casa fuese la mujer de siempre

—tu esposa, la madre de tu hijo—, pero ese ser acurrucado dentro de mí, cuyo

crecimiento has desencadenado tú solito se despertara aquí dentro.

Mantengo el portátil sobre mis rodillas y, entre las manos, el móvil que

adquirí hace unos días, en el cual he

instalado la segunda tarjeta prepago para mantener una conversación a través de él.

—Desconozco quién es usted y por qué me está llamando. —La mujer del

otro lado de la línea protesta con una voz gruesa, como los acordes de una tuba;

el timbre de alguien acostumbrada a influir en los demás.

—Trato de explicárselo pero no me lo pone fácil —respondo—. Como le he

contado, he encontrado su número por casualidad. O quizás el destino me ha

facilitado que diera con él.

—Se lo repito: o me aclara quién es usted o cuelgo de inmediato.

—Y yo le insisto en que prefiero hacerlo por teléfono; para mí está siendo muy duro esto. Créame, quisiera dejarlo estar pero mi instinto me ordena seguir adelante.

—Estoy perdiendo la paciencia. Voy a colgar.

—Mi deber es insistir en vernos, Elena, porque la conversación que necesito

mantener con usted, se la debo a él... a Fernando.

Aquí salta el latido intermitente de una comunicación rota; lo esperaba en cuanto me percaté de su actitud. Deposito el móvil en la mesa auxiliar y presiono doblemente el espaciador del teclado para leer las majaderías que redacta la gente, amparada en el anonimato de internet.

Imbécil número 1: Miss M., no busques más. Yo soy tu Bond, James Bond.

Mido 1,90, atlético y muy atractivo. Juntos podemos correr aventuras,

surcar mares, volar hasta lo más alto... aunque esto es fácil porque soy

piloto, JaJaJa. Como ves tengo mucho

sentido del humor. Me encanta que

no te guste el fútbol, las tías futboleras no tienen sex appeal y para mí el

sexo es muy importante. ¿Me mandas una foto y te envío yo una mía?

Imbécil número 2: Querida Miss MoneyPenny, has picado mi curiosidad.

¿Quién se esconde tras tu nombre? ¿Te gustan los disfraces? ¿Jugar? De

ser así dispongo de una colección para ti. Estoy dispuesto a todo, porque sumiso no es quien sufre más sino quien más lo desea. Soy un hombre sereno, dócil, en permanente espera. Mándame

tu número de teléfono y te

llamo de inmediato. J.P.

Imbécil número 3: Mi nombre es Jacinto, como las flores que brotan en

primavera. Soy un hombre sensible y muy romántico, y espero encontrar a

la persona con quien caminar sin soltarnos de la mano. Busco una mujer

femenina y cariñosa. Me ha encantado que te gusten las canciones de Nino

Bravo porque a mí me emocionan —este es disléxico o tonto, porque mi

perfil era meridianamente claro: ODIO esas canciones—. Y no imagino

nada más hermoso que estar junto a la mujer que amo viendo una puesta de

sol. Me encantaría conocerte. ¿Y tú a mí?

Súper imbécil: Me gusta tu perfil. Se nota que tienes las cosas claras,

porque yo no pierdo el tiempo. No fumo, no tengo animales y lo peto en la

cama. Veinticinco centímetros enteros para ti. ¿Te apetecen? Llámame al

609.87.7 (...).

Estos son mis primeros mensajes en la web de contactos en la que también estás tú. Según la estadística, no demasiados, pero en lugar de añadir mi fotografía he ilustrado el perfil con la onírica imagen de una playa. No cuela para quien busca el amor a primera vista.

Acabo de darme cuenta de que la otra butaca no es lo único que espera a que

te dignes a arreglarlo. Cuando renunciaste a seguir formando parte del equipo de

la consultoría de tu padre anunciaste que, aparte de crear tu propia firma, ibas a

desempeñar el papel de «marido». Lo propusiste con énfasis, como si fuese no solo un plan viable sino tu nuevo plan de vida.

—¿Qué coño es eso, Fernando? —te solté.

—Lo que hacen los maridos, ¿no? Arreglan enchufes. Encolan las patas de las

sillas. Cambian los halógenos. Ajustan los grifos que gotean y las cisternas que pierden agua.

—Pero si no sabes ni cómo se abre la tapa de la cisterna.

—¿Lo tuyo es por joder o por hacerme de menos, como siempre?

—Sentido común —decreté, evitando el contacto visual porque te

contemplaba como una hormiga sobre la que planea un pie distraído, y no

hubiera querido que me lo notaras. Por cada hombre que cree decir cosas

irresistibles hay una mujer que lo considera un patán.

Por descontado que no realizaste ni una sola chapuza doméstica, entre otras cosas porque ese tipo de destrezas las desarrollan quienes las han aprendido

de sus padres —insignes manitas— o han vivido estrecheces en casa, pero ni lo uno

ni lo otro. Los niños criados por el servicio desde que nacen, licenciados en universidades privadas, con máster y demás, no saben desatracar el bote sinfónico.

De repente suena la campanilla de un mensaje entrante.

«¿Qué es lo que busca?»

Sabía que no tardaría en dar señales: han transcurrido ocho minutos desde

nuestra charla. Está inquieta. Muy

inquieta.

«Hablar con usted», escribo.

«No conozco a ningún Fernando. No vuelva a contactar conmigo.»

«Si así fuera no me estaría respondiendo.»

«Sea franca, por favor: ¿qué quiere de mí?»

«Sé que le interesa lo que va a oír. Puedo acercarme a la facultad si lo prefiere.»

«Cómo sabe eso?????»

Decido abortar la conversación en este punto y no contestar, segura de que va

a insistir ella en menos de un minuto, como sucede.

«¿Conoce el hotel Tirol, en Marqués de Urquijo? Le espero mañana lunes a la

9.30 de la mañana en su cafetería.»

«Allí estaré.»

—Se le dan bien los niños.

Mi apreciación no es un beneplácito; sin embargo, Julia exhibe su hilera de dientes y deduzco se lo ha tomado como tal.

—¿Otro vermú? —sugiero, porque prefiero estar achispada antes que triste.
O

achispada a temerosa. O achispada a malpensada, vengativa o envidiosa.

No daban las tres de la tarde cuando he recibido la llamada de Julia.

—No sabes la tarde tan maravillosa que hace, ¿por qué no venís tú y el peque a las Vistillas?

—Déjame ver si está despierto.

Una hora después nosotras dormitamos al sol, mientras Lucas y Yamir

corretean alrededor. Contemplar a mi hijo carcajearse según atrapa los rizos del

hombre que ha robado el corazón de mi amiga compensa esta salida imprevista.

—¿Estás enamorada? —Al oírme siento que me ha patinado la lengua, así

que no conduciré hasta que no se me pase esta moña.

Julia atiza su tenedor sobre el plato, llevándoselo a la boca con un hambre que

no le había visto en años. Son las cuatro y sigue comiendo.

—¿Tú que crees? —habla con los carrillos a rebosar, de rabas y de felicidad

—. Esta vez es distinto, Abigail.

—Esa frase no es nueva.

—Ninguna lo es. Lo importante es que descubra algo nuevo para quien la pronuncia.

—¡Upps!

—¿Estás borracha o noqueada por lo que he dicho?

—Las dos cosas.

En este punto ambas nos callamos. Yo, porque si suelto los amarres a mi

lengua y me nace cualquier improprio, temo herirla. Y porque en el fondo me

gustaría compartir con ella esto que me está sucediendo, lo más turbulento y catastrófico de mi vida, pero por primera vez desde que nos conocemos no puedo hacerle partícipe, ya que me arrepentiría si le insinuara, tan solo, lo que sucedió en casa de Ruth, llámame Siete. Si lo supiese, Julia se ceñiría su bata blanca y me diagnosticaría una neurosis celotípica necesitada de terapia hasta el día del Juicio Final. Y ella guarda silencio porque no quiere

lastimarme, porque

las suturas del amor se encarnizan cuando se descubren alrededor personas

felices con las que comparamos nuestra desdicha.

—He pensado que me vendría bien perfeccionar el inglés —suelta de repente

—. Bueno, aprenderlo, porque no paso de « *My Taylor is rich* ».

—¿Estás diciéndome que te quieres ir a Inglaterra con ese tío?

Se moja los labios con un licor aguado

donde se han disuelto los hielos. Yo he

bebido tres vasos y ella conserva el mismo desde que he llegado. Es delicada hasta para desmelenarse.

—Sabía que no lo ibas a entender.

—Te equivocas, lo entiendo muy bien. Estás dispuesta a dejar todo por un tío

al que acabas de conocer...

—No lo acabo de conocer —me corta tajante.

—¿Ah, no? ¿Un mes? ¿Mes y medio? Qué más da un día más o menos.

—Un año y ocho meses.

Siento cómo frunzo el entrecejo mientras me reclino, apoyando los brazos

sobre la mesa de hierro para escrutarla de cerca.

—Nos conocimos en una página de búsqueda de amistad...

—¿Qué coño estás contándome? — interrumpo.

—Déjame seguir, Abigail. Y trata de no obcecarte, como haces cada vez que

te enfrentas a lo que no controlas. Aparca los prejuicios, por favor. No se

trata de

una página de contactos, no al uso. Es una plataforma donde la gente se conoce

en función de sus gustos para compartir conocimiento, sobre todo. Así me

integré en varios chats: uno sobre meditación, otro sobre Gestalt, constelaciones

familiares y el de museos del mundo, que me chiflaba porque había gente muy

interesante, entre ella Yamir. ¿Te acuerdas de aquel profesor de meditación, tan

intenso como egocéntrico? Vale, sí, le conocí en este portal, aunque a ti te dije

que coincidimos en un retiro en la sierra porque si te cuento la verdad hubieras

puesto el grito en el cielo. No me gusta mentirte... si no fueses tan rígida... ¿Qué

piensas, Abi? Estás silenciosa...

—Sigue, anda.

—No hay más misterio. Tuvimos una conexión inmediata, intelectual, porque

no pensaba en nada con él. Te lo prometo. Por entonces Yamir salía con una chica y hablábamos de su familia, de

arte, de India, de hinduismo... Y yo también salía con otras personas. Poco a poco nos volvimos dos amigos que conversaban por Messenger cada semana, practicando el castellano él, y yo, poco inglés, la verdad. Después, con Skype, pudimos hacerlo mirándonos a los

ojos...

—Es una relación virtual. Estás harta de atender a pacientes adictos a esos vínculos. Te has tirado un año y medio hablando con una persona a la que ni tocabas...

—¡No! Yamir ha venido a España varias veces. Nos vimos en persona por

primera vez en enero de 2004, pues estuvo en Madrid, junto a su novia. Después

ha vuelto, el... el verano pasado fuimos a la playa. Ha sido una amistad limpia que ha ido evolucionando sin darnos cuenta hacia este amor bello y maduro.

—«Bello y maduro» —repito con retintín—. ¿Y por qué narices nunca me has

hablado de él?

Se acaba de apoderar de mí la misma extrañeza de quien descubre en el

hombre que le gusta una calvicie

camuflada bajo un peluquín.

—No sé, Abi... A lo mejor no tocaba. En realidad, tú estás al tanto de mi vida

sentimental porque siempre te hablo de mis relaciones. Has conocido a todos. Él

era solo un amigo, un grandísimo amigo, pero no... no lo valoraba como pareja...

hasta que surgió.

Julia no entiende qué es lo que me fustiga. No me importa que su temor a malograr una relación principiante le haya llevado a ocultarla, sino que exista otra «grandísima amistad» coexistiendo

con la mía. Eso es lo grave. Vale, sí, la neurótica que habita en mí se ha encelado.

—¡No, tía! —grito—. Tu «grandísima» amiga soy yo. Eso es lo que me jode:

que yo no soy la primera para ti, y tú sí que lo eres para mí.

—Abi, cariño. La amistad no es excluyente, sino generosa y permisiva.

Queremos a nuestros amigos sin medir el afecto en una balanza dilucidando

quién pone un gramo más y quién menos. Les queremos sin entenderlos, sin

compartir la totalidad de sus pensamientos o acciones. Yo te adoro, lo sabes de

sobra, lo que no significa que siempre esté de acuerdo contigo. Y nunca te pediría cuentas de lo que me das o de lo que me escatimas. O de lo que ofreces a otros, porque nadie puede acotar el cariño... ¡Oh! Por Dios, no llores. No... no,

no quiero verte llorar.

De súbito aparece un abismo entre las dos y rompo a sollozar con ese hipo lastimero de los ebrios; ella me abraza como lo haría una madre tratando de endulzar los vaivenes sentimentales de

su niña. «Todo esto es por Fernando, ¿lo sabes, verdad? Estás con la sensibilidad a flor de piel», me susurra al oído, y yo

no tengo ganas de rebatirle ni una letra. ¿Qué coño Fernando? Es por él, y porque hay una tía muerta a la que he mirado a los ojos antes de irse al otro barrio y eso me acompañará hasta que lo haga yo. Es porque me escuece a rabiar la rebanada que me hizo el cúter en la mano para que tuviera presente la barbaridad que he cometido. Es porque mañana me he citado con una mujer a la que también desearía aniquilar. Y por el sin vivir de que al siguiente paso que dé

me tope con una pareja de polis

camuflados que me vayan a enchironar.
Y

porque ignoro qué va a suceder con mi matrimonio o con mi vida. Y sí, en efecto, porque es tan enorme mi decepción que ni argumentándola durante horas podría hacérsela entender a Julia. Incluso el concepto «amiga» empieza a

desdibujarse, y la palabra que antes abarcaba todo ha reducido sus lindes a lo teórico.

Tan triste resulta comprobar, por más que ella lo justifique con frases

extraídas de un manual de autoayuda,

que nuestra amistad no ha sido recíproca,

como que la fidelidad amorosa sea, a la postre, una quimera. ¿Será que se ha dejado querer? ¿Lo has hecho tú, Fernando?

Ante esta nueva orfandad, extraño el olor a jabón casero de la abuela. Sus abrazos acolchados como el de esta mañana.

Echo de menos ese hogar que yo no he sabido construir.

Quiero hacer que te olvides de su nombre

El aparcamiento público de la calle Marqués de Urquijo se divide en tres

plantas. Aunque localizo sitios libres en la primera, voy a la última porque allí podré estacionar sin respetar los lindes de una única plaza. Es una forma de transgredir como otra cualquiera y no está penada.

En la mañana del lunes siete de marzo se ha desatado una ventisca, en cuyos

torbellinos revolotean hojas secas y vasos usados de plástico, rescoldo del fin de

semana en un barrio lleno de garitos nocturnos. El resto del trayecto hacia el hotel lo hago pisando trozos de papel mordidos por el viento. A las nueve y dieciséis minutos busco una mesa apartada dentro de la cafetería.

He optado por venir con tiempo para no ser yo la observada al entrar. Visto un

traje de pantalón negro, cuya tela aguanta encima demasiados planchados, un jersey de cuello vuelto azul y una *pashmina* a juego. El pelo, recogido, y el rostro, sin una gota de maquillaje.

Dejé el abrigo en casa a propósito, pero lo he echado en falta de camino hacia aquí. Me he pedido un café con leche, al que he

sido incapaz de añadir ni una migaja de las pastas que lo acompañan, dispuesta a

consumirlo a sorbos cortos mientras espero. Anoche me pesé en la báscula de baño y he perdido cuatro kilos —mi madre tiene razón— lo que corrobora mi teoría de que la dieta más eficaz es el desamor.

Ayer tuve que hacer esfuerzos para despedirme de Julia sin dramas y sonreír a

su novio como si el mundo fuese un lugar sosegado, y mi vida, un remanso de

paz; tomar a Lucas en brazos, desplazarme hasta casa —«¿Estás bien? ¿Seguro

que no quieres que te llevemos? Yamir podría conducir tu coche y tú y el niño os

venís conmigo. No nos cuesta nada», insistía ella—, dar de cenar a mi hijo, besarle hasta que su nuca se llenase de ronchones sonrosados, meterme en la cama, dormir... No poder dormir. Y cuando por fin entras en el limbo del sueño, y tu cerebro se resetea, te

despiertas y compruebas que tus neuronas no han borrado nada de lo que te causa este horrible dolor.

Por ello, a las seis de la mañana encendí la lámpara de la mesilla y releí la cadena de mensajes que había impreso días atrás, conservados en tu cuenta de correo nando.salmeron@yahoo.com.

FERNANDO (2-septiembre-2004)

¡Hola, Elena!

He dudado mucho antes de escribirte, pero necesito preguntarte algo y te

rogaría claridad al responderme: ¿te molestan mis mensajes? Percibo cierta

incomodidad, a veces, y prisas casi siempre. Esto hace que me reprima,

tanto a la hora de enviártelos como en el contenido de los mismos.

No he pretendido inmiscuirme en tu vida y tampoco he premeditado nada

en esta relación, aparte de llenar el vacío de cada uno. Es verdad que yo siento mucho, más de lo que debiera, y que tú me acompañas del modo en que puedes. Eres una mujer educada y sé que me pararías los pies de una

forma sutil, de ahí que sea tan directo...

ELENA (2-septiembre-2004)

Hermoso caballero, encontrarme con un nando.salmeron@yahoo.com en

mi bandeja de entrada es un bocado de caviar en mitad de un menú de

cinco euros. Pura luz para mi oscura y espartana rutina.

Anda, ve a por el teléfono porque te acabo de llamar y lo tienes apagado. O

puede que estés reunido. No soy la única llena de ocupaciones.

Te propongo fechas en este mes donde no tendré muchas clases porque se

están formando los grupos de

laboratorio: 6, 7 y 8 de la próxima semana y

16 y 17 de la otra. ¿Estarías en algún momento en Madrid?

Tuya (y no es una frase hecha). Elena.

FERNANDO (6-octubre-2004)

Elena, me gusta tanto pronunciar tu nombre que a veces temo que lo vaya

a decir delante de ELLA. Sería hasta liberador.

Barcelona anda con calima estos días de octubre y yo, como el tiempo;

preguntándome qué hago en un sitio cuyo idioma no hablo y por el cual no

tengo especial afecto. Como dices que mi percepción de la ciudad tiene

que ver con el grado de entusiasmo que ponga a mi relación, creo que

cuanto menos quiera estar aquí más ganas tendré de dejarla. Al principio

cualquier cosa que planteaba mi pareja me parecía genial: trasladarme a

otra ciudad, trabajar en el estudio de su familia, vivir en la casa

rehabilitada fruto de su herencia... Pero

ahora me siento encadenado y con

mil remordimientos por hacer lo que
hago, por mentir, por sentir lo que
siento.

Este mes iré a Madrid. Espero verte. Lo
necesito. Quiero revivir otra tarde
maravillosa, igual a la última en todo.
En todo.

Te extraño.

Fernando Salmerón.

ELENA (23-noviembre-2004)

... sentir sin tener remordimientos es infructuoso. No te mortifiques.

Yo ya no me hago preguntas y, por tanto, desestimo las ideas que me

asaltan de vez en cuando. Déjate fluir. Haz lo que desees en cada

momento, sin herir a nadie. Y ten por seguro que siempre te preguntarás si

hiciste lo correcto.

Sucede lo mismo con las vocaciones. ¿Crees que los chicos a los que doy

clase han aprehendido cuál es su talento? Te aseguro que detecto rumbos

errados cada dos por tres, pero no me corresponde a mí reconducirlos

porque eso colisionaría con los intereses de su familia o con un proyecto que han tomado por inercia. Es tu caso con la arquitectura. Por fortuna, tu trabajo te permite realizar obras que te hacen sentir bien contigo y con la

sociedad. Por cierto, ¿cuándo piensas volver a Mauritania? Esas iniciativas

son las que dan sentido a tu trabajo. Me encantaron las imágenes del centro

de salud en Nouakchott, son magníficas. ¡Enhorabuena!

¿Podremos vernos antes? No hacerlo me llena el corazón de una tristeza

vaga por la que hoy no impartiría ni una clase. TQ.

PD. Los alumnos también enseñan; por ejemplo, que dos letras hablan más

que dos páginas enteras.

ELENA (3-diciembre-2004)

Fernando, voy a estar unos días desconectada porque debo acompañar a mi

marido en un viaje. Mi decisión de ir con él ha sido tan improvisada que

apenas he tenido tiempo de organizar mi suplencia en las clases.

No creas que me apetece; ya sabes mi opinión sobre estas vidas burguesas

que nos obligan a unas servidumbres cargantes —lecciones doy que no

cumplo—, pero la compañía no está pasando por un momento boyante y,

según él, me necesita de anfitriona para cercenar su mala suerte con unos

clientes, junto a los que viajaremos.

Deshazte también de esta cuenta de correo;[6](#) comprobarás que pertenece a la

universidad y es solo para asuntos académicos. Te escribo porque temo ir pillada y quedarme sin la ocasión de despedirme.

Serán diez días, de modo que a la vuelta contactaré contigo. No hace falta

que me respondas; sé que nos desearás lo mejor.

¡Sé feliz mientras tanto! Elena.

ELENA (24-diciembre-2004)

Cariño, dime dónde quieres que pose mis labios en ti la próxima vez que te

vea.

¿No tenías suficiente con enviarme el centro de ponsetias a mi despacho?

Con él me daba por felicitada de sobra.

Gracias. Gracias. Es una cartera preciosa. ¿Te diste cuenta la última vez

que la anterior andaba para el arrastre, verdad? Me encanta, Nando. Ese

color piel es tan elegante. Está elegida con mucho amor.

Te diré que mi marido descubrió la bolsa de Loewe y me preguntó quién

había tenido el gusto de obsequiarme ese detalle en Navidad. Ya sabes que

gestiono bien, tanto la presión como los nervios, que no se me notan, vaya,

pero la procesión va siempre por dentro, y se me puso el corazón a mil.

Pero sin perder mi proverbial compostura aclaré: «El departamento de

relaciones públicas del laboratorio que nos está financiando uno de los

proyectos de investigación en la Facultad.»

«¡Ah, qué suerte! Para las renovables no hay tanto dinero de antes y los detalles huelgan en estas fechas», soltó él, y ahí quedó la cosa.

Lástima que nunca podamos disfrutar de una cena en condiciones y nos

tengamos que conformar con el nidito de amor del paseo de las Acacias,

que ni es nuestro ni es nidito.

En días como hoy me gustaría acostarme como Elena y despertarme otra.

Libre. Incluso más joven. No sé, empiezan a pesarme los cuarenta y tres

recién cumplidos. Disfruta esta noche, no pienses en mí. Si acaso en

ELLA, que está en Barcelona y seguro que te echará de menos. No seas

duro, por favor.

TQ. Nunca lo olvides.

¡Feliz Navidad!

ELENA (8-febrero-2005)

Confirmado: el día 16 podemos cenar juntos. Te he dejado también un

mensaje, aunque me inhibo de llamarte por si acaso ELLA estuviera cerca.

Es más seguro el mail porque, además de poseer el código de bloqueo —

tal y como me aleccionaste con acierto —, nos deshacemos del mensaje tras

leerlo y no tenemos que andar preocupándonos de dónde hemos puesto el

dichoso móvil.

¿Debo tomarme nuestra cita como una cena postrera de San Valentín? La

fecha me resulta cursi a rabiar, pero si lo pensaste tiene su encanto.

Eso sí, trata de no mover el día porque he urdido una excusa convincente y

no querría anularla a última hora. Tampoco es que mi marido sospeche, en

absoluto, no obstante se ha vuelto

quisquilloso —ya te lo he comentado—,

lo que relaciono con sus problemas laborales. Está malacostumbrado a

ganar, dinero y éxitos. Y para nosotros, ser precavidos nunca está demás.

¿Busco restaurante tranquilo y romántico?

Si me necesitas, silba.

Te beso entero. Elena.

FERNANDO (9-febrero-2005)

Querida profesora:

Si tuviese veinte años menos cambiaba mi vocación. Solo imaginarte entre microscopios y probetas, con tu bata blanca a medio abrochar, se me dispara una erección.

Por favor, no vistas así el miércoles próximo o tendré que hacerte el amor sobre la mesa que acabo de reservar en Horcher, mientras los «bienpensantes» que lo suelen frecuentar se harán cruces o gayolas, contemplándonos.

En realidad, quería tener una noche especial contigo porque salgo de viaje

esa semana. Nos echaremos de menos, pero te alegrarás por mí porque es

un proyecto que me hace dichoso; alguna vez te he hablado de él, de

construir una casa de recogida de mujeres de la calle en Chile, ¿lo

recuerdas? Hay una empresa minera allí que está dispuesta a financiarlo.

Ya te contaré despacio; será en Calama, al norte del país, una ciudad con

una población muy castigada. Ya sabes:

donde hay pobreza, las mujeres la sufren mucho más.

Te confirmo la hora por teléfono. Y te digo cosas al oído también. Un beso largo. Nando.

ELENA (17-febrero-2005)

¿Un mes? ¿Un horrible y larguísimo mes en que no podremos

comunicarnos? Deberían nacerme frases de despedida y solo repito esto.

Siento haber sido impertinente anoche, pero no supe encajar que no

dormiríamos juntos. Lo entiendo, créeme que juzgo razonable que ELLA

se haya venido contigo a Madrid y que quiera estar a tu lado hasta el

momento en que desaparezcas por la puerta de embarque. Y valoro que

sostuvieras la cena en Horcher contra viento y marea, aun a riesgo de crear

un cisma en tu relación. Pero yo me quedé como novia abandonada en el

altar... Y me tocó dormir en un hotel, dado que mi marido no hubiese

entendido que llegase a las doce de la

noche después de haberle dicho que tenía un viaje de trabajo.

Disculpa también estas líneas, pues ya sé que quedamos en no escribirnos

hasta tu vuelta, pero he intentado hablar contigo varias veces y estás

desconectado. Simplemente me parece descortés que te marches llevándote

un sabor agridulce —con lo rica que estuvo la cena—. Gracias por la

sorpresa, y por ese charme de hombre detallista que despliegas siempre

conmigo.

Eres muy valioso para mí, Fernando; un ser excepcional que cuenta con mi

admiración. Tu proyecto es maravilloso. Trabajar a cambio de nada, solo

por el placer de ayudar a los demás, es encomiable. Cuando decaigas en el

estudio barcelonés da vueltas a la de cosas que te quedan por cambiar en

este mundo.

Ojalá podamos comunicarnos de algún modo este mes, si no, aquí estaré

esperándote.

TQ, lindo corazón. Elena.

La puerta de la cafetería se abre con cuentagotas. Bajo su dintel aparecen un

par de ejecutivos con cara de sueño que se toman un café volado en la barra, y al

poco una figura femenina embozada en una gabardina camel, que examina a su

alrededor sobre unos zapatos de igual color. No necesito confirmación: es Elena

Dader Tello, cuarenta y tres años; casada con el empresario Pedro

Reviriego y madre de tres hijos de diecisiete, catorce y siete años. Catedrática de Bioquímica y Biología Molecular en la Facultad de Farmacia de la Universidad

Complutense. La mujer que está detrás del mensaje: «Perdona por colgarte así.

Lo siento, no sabía que él estaba en casa. Ahora le da por venir antes. TQ», que

apareció en el teléfono de carcasa azul y teclado blanco el día en que Yago me

descubrió que el pasado no es inocente.

No pienso hacer nada por llamar su

atención porque aventuro que alguien

acostumbrada a observar lo
infinitesimal, me identificará sin
esfuerzo. Un

segundo después esquiva las mesas que
nos separan con la decisión que puede
acuñar quien se enfrenta a un encuentro
incierto.

—Soy Elena —pronuncia sin sentarse,
tendiendo una mano cuya manicura no
tiene una mácula.

—Gracias por venir —respondo
insuflando profundidad a mi voz—. ¿Le

importa sentarse, por favor? Es...
incómodo hablar así.

—¡Oh, claro!

Elena se desprende de la gabardina,
dejando ver un carísimo vestido de

cachemira que bosqueja un cuerpo
trabajado en el gimnasio y, supongo,
bastante

agradecido a la madre naturaleza. No
aparenta su edad, ni por asomo. En el
rostro luce los retoques justos. El pelo
pajizo besa sus hombros en una melena
lisa, que se retira una y otra vez tras las
orejas, en un nervioso tic. Elena
obedece a una de esas bellezas elegantes

que caracterizan a la gente bien.

Respiro profundamente antes de arrancar a hablar porque quiero que note mi

tensión.

—Soy Leonor Salmerón —utilizo el nombre de tu madre; es lo más práctico

—. La hermana de Fernando. Mi interés por verla es porque usted tenía que saber que... Fernando ha muerto.

6 Se refiere a la dirección desde la que escribió estas frases y que me facilitó la búsqueda de datos sobre ella: edader@farmacia.ucm.es; el resto de los

mensajes los envía a través de
elena.d.t.@yahoo.es.

El peso del silencio

Su bella carne se ha vuelto gris. Los dedos contraídos sobre la mesa, los brazos pegados al cuerpo como las niñas educadas al comer, pero quién se traga este bocado que debe de abrasarle la tráquea. Yo me mantengo en silencio

mientras dejo que mis ojos se llenen de lágrimas, y las suelto. Abro la compuerta

y dos regueros descienden hacia mi barbilla en un poema de dolor y abandono,

de esos que escribe Idea Vilariño y remueven las entrañas.

Sobre su labio superior han nacido unas gotas de sudor que desafían la

pulcritud de su rostro.

—¿Me disculpa? —pronuncia, estudiadamente calmada.

A pesar de su denodado autocontrol se estremece mientras toma el bolso de marca y se marcha hacia los aseos. La curva de su espalda aparenta treinta años y muere en un trasero en forma de manzana. Una pareja que desayuna en una de

las mesas se vuelve a su paso, los dos, el hombre y la mujer, porque Elena posee

el magnetismo de atraer a ambos sexos por igual. Me recuerda a una de esas actrices francesas que no andan, levitan; que mueven el aire en suaves vaivenes.

No sé parece en nada a Ruth, llámame Siete. Tampoco a mí. Y lo que en

principio podría ser una apreciación banal, en verdad me desconcierta porque no

sé qué buscas en ellas. ¿Trabajas un prototipo de mujer o el depredador caza lo

que se le pone a tiro? A una parte de mi cabeza le cuesta creer que tus elecciones

sean aleatorias —la otra me asegura que tratas de apuntalar una autoestima de mierda—, y quizá quieras hallar a la mujer diez. La quintaesencia femenina que, por supuesto, no soy yo. ¿Acaso lo fui alguna vez, Fernando? ¿La mujer junto a

la que hubieras querido envejecer?

También descarto que lo fuese Ruth, a quien me unirá un duelo eterno. Sus escritos denotaban una desolación que mi rencor no me permitió precisar y ahora sé que debió de sufrir mucho por amor. Desconozco si por el tuyo o por

otro.

Nadie tiene un libro de Benedetti en la cabecera de su cama si no ha padecido el

desamparo amoroso alguna vez.

Según aguardo su vuelta envió un mensaje a Lupe, advirtiéndole sobre mi

retraso, y extraigo algo de entre las páginas de mi agenda. Se trata de una hoja

doblada con unas líneas que repaso mientras apuro el café. En ella he recopilado

algunos datos sobre Elena, que no explican, eso sí, lo que destila su presencia: es

una mujer trofeo. Pertenece a esa clase de ralea que los hombres se cuelgan del

brazo y en las cuales meten su polla para refrendar su liderazgo, cosa que les desata un orgullo parecido a ostentar la Cruz del Mérito Civil. No dudo que acuñe una experiencia profesional admirable, publique artículos en *Science* o guarde en su ordenador la fórmula de la eterna juventud, pues la ensaya en su cara y en su culo, pero me da que sus éxitos serán más recordados en la cama que en los anales del Nobel. Cualquiera

macho alfa querría una igual. Dama en el salón, puta en la alcoba, madre de su prole, consejera entre café y café. El vehículo escoba que recoge al hombre averiado para que los demás no descubran sus remiendos.

Dentro del folio hay dos papeles: una cuartilla y la fotocopia de una noticia.

La cabecera de la misma la ocupa una fotografía datada el 4 de febrero de 2003

—hace dos años, pues—, donde cuatro hombres estrechan sus manos delante de una bandera y un cartel oficial.

Cuando escribes Elena Dader Tello en el buscador de Google, además de la

página de la universidad, aparecen un par de informaciones ligadas a su marido,

que mencionan su nombre de pasada. Esta es una. Inmortaliza la firma de un acuerdo entre su empresa de placas solares y una fundación. La nota es un botafumeiro para quien representa sostener buenas relaciones con el gobierno, pues se sitúa entre el consejero del ramo y el secretario de Estado de Energía.

Pedro Reviriego (49 años) estudió Ciencias Empresariales en ICADE y

MBA por el Instituto de Empresa. Fundó su primera compañía con solo 26

años y, tras venderla, creó TermoInnova S. A., posicionándola en la

vanguardia de su sector. Hoy en día está implantada en cinco países y

cuenta con una plantilla de más de un millar de trabajadores. Está casado

con la catedrática de Bioquímica Elena Dader (41) y tienen tres hijos (15,

12 y 7). Reviriego colabora activamente con la Fundación FIDE en su

labor [...].

Lo primero en que he pensado es si me lo follaría. Si ella se acuesta con mi

marido no entiendo por qué no podría hacer lo mismo. Lo bueno de bajarse al barro, de hozar en él como los cerdos, es que terminas sublimando la impudicia.

Por una parte el tío desprende el atractivo del poder, un aliño de feromonas y andrógenos dentro de un costoso traje a medida, pero no evidencia mucha altura y ese detalle congela mi deseo. Poco pelo, peinado hacia atrás, los labios prietos,

demasiado finos, y una nariz en equilibrio con sus facciones. Es mayor

que tú y

físicamente no te llega a los talones; ni a los de Carlos Ouso, cuyos mensajes arrincono sin responder. Esta semana tengo que verle, mi resistencia tiene un pase pero no debo enemistarme con él.

En vuestros mensajes se entrevé que Elena es el triunfo de su marido. Los mensajes... apenas los recuerdo me estomagan. Los que he leído no serán todos los que os habéis intercambiado, ni indican el inicio de vuestra relación sino un

lapso en ella, por eso no alcanzo a entender por qué los conservas. Qué criterio

aplicas para borrar o archivar un texto, o por qué decides esta vez convertirte en arquitecto y dedicar tus imaginarias energías a «obras sociales» —suenan a chiste

de quien tiene demasiado tiempo y poco que hacer con él—. En ellos también aparezco y por la forma de referirte a mi álter ego —tu novia catalana—, interpreto que te sientes anulado por mí y en tu venganza me ilustras como la mala de la película. ¡Buah! No quiero encenderme más ahora.

Elena esquina el tabique que camufla los baños y retorna a la mesa; los ojos

de quienes se congregan a esta hora en la cafetería vuelven a seguirla. Jamás me

han mirado así. Los hombres suelen observarme de otro modo; y las mujeres, o

bien me ignoran, o detecto en ellas un velo de recelo o de envidia. Solo tú me contemplas con admiración.

Escondo los papeles en la agenda, reservando la cuartilla que deposito junto a

mi cubierto.

—¿Se encuentra bien? —inquiero, a

sabiendas de que ella debería

preguntármelo a mí.

Como respuesta desliza su mentón con sutileza. Estoy segura de que ha

llorado. Ha vuelto con más rubor en las mejillas y su esclerótica blanquea excesivamente, señal de que acaba de aplicarse un colirio.

—¿Qué ha sucedido?

Lo sabía, no te menciona. Se salvaguarda en el mecanismo defensivo de la

negación, por el cual toma distancia

tratando de no implicarse en algo

indigerible para ella. Te aseguro que no logrará barrerte bajo la alfombra, Fernando. Soy psicóloga, sé cómo hacerlo.

—Un horrible accidente. Estamos devastados. Si alguien no merecía dejar este mundo era él. —Llevo una mano a mi boca entre sollozos, y prosigo—.

Estaba tan ilusionado... Iba a ayudar a tanta gente. A mujeres solas, desahuciadas... ¿Quién le mandaría irse a Chile? ¿Quién?

—¿Fue... allí?

—Sí.

Guardo silencio. Tiene el cebo a un centímetro de su boca.

—¿Cómo... pasó?

—¿Sabe lo que significaba este viaje para Fernando, verdad? Él y yo

hablábamos mucho. De sus ideas sobre la vida, de a lo que dedicaría la suya si

tuviese recursos suficientes... de la familia. Un día me habló de que había conocido a una mujer excepcional. Le faltaban adjetivos para definirla, estaba

fascinado. La pasión que imprimía en sus proyectos la ponía al referirse a usted, pero sus circunstancias no les permitían... Usted era nuestro secreto.

Escruto a Elena y su fachada de forja sigue indemne. Voy a precisar una

tuneladora para perforar las capas que la protegen. El camarero coloca una taza a

su lado, lo que aprovecha para agachar su rostro mientras se sirve una menta poleo. Me detengo en su mandíbula; las presiones de una arcada sobre otra destapan una tensión enorme.

—Se rompió el cuello.

Y el suyo ha estado a punto de quebrarse cuando lo ha oído.

—Fue un asesinato —remato.

Sus dedos son dos garfios apretando la cucharilla mientras agita la infusión.

—Dicen que ha sido una negligencia, pero no: nos lo han matado. No

conducía él. Llevaba el coche un chaval que ni siquiera tenía carné. Si hubiese

conducido Fernando... no estaríamos hablando ahora.

—No tiene caso castigarse con esas cosas.

En una rauda maniobra atrapo su mano;
a pesar de apoyarla en la taza

caliente, está helada. Ella trata de
soltarse, pero yo aprieto más fuerte.

—Se preguntará cuál es mi objetivo al
desahogarme —después de unos

segundos toreando mi mirada me clava
unos espantados ojos líquidos—. Nunca

hubiera hecho nada por encontrarla,
porque el secreto con que sostuvieron su
relación me obligaba a dejar las cosas
estar, e imagino que tarde o temprano
usted habría conocido su fatal
desenlace, pero...

—¡Diga de una vez qué quiere de mí! Esto es insoportable. Deseo salir de aquí, quiero marcharme... Por favor.

Bien, por fin se quiebra. Su flema se pulveriza como una vajilla de Limoges

estampada contra el piso. Nadie sale impune de esta vida. El precio de una relación como la que os gastabais es el miedo.

Acto seguido deslizo el manoseado trozo de cuartilla hacia ella.

—Fernando lo llevaba en el bolsillo del pantalón. Cuando repatriaron el

cadáver me encargué de todo... Mi

madre no hubiera podido. ¿Alguna vez le habló de ella?

Elena otea el papel sin atreverse a tocarlo, y yo sigo sujetándolo con las yemas de los dedos. Niega con la cabeza.

Existe cierta información resbaladiza que me obliga a avanzar con pies de

plomo, pues no dispongo de datos y no sé qué vínculos familiares te habrás inventado. Hasta dónde sé, Fernando Salmerón tiene una novia catalana, y yo he añadido una madre y una hermana —yo misma—. Por la cara de Elena somos

una novedad en tu relato.

—Estaban tan unidos que me aterra pensar que se vaya detrás de él. Solo hay

algo que le da fuerzas... que la mantiene viva... Le ruego que tome este papel. No me pertenece. Es suyo, Elena.

Nuestros dedos se rozan en el intercambio. Los míos sudan y están húmedos;

los suyos siguen escarchados.

Antes de leerlo recurre a la ayuda de unas gafas, lo que la descende del pedestal.

Conozco el texto. Lo he escrito yo. Lo hice anoche tras volver a casa del encuentro con Julia, superar mi amago de ebriedad, y sopesar los pros y los contras del plan que había maquinado para la destinataria de los mensajes del móvil de carcasa azul, la mujer que tengo frente a mí. No me ha resultado difícil imitar tu letra porque posee unos rasgos que, cuando los igualas, solo tienes que

repetirlos una y otra vez. Envejecer un trozo de papel no entraña complicación, e

imprimir en él la soledad de quien se encuentra lejos de su hogar, tampoco.

¿Has sentido alguna vez cómo todo se da la vuelta igual que un calcetín?

De la noche a la mañana estoy en mitad de una mina abandonada y

desértica, a 38° y sin agua. Traqueteando dentro de un Jeep herrumbroso y

pensando en ti, cuando debiera de hacerlo en otra persona. Hay distancias

que acortan el espacio entre las personas. Yo te siento más cerca que nunca, a pesar de los kilómetros, y a pesar de que mi vida ha cambiado demasiado en las últimas horas.

*Agradecí tu mensaje, Elena. El último.
Lo necesitaba. Y aunque leerlo*

*supuso un bálsamo no pude
responderlo, pero no por los
preparativos del*

*viaje, sino porque andaba en el
epicentro de un terremoto. Todavía no
he*

*salido. No creo que pueda, porque mis
sentimientos son contradictorios.*

*Cuando regresé al apartamento donde
nos quedábamos mi novia y yo, ella*

*me esperaba con una botella de
champagne y dos copas. Está*

embarazada. Vamos a tener un hijo y no puedo decir que no sea deseado

porque... qué hombre no desea perpetuarse. ¿Te imaginas cómo me sentí?

Necio, rastrero, infame y mentiroso. Sigo sintiéndome así. Y, además, reconcomido por amarte.

Esto no es una carta. No sé qué diablos es porque te mereces que te lo cuente en persona agradeciéndote los días compartidos.

Soy un hombre de honor... de palabra. Y mi sentido de la responsabilidad

me dicta hacer lo posible por reflotar mi relación y formar una familia.

No puedo verte. O sí, sí lo haré para decirte que no volveremos a hacerlo.

Joder, no puedo, no quiero seguir... ahora solo me apetece gritar. Gritar que la vida es una jodida mierda...

—Volcaron. El conductor tomó un terraplén de forma equivocada y el coche

cayó hacia el lado del copiloto. Una de las barras de protección del vehículo se soltó y le golpeó el cuello...

—Por Dios, le ruego que pare.

—La he leído. No lo habría hecho si hubiera tenido encabezamiento, pero

cuando di con su nombre no podía frenarme. ¿Comprende ahora cuál es la razón

por la que mi madre aún sigue en pie?

—Cuiden de ella. Perder un hijo es contra natura.

—Si perdiera a su nieto, lo enterraría dos veces.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Porque depende de usted que mi madre viva en paz. Suceda lo que suceda

niegue siempre haber conocido a mi hermano. La familia de su novia es

poderosa. Quizá Fernando nunca se lo confesó, pero su suegro sospechaba que

podiera llevar una doble vida. Él no era prudente y lo que sentía por usted...

—¡Jamás diría nada! Soy una mujer respetable. Poseo una familia.

—Pero estaban enamorados, ¿no es así?

—Leonor, ¿ese es su nombre, verdad?

¿Está casada?

—Divorciada —no sé cómo no me pilla con tanto embuste.

—Las parejas pasan por crisis, lo sabe bien... Pedro, mi marido, está

demasiado concentrado en sus cuitas profesionales. Su empresa no pasa por un

buen momento. Necesita deshacerse de activos, vender su sede en Madrid,

propiciar fusiones, qué sé yo. Cuando los hombres entran en esa dinámica, las mujeres desaparecemos. Fernando se cruzó en mi camino en un momento de

debilidad.

Sé que miente. Se ha repuesto por arte de magia del impacto de tu accidente.

Sus pupilas se dilatan y las aletas de su nariz se ensanchan como cresta de gallo

antes de una pelea. No eres el primer juego en su vida; ha habido más y sabe cómo zafarse del riesgo.

—No estoy aquí para que me explique la naturaleza de su relación —aclaro

—. Se lo debo a Fernando, puesto que esta nota indicaba que tenía una

asignatura pendiente con usted. Y se lo

debo a mi madre, porque voy a defender con uñas y dientes su derecho sobre ese nieto. El suegro de mi hermano está investigando sus últimos pasos y no parece difícil que dé con usted. Si alguien demuestra que...

—Nadie puede demostrarlo —ataja—. Han sido seis o siete meses en los que nos veíamos con poquísima frecuencia, y en lugares de absoluta discreción.

Apartamentos que se alquilan por horas, qué sé yo... Me incomoda sobremanera confidenciar sobre esto. Además, le recuerdo que su hermano vivía en

Barcelona

y yo detento múltiples ocupaciones. Olvídense de mí, yo ya me he olvidado de todo. Y ahora, discúlpeme, pero tengo que marcharme.

Elena se yergue, decidida a esfumarse. Cuando recupera el bolso y el abrigo,

agarro su muñeca, apretando hasta hacerle daño.

—Nunca mencione a mi hermano. Protéjase, porque estoy segura de que la

seguirán. Si no es hoy, lo harán mañana. Se acerque quien se acerque a usted, contacte quien contacte, jamás responda.

¿Me ha entendido? Si su debilidad causa algún mal a mi familia, arruinaré a la suya. Seguro que a su marido le encantará saber a qué dedica su mujer el tiempo libre. Ni se imagina la determinación y el arrojo que te da la sangre. No me ponga a prueba. Jamás.

—¡Déjeme en paz! —protesta forcejeando hasta soltarse.

—Se le olvida la carta, querida.

Elena se vuelve hacia mí con un miedo difícil de contener.

Entonces coloca el bolso en la mesa, extrae un mechero y prende fuego a una

de las esquinas de la cuartilla, que se empieza a consumir sobre el cenicero.

Acto

seguido se esfuma por la puerta del hotel, encajándose unas gafas oscuras.

Y gozo de ver cómo su seguridad y su confianza quedan reducidas a las

mismas cenizas que el papel.

30

Ya en desnudez total

El espacio para las reuniones ocupa el fondo de la agencia, delimitado por un

falso tabique donde se inserta un cristal al ácido que lo dota de privacidad. A esta

hora en él tiene lugar la reunión semanal con nuestras agentes. Digo bien

«nuestras» porque todas son mujeres. La idea se le ocurrió a Lupe y me pareció

genial, hasta que empezó a argumentarla.

—¿Solo mujeres? Tiene su lógica. La decisión de la compra es femenina. Si a la mujer se le mete una casa entre ceja y ceja, da por hecho que cae. Además, si no nos ayudamos entre nosotras, mal vamos.

—A los hombres les cuesta menos soltar el dinero con una tía buena delante.

—¡Lupe! ¿De qué vas?

—Piensa como una mujer y actúa como un hombre. Ese es el secreto del éxito empresarial.

—Me suena a guerra de sexos. Estamos en el siglo XXI.

—No hay nada más antiguo que el deseo y los ladrillos. Las que más y mejor venden son mujeres y no te explico el porqué.

El debate nos duró semanas. Me horrorizaba que quisiera contratar a un escuadrón de «Supervixens» huidas de una película de Russ Meyer; por suerte al

final elegimos a cinco agentes, dueñas de un aspecto físico que desprecia la dictadura del 90-60-90. Las cinco son

listas a rabiar, además de atractivas, y aquí gozan de unas comisiones que no les igualarán en ningún sitio. Lupe suele bregar con ellas porque yo prefiero la captación, callejear Madrid avizorando entre sus edificios los sueños de nuestros clientes. Una realidad más alentadora y rentable que corregir test de personalidad en un gabinete psicológico.

Me asomo a la puerta, disculpándome por haber llegado tarde. Saludo de

forma personalizada y me sumo a la reunión. Dejo la chaqueta en el respaldo de

la silla, quedándome en mangas de

camisa. Camisa, sí, porque lo primero que he

hecho al salir del hotel Tirol ha sido meterme en Zara y comprarme algo blanco

para desquitarme del rancio luto. Lo segundo, después de pararme ante el

escaparate de una tienda de electrodomésticos donde las televisiones emitían sin

sonido la señal de los programas matinales, adquirir una barra de labios de color

rojo en una perfumería con el que

celebrar el titular «Detenido un sospechoso por el crimen de la calle Libertad», soltarme el pelo frente el espejo del establecimiento y maquillarme.

—¿Has visto a esa señora? Mi madre nunca haría eso. Pintarse aquí, delante

de todo el mundo —han comentado un par de crías al verme.

—¿Tu madre? —he refunfuñado para mis adentros—. Tu madre será un

carcamal amargado lleno de celulitis, a quien no se la folla ni el del butano. Yo

me como el mundo, y por extensión al

tío que me venga en gana; porque cuando tu marido te pone los cuernos con reincidencia y alevosía, o te tiras al metro o al

vagón entero. Y yo estoy en ello. Ya quisiera tu madre, o tú misma, pareceros a

mí.

—¡Guau! Me recuerdas a las chicas *Cosmopolitan*, en reportajes tipo «Cómo

ser la líder perfecta en tu trabajo». Dime que llevas un ligüero debajo. Di que sí,

di que sí.

—Pantalones.

—¡Ooooooh!

Desvío mi atención del ordenador para saludar a Manu; buscaba datos sobre

la detención y me fastidia tener que dejarlo, pero por otra parte conocer la noticia ha supuesto tal balón de oxígeno que puedo respirar, tras días de inspirar dióxido de carbono y agonía. Me hace un gesto de burla y su carnosa boca se ilumina con una sonrisa. Todo en Manu es *comme il faut*, igual que en esas revistas de estilo a las que resulta tan aficionado donde todo encaja a la

perfección.

—Estás sexi hoy, rubia. ¿Desde cuándo usas gafas?

—Desde que he comprobado que hasta las mujeres diez las necesitan. Asumo que seré una vieja, pero con pundonor.

—Tú nunca serás vieja, Darling.

Manu ocupa una silla frente a mí. No ha soltado el cartapacio donde guarda sus bosquejos.

—¿La finca de Lavapiés? —pregunto, señalando la carpeta—. Enséñame los

artes finales, anda.

—Si me dices por qué te has maquillado así.

—¿Así, cómo?

—Va, Abigail. Seguro que conoces la Teoría del Pentalabios. A mayor crisis, más rojos. ¿Qué te pasa?

—¿Conoces tú la Teoría de Rita? Mi madre, que ejerce de psicóloga mejor

que yo, señala que las mujeres tenemos que lucir algo rojo porque fortifica nuestra autoestima, y cuando el fin de la menstruación se vislumbra en el

horizonte, hay que usar bragas rojas.

—No estás menopáusica, así que, ¿por qué tienes que fortificar tu autoestima?

—¡Coño, Manu, déjame en paz!

Se levanta, resuelto, hacia la puerta y la cierra.

—No vas a moverte de ahí sin explicarme qué te sucede.

Me ha acorralado, pero no obtendrá de mí más que verdades a medias.

—Qué cansino eres. Vale sí, estoy jodida. Jodidamente jodida porque mi

marido no ha ido a Chile a presentar ninguna idea a ninguna bodega, sino que...

allí le esperaba una tía.

—¿Se ha ido a comprar tabaco y no va a volver?

—¡Que no! Estará un mes fuera y regresará como si tal cosa. Y ojo con

decirle nada a Lupe. Bastantes problemas tiene ella, para echarse a la grupa el mío.

—Me he perdido, ¿cuál es el problema?

—¿Cómo que cuál es el problema? Me

está siendo infiel. En este justo

segundo estará con otra tía... qué se yo, follando o desayunando los dos de la manita, jugando a ser la pareja perfecta.

—Schhhh. ¿Quieres bajar la voz si no quieres que se entere Lupe? Chica, las

tías estáis en babia. Demasiado ha tardado. Es un tío y los tíos somos infieles por

naturaleza. Sentirse atraído por otras personas es biológicamente natural y de lo

más saludable; yo se lo advierto a mis parejas antes de meterlas en mi cama.

—Los tíos funcionáis de otro modo. No, no, no me sirve.

—¡Ah, los tíos! ¿Y qué es tu marido, un protozoo?

—Me conozco esa doctrina. También esta: uno no se puede enamorar a la vez

de dos personas. El sexo, el amor romántico y el apego solo están conectados en

el amor verdadero. Y ese sentimiento, excluyente y lo recalco, lo inspira un único individuo.

—Tú misma te contradices: Fernando desea mantener sexo con otra persona,

pero solo te ama a ti. Es congruente.

—¡Coño, no ha sido una vez, Manu! Lo ha hecho más veces.

—¿Y?

—¡Al mismo tiempo! Es un farsante, un... un estafador.

—Mmm, «estafador del amor» — pronuncia con un tonillo que me repatea —.

Me pone todo. Ese marido tuyo ha subido puntos. Desde hoy me declaro fan suyo.

—Eres un frívolo. Me arrepiento de

habértelo contado.

—No princesa, no soy ningún insustancial. Ahora tu vida se ha demolido

como hacemos con los tabiques carcomidos, pero aprenderás de esto. Los

heterosexuales estáis asentados en un sofisma que tarde o temprano tenía que estallaros en el culo. En pleno culo. Todo el mundo que conozco es infiel, ellos y ellas. Son como chinches. Están en cualquier sitio aunque no los veas, porque lo

ocultan escudados en que lo que el otro

ignora, no existe. Ni te imaginas la de

tíos con doble vida que me he tirado a lo largo de la mía. Sin pluma, ¿eh?

Hombres casados sin tacha, con felices familias y esposas cañón esperándoles en

casa. Abigail, ¿en qué planeta vives? ¿Has merodeado alguna noche por el

templo de Debod o por el aparcamiento de la plaza de Las Ventas?

—No me atraen los toros.

—Tú te lo pierdes, las mejores corridas se dan fuera de la arena. No se trata

de prostitución, no hay intercambio de dinero ni seducción ni gaitas. Es puro deseo: miras a alguien, se te pone dura, y, adelante, sin preguntar ni su nombre.

Se llama *cruising*. Puro vicio, nena.

—Por Dios, no me digas que tú practicas eso.

Su mirada me agujerea mientras eleva las comisuras de la boca sin despegar

los labios, esbozando una mueca histriónica. Parece una copia de Jocker y me sobrecoge.

—Deja de mirarme así, Manuel. No te entiendo. Eres un tío guapo, puedes

acostarte con quien te dé la gana. Puedes elegir...

—Morbo —me interrumpe—. Mor-bo. Ay, nena, ¿nunca has querido

transgredir, realizar algo prohibido? ¿No te parece excitante mandar a la mierda

el «eso no se hace»? No se trata de rebeldía sino de averiguar qué se siente. Igual

que saltar en paracaídas. ¿Lo has probado alguna vez?

—Un par de veces, con Fernando.

—¿Y?

¿Y? Eso me pregunto a diario desde que descubrí el mail de Orquídea Negra

en tu ordenador. ¿Y qué pretendo con esto? ¿Y hallaré una línea roja en la cual

me frenaré? Soy una gata enfurecida enfrentándome a la evidencia: Manu acaba

de aludir a esas cerraduras, en cuyo misterio estoy atrapada. Conoce el cuento de

la caja de galletas y se las zampa de golpe.

—Una vez que superas el vértigo al abismo solo quieres permanecer en el aire

—respondo—. Oye, no te desvíes de mi asunto.

—Hablamos de lo mismo. El fermento de vivir al límite es el morbo y se

apodera de nosotros antes de saltar de un paracaídas o de metérsela a un desconocido.

Desolada me cubro los ojos con ambas manos. «¿Habrá algún modo de

gestionar esto, Mr. Experto en la Condición Humana?», suplico.

—Vengarte. Tírate a uno. El que más gracia te haga. Ya estás tardando. ¿No

me digas que no lo has pensado, rubia? Sí, sí, sí, lo has pensado. *Just do it!*

—¿Y lanzar mi matrimonio al contenedor amarillo para reciclarnos y retornar

a la circulación cada uno por nuestro lado?

—Ni lo sueñes. Ese es el error de las mujeres: cargarse la familia que han construido porque la polla de su marido resulte hiperactiva. ¡Métele marcha a tu coño, chica, y tened la fiesta en paz!

—Qué fácil resolvéis los hombres.
Después de mi psicodrama, ¿me
merezco

ojear tu proyecto?

A continuación estudiamos los bocetos
en 3D de los apartamentos que

transformarán el edificio en que habita
Micaela Pellejero.

—¿Cuándo se irá el bicho?

—El bicho tiene nombre —preciso.

—Eso, tú encaríñate.

Mientras Manuel recita los materiales

de la obra, mi cabeza se traslada a un salón donde una intrincada librería prueba que el amor no solo puede ser honesto, sino prolongarse más allá de la muerte. La tensión entre dos posiciones antagónicas —la de mi amigo y la de una mujer cuya estabilidad voy a minar con la peor artillería que he encontrado—, me fractura. No solo lloro por ella, lo hago en especial por Ruth; por una mujer con la vida arruinada sin que yo hiciera nada por evitarlo.

—Pero, bueno... ¿Y esto? ¿Es por los cerramientos? Los ponemos en PVC si

quieres —ironiza Manu mientras me abraza—. Uy, nena, tú lo que necesitas es

un polvazo.

31

Entro en el juego

Acabo de frenarme en seco en el *lobby* del hotel Meliá Fénix como si un dedo hubiera pulsado mi botón de *stop*.

—¿Podemos ayudarla? ¿Necesita algo?

—pregunta un ordenanza.

—¿Los aseos?

Mi voz suena anémica y ni da las «gracias» cuando el hombre señala en

dirección contraria al bar, donde he

desayunado más de una vez con algún

cliente. De haber propuesto yo el lugar, me hubiera decantado por el Palace, más

pomposo y con una carga lapidaria en mi biografía, por haber celebrado en él nuestra boda.

Apenas entro en el baño enciendo la máquina de secado de manos y

literalmente me introduzco debajo de ella. Estoy helada, aunque es un frío mínimo comparado con el glaciar que ocupa mis tripas. Algo más caldeada, ojeo mi reloj y compruebo que dan las 19.37. Bien, pretendía llegar tarde y lo he conseguido.

A Manuel le ha contrariado mi disgusto, muchísimo, pero cualquiera le refería

que en esas lágrimas andaban el miedo de los días pasados y mi compasión hacia

una mujer cuyo rastro he perseguido en cuanto que me he quedado sola. Lo que

he contemplado en la televisión al salir de mi cita con Elena Dader era el final de

una información, acreditada mediante un rótulo que me ha pegado al cristal del

escaparate, y poco más. Para mi contrariedad las ediciones digitales de

los periódicos no se han revelado mucho más explícitas, salvo que traslucían la hipótesis de que se tratase de un crimen por violencia de género, puesto que el detenido —a quien adjudican las iniciales M.R.J.— había mantenido una

relación con Ruth en el pasado, e incluso algunos conocidos hablaban de acoso y

amenazas por su parte.

Me pregunto qué me activa en esta búsqueda. ¿Tan solo la curiosidad o

alguna penitencia oculta? Diría que una insólita mezcla en la que no conviene descartar el hecho de que Ruth haya

vibrado entre tus brazos como lo hiciera yo, lo que, superado el odio, traba un nexo indisoluble entre las dos; junto a mi íntima percepción de haber compadreado con la muerte, de haberla sentido pasar cerca de mí antes de elegirla a ella. Con esta carga es imposible pararse y toca

seguir buscando respuestas.

El resto del día me he sentido poseída por una excitación que me ha llevado a

contestar correos o concertar citas sin pausa, hasta soltar una carcajada cuando he recibido un mensaje tuyo, transcurrido el mediodía.

Tus palabras han destellado lúcidas.
Chispeantes.

Abigail, he desayunado tu nombre. Me
he comido tus letras y me han

sabido a beso. Puedo seguir con tus
apellidos, mira que conozco hasta el

sexto: Abigail Torres Acedo Molins
Olivares Pérez-Arribas Montalbán.

¿Ves? Ya estoy otra vez. Desde el
viernes ando con una erección metida en

la cabeza y la bragueta. Quiero llamarte
luego, como los novios, y decirte

al oído y despacito lo que me pones.

Niña, en cuanto vuelva, tú y yo nos marchamos a cualquier sitio. Para

atarte a las cuatro esquinas de una cama y meterme dentro de ella y de ti.

Hoy salgo para el sur, ya que no puedo desplazarme al tuyo. Te amo,

Abigail. Como al principio. Como siempre.

Y yo te he respondido en un impulso.

Amor:

Ven. Ven. Ven. Ven. Ven. Ven. Ven. Ven.
Ven. Vente conmigo ya. Corre.

Corre. Corre. Corre. Corre. Corre.
Corre. Córrete en mí.

PD. Estoy excitada. ¿Qué se te ocurre?

A continuación, he pulsado la tecla de enviar y no he vuelto a pensar en ello,

hasta ahora. Y reconoceré que me electriza hacerlo.

Recuerdo que al concluir me he levantado al encuentro de Lía, la chica de la

recepción, y le he entregado una nota que incluía un contacto.

—Habla con su secretaria, adviértele

que nosotras podemos solucionar su

problema con premura. Que tenemos compradores interesados pero que

precisamos discreción, por eso el interés de hablarlo en persona. Pídele una cita

urgente. Ahí tienes los datos, ¿me has entendido?

—Claro. ¿Y quieres que la pida a nombre de Lupe?

—Sí, dile que le visitará Guadalupe Gadea, aunque a ella no le comentes nada

porque se lo explicaré si logramos el inmueble. Necesito hacerme pasar por Lupe para esta gestión. Chitón, ¿entendido? Y llámame si tienes noticias.

Cumplido este encargo, cargado de intenciones, me he encerrado en el

despacho. He abierto mi perfil en la página de contactos y, con actitud proactiva,

he empezado a seleccionar candidatos. No he hecho más que aplicarme la

«medicina» de Manu.

El diseño del Cocktail Bar exhibe un

curioso maridaje: a mi izquierda

recuerda a un bar inglés, de suelo enmoquetado y paredes en madera noble, y a

mi derecha, una barra de reminiscencias ochenteras invita a echarse unos bailes

encima de ella.

Opto por la barra y avanzo prudente a lo largo de ella, mientras exploro a mi

alrededor. Enseguida, al fondo, distingo erguirse a un hombre vestido con un *blazer* oscuro y vaqueros; evito incrustar mi mirada en su figura, aunque sé que acude a mi encuentro. Esta

situación me parece tan ridícula como violenta, e ignoro si debería acortar la distancia, saludarle natural y estamparle dos besos, o es preferible hacerme la despistada.

—¿Miss MoneyPenny, verdad? Vaya, tu retraso ha merecido la pena. El Sr.

Bond es un negrero —sugiere.

Al oírle oriento mi torso hacia él con el corazón traqueteando; sin embargo, no sabría valorar si se merece o no esta taquicardia —supongo que para algunas mujeres sí—, porque permanezco más fría que una estalactita. El desconocido resulta un poco más alto que yo y bastante corpulento, tanto que su aspecto

derrocha virilidad. En su rostro bronceado asoman unas pronunciadas arrugas, en concreto en la frente, lo que delataría que emplea parte de su tiempo al aire libre,

y exhibe una sonrisa arrogante en la que el esmalte de sus dientes delata que fuma, o que lo hizo hasta ayer. En su cabello rizado y domado con gel clarean las canas. Mi sagacidad adivina que tras estas facciones guarda un glosario de noches canallas, seguidas de disipadas madrugadas en camas sin nombre, y otras tantas mañanas de atrición.

—Tan solo un perfeccionista, como muchos —respondo.

—Yo no. Yo aspiro a jubilar me muy pronto, el trabajo es una rémora si

pretendes vivir con mayúsculas. ¿Nos presentamos en condiciones? —apunta

dándome dos besos—. Soy David, ¿y tú...?

No contaba con tener que revelar mi nombre. Entonces, mi ingenio se pone

las pilas y lanza uno a la punta de la lengua. No tengo claro si es un homenaje o

un toque de inoportuno humor negro.

—Ruth. Llámame Ruth.

Si acaso estás jugando

El hombre llamado David —con quien he dado analizando, no la media

docena de parejas propuestas por la página de contactos, sino su lista de tipos disponibles, tras seleccionar de entre los más potables a los que andaban cerca geográficamente— recupera la copa que había dejado sobre la barra y señala hacia una mesa vacía. ¿Es mi impresión o me ha acariciado la cintura? Cuando alguien profana mi esfera personal, ese círculo intangible que nos cerca y resulta

de extender nuestros brazos en cualquier dirección del mapa, me violento.

—¿Qué te apetece tomar?

De repente recuerdo esos manuales con reglas de comportamiento ante una

primera cita donde recomiendan no hacer inventario de los ex, ni beber alcohol.

Tampoco suena prudente maquillarse los labios en color rojo fresa y los míos ahora guerrear por un mordisco. Qué diablos, no se trata de una cita.

—Un ron negro. Solo, con hielo y en vaso bajo.

—Juegas fuerte, Ruth. ¿Cacique?

—Mejor Barceló Añejo, el de ocho años.

Escucharle pronunciar el nombre de Ruth me acerca al abismo.

—¿Qué tienes ahí? ¿Te has lastimado?
—pregunta.

—Un accidente doméstico.

Cubro la venda con la otra mano, en un acto consciente porque está ahí para

que la recuerde yo, no los demás. Si bien la herida ha empezado a cicatrizar y convendría prescindir de su aparatoso

vendaje, me resisto a desprenderme de él en aras de tener presente a Ruth. De algún modo mi lesión condensa lo visceral

que hay en mí: mi naturaleza animal. El miedo. La furia. La rivalidad. La lascivia. Emociones desprovistas de empatía que condujeron mi mano a la bolsa de deporte buscando en ella un teléfono, y la hicieron chocar con un cúter sin plegar porque nada que nos atañe es fortuito. La causalidad empuja nuestros pies y guía lo que hacemos.

Durante los minutos siguientes el hombre llamado David explota las

estrategias evolutivas de un cortejo al

uso, en el que monologa sobre su trabajo como capitán de yate, gracias al cual, tras pilotar barcos ajenos, se acaba de comprar el suyo propio; de la fascinación que ejerce en él la inmensidad del océano y de cómo se merece la comunión con una mujer que entienda su anarquía, de ahí que busque el amor con ahínco. Tras haber desplegado sus plumas de pavo real, ante las que me he limitado a sonreír y soltar interjecciones, entra a matar.

—Bonitos ojos. ¿Dicen la verdad? — pregunta.

Me nace responderle «igual que los tuyos, es decir, no»; sin embargo,

sostengo este pasatiempo para ver dónde nos lleva.

—No podría ser de otro modo. Detesto la mentira. Dime una cosa, ¿cuántas

veces has hecho esto?

—¿Esto...?

—Sí, quedar con una mujer que te ha enviado un mensaje solo unas horas

antes. Sin telefonarnos siquiera.

—Es la primera vez, te lo aseguro. Ha sido una corazonada brutal.

—¿Y de las otras?

—Las suficientes hasta encontrarte. ¿Y tú, haces mucho esto?

—También ha sido mi primera vez — soy sincera.

El hombre llamado David posa una mano sobre mi rodilla y la acaricia

mientras agota la bebida estudiándome por encima del cristal del vaso. Creo que

era un cubata y que yo estoy entrando en modo glaciación.

Confirmado: esto no marcha.

Tampoco auguro de qué modo debería

progresar, puesto que, salvando mi

coquetería con Carlos Ouso, hace tanto que no flirteo que me he oxidado.

Observo que mi acompañante articula los labios según balancea su cuerpo hacia

mí, por lo que debe de llevar un rato opinando cosas que no escucho. Sonrío, no

obstante, y él guiña los ojos en un gesto supersexi que debería haberme activado,

pero nada. Contemplado de cerca no le tacharía de guapo ni de feo, sino de morboso, porque del mismo modo en

que los hombres catalogan a las mujeres en los variados estadios existentes entre «casaderas» o «follables», según nuestro baremo algunos tíos no pueden ser aireados en público pero en privado merecen un homenaje. «Es el idóneo — ronronearía la voz de Manu—. Tíratelo ya.»

El hombre llamado David prolonga su brazo y me arrulla el mentón. Bajo la

tela de su camisa asoma un piel morena y velluda; en la muñeca luce varias pulseras de cuero entrelazadas. Acto seguido desliza ambas manos a lo largo de mi cuello, para atraerme hacia sí con la intención de besarme.

—Aquí no —objeto.

Él chasquea la lengua, entreabre los labios, desliza la punta de su apéndice por ellos y bosqueja un beso.

Asumo que he soltado la frase comodín con la que las mujeres lidiamos una

situación incómoda, desdeñando que un «aquí no» propicia un «aquí sí», y que

ellos serán lo suficientemente tenaces como para dar con el lugar idóneo. De igual modo sucede con el «vas muy rápido», ya que el hombre —literal y pragmático— interpretará que si reduce el pistón y actúa más lento, la relación

fluirá. No es no. No admite equívocos, y si lo que buscan es flexibilidad, que se apunten a clases de yoga.

—Pero aquí sí —propone dejando la tarjeta de una habitación junto a mi copa.

Era evidente que me arriesgaba a una resistencia como esta, que acaba de vapulear mi línea de flotación.

—Tenías todo preparado, ¿eh? Te has olvidado del romanticismo. A las mujeres nos gusta sazonar los polvos

con él. Se digieren mejor.

—¿No pensarás que he reservado una habitación exprofeso? Este es mi hotel,

me alojo aquí cuando vengo a Madrid. Se trata de mi llave. Lamento haberte molestado, Ruth. Solo pretendía conocernos mejor en un espacio más tranquilo.

En el bar hay mucho ruido y...

—No me debes explicaciones, David — interrumpo—. Los dos sabemos a qué

hemos venido. No obstante, sí que demando cierta delicadeza, un poco de...

Es

que no me has preguntado ni a qué me dedico. Tampoco sé nada de ti, aparte de tu trabajo y poco más.

—Lo que cuentan tus ojos me basta. Me es indiferente si trabajas como

dependienta en El Corte Inglés o eres jueza de la Audiencia Nacional. ¿Quieres

saber lo más personal de mí? Me gusta la cerveza helada, el mar encrespado y los besos sin aliento. Sentirme vivo y provocar lo mismo en una mujer.

Es consciente de que necesita apresurarse en remontar una situación

que se ha

tornado esquivo y detecto sus esfuerzos por sostener mis manos y mirarme con

ternura, mientras plantea sus argumentos.

—He conocido demasiadas mujeres en mi vida como para perder el tiempo en

preámbulos. Sé lo que quiero nada más verlo. Y eres tú. Me ha encantado tu decisión al entrar aquí, tu manera de andar, la curva de tu espalda... —¡Dios, es brutal!—. Te has sentado y has movido el aire igual que una ola del

Mediterráneo, y me habría abandonado sobre ti. Me gusta tu sensualidad, cómo

sonríes, tu pelo... tienes una melena tan sexi. Por favor, Ruth, no me hables de cosas domésticas. No me importa si estás divorciada o a tu lado hay un marido ciego que no ve el pedazo de mujer que duerme en su cama, ni te eleva al cielo

cada vez que te encuentras a pocos centímetros de él. No quiero conocer si tienes

hijos, o perro, o una mierda de hipoteca que te quita el sueño. Solo a qué huele tu

ombligo. Cómo es la piel de tus ingles, si cierras los ojos al besar y si alguien ha

sacado de ti lo que yo estoy dispuesto a encontrar. Créeme. No necesito un interrogatorio para llegar a esto. Haber permanecido tantas horas en soledad, escuchando el brincar del mar sobre la proa y mis pensamientos, me ha convertido en un sabio.

El hombre llamado David guarda silencio y soy incapaz de levantar la mirada

del suelo porque me abochorna esto. Reconozco que es idóneo para lo que necesito y, sin articular palabra, agarro la tarjeta.

—La próxima hora voy a hacer de ti la

mujer más feliz de este hotel. Mejor,
de toda la ciudad. Es la 6422. Te van a
encantar las vistas. Aunque más me van
a
gustar las tuyas. ¿Vamos?

Madrid es una bulliciosa ciudad que carece de días libres, su actividad no tiene tregua. En otras capitales europeas los lunes se convierten en un erial de asfalto y luces amarillas, en cambio ella bulle a partir de las ocho de la noche como si la hora de cierre de los comercios supusiera el segundo turno en una factoría y activara la estampida de una fauna distinta. Conozco restaurantes con lista de espera incluso el lunes.

Tras sortear el tráfico de la calle Génova converjo en la plaza de Alonso Martínez y aparco un instante conectando los intermitentes de emergencia. Abro la portezuela, salgo del coche y respiro hondo. Temía sufrir un infarto al volante.

No he podido, e ignoro si por ello soy una cobarde o la mujer más sensata del planeta.

Una vez que hemos dejado a nuestra espalda el bar, y a la altura de los ascensores, un arrebató ha tirado de mí hacia el cuarto de baño.

—Puedes utilizar el de la habitación —

ha discrepado él—. Es enorme.

—Me siento más cómoda en este. Arriba podría darme una ducha, ¿te parece?

—Perfecto. Voy preparando todo. ¿Otro ron? ¿*Champagne*?

—¿*Veuve Clicquot*?

—Cada vez me gustas más.

Apenas me he alejado un par de pasos he escuchado una voz afilada a mi espalda.

—¿No te estarás arrepintiendo? Entendería una negativa, pero no una

mentira.

—Las mujeres también tenemos palabra.

He atornillado mis talones y, tras aproximarme a él, le he besado en los labios.

Mi arranque ha supuesto un fugaz instante de excitación que me hubiera servido

para continuar de no haberse desvanecido tan pronto. Después los he acariciado

—al tacto han resultado secos y demasiado finos— para llevarme en mis yemas

los restos de carmín.

—¿Fresas?

—Voy a dar con alguna en tu cuerpo que pienso comerme entera —así se ha

despedido entrando en el elevador.

Ni siquiera le he concedido la cortesía de pensármelo mejor en el baño, pues

apenas se han cerrado las puertas he desaparecido como alma que lleva el diablo

en dirección al coche, estacionado a pocos metros, y he arrancado hasta llegar aquí.

Vuelvo al coche y busco mi móvil, que no ha dejado de vibrar durante la última hora. En él hay varias llamadas perdidas de Manu, de Julia, de la agencia y una preocupante desde el móvil de Lupe que devuelvo sin éxito; también veo

otra de Carlos, a quien había quedado en llamar, y una última de un número desconocido. A continuación leo los mensajes: Carlota (Carlos Ouso) 19.46. «Me marchó a casa. Supongo que estarás

liada y no podrás cogerlo. ¿Me da usted cita, Miss Bussy?»

Sin dilación, respondo: «El trabajo me come la vida. Cámbiame el menú

mañana. ¿Comemos? ¿Cenamos temprano? Tengo al niño malo y no

podría alargarme.» Asombrosa mi capacidad de mentir.

Julia 20.12. «¿Dónde andas? ¿Estás mejor? Yamir y yo habíamos

preparado un pastel de verduras que pensábamos llevarte a casa y así

cenábamos juntos. Llámame porfa.»

A las diez y veinte de la noche he frustrado su plan, por tanto, envío: «Bien,

mucho lío con el edificio de Lavapiés.

He estado viendo los planos con Manu.

¡Me habría encantado la cena y a tu ahijado también! Mañana te llamo. Besos.»

Sin rencor, me digo.

Manuel Ruano (Manu), cuatro mensajes:
20.05 «¿Quieres cenar conmigo?»

20.35 Te he llamado. Tengo un plan hetero para ti. 21.10 El plan hetero se llama

Francis, es osteópata y una bendición con los dedos. Yo que tú no me lo perdería.

Vente a cenar con nosotros. 22.03 El hetero ingiere comida macrobiótica y se acuesta pronto, así que otra vez será. Abi, no me pones nada fácil buscarte un empotrador. Muak.»

He soltado unas risas antes de concentrarme en el teclado y escribir:

«¿Contigo quién necesita Prozac? Ese Fran me será útil, seguro, no sé si en la cama o en la camilla. Ja, ja. Me he acercado al barranco pero no he podido saltar.

Te contaré. Besos.»

Existe también un mensaje recibido a las 21.48 horas procedente de un

número no identificado con el siguiente texto: «Correrme pensando en ti no es hacerlo en ti. Sin comparación. Te amo, Abi.»

En un arrebato doy a la rellamada del número y a lo que parece ser un tono, le sucede la voz grabada de una operadora informando que hay sobrecarga en la red, que lo intente más tarde.

Más tarde las personas no somos las mismas. La vida entera cambia en un «más tarde».

Viento sur, tercer piso

—Tiene un hueco a las once y veinte, hasta y media. Su secretaria insiste que

solo te puede dedicar diez minutos. Eso hoy. Si quieres busca algo en su agenda

las próximas semanas.

La llamada de Lía, la recepcionista de la agencia, me ha sacado de la ducha a

las ocho de la mañana.

—¿Se lo has dicho a Lupe? —pregunto

inquieta.

—Por supuesto que no. Como no respondías dejé un mensaje de voz en tu móvil, pero veo que no lo has escuchado. Lupe olvidó el suyo en la oficina y también probé a localizarte con él. Estuve esperando hasta las nueve por si regresaba.

—¡Oh, lo siento Lía! Se me pasó. Confírmale la visita, por favor.

—Lo hice ayer. ¿Te molesta que tomara la iniciativa? Advertiste que era urgente.

—No, al contrario. Bien hecho. Oye, cógete la mañana. ¿De acuerdo?

—No es el mejor día. Lupe salió disparada por algún problema con su sobrino, quizá se retrase.

Tras colgar, confirmo dos cosas: 1) debemos subir el sueldo a esta chica porque es un diamante, y 2) la bomba de Yago va a explotar de un momento a otro.

La mañana del décimo octavo día sin ti descuella con una panza de burra en

el cielo y un hormigueo en mis tripas mientras aguardo en una salita adjunta al

despacho del presidente de TermoInnova S. A. «Tercer piso, en dirección sur»,

me ha comunicado el guarda de seguridad según franqueaba la barrera.

«¿Dirección sur? Indíqueme derecha o izquierda, ¿no?»; el empleado ha hecho caso omiso y yo he advertido lo difícil de un entendimiento entre los dos sexos en cosas tan absurdas como esta. Hombres.

A las once y diecinueve abre la puerta una chica morena, bastante guapa,

resguardada por un traje de chaqueta de raya diplomática.

—Cuando quiera. El señor Reviriego le espera.

«Se acuesta con ella», es lo primero que he discurrido mientras remedaba sus

pasos a lo largo de un pasillo enmoquetado en color arena. Lo segundo ha sido

amonestarme por sospechar de la humanidad entera.

—Recuerde: diez minutos —susurra la secretaria mientras cierra.

Agenciarse un encargo de venta en este tiempo lo equiparo a aprobar el carnet

de conducir aparcando en línea en una sola maniobra, pero no te imaginas la fuerza sobrenatural que me empuja en los últimos días. Mi yo mental aduce que es la rabia, una emoción activadora liberando altísimas dosis de energía. Mi otro

yo, que forma parte de una misión de final inédito.

El despacho se ubica en un holgado rectángulo cuya pared opuesta a la puerta

es una suma de ventanas oblicuas,

vigilando al sur. Bajo ellas se ordena un juego

de sofás de piel. A mi izquierda destaca una mesa de reuniones para unas seis u

ocho personas, no más, y a la derecha, otra en el, que permite elegir la posición

de quien trabaje en ella. En el suelo serpentea la moqueta del pasillo y en las paredes se alternan obras de arte vanguardistas e imponentes fotos con paisajes que retratan molinos de viento y placas fotovoltaicas igual que obras

arquitectónicas. De fondo suena una especie de *bossa nova* muy tenue. Descubro al inquilino de este lugar

avizorando a través de la cristalera, en mangas de camisa, lo que llama mi atención.

—¿Usted se desprendería de lo que quiere si encontrara un modo de mantenerlo? —inquire sin moverse.

—No. La respuesta es demasiado obvia. Pasemos a la siguiente pregunta y le sugiero que se esfuerce en ella —aclaro.

He envuelto mis palabras en el tono sensual que practicaba en el coche y parece dar resultado, porque, al girarse, Pedro Reviriego se toma unos segundos en reaccionar. Luzco uno de esos regalos

que me concedo a mí misma de vez en

cuando, puesto que si esperara a que los eligieras tú nunca los tendría, y, además,

odio insinuarte «cómo me gusta, ¿a ti qué te parece?», para que exprimas una tarjeta cuyos fondos repongo por sistema. Es un *fourreau* de cuero negro sin mangas, confeccionado a medida, que complemento con unos zapatos de altísimo tacón. Nada más, ni siquiera medias. La melena trabajada y un

maquillaje al detalle. En su rostro se refleja que algunas mujeres no necesitan exhibiciones para ser un espectáculo, y me complace sentirme así.

—¿Usted es...? —mientras acorta la distancia tendiéndome su mano. No

recuerda mi nombre. Desde hoy no lo va a olvidar.

—Guadalupe Gadea. Quizá la siguiente pregunta sea: «Si no puedo

mantenerlo, ¿qué debo hacer para separarme de ello sin que duela tanto?»

Ahora me escruta en silencio. Sus ojos se sitúan un par de centímetros por debajo de los míos y su mirada denota fascinación. En la cercanía es más agradable que en las fotos, aunque apostaría que en poco tiempo han proliferado en su rostro ese puñado de

arrugas perpendiculares culpables de su rictus de tristeza. Su iris entrevé un fondo azulado y acecha como lo hacen los duchos en la estrategia de la conquista, lo que convierte mi conjetura en una certera diagnosis. Pobre Elena Dader, protegiendo su matrimonio de ti cuando su marido practica el mismo juego que ella. Menuda pareja de hipócritas.

—¿Usted vende pisos o psicoanaliza a sus clientes?

—Soy licenciada en Empresariales —informo, metida en la piel de mi socia

—. Lo que no se contradice con que el mercado inmobiliario necesite de

interpretación psicológica. Cuando una casa se convierte en un hogar pasa a ser un depósito de seguridad emocional, de ahí lo duro de deshacerse de ella. Por no aludir a su carga nostálgica.

—En efecto. Me instalé en esta oficina hace veinte años. Fui alquilando la planta por metros hasta que logré comprarla entera. Representa mi idea del éxito empresarial, pero sus costes son insostenibles. El mercado cambia y a los seres

humanos nos cuesta gestionar su ritmo. ¿Cómo decirle adiós?

—La felicidad bebe del olvido y la desmemoria. Dispongo solo de diez

minutos y una conversación filosófica consume mucho más.

—¿Cree que sería capaz de vender...?

—En condiciones francamente ventajosas para usted —me apresuro en asegurarle.

—¿Y por qué elegir su agencia y no cualquier firma de renombre?

—Porque trabajamos aespunte con el cliente y realizamos alta costura, no *prêt-à-porter* —largando una frase de

nuestro ideario—. La gente está aprovechando la inflación para desembarazarse de inmuebles sobrevalorados que no atraen inversionistas. Se compra por necesidad no por negocio, lo que exige

ventas selectivas. Le he traído nuestro porfolio de clientes.

No hemos llegado a sentarnos por lo que retrocedo unos pasos hasta la butaca

en la que he depositado el abrigo y mi maletín. De forma consciente le doy la espalda para abrirlo y coger el documento.

—Me gusta su solvencia, Guadalupe —

afirma. «Y mis piernas», remacho
para mis adentros.

—Espero que no solo mi solvencia —
mientras le entrego una carpeta—. La
calidad humana es lo más importante.

—Por desgracia, no me ha dado tiempo
a valorarla.

—Diez minutos son escasos para
algunas cosas y suficientes para otras.

—De

reajo reparo en una luz roja titilando a
un lado de la mesa. Estoy en los avisos,

como los toreros.

—¿Cuál sería el siguiente paso?

—Usted decide, soy buena bailarina. Sabría seguirle.

Pedro Reviriego esboza una media sonrisa mientras presiona el interfono que

le comunica con su secretaria.

—¿Tengo la comida de mañana libre?

—pregunta mientras me interroga

elevando su barbilla, a lo que yo muevo la cabeza en señal de aprobación. Por supuesto que acepto.

—No —suenan una voz tajante—. Hace dos semanas cerramos una con el consejero delegado de...

Reviriego recupera la llamada a través del auricular, según se aparta y reduce el volumen al ordenar: «Anúlala. Yo dispongo de mi agenda como quiera.»

Mantiene lo que intuyo es una tensa conversación, con la vista incrustada en un punto del espacio exterior y algo me dicta que se trata de un gesto que repite a lo

largo del día, como si buscara fuera lo que el interior de su rutina le escatima.

Una vez zanja el diálogo, se mantiene mudo unos inextricables segundos, porque

disfruta domeñando el tiempo.

—Si en diez minutos me ha hecho reflexionar, qué no logrará en dos horas, Guadalupe.

—Nada que usted no desee —pronuncio extendiendo mi mano. El empresario suelta una risita.

—¿No crees que deberíamos tutearnos?

—Mejor esperemos a mañana.
Encontrará mi número en la
documentación.

Gracias por la oportunidad.

Acompasamos las pisadas hasta una
puerta que abre con gentileza,

ofreciéndome a continuación una sonrisa
convertida en promesa. Y reconozco

que me ha agradado su boca al hacerlo.
Sospecho que, de haberle besado, lo
hubiera disfrutado.

Durante mis últimos minutos en las
oficinas de TermoInnova S. A., ya no
hay

secretaria que me acompañe y pulse el botón del ascensor y me despida

derrochando amabilidad. La chica del traje rayado ha moldeado su espalda al respaldo de su silla sin despegarse de ella y el fragor de sus pupilas se ha cebado en mí en forma de diminutas puntas de alfiler mientras salía de la oficina.

Se la tira, o lo hizo en su día; me reafirmo en esta idea apenas piso la calle y

mis tacones dejan de trepidar. Al final Manu va a resultar un nigromante: los infieles se reproducen más que las chinches y fornican entre ellos, haciendo

alarde de una descarriada concupiscencia, tal y como él vaticinó ayer.

Me dirijo hacia el coche apretando mis zancadas y me doy cuenta de que, a

pesar de haber tomado precauciones, el sendero que acabo de emprender

encierra un riesgo capital. Si bien en el dossier entregado a Pedro Reviriego no aparecen mis datos —ayer cogí a Lupe una de esas etiquetas que registran solo el nombre, sin dirección ni teléfono, en la que he apuntado un número: el de la tercera tarjeta prepago que adquirí hace días—, ¿qué sucederá en caso de encargarnos la venta? ¿Y en el

afortunado supuesto de encontrar un comprador?

Si firmara en nombre de Lupe me convertiría en una delincuente. Falsedad

documental, tal cual. Por tanto, tarde o temprano me veré en la tesitura de tener

que explicárselo. Pobre, a ella, que andará sosteniendo el mundo sobre sus hombros en este instante.

Entro en el coche y marco las teclas hiperventilando.

—Hola, Abigail —Lupe suena en el fondo de una sima oscurísima.

—¿Cómo estás? ¿Qué ha sucedido?

—Han ingresado a Yago en un centro de menores.

Una frase sucinta para un dolor sin adjetivos.

—¿Qué me estás contando?

A la impostora que soy le asalta una culpa agria porque tendría que haberle advertido de la ruina que se cernía sobre su familia.

—Ni una semana de tregua me ha dado el muy canalla. Además de que los

padres del compañero al que agredió le

han denunciado a la Fiscalía de Menores,

le han pillado trapicheando con droga, porque se la vende a renacuajos más pequeños que su hermano. Dice que, si no le doy dinero, de algún sitio lo tiene que sacar, pero ¿para qué crees que quiere el dinero? Para meterse él. Fuma cocaína, y no sé qué más hará. Ayer removí los cimientos de su habitación y salió de todo, así no hacía carrera con él. ¿Qué voy a hacer?

—De momento, irte a casa.

—Allí se me cae el techo encima. Lo de menos es pasar una noche en blanco,

o dos. O una semana. Lo peor es la sensación de haber fallado a mi hermana, de

no encarrilar el encargo que me dejó al morir. ¿Cómo puedo vivir con el

remordimiento de que no he sabido meter en vereda a mi sobrino? ¿Di?

—Asumiendo que tienes otro que te necesita. Y que Yago va camino de la

mayoría de edad y entonces resultará ingobernable. Tranquilízate, por favor. Hay

que ocuparse, sí, pero no preocuparse. Tú llegas donde llegas —frases

superfluas

que me asquea pronunciar; pretextos que los humanos empleamos lo mismo para

un duelo, que cuando a tu amiga se le quema un guiso—. Luego me das los datos

del centro y se los paso a Julia para que investigue qué tal es.

—Gracias, Abigail, de corazón. —Hace una larga pausa—. ¿Sabes?

Representas mucho para mí. Sin ti todo sería más cuesta arriba.

A Lupe la realidad le tritura como una

apisonadora, y ella agradece a los demás lo que no merecemos. Su estoicismo resulta tan admirable que representa un estímulo para salir de esta delirante espiral; cuelgo y me insto a concentrarme

en mi trabajo y en asuntos pedestres, como buscar dónde cambiarme antes de ir a

la agencia porque este vestido es un escándalo. Arranco y al minuto suena el teléfono. Mi intención pasa por rechazar la llamada, pero mis dedos tiemblan tanto que, sin querer, pulso aceptar.

—Dígame.

—¿Cómo estás, Dorothy?

—¿Perdón?

—Soy Marcos, ya sabes, «teasesoramiento cibernético las 24 horas». Me

dejaste un teléfono hecho papilla, ¿te acuerdas?

—¡Oh, claro!

No lo había olvidado, por descontado que no: el de carcasa granate con la pantalla resquebrajada, pero ahora no. Ahora trataba de distanciarme de tus móviles, tus correos, los míos, el estúpido tira y afloja de ayer, el tonteo

de hace un rato. Mis venganzas. La difunta de Ruth. Elena. Tú. Siempre tú, Fernando.

Hay nudos que se convierten en condenados amarres.

34

Tras la puerta

Ha sido pisar la plaza de Lavapiés y empezar a caer un barrillo rojizo cuya causa es la contaminación, según los meteorólogos, pero visto lo disoluto de algunos madrileños, no descarto que se trate de un castigo bíblico.

Mientras el cielo se sosiega me guarezco en el bar de siempre, el de los viejos

sin dientes y las travestis sin ropa, curioseando a través de su cristalera la apariencia del edificio encargado de

nutrir nuestra cuenta de resultados. Las artes de El Liquidador ya están en marcha; me ha confirmado Lupe este mediodía.

—Micaela Pellejero ha llamado varias veces hecha una hidra. Dice que desde ayer tiene un martillo hidráulico sobre su cabeza.

—Pues hasta que no le horade los sesos no va a parar —he añadido.

—Quizá sea el momento de visitarla de nuevo porque ha comprobado que no

vamos de farol, lo que pasa es que yo no puedo, Abigail. Me ha citado el director

del colegio de Yago a las cuatro y no quisiera anularlo.

—Voy yo. Tómate unos días, Lupe, no puedes arrastrar tanto tú sola.

—¿Y dejarte a ti con este fregado cuando no está Fernando? Ni de coña.

Además, me viene bien airearme.

Mentiría si no reconociera cierto alivio. Necesito tiempo para mí y sería

difícil si Lupe desaparece de la agencia; aunque me sienta culpable por mi ruindad, no puedo evitarla. Resulta paradójico que aluda a ti como mi puntal, teniendo en cuenta que llevas

tanto tiempo fuera de nuestra pareja que empiezas a ser una entelequia.

—Le echas mucho de menos, ¿verdad?

—ha preguntado. Podría haberle

mentido, mas no lo he hecho.

—Demasiado, Lupe. La ausencia coloca a las personas en su sitio.

«La ausencia coloca a las personas en su sitio» es la misma frase que he argüido cuando Carlos Ouso me presionaba durante la comida.

—Supuse que su viaje nos daría la oportunidad de estar juntos y conocernos

mejor —reconoció mientras
degustábamos una receta de pez
mantequilla.

—Pensé que nos conocíamos bien.

—Eso no está en tela de juicio.

—¿Qué quieres, pues?

—Pasar una noche contigo. Escaparnos
a un hotel a las afueras de Madrid.

Hay uno en Patones, El Tiempo Perdido,
y...

—Sé cuál es —le he cortado—. He
estado con Fernando.

—Pues busco otro.

—No puedo, Carlos. Tengo un hijo, un marido y mil remordimientos. Ahora,

no.

—Esperaré. Soy gallego. Nacemos con la paciencia tatuada.

—Y con retranca. No sabes lo que me gusta eso de ti.

Con él empleo una de cal y otra de arena. Claro que me debato entre claudicar

o no, pero si entrara en su juego por resarcirme, pondría en peligro una

relación

muy ventajosa para la agencia.

—Llueve como en la guerra —comenta un viejo a otro.

—Entonces, además de barro y metralla, llovían brazos y piernas.

Su alusión a unos cuerpos desmembrados me frunce el estómago. Ruth fue

degollada, una muerte agónica que se prolonga entre cuatro y siete minutos. Lo

busqué en internet porque me intriga averiguar si sufrió, si fue conoedora de

que se le escapaba el aliento. Por lo visto, si no se secciona al completo la yugular el herido podría ahogarse en su misma sangre y mientras eso sucede, sigue consciente. Es aterrador cavilar esto, pero no cesan de atormentarme cómo serían sus postreros minutos, quizá batiendo su apartamento, ese cuyos detalles

mantengo impresos noche y día en mi cabeza, tratando de explicarse cómo

habías sido capaz de emborronar sus paredes con aquellas palabras, porque lo hiciste, qué te llevó a quebrantar su ropa, a engañarla con tal vileza. La supongo presa de un sufrimiento

inhumano, entrando y saliendo de su dormitorio,

marcando el número de teléfono que, a esas alturas, yo me había encargado de

hacer desaparecer, enviando mensajes que nadie recibía, uniendo unos cabos

imposibles; incluso puede que impulsada a llamar a la policía —¿y si ese

arranque le hubiera salvado?—, pero... ¿a quién denunciaría, a un inexistente Raúl Gómez Lara? ¿De qué? ¿De arruinar un puñado de ropa y deteriorar su casa? ¿Qué sentido tendría acusar de allanamiento de morada a quien antes

había entregado sus llaves? El suyo era un destrozo moral imposible de restañar. Eso

recelaría cuando, supongo, sonó el timbre y se abalanzó a la puerta deseando que

fueras tú; en cambio, abrió a su asesino... De algún modo, tu mano, que es la mía, empuñaba también el cuchillo que segó su vida. Estos pensamientos me aniquilan y dudo seriamente que algún día me sobreponga a ellos, a fin de depositarlos en uno de esos cajones donde confiscamos los recuerdos y a los que solo volvemos cuando nos hayamos graduado en el desapego que nos

autorice a

hablar de ellos como narran estos viejos el expolio de una guerra.

—Señorita, ¿está usted bien? —Uno abandona la partida de dominó y se acerca a mí.

—Sí, gracias.

—Está llorando, tenga. —Me entrega un pañuelo de los que usan los caballeros que ya no existen. Parece sucio, pero dada su amabilidad me seco las

lágrimas y se lo retorno.

—La vida no es fácil —digo. Suena a una frase hecha, pero la siento real.

—Siempre es mejor que no tenerla, porque se va cuando menos te lo esperas.

Vivir es un suspiro —se trata de otro aforismo, para él también muy cierto.

En cuanto amaina, cruzo la plaza. A medida que asciendo al segundo, el ruido

se vuelve insoportable. He tenido que aporrear la puerta para que Micaela

Pellejero pudiera oírme y al abrirla, me fulmina de un solo vistazo. Sin

intercambiar palabra llegamos al salón, donde ha colocado unas planchas de gomaespuma mal cubriendo las paredes.

—No tienen vergüenza —dispara.

—Le avisamos que emprenderíamos la reforma lo antes posible.

—Lo que están haciendo es inhumano.

—Nos duele tanto como a usted.

—¡Métase su hipocresía por el culo! ¿A qué coño ha venido?

—A que razone, Micaela, porque el tiempo juega a nuestro favor. Cuantos

más días pasen, menor capacidad de maniobra y, por tanto, menos dinero

podremos ofrecerle. El inmueble se rehabilitará sí o sí, y procederemos a la venta de los apartamentos aunque siga aquí dentro.

—No me iré. He asumido que este piso es mi sudario, así que hagan lo que les

dicte su conciencia.

De nuevo choco contra su inquebrantable voluntad en una función que he

representado antes, como si
anduviésemos en el día de la marmota.
Avanzo hacia

la ventana, por no dar por perdido el
intento tan pronto, cuando un vaho
caliente

a mi espalda me hace respingar.

—Vas a ser una desgracia hasta los
restos —susurra.

Intento girarme pero la mujer me agarra
fuerte el antebrazo, lo que me impide
realizar maniobra alguna.

—No podrás alejarte de él. Ni siquiera

lo intentes. Es tu condena.

—¿De qué narices está hablando? —
inquiero, elevando la voz.

El forcejeo me lanza contra el cristal.
Ha pegado su cráneo a mi cabeza y
siento su aliento acre y dulzón mientras
me recita una letanía al oído.

—El Emperador ha emprendido un
viaje, pero está boca abajo, así que
pronto

volverá y lo hará junto a la Luna. Todo
alrededor es angustia y secretos.

—¿Se puede saber qué le pasa? —la
desafío, tras librarme de ella.

Micaela Pellejero rompe en carcajadas, mientras eleva los brazos como una poseída.

—Se ha vuelto loca —sentencio, mientras me encamino hacia la puerta.

Al salir, sobre el hule de una mesa camilla, descubro unas cartas de Tarot distribuidas en una composición geométrica.

—¡No hay modo de poner orden en tu caos! —la oigo gritarme entre risas—.

¡La Sacerdotisa también está al revés!

En el portal me topo con uno de los

hombres de El Liquidador que me

increpa: «¿Quién es usted? ¡Oiga! ¿De dónde viene?», al verme salir

despavorida. Solo quiero esfumarme de aquí.

Antes de retornar a la agencia me dirijo a la calle Libertad y circulo por ella a

paso de tortuga. No sé bien qué busco, aunque siento una atracción poderosa por

este lugar. Al situarme frente al edificio de Ruth compruebo que todo permanece

igual, e incluso los balcones de su casa

mantienen las persianas a la mitad y los visillos echados; supuse que le circunvalaría una de esas cintas amarillas que aparecen en las noticias delimitando el escenario de un crimen, protegiéndolo de la insaciable curiosidad de los intrusos; sin embargo, no es así. De repente comprendo que estoy persiguiendo los rastros del duelo. Esa clase de dolor suspendido en la atmósfera del barrio, incrustado entre las piedras de sus fachadas, golpeando las tazas del café en los bares, porque necesito compartirlo con cualquiera que lamente la muerte de Ruth y no amague con preguntarme de

qué la conocía. Sin embargo, contemplo desolada que la rueda de la vida no concede pausas y el vecindario prosigue con su rutina como si ella nunca hubiera vivido aquí. Nos distanciamos de la desgracia ajena con inmoralidad. Somos

animales a los que nos remueve más el instinto de supervivencia que la empatía ante el sufrimiento del otro.

Cuando los cláxones de los coches amenazan con sacar a los obreros de los bares a ver qué obstaculiza el tráfico, me conmino a pisar el acelerador aunque una parte de mí se haya fundido para siempre en el asfalto de esta calle.

El atardecer de hoy ha llegado con un manto opaco, asilando Madrid en una extraña neblina. La contemplo desde el ventanal de tu despacho y, a medida que ensombrece la ciudad, me oscurezco. No obstante a las 20.40 abro mi portátil para una nueva batalla nocturna.

Enseguida, en mi perfil de la página de contactos, aparece un merecido rechazazo en la mandíbula. «Hija de puta», escrito en el cuerpo de letra más grande que consiente el programa. Sobre esto no cabe respuesta, así que bloqueo al hombre llamado David para que no se le ocurra dedicarme un mensaje diario

de este cariz, por mucha razón que tenga. Es fácil imaginárselo anoche, tumbado sobre la cama, aguardándome junto a una bandeja de fresas y una botella de champán que terminarían vertidas por el inodoro. Arribar a este puerto de ironía me ha costado muchas tormentas.

Desde que he cambiado la imagen de la playa por la de unas piernas que

localicé en un banco de fotografías, acumulo doce candidatos. El día en que el hombre supere a su antepasado de la cueva, el planeta mudará felizmente de piel.

La mayoría de los mensajes basculan

entre lo melifluo y lo obsceno, excepto el

remitido por Robert Kincaid. Pincho en la foto y me llevo una alegría porque es

lo más atractivo que he encontrado en la web: el cabello castaño claro con mechuras rubias, bastante largo, barba de un par de semanas y los ojos azules. Un Brad Pitt doméstico. Por su aspecto podría tratarse de un americano; no obstante,

su fluidez en castellano es más que óptima.

Hola, ¿cómo estás?

Te confieso que si tu fotografía hubiese sido más explícita no te estaría escribiendo, por más que el algoritmo nos destine un 100 x 100 de compatibilidad. La seducción requiere un proceso lento.

Vaya, me da que he empezado por el final. No llevo mucho en esto y se

nota. El trabajo ha monopolizado mi vida y no he dado demasiadas

oportunidades al amor. El problema es que cuando lo deseas con muchas

ganas se vuelve esquivo. Por eso me he apuntado, porque estoy seguro de

encontrar a mi alma gemela en un lugar donde casi todos partimos de

experiencias similares.

Soy directivo en una multinacional. He residido en el sudeste asiático, en

Milán y desde hace tres años, en Madrid. Me gusta esta ciudad, pero a

veces resulta inhóspita.

¿Qué más? Tengo treinta y nueve años. Nunca he estado casado —espero

que no sea un hándicap—, también me dan alergia los gatos y no me atrae

el mundo árabe, como a ti. Y buceo.
Aprendí en Cozumel, una isla

mexicana; siempre que puedo lo
practico. Fallo en el fútbol, lo siento.

Espero que me lo perdones. Me gustaría
que me hablaras de ti. Estaré

conectado en torno a las 21 horas, por si
te apetece chatear. Un beso.

El texto resulta de lo más razonable.
Compruebo en el reloj que falta un poco
para las nueve, y me lanzo a responder.

Hola, Robert, disculpo el fútbol siempre
y cuando no me obligues a verlo.

Me cuesta hablar de mí misma, pero aun así, ahí voy: apasionada,

transparente, leal, soñadora y con la firme determinación de no dañar a

nadie en el camino. He salido de una relación larga donde he reído y

llorado mucho, por eso ahora solo me importa el presente. Busco sentir, ¿y

tú?

Mantengo la página abierta.

Mientras llega alguna señal suya, detengo la mirada en los móviles. Parece una exposición, ordenados uno al

lado del otro. Pronto será hora de meditar qué hacer con ellos, de qué forma enmascarar que los he manipulado —hoy el hacker

ha advertido que se aprecia el cambio de pantalla del granate porque han tenido

que ajustar una de otro modelo—. O a lo mejor no es necesario si te recibiera con la clase de munición que mereces.

Carecer de un plan diseñado a priori conlleva esta incertidumbre, que

convierte cualquier paso en un excitante avance hacia ninguna parte. Seguro que

mi voz interior me indicará de qué modo habré de actuar; de momento conecto el

teléfono donde he encajado la última de mis tarjetas y en menos de un minuto salta un mensaje: «Te espero en el Club Allard a las 14.15 horas de mañana. Será un placer comprobar cuánto dan de sí más de diez minutos contigo, Guadalupe.»

No lleva firma, tampoco la precisa. Pedro Reviriego sí que posee una hoja de ruta.

Minimizo la web de contactos y cargo la memoria externa que he sacado de la

caja fuerte con los archivos volcados de

tu ordenador, y cuyo análisis llevo días

procrastinando, cuando los nudillos de Mariana campanean contra la puerta.

«Que me retiro a descansar, que si quiere usted algo, que sabe que yo estoy cuando me necesite, que me tiene de su lado.»

—¿Por qué me dice esto, Mariana? —pregunto. Después del episodio de la

inquilina, mi umbral de paciencia con las perturbadas se sitúa a ras del suelo.

La mujer desanda sus pasos y, misteriosa, se coloca al otro de la mesa.

—Las mujeres debemos auxiliarnos entre nosotras para protegernos de ellos.

—¿Quiénes son ellos?

—Los hombres.

No hay por qué odiar los tangos

—¿Está insinuando que los hombres son nuestros enemigos?

—El suyo lo es.

—¿Qué estupidez me está contando?

—No la respeta.

—¡No le consiento que hable así de mi marido!

Mariana prensa los labios sin consentir

que se escape el aire por ellos y pronunciando un «permiso» se da la vuelta.

—¿Adónde cree que va?

—A usted le molesta lo que digo. Prefiere vivir ciega. Es su derecho.

—¿Qué sabe usted? ¿Eh, qué insinúa? Estoy cansada de escuchar sus dobles sentidos. Su retintín continuo —estallo.

—Solo quiero su bien y el de mi niño.

—¡No es «su» niño, es el mío!

Un súbito calambrazo me incita a

gritarle que empaquete sus cosas y

desaparezca de mi vida, pero mi sentido común me dicta que obre con mesura.

Este sería el peor momento para quedarme sin alguien que cuide de mi hijo. La

eventualidad de pasar otra vez por un tedioso proceso de selección, la idea de tener que escudriñar en la fatigada mirada de esas mujeres alguna sombra, me consume.

—Lo siento, Mariana. Algunas reacciones tuyas me sacan de quicio —
expreso a modo de disculpa.

Mis palabras no terminan de confortarla y sospecho que la maternidad es una herida en carne viva para ella.

—Si tiene algo que decirme, puede hacerlo. En confianza —invito.

—A lo mejor ya lo sabe.

—Saber, ¿qué? Basta de adivinanzas.

—Lo que el señor hace cuando usted no está.

—¿A qué se refiere?

Mariana señala con la barbilla a tu ordenador. Mi mano lo acaricia como de

si

de un dócil perro se tratase, porque apagado figura ser tan inofensivo.

—¿Qué le pasa al ordenador?

—Guarda cosas horribles dentro.

—Cosas horribles —repito despacio—. ¿Cosas de hombres?

—De enfermos —suelta ella en un borbotón y se sonroja porque se da cuenta

de que alude a ti, no a un desconocido.

—Cosas de enfermos, según usted, son...

¿fotos de mujeres desnudas?

¿Parejas en la cama... practicando sexo?

—Peor.

—Peor —insisto—. Sexo... no entre dos, ¿tres personas, un grupo, por

ejemplo?

Dos lagrimones se despeñan por sus mejillas.

—Con el señor.

—Sexo en grupo donde aparece mi marido, ¿eso es a lo que se refiere?

—¿Me puedo marchar, señora? Por favor.

—Enseguida, Mariana. Serénese —trago saliva y una hoja de sierra se

apodera de mi garganta—. ¿Alguna vez ha visto hacer al señor «esas cosas»

aquí? ¿En su despacho? ¿En nuestra... alcoba?

—¡No! —se apresura a aclararme y parece sincera.

—O, ¿ha traído a las personas que, según usted, salen en el vídeo, a esta casa?

—No, señora.

—Dígame una cosa, ¿nunca ha estado casada, verdad?

Ella niega con la cabeza y yo me arrancaría la mía de cuajo, pero en un derroche de aplomo continuo defendiendo mi actuación.

—Interpreto que tampoco ha estado con muchos hombres, ¿no? A pesar de su

edad —ella vuelve a zarandearla—. Por ese motivo ignora que entre un hombre

y mujer hay comportamientos que, a lo mejor, los demás no entienden, sin

embargo, forman parte de...

—También habla por teléfono —me interrumpe.

—Claro. Todas las personas lo hacen. Y tienen varios móviles, es lo más

normal hoy en día. —A mi lado descansan cinco aparatos, dos míos y tres tuyos;

y me veo forzada a improvisar una excusa—. Por ejemplo, estos. La mayoría pertenecen a la agencia. A veces se utiliza un número distinto para cada cliente...

son asuntos que usted no entendería.

Vuelve a sellar los labios mientras niega con la cabeza, como abducida por un

tic nervioso. Sus mejillas se sacuden dejando entrever la tensión de las

mandíbulas y sus dedos planchan unas arrugas imaginarias en la pechera del uniforme. Estoy segura de que no se ha tragado ni una de mis justificaciones, no obstante, mi deber era encubrirte y protegerte, aun sin merecerlo.

—Creo que imagina fantasmas.

—No. Yo sé lo que veo.

—No lo dudo. Pero a lo mejor lo que ve es «normal». Quizá no en su país.

Váyase a descansar, si no mañana no podrá levantarse de la cama.

Lo que acabo de pronunciar es una humillación. Una mísera ofensa de quien

ostenta una situación social superior a la suya; lo sé, pero no soy capaz de disculparme e insisto en que se retire.

¿Quién soy yo para socavar su sufrimiento o menospreciar su origen o su formación? Me lo pregunto en silencio, adoptando

un fingido gesto magnánimo. ¿Lo ves, Fernando? Despiertas a la mala persona

que hay en mí. Si el amor salvaguarda la bondad, también destila el veneno que

nos transforma en monstruos.

En este instante me siento peor que un despojo a tus pies esperando el tiro de gracia. Apoltronada en un punto donde humillar a los demás empieza a ser un mecanismo de supervivencia.

Apenas Mariana sella la puerta me pongo en pie. Como gata encerrada recorro el despacho embridando una ira que me envenena. Cuando me freno junto al ventanal, solo distingo luces arracimadas a través de una neblina extemporánea. ¿Qué narices pinta una noche así en el mes de marzo? Ni

siquiera el calendario muestra cordura.

Quisiera disponer de la potencia para golpear las paredes y no dejar ni un ladrillo en pie. Me aproximo a la librería, donde reparo en las fotos: tú conmigo, tú sin mí, tú y yo en Sevilla, con las acreditaciones para el torneo de tenis colgando de tus rodillas, y resulta inevitable que me traslade al arranque de esta pesadilla. Si no hubiese desmontado su marco, si no hubiera tratado de adivinar

la contraseña de tu ordenador, no hubiera sucedido nada, así que lanzo la fotografía contra el suelo, y se pulveriza. A continuación, introduzco mi mano

entre unos libros y la arrastro por la estantería hasta que lo que hay sobre ella se desploma igual que un castillo de naipes, haciendo un ruido de mil demonios.

Doy por descontado que Mariana lo ha escuchado. Seguro. Salgo y me asomo

al dormitorio de Lucas, quien duerme sin inmutarse. En la cocina me sirvo un vaso de agua según se entorna la puerta del cuarto de servicio. Un halo delator de la luz indica que ella me observa. Cuando regreso a tu despacho, me

propongo descubrir en qué consisten esas imágenes a las que se refiere Mariana,

pero el icono del chat me invita a pararme en él. El último mensaje se recibió hace seis minutos —«No desearía ser pesado, ni molestarte. Seguiré conectado un rato por si te apeteciera hablar»—. Miro el reloj. Son más de las diez de la noche. Escribo: «Nada me gustaría más en este momento» y lo envío como quien lanza al mar un mensaje de auxilio dentro de una botella.

Miss MoneyPenny: He tenido un problema doméstico que me ha tenido ocupada hasta ahora.

Robert Kincaid: ???? ¿Puedo ayudarte?

Miss MoneyPenny: No, salvo que seas fontanero. Gracias de todos modos.

Robert Kincaid: Seguro que siendo diseñadora de interiores tienes buenos contactos en el sector.

Miss MoneyPenny: Hasta las seis de la tarde lo que quiera. Después desaparecen.

Robert Kincaid: Te confieso que me siento un poco pez fuera del agua. No sé cómo hay que hacer esto.

Miss MoneyPenny: Yo tampoco. Si eres

pez... déjate llevar por la

corriente, ¿no?

Robert Kincaid: Todavía no entiendo qué me hizo escribirte. Quizá la

postura de tus piernas frente al mar: nada sexi y sí melancólica.

Miss MoneyPenny: No tengo dobleces. Me muestro como soy y dejo que

los demás interpreten lo que ellos quieran.

Llevamos un rato enfrascados en un juego que empieza a cansarme. Robert

Kincaid resulta demasiado prudente, demasiado educado. Demasiado perfecto.

«Tengo que dejarte, mañana me despierto temprano», me excuso. Debo otorgar

una finalidad a este flirteo y sé cuál. Quiero espolear mi instinto. Saltar.

Comprobar que bajo mis pies no existe el suelo sino el vacío del abismo, y en ese instante tú y yo nos tutearemos usando el mismo lenguaje. Necesito averiguar qué sientes al hacerlo, Fernando. Y eso pasa por probarlo por mí misma.

Este tipo parece apropiado para ello.

—Me gustaría escuchar tu voz —añade, y alabo su decisión de apearse del romanticismo e ir al grano.

—Si me pasas tu número, te llamo yo. Resido en una zona con mala cobertura. Una cosa... ¿de dónde eres?

—Prefiero sorprenderte.

El verdadero nombre de Robert Kincaid es Norberto y ha resultado un meloso argentino, cuya conversación me ha entretenido diez minutos. No más. A los

cinco de charla sentía que empezaba a psicoanalizarme y mi cerebro no aguanta ni un *round* de esa «distracción». Trabaja en una compañía farmacéutica, le encanta viajar y se confiesa loco por enamorarse. Ha aseverado que la foto, además de suya, es reciente. De follar no ha hablado. No importa. Hemos quedado el jueves a las siete de la tarde, esta vez sí, en el Palace.

Me da la sensación de que le ha contrariado que le interrogara sobre su apodo,

dando por sentado que «tendría» que haberlo reconocido.

—¿Ignoras quién es Robert Kincaid?

¿En serio?

—No sé, el... el inventor de la penicilina, desde luego, no.

—Ideé que, no solo lo sabrías, sino que te conmovería.

Qué tira y afloja hasta que lo ha desvelado.

—Es el protagonista de *Los puentes de Madison*. Me identifico con él muchísimo: un hombre que se ha pasado la vida viajando, sin prestar atención a lo que sentía, sin buscar el amor... hasta que aparece y le voltea todo. Yo anhelo encontrar a mi Francesca.

Ante semejante declaración, he mentido:
«Ojalá sea yo.»

Nada más despedirnos he meditado retirar mi perfil de la web; al fin y al cabo, si Norberto, alias Rober Kincaid, se adapta a mi propósito, habría cumplido su misión. Mas apenas abro los archivos del *pen drive* la rabia me clava una nueva dentellada.

El material encriptado revela la existencia de seis vídeos pornográficos. Tres

obedecen a películas de las que comercializan los *sex-shops*, cuyo visionado me aburre por más encomio que ponga el director en idear un

argumento que sostenga tantos coitos. Solo me he detenido en los protagonistas masculinos, dado que, instigada por Mariana, me ha asaltado la locura de que te hubieses convertido en actor porno. Irrisorio, cierto.

Otro consiste en una secuencia de imágenes, en las cuales escasea la aspiración artística. He tardado en darme cuenta que participan en el montaje dos

mujeres distintas, porque no muestran el rostro; una podría ser Ruth —pero empiezo a pensar que la veo como los fantasmas, en cada rincón—, o bien cualquiera de las mujeres a las que

habrás destinado los móviles pendientes de revisión. Asqueada detengo su visionado porque no soporto este mercado de carne, además siento hartazgo por situarme en el mismo sitio que veinte días atrás, esforzada en juntar las piezas de un quimérico rompecabezas. Vale, eres un adicto a la pornografía, y ¿a qué hombre no le inflama la bragueta una

exhibición así? Tenéis las neuronas cortocircuitadas, lo he corroborado hoy

usando al presidente de una compañía que se codea con ministros, como

conejiillo de indias. Lo descabellado es dejar encendido un ordenador con

semejante material en la pantalla, mientras Mariana pasaba el plumero por este

despacho. ¿Cómo fuiste tan lerdo? Un roce, un solo roce al teclado, un paño planeando por encima de sus botones, y aquí estamos: ella siendo partícipe de lo que no debería, y yo, apuntalando nuestro matrimonio ante la empleada de servicio.

Los dos últimos archivos aglutinan las grabaciones tomadas por una cámara amateur y un operador poco ducho, pues son un compendio de torpes encuadres

y planos desenfocados, donde cuesta identificar algo concreto. El primero gira en torno a un *jacuzzi* rodeado de camas de estilo ibicenco; si la luz no fuese violeta y ese puñado de piernas y torsos no se fundieran así, parecería una piscina en la cual se practica el nudismo. Sin embargo, no hay sol y los cuerpos de este vídeo no se asemejan a los de los films de adultos: son muy reales; claro

que a lo mejor ahí reside su gracia. El escenario me ha recordado a esos reportajes tipo «Visitamos el templo del sexo» o «Con nuestra cámara nos adentramos donde nadie llega».

La contemplación del último archivo deja el resabio de colarse en una fiesta

privada, en la que los invitados pasean desnudos. Salvo un par de parejas amarteladas en un sofá, el resto alternan como lo harían en un lugar público.

Auxiliada por la lupa, detallo sus rasgos, y no sé por qué alguno me recuerda a

un compañero tuyo de facultad. No digo que se trate de él, pero sí que los peinados y la decoración del lugar me acercan a aquella época. Adelanto la grabación, y aparece una mujer arrodillada frente a una mesa baja, en cuyo cristal apoya los senos. A su lado

se eleva una pila de libros. Al constatar que está siendo filmada se hace la pudorosa, toma un ejemplar que abre por la mitad y se cubre el pecho con él. Entonces detengo las imágenes para leer el título: *Teoría de las máquinas II*. ¡Bingo! Claro que algunos rasgos me resultan familiares: estoy ante una de esas fiestas universitarias donde tú y tus amigos os iniciabais al sexo grupal, y de las que me has hecho algún comentario jactándote

de vuestra bisonñez. Quien te haya proporcionado este material se ha tomado un

gran interés en convertir la filmación de

súper ocho y preservarla de su deterioro.

Cuando estoy por concluir la película, mi retina capta algo que me hace remontarla hacia atrás.

Ahí. Justo cuando la cámara vira el enfoque y hace un torpe barrido. Al fondo

emerge un monumental espejo en el cual se refleja el revés de un grupo que aspavienta ante el objetivo; delante de ellos, de sus espaldas desnudas, se distingue, borrosa, una rectilínea figura masculina, que por un instante se separa de la cámara y hace un guiño histriónico.

Eras tú, Fernando. Tú grabaste aquella orgía.

Llevada por una corazonada cierro este vídeo y abro el anterior, dispuesta a analizarlo despacio, imagen a imagen, en busca de algún indicio sobre ti. Tras varios minutos desesperanzadores lo detecto, no en un espejo, sino en una plancha metálica en la cual rebota una ofuscadora luz violeta y, junto a ella, el destello de un piloto rojo que delata la existencia de una cámara en acción.

Aparentemente nada sugiere que estés ahí, pero lo sé. Sé que eres tú quien maneja la cámara, que tu afición a realizar fotografías, a cuidarlas

anotando la fecha y el lugar, a vigilar la exposición de la luz, el encuadre idóneo, viene de lejos. Procede de aquí.

Sobre la plancha de aluminio rielas un rótulo luminoso. Apunto a él con la lupa y leo: «Encuentros.»

De inmediato recuerdo haberme topado con esa palabra antes, puede que

entre tus papeles, y deslizo el cajón del escritorio donde guardé tus libretas, tal y como las encontré. Saco la negra, la de las direcciones inconexas y los números descabalgados y sin lógica. Ahí está, y junto al nombre, entre paréntesis, un teléfono. En un arranque pulso sus cifras desconociendo qué busco o cuál va a ser

mi reacción. «Encuentros, club liberal. ¿En que puedo ayudarte?», responden al otro lado.

Me pregunto si no habré cometido un terrible error al abrir estos archivos.

Los filos de las nubes

Es miércoles nueve de marzo. Anoche terminé tarde de recoger cristales,

trozos de figuras rotas, y recolocar los libros sobre la estantería, puesto que no quería aguantar la aceitosa mirada de Mariana, diciendo «se lo advertí, convive con un monstruo»; de modo que no conecté el despertador y he dormido

bastante. Mejor, mi cita con Pedro Reviriego precisa de una mente lúcida y una

apariencia decente.

A la vuelta de la peluquería, llamo a Julia. Tras varias intentonas termina cogiéndome el teléfono.

—¿Pasa algo, Abigail? Estoy en consulta y con mil líos. Hoy la mitad de mis

pacientes se han venido abajo. No veas cómo les perturba el cambio de tiempo.

¿Es urgente?

Me arrepiento de haber insistido porque me hace sentirme reprobada, como

si, en contraste con su sensatez, mi

ansiedad resultara patológica y me estuviera

volviendo una histérica. Me refiero a «histeria» en términos médicos, a la neurosis que azotaba a las mujeres el siglo pasado y cuyo origen los hombres situaban en el útero. Mira que si al final se tratara de eso, de mi útero, enfermo porque su inquilino ha cambiado de residencia. Estimo que la metáfora también

es una forma de resistencia.

—Tranquila, luego hablamos —me hubiera gustado adelantarle algo sobre tus

grabaciones, pero no es el momento—. Una cosa, ¿te acuerdas de Yago, el

sobrino de mi socia? Ha ingresado en un centro de menores.

—¡Oh, oh! —chasquea la lengua—. La cosa pinta mal.

—¿Te puedes enterar qué tal es el sitio?

—Mándame un correo con los datos. Tengo que colgar. Besos.

No me ha dado opción a despedirme, no obstante, se lo perdono. A partir de

ahí he dedicado mi energía a apalabrar un par de ofertas y la firma del contrato

de arras correspondiente al ático de Caballero de Gracia. Lo compran,

magnífico. El negocio marcha a un ritmo y mi inquietud al suyo. Pasado el mediodía, el reconcome no me deja parar quieta y me encierro en mi dormitorio a fin de arreglarme. Entonces telefonea Manu.

—¿Cómo estás, princesa? No sabes lo que te perdiste, el osteópata está cañón,

cañón... Un poco fundamentalista con la dieta, pero, chica, se trata de echar un

polvo no de casarte con él. ¡Ah! Me he hecho con otro presupuesto para el suelo,

mucho más ajustado, «laminado, no tarima». Yaaa lo sé. Y se me ha ocurrido que...

—¿Tú conoces un sitio llamado Encuentros? —corto su perorata.

—¿De qué hablas?

—¿Lo conoces o no?

—¿Te refieres al que está por Retiro?

—Lo conoces. Quiero ir, ¿me acompañas?

—¿Te has vuelto loca? Estás hablando de un lugar de intercambio.

—Sí. Tú rehabilitas locales, frecuentas locales de ambiente y este es un «local liberal». Eres un experto en «locales». ¿Cuál es el problema?

—Abigail, es un club de intercambio de parejas, en inglés, *swinging*, y lo primero que hay que hacer para ir es tenerla (pareja, ¿entiendes?), cosa que yo no tengo. Lo segundo es un motivo, no sé... fisgonear, pasar por una crisis existencial, querer despedirte de la vida... A follar, a follar, que el mundo se va a acabar. Y lo tercero, estar salido porque allí solo hay carne a destajo. Olvídate de gente guapa, la mayoría son, aagg, para potar.

—Yo cumplo dos.

—Nena, para tirarte a un tío y vengarte de los cuernos de tu marido no hace

falta acudir a Encuentros. Si no te gusta el osteópata, buscamos a otro.

—Voy a ir me acompañes o no. Supuse que te gustaría guardarme las espaldas.

—Lo que tendría que guardarte es el coño. Cuando esos tíos te vean en bolas no habría lugar donde esconderte.

—¿Has estado o no?

—Un par de veces, pero de risas. —A
Manu le cuesta sincerarse. Daría lo que

fuera por ver su cara—. El sitio es... qué
sé yo... casposo. A la entrada hay una

especie de discoteca ochentera donde te
puedes tomar algo y mirar. Hasta ahí...

te acompaño, no me importa.

—Y detrás de eso, ¿qué? No me creo
que no fueras más allá.

Se hace un silencio interrumpido por su
respiración nasal; se debe a la alergia,

aventuro, no soy quien para sospechar
algo peor. Manu se cuida del sexo, de

las

drogas... de los amores adictivos. Ahora sí, me consta.

—A ver, Abigail, las parejas liberales poseen sus reglas. Para ellos no se trata

de una frivolidad, se lo toman muy en serio. El intercambio lo consideran un antídoto contra el tedio. Optan por estas prácticas desde la convicción, y las defienden a muerte frente a una sociedad anclada en la idea de que amar implica ejercer la posesión sobre el otro. Si lo meditas, la infidelidad es subjetiva, puesto que para cada uno entraña un baremo diferente. A lo mejor para ti es el tonto de mandar mensajes y para otra

mujer, un simple beso; conozco a gente que, si no

existe penetración, no le dan importancia. ¿Cómo va a considerarse infiel

alguien que mientras se lo hace con otra tía su mujer está enfrente y consiente, al

tiempo que a ella se la están metiendo por detrás?

—Esas cosas las juzgo aberrantes. Peor que conejos.

—Somos animales. A veces salvajes, otras domésticos. Esta filosofía es más

sofisticada de lo que parece a priori; los liberales parten de la base de que, para

sostenerse, la pareja necesita variedad sexual y el peligro está en actuar a espaldas del otro. Además, son gregarios, se conocen entre ellos y se protegen de los intrusos. Sucede como en el BDSM, el sadomasoquismo. Les sienta fatal que

se vuelen curiosos para hacer chistes o simplemente chismorrear, como si fuesen

unos bichos raros.

—Manu, ¿tú cómo coño sabes tanto de esto?

De nuevo la misma densa respiración entrecortada.

—Hubo un tiempo en que me acerqué a ese mundo, pero prefiero no abundar en ello.

—Pues no entiendo. Si los homosexuales sois tan promiscuos, ¿para qué necesitáis clubes?

—No acudía a antros gays. Punto.

—¿Ibas a sitios hetero? ¿Con tías?

—Con una.

—Si ibas a lugares de intercambio de pareja junto a una mujer, no sé por qué mierda me pones tantas trabas a mí.

—¡Me cago en la puta! Porque no iba con cualquiera, sino con la mía —
suelta, crispado.

—¿Tú has tenido una pareja femenina?!

Lo que escucho por el auricular no es su respiración, sino un gruñido

exasperado y, en este momento, comprendo lo poco que conozco de él.
Del

Manu de antes, no del que cuelga una bandera multicolor del balcón de su apartamento el Día del Orgullo. No cabe duda de que es el cuerpo el que olvida y el alma la que recuerda.

—Estuve casado con una mujer maravillosa a quien destrocé la vida. No me

lo hagas más difícil.

Llegados a este punto debería compartir con él algo lo que descubrí de ti anoche, para reconducir una conversación que ha destapado demasiadas llagas.

Y se lo cuento. Y me rompo. Y retorno al nudo de dolor de hace unas horas.

—Pues menos mal que no me he
maquillado —apostillo cuando
contemplo

mi rostro en el espejo.

—Ay, nena, seguro que te ves preciosa.
Tú siempre lo estás.

—¡Oh, Dios! Acabo de darme cuenta de
que hace unos años me hubieras

entrado. A lo mejor tu karma sea
desvirgarme en la infidelidad —bromeo.

—Ni de coña.

El analgésico de la risa nos corteja un
bendito rato más.

Apenas pronuncio el nombre de Pedro Reviriego, el *maître* del Club Allard modula la cabeza y me conduce al mejor reservado del local; así lo acredita él.

No digiero bien el servilismo al dinero y le contesto con una involuntaria mirada

de objeción. Debe dar la sensación de que no le he entendido porque aclara de

nuevo:

—El señor Reviriego se encuentra esperándola. ¿Qué desea tomar?

Solicito un agua mineral con una rodaja de limón, para mantener la mente

despejada.

Minutos antes de salir de casa, y tras aprobarme en el espejo —he optado por un traje de chaqueta en lana fría y color crudo, cuyo tejido resulta liviano para estas fechas, pero que me favorece mucho; bajo el *blazer* abrochado asoma el encaje negro de una camiseta lencera y los mismos tacones de vértigo de ayer, sin medias—, he echado un último vistazo al correo. Enseguida he comprobado que Norberto, alias Rober Kincaid, me ha enviado un mensaje de buenos días.

Todo un detalle. Me da que con esa

solícita actitud trata de redimirse de un pasado oscuro, pues percibo su esfuerzo. «Esta vez, sí. Esta vez tiene que funcionar», apuesto a que este es su mantra diario. Justo cuando repasaba los mails ha entrado, fulgurante, un mensaje tuyo: «Si te has despertado con los labios mordidos, confieso que he soñado contigo y ni te imaginas las cosas que te he hecho.» Qué retorcido que me hayas convertido en la amante de tu amante,

que le estés siendo infiel con tu mujer.

Admito que al principio me obsesionaba encontrar una explicación al

sentimiento de vacío y traición y

abandono y de engaño y ausencia que me provocaba saberte infiel, y descubrirme engañada. Lo hacía al tiempo que, tras un exhaustivo examen de conciencia, reconocía no estar enamorada de ti y me convencía de lo saludable que sería gestionar tu traición como una liberación.

Sin embargo, no sucedía así. ¿Y si hubiese ido de farol en mi solitario? ¿Si yo

misma hubiese falseado este razonamiento con tal de defender mi dignidad o mi

orgullo? Cuántas veces argumentamos algo que, en el fondo, en la médula de lo

que somos, no sostendríamos ni por
asomo. Según esto te amo, aunque me

resista a reconocerlo. Pero ¿si tampoco
se tratara de eso? ¿Si estuviera

empaquetando con amor mi necesidad
de ti? Al fin y al cabo, esta es una
sociedad

mal

encarada

con

las

mujeres

solas.

Toda

esa

«cosa que somos que se llama matrimonio»
es un instrumento necesario y, por tanto,

tu pobre presencia defectuosa sería muy
útil para mí.

Pese a todo, el guion de mi vida se
vuelve confuso y no logro esclarecer mi

sufrimiento, ¿sabes por qué? Porque tras
él se encubre un humillante rechazo del

que cuesta reponerse. Cuando un hombre

mira a otra, la prefiere antes que a ti,

aunque solo sea durante ese instante donde clava sus ojos en ella. Cuando coquetea con otra, la escoge frente al resto, y lo hace cuando se la folla en el asiento de atrás de su coche. Lo que me duele es tu rechazo porque durante un minuto, cinco, las dos horas que ocupan una cena en Horcher, una tarde en una

habitación alquilada en un bajo del paseo de las Acacias, o un mes en Chile, tú

has elegido estar con ellas en lugar de conmigo. Dicho desamparo se asemeja al

abandono padecido por un niño al que su madre aleja de ella, mientras toma en brazos al hermano. «No llores, os quiero igual», justificará ella, convencida, pero es imposible.

No existen amores de un rato. Los de verdad rebosan el nombre del otro de rutina.

—¿Te apetecen unas ostras? El chef las prepara exquisitas. Me he adelantado pidiendo alguna cosa, ¿te importa?

—Veo que eres de esa clase de hombre que no compra, decide.

—¿Hay diferencia?

Pedro Reviriego me esperaba en pie, de espaldas a la puerta del privado,

curioseando un cuadro que se sabrá de memoria porque es un cliente habitual; por tanto, se ha parapetado en esa ensayada pose, con una copa en la mano y la otra dentro del bolsillo de su traje a medida, por nerviosismo. Dado su rodaje en

esta clase de distracción, apuesto a que le gusto bastante y mi presencia le intimida. Cuanto más agrada una mujer a un hombre, más patán se muestra él, lo que tiene un cierto poso patético. No obstante, me esfuerzo por tantear algún

atractivo en quien se empeña en servirme una copa de vino, por más que yo insista en que solo deseo agua.

Al pasarme el cristal, descarga una ojeada en mi escote. Seguro que su mujer

no gasta prendas así, y eso que este Versace no es vulgar y cuesta un riñón.
Elena

Dader despide elegancia, y yo juego en otra liga.

He dejado el maletín, el bolso y la carpeta sobre la mesa, pero él ha trasladado

todo a un aparador. Me contraría esa repentina decisión; sin embargo, no he opuesto resistencia.

Ahora bien, su movimiento me obliga a recolocar los míos.

Aseguran que aman

La comida ha derivado en un pulso de seducción entre dos personas que

conocían bien qué estaban haciendo. La ausencia de disimulos relaja porque, en

aparición, los dos buscamos lo mismo. Ninguno engaña ni se da por engañado

—bueno, yo un poco, o mucho; aunque no haciendo uso de ese embaucó

romántico que aspira a enamorar a la persona con el prosaico fin de meterla

en la

cama—. Lo mío es otra cosa. Es arrancarme jirones de piel para sofocar mi rabia.

Que Pedro Reviriego está acostumbrado a conseguir las cosas sin pedir, lo he

comprobado en cuanto me ha besado antes de los postres. Hasta llegar aquí me

ha acariciado las manos —ya sin vendaje y con un mínimo rastro del corte—, el

cuello, los brazos, el mentón, y ha dibujado varias veces el contorno de

mis labios deslizando su dedo índice por ellos. Besa bien, aunque tiende a morder la lengua y eso, entre bocado y bocado, no resulta ortodoxo. Por suerte driblo bien

esta clase de envites carnívoros. Tú también tienes alguno. O tenías, porque ahora nuestros besos se han vuelto lentos y suaves, como si nos diera pudor colarnos en la boca del otro hasta la campanilla.

Diría que es un hombre muy sexual, de los que consume tanta adrenalina en

una sesión de *spinning* como cabalgando a sus amantes, una energía útil para sobrevivir en la apestosa

charca de las altas finanzas. Hoy goza de mejor aspecto que ayer: la mirada más brillante y los labios sonríen la mayor parte del tiempo.

—¿A qué sabes? —me ha preguntado de sopetón. Si suponía que me

intimidaría, iba listo.

—Depende de si te gusta lo salado o lo dulce.

—Esa anatomía tuya da para mucho, ¿no?

—Continentes enteros. Con sus cordilleras, sus ríos, sus playas...

—Dime, ¿en cuánto crees que podrías conseguir un comprador para la sede?

Su prodigiosa habilidad para saltar de un tema a otro me admira, e interpreto

que es su estrategia para trufar una negociación cargada de momentos tensos, con otros livianos que la distiendan. Siempre me ha deslumbrado el comportamiento masculino, capaz de posibilitar un armisticio, después de

haberse intercambiado duros ataques y palabras gruesas, mediante un whisky y

unas cuantas palmadas al hombro. Las mujeres no hemos aprendido de ellos esa

pericia para compartimentar las emociones y solemos llevarnos, dentro del

bolso, los problemas del día y las tensiones con nuestros compañeros.

—Te lo diré en cuanto realice una prospección selectiva entre nuestros potenciales compradores.

—¿Eso cuánto te demoraría?

—Una hora más del tiempo que emplearás en leerte las condiciones del encargo de venta.

—¡Ja, ja, ja! No piensas mover un dedo hasta tenerme amarrado, ¿no es así?

—¿Tú qué crees? —he respondido, mientras con una mano me he

desabrochado los botones de la chaqueta y acomodaba en la otra mi barbilla en

un estudiadísimo gesto.

—Preferiría saber qué puedes hacer con esos dedos, además de pasar las hojas

de un contrato.

Entonces he tomado su mano y he empezado a acariciarla.

—Se me dan muy bien los masajes.

De refilón he echado un vistazo a mi reloj, comprobando que llevamos una

hora juntos y me restan cuarenta y cinco minutos para lograr lo que pretendo —

me había avisado que a las cuatro debe marcharse, pues le aguarda una

videoconferencia—, insuficientes si consiento que la situación divague.

—¿Qué piensas? —recurro a una frase hecha para que se retrate de algún

modo.

—¿Y tú?

¡Mierda! Regatear información a un tipo tan astuto agota, máxime cuando mis

dos objetivos no parecen darse la mano: quedarme con su inmueble y hacerle sufrir como un perro. Me temo que uno de mis dos deseos seguirá dentro de la lámpara. No obstante, y puesto que la vida se teje de elecciones, espolearé al destino y, si a pesar de lo que va a suceder, nos concede la venta de su oficina, genial; si no, aceptaré el sacrificio. Cualquier cosa menos quedarme como el asno de Buridán, indecisa entre los dos montones de heno.

—No pienso, siento —respondo

clavándole la mirada más sensual que soy

capaz de simular—. Si dejase que me dominara lo mental me entristecería... o no

estaría aquí.

—¿Entristecerte?

—Aunque no lo creas soy muy empática, y me afecta todo.

—Lo creo. La explicación que me diste ayer sobre la carga emocional de los

inmuebles me advirtió de ello.

—Sí, reconozco que poseo la habilidad de diagnosticar, asesorar... Hoy llevo

en la mochila un par de pesos... — Suelto la carnada a ver si pica o la deja pasar.

—¿Puedo ayudarte?

Sin dejar de mirarle distiando los labios, aparentando un ligero temblor en ellos.

—Estando aquí lo haces —suspiro antes de seguir—. Alguien muy cercano

tiene problemas con un hijo adolescente. Ya sabes: rebeldía, drogas,

agresividad... y al final el chaval, de una buenísima familia, en un centro de menores...

—¡Buff! Los críos te pueden enredar la vida pero bien.

—Tú lo has dicho. Luego la amiga de una amiga que te cuenta su drama, que

es de lo más vulgar y repetido... Si no estuviera embarazada... qué más daría lo

que hiciera su pareja. «Que mira lo que ha encontrado, mensajes y más

mensajes, que léelos, que qué le aconsejas...» Yo no soy ninguna consejera, Pedro, ni dispongo de una

bola mágica para dilucidar qué se vende y que no.

El tipo me escruta sin discernir hacia dónde se encauza la conversación, y resuelvo que es momento de rematarla.

—Me pesa la responsabilidad de que la gente confíe tanto en mí, pero no sé

decirles que no y me comprometo a echarles una mano o a darles mi opinión.

Ya

ves, en apenas horas, el azar nos echa unas piedras encima y, a cambio, coloca en

nuestro camino un encuentro

providencial. ¿Te he dicho que me gustas mucho,

señor Reviriego? Desde que te vi ayer. Desde que descubrí tu perfil a contraluz

oteando por la ventana. Al girarte, mis tripas brincaron y de qué manera; puedo

asegurarte que no lo hacen así como así.

Él despliega una sonrisa a prueba de ortodoncias y vuelve a acariciarme los labios; esta vez me introduzco el índice en la boca y lo saboreo. De repente un *tac-tac* sobre la puerta y nosotros escondemos las manos, mientras el camarero deposita el servicio de los cafés sobre la mesa. Con disimulo

cotejo la hora y computo treinta minutos de margen.

—¿Los señores desean algo más? —
inquiére el asistente.

—Un armañac, por favor —propone
Pedro Reviriego.

—Que sean dos.

—Me encantan las mujeres que beben
coñac.

En realidad, lo detesto, pero imaginé
que mi elección le satisfaría. Minutos
después me sirve la copa. Apenas me
mojo los labios con el licor, y esta vez
soy yo quien se aproxima a él para

besarle. Me come la boca de una tacada. Es sorprendente no sentir ni frío ni calor. Ayer, al salir de su despacho, me hubiera gustado probar sus besos por curiosidad, en cambio ahora mi cuerpo se ha vuelto

un paraíso perdido capitaneado por una mente que lo quiere todo para ella, y no

permite que asome la sensualidad por ningún sitio.

—Me gusta el cuadro que estabas mirando cuando he entrado —le digo en un

susurro—. ¿Me explicas su significado?

El hombre se pone en pie, extiende su mano reclamando la mía, y nos

acercamos al óleo situado en el lado opuesto al aparador. No atiendo a lo que cuenta sobre él, solo presto atención a su mano bajo mi chaqueta resbalando por mi espalda, arriba y abajo, estimulada por el tacto de la seda. Según aparento interés en la pintura, él retrocede colocándose detrás de mí y, tras retirarme el pelo, empieza a recorrer mi cuello con la lengua, apretándose a mis glúteos.

Quiere asegurarse de que me cercioro de su erección y yo lanzo un profundo suspiro, dándome por enterada.

En esa postura cruza sus manos por mi cintura, agarrándome el pecho entre ellas. Yo insisto en gemir con tal grado de veracidad que parezco una primera actriz. De repente Pedro Reviriego se desliga de mí y se encamina a la puerta, dejándome desconcertada.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—Ahora verás —aclara, según articula unos botones en la pared que bajan las persianas y decrecen la intensidad de los focos.

—¡No! Quiero ver tus ojos —protesto, alarmada. No puedo tolerar que nos

quedemos a oscuras porque eso obstaculizaría mi plan—. Además, no me trates

como a las demás. Yo no me parezco a ellas.

El hombre esboza una sonrisa nerviosa mientras repone las luces y da un par

de vueltas al cerrojo interior del reservado.

—No lo hago. En este momento siento que eres la única mujer en este

planeta.

Cuando se desprende de la chaqueta

decido secundarle, y la deposito encima del bolso y la carpeta. A continuación, me apoyo sobre el aparador y él empieza

a bajarme los tirantes de la blusa. Una vez que la tela alcanza mi cintura, libero

los brazos facilitando que se deslice a lo largo de la falda hasta llegar al suelo,

donde forma un círculo en torno a mis zapatos que quedan dentro de una prisión

de satén. Sus dedos recorren mi escote, los bordes del sujetador elegido

exprofeso —se trata de un diseño negro de La Perla que tú me regalaste;

observarlo acariciado por otro hombre comporta un siniestro placer—, la línea que une su encaje a mi ombligo. Siento cómo se eriza mi vello, pero no de éxtasis, sino debido a esa postración que suele extenuarme tras comer. Creo que me quedaría dormida con su lengua dentro. Pedro Reviriego destensa con pericia

los corchetes de mi ropa interior para quitarme el sujetador y, acto seguido, punzarme los pezones entre las yemas de sus dedos.

—Me encantan tus tetas —suspira a mi

oído—. Son aún mejor de lo que esperaba.

No sé qué se supone que debería seguir a su reconocimiento: «Oh, sí,

chúpamelas», o quizás algo más cursi tipo: «Llevan una vida esperándote.» O

más ramplón, en la línea de: «Ya te pueden gustar, tío, me costaron una pasta.»

Opto por suspirar, dado que el anhelo me brota con bastante realismo, y él pasea

su lengua por ellas como si saboreara un

helado, mientras continúo impertérrita.

No siento nada, ni el más mínimo cosquilleo. Será una cuestión epidérmica

porque lo normal es que me excitara, aunque fuese un acto reflejo. Temo que mi

impostura me delate en cuanto decida bajar la cremallera y, tras acariciarme el culo, introduzca sus dedos bajo mi braga para comprobar que mi vagina es un secarral. Según recreo la escena en mi imaginación, se me escapa una risilla inconsciente que le descoloca.

—¿Qué te pasa, Guadalupe?

Por un instante había olvidado que me oculto tras el nombre de mi socia.

—Me vuelves loca, pero... también me haces cosquillas —me justifico,

sintiéndome francamente ridícula.

—Entonces será cuestión de mudar mi objetivo.

Presiento que va hacer justo lo que me temía. Como medida disuasoria

conduzco mi mano a su bragueta, pero él me gira con brusquedad, me empotra

contra el mueble, y empieza a subirme la falda. Ahora sé que está dispuesto a

todo, por tanto debo actuar ya.

—¡Espera! Necesito... tengo la menstruación... —miento.

—No me importa, ¿no ves cómo me pones? Llevo deseando esto desde ayer.

Anoche me masturbé pensando en ti...
Oh, cómo me gustas...

—Déjame ir al baño. Tengo que asearme.

—No hace falta, me gusta follar de todas formas.

—A mí, no —replico violenta—. Por favor, es un instante.

—¡Calla y disfruta, tía!

El tipo me agarra las muñecas con unos dedos tan recios como grilletes,

mientras se restriega exaltado contra mis nalgas y presiona mi espalda hacia abajo para lograr que me doble por la cintura. Si no me suelta de inmediato toda mi estrategia carecerá de sentido.

—Me siento mal... Necesito... quitarme el tampón.

—Yo te lo extraigo, no sería el primero ni el último.

—¡Oh, no! Qué... desagradable... Soy pudorosa... Por favor, se trata de dos

minutos —imploro, desesperada. Solo me falta llorar.

Finalmente, Pedro Reviriego resopla su enfado, y destensa la presión de sus manos con un «¡Está bien! Vete al baño, anda», bastante grosero. Si diese gusto a mi cuerpo, le partiría la cara en dos. Emplearía la botella de coñac para reventarle los sesos y patearía su estómago hasta que vomitara las tripas por la boca. Tras el elegante traje de marca se acoraza un agresivo hijo de puta, un buitre, pura carroña misógina para quien la mujer representa un objeto de consumo. Resulta difícil no sentir piedad por su esposa, e incluso llego a entender que Elena Dader cayera en tus

redes. «Gracias por ese *charme* de hombre detallista que despliegas siempre conmigo», la frase de uno de sus mails cobra una dimensión inusitada, y por esa solidaridad que a veces alumbramos las

mujeres no puedo menos que compadecerla.

Recupero el top del suelo, y tengo la desfachatez de colgárselo de ese mástil

con el que me apunta tras bajarse la bragueta, reprimiendo mis ganas de

hacérselo picadillo. Con nervios de acero cojo la chaqueta y deslizo, disimulada,

la carpeta por encima del aparador hasta su borde. Tras abotonarme la prenda me aproximó a su boca, al tiempo que mi mano izquierda extrae unos centímetros de

la carpeta los folios que he impreso antes de venir aquí, y arrastrando el bolso por encima de ella la precipita al vacío según me encamino rapidísimo a la puerta.

—¡Vaya! Jolín, todos los papeles por el suelo. El dossier de la agencia, los correos de mi amiga... Y estaban ordenadísimos, ¡buah!

—Ve al baño, yo lo recojo —apunta él.

—¿Seguro? Dios, estoy tan excitada que... que no me entero de nada. Creo

que los correos iban delante... ¿o era detrás? Imposible recordarlo. Guárdalos como tú veas. ¡Ahora vuelvo! No se te ocurra escapar de mí, chico guapo.

¿Entendido?

Cierro la puerta escuchando su risa bufá,
un estúpido soniquete complaciente

y narcisista, porque, al igual que tantos
hombres, Pedro Reviriego es muy

receptivo a los halagos.

Una vez en el baño tomo conciencia real

de lo que estoy emprendiendo y todo
alrededor empieza a desteñirse.

Cada estrella caduca

Siete minutos después cruzo de nuevo la puerta del reservado.

No seis, ni ocho, siete. Los he cronometrado. El siete es un número

cabalístico y necesito su favor. El de Ruth, llámame Siete, allá donde se encuentre. En siete minutos Pedro Reviriego habrá tenido que metabolizar lo que acaba de descubrir en los papeles que archivaba en mi carpeta y que, como pronostiqué, al caer quedaron a la vista. Cruzo los dedos para que en su

despreciable naturaleza descuelle la curiosidad necesaria para fijarse en varios mails, remitidos desde unas direcciones de correo que le resultarán familiares en una simple ojeada — edader@farmacia.ucm.es y elena.d.t.@yahoo.es—. Para

evitar que pasaran inadvertidos los he copiado en una fuente de mayor tamaño y

los he manipulado, cambiando el nombre de Fernando Salmerón por el de Raúl

Gómez Lara y añadiendo también la dirección que usabas con esta identidad. Por

precaución.

En cuanto selle la hoja de madera sabré qué ha sucedido, y cómo debo de responder para seguir hilando mi mentira. Así me lleve al infinito.

—Aquí estoy. Mmmm, me muero por hacerlo contigo —termino de hablar y

me topo con una frialdad espeluznante —. ¿Pasa algo?

Ni siquiera se esfuerza por esbozar una sonrisa, una cínica sonrisa que me exija explicaciones. Acaba de llevarse un mazazo; no tiene el cuerpo para fiestas.

Su erección se ha esfumado mientras se

encaja la chaqueta. Chequeo a mi

alrededor dónde está la carpeta, y la veo sobre el aparador. Sin pronunciar palabra toma la copa de balón, apurando su líquido de un trago.

Yo avanzo hacia él, disfrazada de consternación.

—Pedro, ¿estás bien? Me preocupas.

Suavemente agarro su brazo y él me propina un empujón que me arroja hacia

la pared. Me ha descubierto. Aterrada, recupero mi blusa del suelo y no sé cómo

ponérmela sin sentirme a la intemperie.

—Perdón, perdón, Guadalupe. Lo siento, no... no he pensado lo que hacía.

Estoy... bastante descolocado. Ha... ha habido un problema en el despacho. Me han llamado justo cuando has salido. Un... —se nota que improvisa sin acertar con el pretexto adecuado— ... un accidente en una filial... fuera de España.

Terrible, dantesco. Me tengo que ir.

Colmo mis pulmones de un aire que distribuye átomos de paz a cada una de

mis células. Creo que voy a arrancar a llorar, pero de alegría. Al parecer no solo

no sospecha de mí, sino que, dada su actitud, no podía concebir que su mujer mantuviese otra relación. No este *affaire* contigo, Fernando, cualquiera en cualquier momento del tiempo o del espacio. El hombre que se da de bruces con la confirmación de lo que ya intuía trata de vengarse de inmediato, no se hunde.

Al contrario, me hubiera incrustado contra el aparador y me hubiese follado sin

contemplaciones. Sin embargo, está

desolado. Se ha llevado la GRAN

DECEPCIÓN . Un engaño urdido mediante una sarta de traiciones que, como perlas, su mujer exhibe del cuello para su escarnio. Los Pedros Reviriegos del mundo, los hombres que ostentan mujeres trofeo, no soportan que ellas se aficionen a lo que ellos consumen con menos prejuicios que si fueran pipas.

En realidad no me importa si ha recelado de mí, si presume que he ideado el

golpe a su escroto o se trata de una agria jugarreta del destino, porque he ganado

y mi triunfo pasa por haber introducido

la desconfianza en su matrimonio. A partir de aquí Pedro y Elena nunca serán los mismos, incluso en el supuesto de que él preserve lo que ha descubierto en «el cajón de las cosas que nunca se cuentan». Incluso si esta noche durante la cena, como si tal cosa, pregunta a su mujer «¿Qué tal en el laboratorio?», o la tantea e inquiere «Hoy te noto distinta.

¿Has ido a la peluquería? ¿Tenías algo... especial?», ahí tampoco serán los mismos. No lo serán si decide confesar que lo sabe, que ha averiguado que comparte con alguien más el templo de su pubis. Jamás regresarán a esa esponjosa pradera donde la traición era un sustantivo desterrado. En adelante,

Pedro Reviriego tendrá que acostumbrarse a dejar sitio en su cama al miedo, que asomará como un morboso mirón, un *vouyer* manipulador y castrante, para recordarle que la seguridad no existe. Entonces él mismo, con sus nada inocentes manos, aniquilará al animal doméstico, afilará sus garras, y la depredación será su estado natural.

Acaba de descubrir mis lágrimas, y una sombra de ternura pasa rápido por sus manos: toma mi mentón entre ellas, como lo haría ese familiar del que siempre

te escabulles, y me besa a vuela pluma.

—Normalmente soy buen cumplidor. Siento que hayamos terminado así —

mientras marca el teléfono—. ¿Está en la puerta? Salgo entonces.

Constato que habla con su conductor.

—Cuando me marche, espera un par de minutos y luego abandona tú el

restaurante, ¿de acuerdo? Por discreción.

Es el estricto protocolo de la conquista sin obligaciones: el hombre se marcha

primero, rehuyendo ser vistos juntos en público.

Finjo un aliño de menoscabo, ofensa y vergüenza, a medida que él se

encamina a la puerta. Desde allí me contempla inmovible, obligado a realizar

un brindis al sol.

—Respecto a lo de la oficina, me lo pensaré. Y si acaso, ya se pondrá en contacto contigo mi secretaria. ¿De acuerdo? —Después desaparece.

Sabía que el genio de la lámpara solo podría concederme un deseo.

—¿No vienes demasiado fresca para la tarde que se está poniendo? —

pregunta Lupe cuando me ve entrar en su despacho.

—Por la mañana lucía un sol a rabiar.

—Marzo es el mes más esquivo del calendario. No hay quien se fie de él.

—Como de los hombres.

Mi socia eleva la vista de una colección de fotografías de pisos ruinosos para

fijarla en mí.

—O de las mujeres —pronuncia con

sorna—. ¿Qué haces tan guapa hoy? ¿Te has mirado al espejo? Pareces otra.

—He cerrado la venta del ático de Caballero de Gracia —suelto por desviar la

atención.

—¡Ah! Entonces lo entiendo.
¡Enhorabuena!

Extiende la palma de la mano y las chocamos en el aire; me sabe mal

manipularla, pero me consuela que en el baremo de mis mentiras esta sea una fruslería. En adelante repasamos las

nuevas entradas, tasamos alguna, dejamos algún inmueble para una valoración in situ, y nos lamentamos de la cerrazón de Micaela Pellejero al negarse a abandonar el edificio. Que se haya revelado literalmente una bruja, pertrechada por una escoba y su baraja del Tarot, de eso no hablamos. Mejor me lo guardo para otra ocasión.

—Lía —comento a la recepcionista al volver sobre mis pasos—. ¿Te acuerdas del asunto del señor Reviriego? No ha salido porque, en el fondo, no estaban por

la labor de desprenderse del inmueble. Así que nos olvidamos. Si por

casualidad

un día contactan con nosotras, me lo cuentas a mí y Santas Pascuas.

—No siempre se logra todo. Lupe y tú sois las mejores. Vendrán más

oportunidades, ya verás.

—¡Seguro! —observo a la chica ordenando correspondencia al tiempo que

me atiende—. Lía... ¿a ti te gustaría pasarte al lado oscuro?

—¿Te refieres a ser una agente?

—Por ejemplo.

—Nada me gustaría más.

—Ok, hablaremos. Ahora... a trabajar.

—Claro. Por cierto, te he dejado un paquete encima de la mesa. Es del servicio de mensajería.

«No siempre se logra todo», la sabiduría de una chavala de poco más de

veinte años agita mis meninges. En efecto hubiera sido formidable que Pedro Reviriego me hubiera encomendado la venta de su oficina,

pero en un orden de prioridades el placer de mi venganza es mayor. En esta guerra acabo de

incardinarme «mariscal de campo», y procedo al recuento de las bajas enemigas:

Ruth, llámame Siete, Elena Dader y su marido. Incluso las desconfianzas de Mariana han quedado desinfladas gracias a mi sarcasmo.

Al entrar en mi despacho, enseguida identifico el paquete. Conozco lo que contiene. Considerando mis espartanos horarios y la dificultad de encontrar por

mi cuenta la ubicación de ese cementerio de batidoras y cachivaches varios, ayer

envié un mensajero en busca del teléfono de carcasa granate. «Si lo pagas tú, perfecto», advirtió el hacker, a quien tuve que convencer para que lo embalara, porque, según él, esa tarea también costaba dinero. Carezco de práctica para comparar su trabajo con otros de igual calado, pero me parece un atinado negociante.

Cierro la puerta a fin de desenvolverlo con libertad. Una vez lo tengo entre mis manos, no podría asegurar que esa no es la pantalla original; no obstante, adivino

las reservas que levantaría en alguien escrupuloso. Conclusión: el móvil sí resulta útil para averiguar qué guarda, pero no para dejarlo en tu escritorio porque su manipulación se aprecia en una detallada inspección ocular.

Del fondo de mi bolso rescato el móvil que he empleado con Pedro Reviriego.

Solo ha tenido un uso: recibir su mensaje de ayer y otro de hoy, pasadas las trece

horas, confirmando la comida. Rastreo alguna actividad nueva en él, acaso un mensaje suyo reiterando sus disculpas, confiándome su inmueble, obsequiándome otra docena de ostras,

una segunda oportunidad, amor eterno,
una cuchillada por la espalda... Pero no.
De hecho podría deshacerme de la
tarjeta, arrojándola como la de Ruth por
una alcantarilla, que no perdería nada.

La retiro del móvil y la introduzco
dentro del teléfono granate mientras se
carga

en la red. Unos minutos y sabré si
conserva algo grabado y de qué se trata.

Solo tres mensajes y varias llamadas
enviadas el día antes de tu viaje. Ese es
su famélico resultado.

Viernes 18 de febrero 12.36. *Si tendría que sentirme liberado, ¿a qué se deben los remordimientos? Me esfuerzo, pero no me entiendo.*

Viernes 18 de febrero 23.30. *Tengo miedo. Es una sensación extrañamente fría y viscosa. Quisiera hablar contigo, lo necesito. No sé cómo hacerlo.*

Sábado 19 de febrero 14.20. *Las cartas están repartidas y el fuego ya ha empezado. ¿Algún día podré agradecerte?*

Crípticos, turbadores. Incómodos. Me habías acostumbrado a tu danza de

seducción y este hallazgo me ha desubicado. Durante unos minutos fijo mi

atención en las letras, gravitando en torno a cada palabra como si preservaran recónditos significados, hasta que me digo que son las cifras las que deben ayudarme a desentrañar estos mensajes. Para ello analizo esa secuencia numérica que, repentinamente, destapa un orden interno, una lógica tan aplastante como familiar: 629 92 29... ¡Dios mío, yo conozco este número!

A continuación empiezo a revisar mis contactos por la letra «A», examinando número a número, en una tarea que

podría requerir horas. Nerviosísima,
sacudo

la cabeza, como en esos dibujos
animados en los que se escucha un
campanilleo

a fin de que el personaje espabile.
«Despierta, Abigail, seguro que la
explicación

la tienes frente a ti y no la estás viendo»,
me digo, hasta que un presentimiento

me hiela la sangre. Entonces elijo un
nombre, *su nombre*, pulso la tecla y
confronto ambos teléfonos.

De improvviso el suelo se rasga y mis

pies permanecen al borde de una de las
simas, y ella se ubica al otro lado, y
daría lo que fuera por que mi mano la
empujara risco abajo; sin embargo, no la
alcanzo. Nos separan pocos metros que
resultan, en la práctica, la Vía Láctea, y
ella me sonrío, con sus rizos flameando
al viento y esa cara de ángel cuya
bondad yo no reproduciría ni en mil
reencarnaciones, y se encoje de hombros
insinuándome que la vida es arbitraria,
y que ninguna de las dos la ha inventado.
No sé ni cómo soy capaz de poner en
marcha el ordenador, y después de

seleccionar en Itunes el primer archivo musical que me sale al paso disparar su

volumen al máximo, y entonces sí... Gritar. Escupir un desgarró por el que se me

esfuma el alma.

Tú no, Julia. Tú no podías traicionarme de este modo.

39

La tristeza no alcanza

He tenido que remover el despacho entero para encontrar algo que calmara mi

ansiedad. En el botiquín he dado con un relajante muscular, que probablemente

estuviera caducado, y con un mejunje de homeopatía del que he ingerido varios

sorbos. Cuando Lupe ha golpeado la puerta para comunicarme que se marchaba,

me sentía peor que borracha.

—Deberías marcharte, se te ve cansada.

—He querido pegar un empujón a unos informes —he respondido,

ejercitando a duras penas el trapo de mi lengua—. Vete, cierro yo.

No la mentía, he estado escribiendo. Necesitaba mantenerme ocupada hasta

que Julia volviese del trabajo, calculando que nunca lo hace antes de las siete, siete y media, pues asiste a cursos y seminarios por la tarde. También evitaba pasarme antes por casa. Ver a mi hijo, refrescar en sus ojos esas

imágenes donde ella lo abrazaba ensayando su papel de «tía postiza» mientras se tiraba a mi marido, es imposible de digerir. He desembuchado en unos cuantos folios lo que debería soltarle cara a cara, porque desconfío de poder articular algo congruente.

A las 19.10 he enviado un mensaje. «¿Estás en casa? Necesito pasarme para comentarte una cosa?» Corto, conciso, ni compadreado con ella ni

anticipándome a lo que le espera. «En treinta minutos. ¿Quieres que vayamos a cenar? Yamir y yo hemos descubierto un hindú de los de verdad.» He podido

juntar fuerzas antes de iniciar la aproximación, pero no me da la vida para una charla insustancial. Ella insiste con una secuencia de «??????», a lo que

respondo «Me siento agotada. Mejor no». «Ya te convenceremos, cielo. Te

espero, voy calentando agua para una infusión», es su punto final a este suplicio.

—¡Qué guapa! Me encanta verte así. La ropa de la tienda del otro día no te pegaba nada —suelta Julia invitándome a entrar. La frivolidad del comentario me debilita y mis piernas vibran tratando de ampararme en este terremoto.

Cinco pasos y desembocamos en su salón, aunque no contaba con la

presencia de Yamir en él. Está rodeado de libros que exhiben en sus páginas hermosas ilustraciones de pinturas antiguas. Quiero que se esfume, aunque soy incapaz de pedírselo. Creo que voy a desmayarme.

—Estás helada, Abigail —aprecia Julia—. El traje es precioso pero no te abriga nada y el tiempo...

—Esta mañana hacía sol —aclaro cortante.

Esta mañana mi lucha era otra. Esta

mañana te tenía por una aliada, ahora te has erigido en mi enemiga. Julia es demasiado perspicaz como para no discernir

que sucede algo.

—Amor, ¿sería posible que continuaras tu trabajo en el dormitorio? Así Abi y yo estaremos más tranquilas.

— *Great!* !7 —pronuncia él, presuroso a recoger sus libros.

Acabo de darme cuenta de que no le he saludado y hago esa pantomima de

juntar las manos y declarar «Namasté», a lo que Yamir corresponde igual.

— *Love you so much. She doesn't look good* 8 —susurra Julia mientras le acompaña a la alcoba.

Supone que no he escuchado, o que no la he entendido; sin embargo, el

sufrimiento dota de una sagacidad brutal. Acto seguido abandono el móvil

granate sobre la mesa con el último de tus mensajes capturado en la pantalla, de

modo que cuando ella se acerca clava su visión sobre él. En un segundo se le atraganta la vida.

—¿Por qué Julia? ¿Por qué tú?

Conduciendo hacia aquí he practicado mis primeras frases y desde luego no

había previsto empezar con estas preguntas.

—No es lo que tú crees, Abigail.

Una carcajada dinamita en mi boca tras ascender desde alguna zona

fracturada de mi cuerpo. O quizá toda yo sea un cristal hecho añicos al que un

simple soplido desparramará en pedazos.

—Válgame Dios, ¿cómo eres tan estúpida de esgrimir lo mismo que te

sueltan en tus consultas? «No es lo que tú piensas. Estás equivocada. Esos indicios no me incriminan. No me meto nada. No follo con niños. No pego a mi mujer. No...»

—¿Nos podemos sentar? Es momento de que sepas algunas cosas.

Lo hago no porque ella lo sugiera, sino porque necesito sujetarme para

mantenerme en equilibrio. Entonces evidencio que estamos repitiendo la postura

del día en que la visité con el mail de Orquídea Negra entre las manos. Y la misma de la noche en que le mostré la foto de esa mujer, supongo que sevillana, de cuyo rastro no me he vuelto a ocupar. Igual que en un bucle kármico retorno

una y otra vez a un idéntico escenario de devastación, ignorando qué enseñanza obtener de él.

—¡Eres una zorra! —Tampoco había ensayado esto—. Una grandísima hija

de perra, manipuladora y cínica, vendida a una puta polla. ¿No tenías otra que echarte al coño más que la de mi

marido?

—Cálmate, por favor, no sabes lo que dices.

—¿Escuece, verdad? Hipócrita, artera de mierda.

—¡Basta ya! Abigail, estás perdiendo la razón. Te advertí que ibas a

enloquecer si no parabas. Que esperaras a su vuelta, que Fernando aclararía todo

pero tú, erre que erre, has seguido indagando como quien rebusca en un

estercolero el origen del universo. Jamás me he acostado con él si es lo que

te preocupa. Jamás me ha besado, ni me ha deseado, ni lo he hecho yo... ¡Nunca!

Joder, ¿cómo puedes siquiera pensarlo?

Tú y yo somos amigas. Hermanas de

vida, llevamos años declarándonoslo hasta la saciedad. Sostenemos un pacto de

protección mutua. De amor. ¿No te figuras que si hubiera reconocido que sentía

lo más mínimo por Fernando te lo hubiera confesado, y acto seguido me hubiera

distanciado de vosotros?

—Tus palabras carecen de valor. Esto es lo único que importa —replico

cogiendo el móvil—. Viernes 18 de febrero, a las once y media de la noche:

«Tengo miedo. Es una sensación extrañamente fría y viscosa. Quisiera hablar contigo, lo necesito. No sé cómo hacerlo», te escribió mi marido en el instante en que debía estar en la cama conmigo porque al día siguiente se marchaba un

mes entero de viaje. Sábado 19 de febrero a las dos y media, mientras daba de

comer a su hijo: «Las cartas están

repartidas y el juego ya ha empezado.
¿Algún

día podré agradecerte?», y le quedaban horas para embarcar. ¿Agradecerte el qué, Julia? Que se la comas mejor que yo. Que le aguantes sus neuras, que...

—Me resisto a creer que estés tan desesperada por una infidelidad física.

Tiene que haber más. Es cierto que siempre he advertido que la tuya es una personalidad muy masculina, pero ¿tanto como para traducir la deslealtad a un mero intercambio gonadal? ¿Para ti el amor es esa clase de posesión primaria, tan arcaica?

—¿Una? Se ha tirado al verbo «follar». Y no me psicoanalices porque no respondo de mis reacciones.

—Adelante. Demos la bienvenida a lo peor de ti. ¿Quieres... ponerte a romper cosas? ¿Deseas agredirme? ¿Herirte a ti misma? ¿Comportarte como una adolescente subyugada a las hormonas?

Qué tristeza que nos esté sucediendo ESTO, que las protagonistas de semejante ruindad seamos nosotras.

—Confírmame algo: trataste de

deshacerte de él, ¿a que sí? Del teléfono. El

sábado que estuviste en casa e hiciste el teatrillo de lastimarte en la mano, fue una treta para disuadirme, ¿verdad? Necesitabas que yo no accediese al contenido del móvil porque sabías que este era por el que hablabais los dos.

¿Dónde está su tarjeta? ¿La cogiste tú?

Hace un rato, además de redactar unos argumentos que soy incapaz de

empuñar ahora porque me doblega la víscera he repasado los últimos encuentros

con Julia y así han adquirido sentido alguna de sus reacciones, que en su día no

terminé de interpretar. Ella incide en que no existe una única realidad y su tesis,

sin pretenderlo, me ha ayudado a vislumbrar la verdad. Yo solo veía la punta del

iceberg, la cara dulce de la amiga incondicional; sin embargo, bajo el agua helada se escondía su infamia.

—Cogí todas menos la de un móvil negro que encontré vacío —responde con

inusitada calma—. Cuando me cercioré de que nada te pararía, traté de

protegerte. Sabía que si destruía los teléfonos me desenmascararías de

inmediato, así que los lancé contra el suelo y solo propiné un taconazo a este, al

que compruebo que has restaurado. Me llevé las tarjetas porque era la única manera de apartarte de cosas que te dañarían enormemente.

—¿A mí? ¿Me cuidabas a mí, dices? Qué sinvergüenza. Eres mezquina. Te

salvaguardabas tú.

—Estás equivocada. Hubiera tratado por todos los medios de que no te

enteraras de sus mentiras. Sí, yo estaba al tanto de esa ficción donde Fernando malvive porque la suya es una existencia fracturada. Al final me he convertido en su encubridora, sin buscarlo. Ese es mi pecado. Un enorme, gigantesco dolor, en el que se hunde cada vez más. En cambio tú has permanecido a espaldas de

ello porque así lo ha decidido él. En el fondo está tan loco de amor por ti que no

permite que conozcas sus fracasos. Ninguna de sus cuchilladas. Bastante tienes

con trabajar y sostener a la familia, como explica él y tú deslizas en cuanto encuentras ocasión. Fernando está enfermo, Abigail, y esa inflexibilidad tuya no le ayuda. Me atrevo a valorar, y no te lo tomes a mal, que nunca le has entendido. Has menospreciado su sensibilidad, su creatividad, has desdeñado una fragilidad que lo convierte en un ser especial. Por el contrario te has empeñado en construir un hombre a tu antojo. Desde niño Fernando ha padecido la castración de una madre, y luego ha tenido que mal gestionar la de su propia

mujer. ¿No te has dado cuenta de todo esto conviviendo con él? ¿Para qué te

sirvieron cinco años de carrera?

—¿Un hombre castrado? ¿Un enfermo?

—repito irónica—. No me jodas.

—Lo es. Utiliza la diagnosis que mejor se acomode: adicción al sexo.

Erotomanía, trastorno ansioso-depresivo... Nula autoestima.

—¿Ahora follar con quien no es tu esposa se llama erotomanía?

—Síndrome de Clérambault. ¿No fuiste ese día a clase o qué?

Cómo escuece que Julia vuelque en palabras mis peores pesadillas, que se

afane por destapar el velo de la duda, abonando la sospecha de que tu

comportamiento, Fernando, desborda los límites de una óptima salud mental. No

obstante, soy tu esposa, no tu médico. Aunque tenga razón, aunque ratificara sus

teorías el más estricto de los tribunales científicos, yo seguiría odiándote.

Mi amiga —no sé si debo seguir refiriéndome a ella de este modo— acaba de

levantarse hacia esa cocinita de juguete donde elabora recetas macrobióticas y

urde mentiras contra mí.

—¿Quieres una infusión? —sondea desde el otro lado del mostrador de obra que linda ambos espacios.

—¡Métete en el culo tus aguachirris! —grito.

Miro hacia la puerta del dormitorio por si aparece Yamir, el Salvador, resuelto a proteger a su chica de mi cólera, pero está amaestrado. Y ella sigue

hablándome como si mis impropiedades resbalaran por una sebosa prenda invisible

que la protege de las agresiones.

—Le advertí que yo no podía convertirme en su terapeuta. Estoy demasiado

implicada en vuestra relación y un caso como el suyo no es mi especialidad. Sin

embargo, mientras buscábamos la cooperación del psicólogo adecuado, acepté el

riesgo. No fue muy profesional por mi parte, lo confieso, aparte de que

enseguida comprendí la dificultad de establecer límites cuando existe tanta

complicidad. Por eso el teléfono era un modo de diferenciar las conversaciones,

aunque en la práctica se transformó en un cordón umbilical muy pernicioso.

—No te soporto con ese tono de marisabidilla. Me das asco. Ni siquiera sé qué coño hago aquí sentada en lugar de partirte la cara.

Julia cruza los brazos sobre la barra y advierte con esa clase de calma que no parece humana y siempre he envidiado:

—Me vas a escuchar, Abigail. Aunque sea lo último que hagamos juntas.

Aunque después te esfumes para siempre. Todos somos fiadores, no ya de nuestros actos, sino de los que suscriben quienes nos rodean. La interacción entre los individuos no se vehicula a través de un vulgar polvo, sino en el modo en que la impronta de cada uno influye y cambia a los demás. Porque las alas de nuestra mariposa no se agitan sin consecuencias. Desatan tempestades que juzgamos circunstanciales e involuntarias, pero de las que somos, en gran medida, culpables.

7 Genial.

8 Te quiero mucho. No la veo bien.

40

La que busca y no encuentra

La de hoy es una noche árida en una ciudad inusualmente dormida, cuyo

desamparo me estremece mientras tomo la calle Bailén antes de enfilarse en

dirección a la A-6. Poco antes de la bifurcación con el paseo del Pintor Rosales,

de repente perpetro un giro prohibido a mi izquierda. No busques una lógica a

esto. Algunos impulsos nacen en el subconsciente.

Transcurridos pocos metros de una calle cuyo nombre desconozco, lo hallo en

una de esas placas que el Ayuntamiento clava sobre una barra de hierro en la acera. La vía Profesor Martín Almagro Basch ciñe en un círculo el perímetro del Templo de Debod y laurea al arqueólogo encargado de recuperar para Madrid la

reliquia egipcia dedicada a Amón e Isis. Siempre he mostrado indiferencia por este monumento y lo mismo las deidades me han atraído hacia él para resarcirles de mi contumaz desprecio. Pero no son

horas de homenajes ni de cultos. Ya no

queda una iglesia abierta y por la capital
campa a sus anchas el diablo de la
medianoche.

Un enjambre de pinos a mi derecha
compacta la vegetación de una cuesta

ascendente, y a mi izquierda se
arraciman las copas del mismo parque,
abierto en

canal por culpa del asfalto. Reduzco la
marcha en una única dirección con
hileras de coches estacionados a ambos
lados. De haber sido fumadora, esta es
una de esas ocasiones que merecerían
saborear el humo de un pitillo. La

temperatura tibia, un cielo cuajado de constelaciones. La primavera en ciernes.

El silencio. Tú fumaste hasta mi embarazo y me sorprendió la facilidad con la que te desprendiste del hábito, demostrando una fortalecida voluntad. Por eso me resisto a aprobar las tesis de Julia sobre una personalidad débil, con tendencia a

colgarte de cualquier aliciente que te abstraiga de tu «miserable» vida.

—¿Cuándo empezó?

—¿Qué más dará cuándo lo hizo?

—Necesito saberlo —he insistido en

uno de los pocos momentos de sosiego

de una conversación que nos ha consumido a las dos—. Quiero determinar el momento en que se rompió mi matrimonio.

—Suponiendo que lo des por finiquitado, es difícil etiquetar con fecha y hora

una ruptura. Un comportamiento como el de Fernando deviene tras un lento

proceso de desgaste, a raíz de una suma de frustraciones que van minando la entereza psicológica del individuo.

—Como me contestes recitándome el

manual me levanto y me voy. ¿Tú

cuándo te enteraste?

—No debería responder a eso. Se trata de información confidencial.

—En qué quedamos. ¿Era o no era tu paciente?

—Desde la ortodoxia, no. No con la periodicidad ni el protocolo de una consulta; sin embargo, ya te he contado que a través de ese teléfono

manteníamos un contacto cercano a la relación terapeuta-paciente. Soy

consciente de mi error. Nunca debí haberme dejado convencer, pero conoces a Fernando cuando quiere algo.

—Veo que tú muy bien.

—¡Para, eh! Por ahí no avanzamos.

Mis casi cuatro horas en su casa no han discurrido por un manso cauce. Han

estado salpicadas de saltos, remolinos, de secos meandros, de turbulencias en el

fondo, de arcillas y limos mezclados con el agua formando un barrillo inmundo;

de engañosa y traicionera espuma. Una charla de la que rememoro, minutos

después, los retazos que más me han calado. Los que se han infiltrado hasta el tuétano.

—Me acuerdo que le notaba decaído, y empecé a sondearle sin imaginarme

adónde me llevaría esa indagación. Deduje que habría sufrido otro desengaño laboral y que esta vez tocaba fondo. Sucedió la primavera pasada.

—¿Antes o después de las fotos que encontré?

—Después. Aquello no significó nada. Dio con la chica en Internet; ella le invitó a la Feria de Abril y poco más.

—No me digas «poco más» como si follar fuera tomarse un bocadillo y

defecarlo al rato. Tú has visto la foto, Julia. Aquí mismo, en este sofá. Has visto

cómo se miraban al besarse, joder. No me mientas. Más no.

—Por favor, no te dejes engañar por una fotografía. Todos fingimos en ellas,

ponemos cara de felicidad, abrazamos a quien tenemos al lado... Una cría como

esa le dura una tarde a Fernando.

—¿Tú qué sabes de ella? ¿Quién era?

¿Cómo se llamaba?

—Da lo mismo.

—¡Que me lo digas! —insisto, agresiva.

—No lo sé, en serio. No pienso alimentar tu neurosis, porque eso es lo que significaría recomponer cada uno de los pasos de Fernando. Ni voy a dejarme extorsionar emocionalmente por ti. Si quieres continuar, ten claro que manejaré la información que te conviene conocer. La otra, la superflua, solo te lastimaría,

y no pondrías el foco en lo importante. Al final harás lo que estimes oportuno, lo

que te dicte tu corazón: transigiréis con vuestro matrimonio u os divorciaréis.

Pero para esa decisión no es importante saber si se llamaba Carmen o María, si tenía veinticinco o treinta años. Si practicaron el misionero o el perrito.

En ese punto se levantó para recalentar la tetera y bruscamente me sentí

desamparada, como una niña cuya madre le suelta la mano en mitad de un

mercado. La niña, anhelante, escudriña las piernas de las mujeres a su alrededor

persiguiendo las de su madre, pero no

ve señal de ellas, ni del vaporoso
vestido

moteado de flores que se puso esa
mañana y con él que le parece la más
hermosa

del mundo. La niña necesita tanto el
calor de esa mano, el fiel al que asirse,
que

agarra la de la primera mujer que
encuentra, y camina junto a ella unos
metros.

Aferrada a una desconocida que ni
siquiera le pregunta su nombre o qué le
sucede o si se ha perdido. Quizás ella
también se sienta desubicada. Yo fui esa

niña. Y ese día, el Mercado Central de Valencia ardía como el infierno. Julia depositó un plato de *crudités* sobre la mesa, que no probé y acercó una bandeja con algo de cena a Yamir. La deferencia de no interrumpirnos, de confinarse en el dormitorio hasta que me he marchado, su exquisita educación, ha puesto en evidencia mi egoísmo.

—Fernando volvió muy revuelto de aquel viaje —prosiguió Julia—. Mi impresión es que fue tan notable su decepción que se arrepintió apenas llegó a Sevilla. No sé por qué no regresó antes. Me da que esgrimió la coartada de un trabajo que... no recuerdo...

—Yo sí. Se supone que había acompañado al socio de su padre porque él no

podía. Aunque no forme parte de la consultoría, de vez en cuando les echa una

mano.

—Pues eso. A su vuelta trató de recomponer vuestra relación, pero le

sucedería algo...

—¿Algo? ¿El qué?

—No te fustigues, no sería nada importante. Quizá varias llamadas que

no

atendiste en el momento. O un plan que se arruinó por cualquier bobada, una mala contestación... Lo que por norma desestimás, para él tiene un peso crucial.

Fernando es hipersensible. Magnífica todo.

—Es humillante oírte hablar así de mi marido. Usas un tono de suficiencia que me repatea. ¿Acaso le conoces mejor que yo?

—Verás, ese tipo de apreciaciones... las vamos a meter en este bol —dijo

señalando al recipiente que adorna su mesa; acto seguido extrajo de él un puñado

de bolas de cristal y le hizo un sitio en el sofá—. Desde ahora será el contenedor

de los juicios. Cada juicio, cada opinión incendiaria, la depositaremos aquí dentro. ¿Entendido?

—¿Pretendes ir de psicóloga conmigo?
—solté con una áspera carcajada.

—¿Cuándo no? —Apuró su taza y siguió
—. Un sábado, como tantos, fui a

comer a tu casa. Tú estabas en la cocina

con Lucas, preparando todo; te pregunté por Fernando y me mandaste al despacho a avisarle. Llamé a la puerta. No me

respondió. Abrí y le encontré llorando sobre la mesa, conectado al ordenador por

medio de unos auriculares. No sé si hablaba con alguien, si visionaba algo o...

Recuerdo que me violenté mucho, en cambio él, tras un primer momento de

azoramiento, me dio la sensación de... de sentirse liberado. «Vale, me has

descubierto. Soy un mierda con los huevos por corbata.» Pronunció algo así, y a continuación me rogó ayuda. Sin anestesia, a lo bruto. Me desplomé sobre la butaca sin saber qué responderle. En un minuto la situación se volvió kafkiana: tú llamándonos desde la cocina, yo queriendo socorrerle y él limpiándose los mocos con la manga. Convine en que nos viéramos un día, pero no en mi consulta. Hay gente en el hospital que os conoce, no lo valoré prudente. Me prestó la suya un compañero y estuvimos una tarde entera desmenuzando sus reveses y angustias. No se sinceró del todo esa vez. En realidad he tenido que ir

sacándole las cosas con calzador porque es tal su vergüenza que se bloquea al verbalizarlas.

—¿Con cuántas tías había mantenido relaciones en ese momento?

—Es increíble. Interrogas como lo haría un hombre, Abi. ¿Qué más dará el

número o los nombres?

—¿No entiendes, Julia? Necesito saber qué siente cuando está con ellas.

—¡No necesitas eso! La necesidad es otra cosa. Necesitas seguridad,

protección o reconocimiento. Confianza,

armonía, paz, conexión... En fin.

Pretender saber qué siente con ellas solo alimenta al morbo.

—¿Te parece poco? Quiero pisar lo que él ha pisado. Tocar lo que él acaricia.

Reconocer sus olores.

—¡Basta ya! ¿Tú te oyes? ¿No te das cuenta de que suena patológico? Estás

obsesionada. ¿Acaso pretendes salir en busca de las mujeres con las que ha estado? —A Julia le mudó la expresión —. ¿Has hecho algo que no me hayas contado? ¿Dónde están los otros teléfonos, Abigail?

—En la puta mierda donde los encontré.
¿Dónde quieres que estén? En el

cajón de su mesa. ¿Me vas a entregar las
tarjetas o no? Si quisiera hacer algo las
necesitaría, ¿no te parece?

Elevó su labio superior en un mohín de
reproche y no añadió más.

—Por consiguiente se las vas a pasar a
él —afirmé rotunda—. ¿Ya lo sabe?

¿Sabe que he descubierto su doble,
triple...?

—¡Nooooo! —me interrumpió—. Para
nada, qué locura.

—El día que vine con la foto, la cogiste y... ¿le mandaste un mensaje?

—¡Por Dios! La miré por simple curiosidad. No me he intercambiado un mensaje con Fernando desde que se ha marchado. Me crees, ¿verdad?

No despegué los labios. No lo hice porque no sé a qué atenerme. Porque no confío en ella. Ni en ti, ni en nadie.

—Abigail, estoy de tu parte. No te engaño. La última vez que hablamos fue el

jueves anterior a su partida. Se sentía

fatal; aunque te parezca mentira confiaba en lograr algún rédito profesional del viaje, pero al tiempo colegía que era una enorme traición. Una cosa es pelar la pava un rato en el ordenador o una tarde encamado y otra desaparecer un mes. Lo triste es que esa mujer no le inspiraba el menor interés. Si la relación se mantuvo fue porque ella residía lejos y no exigía nada. E incluso me atrevería a valorar que eso le permitió relajarse y exteriorizar lo que no hacía con las demás, porque... —vas a alucinar o a lo mejor, incluso, lo sospechas— Fernando se inventa otras identidades. No utiliza

su nombre ni desvela nada que le pueda comprometer, ni a él ni a ti. Eso me confesó. No me preguntes detalles; los ignoro, nunca quise saberlos. Tampoco los nombres ni cuántas eran. A veces desliza algo, pero yo corto de inmediato.

Solo he demandado aquello que le ayudara a enfrentarse a su problema y he tratado, eso sí, de amainar su ansiedad. Supe que se llamaba Orquídea cuando te presentaste con el mail en la mano; hasta entonces había sido «la chilena». Sé que le admitió que tenía problemas laborales y salió de ella la propuesta de colaborar con sus bodegas. Yo no las tenía conmigo y siempre temí que fuese un ardid para atraerle, sin sacar nada en

claro. Se lo advertí, tratando de disuadirle.

El viaje entrañaba un enorme riesgo para vosotros. No te imaginas el resquemor

que supone disponer de información que tú desconocías... Me sentía como un sacerdote, depositaria de una confesión cuyo contenido condicionaba tu vida. No tenía derecho a ocultártela, pero tampoco el consentimiento para revelártela.

Julia me escrutaba esperando una contestación, e intuyo que hubiera preferido

que la insultara antes que sostener ese despectivo silencio con el que la he martirizado parte de la noche, pero qué objetar a la persona que te ha traicionado. Qué reclamas a quien admitías conocer como a ti misma y cuya confianza se ha volatilizado en un pestañeo.

—Ese fin de semana, Yamir y yo estábamos en Lisboa, ¿te acuerdas? Bueno,

tú no sabías quién me acompañaba pero sí que había alguien conmigo. Me

mantuve desconectada la mayor parte del tiempo, solo me funcionaba el móvil con el *wifi* del hotel y, desde luego, no

me llevé el teléfono que empleaba con Fernando. Al regresar leí estos mensajes. Me quedé preocupada porque detecté una gran angustia en ellos, y me sentí culpable por no haberle ofrecido el sosiego

que demandaba. Lo de los teléfonos fue una iniciativa suya; los adquirió él. Dos

iguales. Un mismo contrato con dos números, como los que emplean los padres

para tener controlados a sus hijos. Ni siquiera me lo consultó; un día me pidió que nos tomáramos un café rápido y apareció con el aparato. Me argumentó que de ese modo no me sentiría obligada

a atenderle de continuo y él se disciplinaba.

Si estaba apagado o no respondía a sus mensajes, le permitía entender que debía

de enfrentarse por sí mismo a sus miedos. Le previne que me sentía mal

engañándote, que era desleal contigo, que así no podíamos seguir, que él

requería de un tratamiento profesional adecuado, pero ha tenido varias consultas

con compañeros y no termina de encajar con ninguno. En ese momento

interpreté que necesitaba de mí . De verdad, mi motivación ha sido auxiliarnos.

—¿Auxiliarnos a qué, Julia?

—A no haceros más daño. A curarle a él... a protegerte.

Tras su pomposo brindis al sol me he arrebuñado en el sofá, mientras daba forma mental a mi diatriba.

—¿Sabes lo peor? Te has esforzado para nada, porque el amor no existe. Hoy

día la «pareja» ha degenerado en una irrealidad absurda y caduca. Pura mentira.

Esas frases huecas que nos intercambiamos los hombres y las mujeres carecen de

valor. Igual que la peseta, el amor romántico es una moneda fuera de circulación.

A nuestro alrededor tienen lugar representaciones teatrales más o menos

atinadas: gente maquillada por fuera y carcomida por dentro; del mismo modo en que siempre espero que alguien se interese «de verdad» por las cañerías de un inmueble y no se deje engatusar por su aspecto, nosotros adulteramos las

relaciones. Esta vida se compone de

parejas estables que se atan a una hipoteca y

meten a su hijo en una cuna y al perro en la caseta del jardín, para pagarse a plazos unas vacaciones en el Caribe. Los supones muy felices ¿verdad?, pero durante la fiesta de Navidad de la empresa le comen la boca a la secretaria o un compañero, tras meses de tonteo. Entérate, esta es la verdadera cara de esa ponzoña llamada amor. Seres atados al péndulo de enamorarse y desenamorarse; seres solos con o sin compañía, limosneando algún sentimiento a cambio de

sexo. No me interesa tu ayuda, Julia. Y

dudo de que a estas alturas de su enajenación, a Fernando le sirva de algo. Solo me motiva esclarecer las preguntas que no me dejan dormir desde hace tres semanas: ¿Qué siente mi

marido? ¿Qué secuelas le dejará esto? ¿Qué más me queda por descubrir? ¿En qué tipo de persona me he convertido yo? ¿Cuál será mi existencia de ahora en adelante?

Una presencia de hombre

Desde lejos llegan unos golpes métricos, machacones, que me hacen abrir los

ojos porque me he quedado traspuesta, tras aparcar en el primer hueco libre que

he visto durante mi aventura nocturna. Cuando interpreto que están aporreando

la ventanilla y me reclino sobre el asiento del copiloto para indagar de qué se trata, distingo la mitad de un cuerpo masculino, cuyo dueño se manosea sin rubor la entrepierna. Me cuesta unos

segundos espabíllame y otros tantos averiguar dónde me he metido. Entonces, a cierta distancia, y a la espalda del hombre, descubro a una pareja en plena felación. Mientras tanto, él se ha desabotonado la bragueta sacándose una polla gorda e informe que me retrotrae a los embutidos de morcón ibérico que la abuela preparaba en la matanza.

«¡Chúpala un poquito, anda!», propone el cerdo, presionando el glande contra el cristal y dejando un rastro viscoso sobre él. «¡Te la va a comer tu puta madre!»,

replico ordinaria, al tiempo que embrago y meto marcha atrás con tan

mala fortuna que golpeo al parachoques del coche trasero. «Seguro que será un rasguño que ni siquiera notara el dueño mañana», pienso. Nada más lejos

porque, tras abrirse la puerta del conductor, abandona el vehículo un hombre con

los pantalones a la altura de las rodillas, exhibiendo una erección descomunal y

cara de poquísimos amigos. Por el espejo retrovisor lo observo avanzar como una caricatura, sorteando las trabas que el cinturón y sus *jeans* ponen a sus piernas. Se supone que debería sentir aprensión, en cambio, meto primera entre carcajadas, y salgo

disparada dejando atrás a unos cuantos penes al relente.

A medida que rodeo la calle, voy diferenciando en la vegetación contornos

humanos, algunos contra los setos, otros recostados en los troncos de los árboles,

y el resto persiguiéndose entre penumbras. Rapiñando unas gotas de sudor en la

nuca del otro. Son hombres que olfatean las pistas de un sexo casual y anónimo.

Sin ataduras. Sin presentaciones ni cortesías. Me gustaría saber si han

permanecido escondidos hasta ahora, esperando el momento de atacar, o siempre

han estado ahí, silenciosos, velados, y se precisa de una mirada ducha, muy entrenada, para dar con ellos. A lo mejor únicamente se reconocen quienes llevan estampado en su ADN esa clase de deseo furtivo, se practique o no.

Una vez que he completado la circunferencia de Profesor Martín Almagro

Basch confluyo en Rosales y, en el último giro, constato el reparto del vicio en el

territorio. Un par de putas encaramadas a unos zapatos como andamios se

aproximan al coche aprovechando el intervalo de un semáforo en rojo. En una ensayada coreografía, las dos introducen su dedo índice por debajo de ese *bandó* que remeda a una falda y después se lo llevan a la boca. No discriminan, les da igual el sexo de su presa.

Tardo en arrancar. Me cautiva el modo en que ondulan sus caderas exhibiendo

unos glúteos compactos, la sensualidad con la que liberan del sujetador uno de sus senos y lo sacuden en una imitación de lo que los hombres hacen con sus

vergas. Debo confesarte que experimento una emoción rara, una especie de pulsión indiscreta y fisgona que condena a mi cerebro a expandirse y contraerse

en un equilibrio de fuerzas, por las que deseo huir y permanecer allí al mismo tiempo. Parece como si en su interior un hilo invisible se tensara y se aflojara, y su efecto me transformara alternativamente en víctima o verdugo.

Cuando, por segunda ocasión, el semáforo retorna al verde, aprieto el acelerador y me esfumo.

—Anoche fui al Templo de Debod.

¿Cómo se llama lo que hacéis?
¿*Crising*?

¿*Crosing*?

— *Cruising*. ¿Estás loca? —responde
Manu.

—A lo mejor andabas tú por allí. De haberlo sabido me hubieras hecho una introducción formal. Sí, como en esos clubes a los que te tiene que invitar alguno de sus socios.

—Rematadamente loca.

Tras una mañana examinando reformas, planos, proyectos, Manu se ha colado

en mi despacho y presiento que mi confesión le ha pillado con la guardia baja,

no obstante arrastro unas ojeras tan pronunciadas que no pensaré que le miento.

Lo que vi me descompuso el cuerpo. ¿O fue lo que sentí?

—¿Qué coño has hecho, Abi?

—Mirar.

—¿Por qué?

—¿Que por qué se mira? ¿Me lo preguntas tú? ¿En serio? Por morbo, por

una

atracción escabrosa, por ganas, por...

—Porque estás como una puta cabra —
ataja Manu—. Te has metido en la

boca del lobo, y has salido indemne de
chiripa. ¿Fuiste sola?

—¿Con quién iba a ir? ¿Con mi hijo en
el asiento de atrás, y me llevo a tus

amigos viciosos a la guardería? ¿Con
Lupe, a ver si se le olvida que tiene a un

sobrino cocainómano recluido en un
centro de menores? —Hoy el sarcasmo
me

queda que ni pintado.

—¿Para qué? —inquire formando una cómica «e» entre sus labios.

—¿Vas a proseguir tu interrogatorio con el resto de los adverbios?

—Estoy en *shock*.

—No me extraña, eres muy previsible preguntando.

Los dos sostenemos una mirada temeraria; él, lívido, yo, gris, porque si

descanso poco mi piel se ensombrece como si no circulara la sangre por la mitad

de mis capilares. Decido continuar, no vaya a desplomarse y la liemos.

—Fue un impulso irreflexivo. No, no... no le busques motivo porque no lo

hay. De hecho ni siquiera recordaba lo que me habías contando de los

alrededores del Templo hasta que no estuve allí. Volvía de casa de Julia, quería

que me diera un poco el aire y terminé en esa calle, cuyo nombre he olvidado. Al

principio no había nadie. Estacioné el coche, me puse a meditar... Oye, al rato

estaba rodeada de pollas. Como te lo cuento. Dime algo, ¿os escondéis entre los setos?

—¡La madre que te parió! —exclama abrazando su cabeza con las manos.

—Ella no sé, pero mi abuela se lo hubiera pasado pipa anoche.

—Por favor, Abigail. No se te ocurra volver. A ese sitio acuden hombres de

cualquier calaña. Señores de traje, muy educados, y gentuza que va puesta hasta

las cejas y blande una navaja a la primera de cambio... o peor, una pistola. A algunos no les gusta ver a mujeres

merodeando; de hecho las rameras tienen un sitio aparte y si una se despista, le montan una buena. Es una temeridad lo que

has hecho. ¿Te entraron? ¿Te dijeron algo?

—«¡Chúpala un poquito, anda!» —suelto, y Manu se aturde aún más—. Me

has preguntado que qué me dijeron. Pues esto.

—¡Madre de Dios!

—Estás volviéndote un meapilas.

Manu se rasca la barba como si con ello

estimulara sus neuronas, y

frunciendo el entrecejo indaga sobre algo de lo que no estoy dispuesta a hablar

porque algunas cosas no se deben contar ni a los amigos.

—¿Ha pasado algo que yo no sepa?
¿Algún descubrimiento nuevo?

Agitó mi cabeza en negativo mientras mi garganta vibra emitiendo un sonido

ininteligible.

—¿Otra amante secreta? ¿Una carta escondida?

—Que no.

—¿Julia te dijo algo?

—Aparte de que se ha enamorado de un indio, no.

—¿Un indio? ¿De los del Fuerte Comanche?

—No. Indio de la India. En realidad, es inglés, pero se llama Yamir y su familia es de Bengala, como los tigres.

—¿Y por eso fuiste al Templo de Debod? ¿Porque tu amiga se ha echado un

novio?

Esta conversación de besugos es tan hilarante que está descargando mi

tensión mejor que un masaje. O que un buen polvo.

—Manu, ¿por qué no me divorcio y te casas conmigo?

De repente los dos nos echamos a reír con ganas. Con la desesperación que provoca venir de la angustia y no saber adónde te lleva la risa.

—Porque ya estuve casado e hice mucho daño a una mujer maravillosa. En la

vida, algunos errores solo se pueden cometer una vez.

Apenas se ha marchado Manu, he destapado un objeto que había depositado

sobre mi mesa cubierto por unos folios. Antes me tocó abrir el cajón de tu escritorio y sacar el último de los teléfonos que me han espoleado a esta búsqueda sin horizonte. Se trata del modelo gris con detalles metálicos, cuya memoria está vacía salvo un número que marcaste con insistencia el pasado dos de febrero. Como quien tiene una avería en casa y llama y llama a la compañía

aseguradora. Lo he soslayado hasta hoy porque su información no era tan jugosa

como la de los otros, y además no cuenta

con ningún cabo que lo una a

cualquiera de tus correos electrónicos, tanto que había valorado sacrificarlo, pero

la agria «sorpresa» de Julia me ha hecho cambiar de idea. Y aquí está.

—¿Mari, eres tú? —he preguntado eligiendo un nombre común, dándole una

entonación vulgar, tras introducir una de mis dos tarjetas prepago y presionar el

botón de rellamada en el único número que hay en él—. Holaaa, ¿estás ahí?

—¿Quién eres? —replica una voz

infantil.

—Soy yo, tonta. ¿Qué haces?

—Perdona, ¿a quién estás buscando?

De repente la niña ha crecido o ha tomado el pulso a la conversación su madre.

—Me ha cogido el teléfono mi hija. ¿Con quién estoy hablando?

—¿No eres Mari?

—¿Mari... qué?

—Ay, chica, mira que estás rara. Soy yo, no te hagas la tonta. —Dudo de que

el juego del teléfono roto se pueda estirar mucho más.

—Seguro que te has equivocado. —Y cuelga.

—Esta tarde no vendré a la oficina — advierto a Lupe desde la puerta de su despacho.

No he recibido ningún mensaje tuyo desde el de ayer donde decías: «... tacho los días del calendario en mi cuenta atrás y fantaseo con lo que vaya a sentir cuando te tenga a pocos centímetros. El viernes no te alises el pelo, por favor; me encanta cuando lo secas al aire...». Conclusión: extraño tus noticias. No

debería, pero sucede, y tampoco debería recrear tu imagen al cerrar los ojos, pero lo hago. Sí he hallado un texto de Norberto, alias Rober Kincaid, confesando su

expectación ante nuestra cita de esta tarde. ¿Esta tarde? Sí, esta tarde, a las siete en el hotel Palace. En la pista de circo que es mi vida actúo como un saltimbanqui, de actuación en actuación, y a veces no recuerdo cuál es la siguiente prevista en el programa. «Yo también tengo muchas ganas de conocerte», he respondido con nulo paroxismo. No encuentro un ápice de

fogosidad en mí esta mañana.

Concederme que me excita más el trasero de una

ramera que un clon de Viggo Mortensen, refleja un caso de diván.

—¿Te encuentras bien? —pregunto a mi socia.

La mujer se frota los ojos; su mirada está inyectada en sangre; hundida y sin una gota de esperanza.

—En pie y ya es bastante —amaga con seguir a lo suyo, pero prosigue—. «Lo

más intolerable es que se convierta en pasado quien uno recuerda como

futuro»),

es una frase de Javier Marías. Pensaba en mi hermana. ¿Tú sabías que era más

pequeña que yo? Con frecuencia aseguramos que uno se prepara para enterrar a

los padres, pero jamás a los hijos; tampoco a los hermanos y máxime cuando tienen diez años menos. Mi hermana se fue con cuarenta y dos años y un futuro esplendoroso por delante. Iban a nombrarla socia en el bufete de abogados en que trabajaba, ganaba una pasta, hacía ganar otra... Después de quitarse de encima al bandarria de mi cuñado salía con un tipo estupendo que

la adoraba. Y

en tres meses, el futuro se volvió un pasado atroz. A veces me viene a la cabeza

lo que soltó la chiflada de Micaela Pellejero sobre el cáncer y...

—¡Ni se te ocurra! —corto. Es obsceno asistir a esta exhibición de dolor—.

Se trata de una demente.

—No, escucha, verás. Cuando a mi hermana le detectaron el cáncer de útero

estaba tan extendido que tenía el hígado comido, y los médicos reconocieron que

debía de llevar años larvándolo, porque no entendían que no hubiera tenido síntomas hasta...

—Guadalupe, no sigas por ahí.

—¿Y si el hijo de perra de Yago se lo hubiera provocado? ¿Si su embarazo le

hubiera destrozado, y poco a poco le fue creciendo dentro el cáncer?

—¡Qué horror, no pienses eso! ¡Basta!

Abrazo a Lupe, porque si alguien adjudica a su sobrino semejante aberración

está vagando por un inconcebible

calvario. Transcurridos unos minutos, traigo a

Manu a colación para cambiar de tema y desviar su atención.

—Qué bien que le hayas apretado las clavijas, porque, si le dejamos, elije terminaciones que ni un hotel de cinco estrellas.

—Sí, hay que encarrilarle un poco — responde, más rehecha.

—Es muy buena gente, ¿verdad?

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Le conozco hace tanto, y siempre tan leal y

tan prudente.

Mi siguiente duda la expongo sin meditarla, igual que se escapa un gas sin avisar.

—¿Tú sabías que estuvo casado?

Ante esto Guadalupe no expresa nada. Con la cabeza gacha, se dispone a

ordenar los bolígrafos de su mesa por colores y tamaños. Su silencio me come la

moral.

—¿Que si lo sabía? —suelta de una vez —. Les presenté yo, Abigail. Ya ves

mi poca intuición en eso del amor.
Ahora vete. Se te va a hacer tarde.

Presiento que he encallado en una mala roca. No necesito que lo aclare, lo lleva escrito en la cara.

De aire pesado y dulce

Me agrada el jardín de invierno del Palace y el modo en que se filtra la luz por su cúpula vitral, de estilo *art nouveau*. Cuentan que fue un salón de baile en su día, un hecho que favorece el cortejo. No se me ocurrió un lugar mejor para una cita en la mascarada en que ando metida.

De camino a ella he decidido cambiar mi traje de chaqueta por un vestido de rayas marineras que he comprado junto a un conjunto de ropa interior. Un disfraz

más idóneo. A continuación me he recogido el cabello y calzo unas botas

vaqueras, logrando una apariencia acorde a la fotografía de mi perfil en la web.

Qué tentador jugar a convertirme en otra, esquivando el hundimiento que nos cerca cada vez más.

Ha resultado fácil dar con el argentino. Es impresionantemente guapo, el tipo

más deslumbrante del hotel, y eso que cuento un buen número de hombres en él

a estas horas. No entiendo que alguien así necesite apuntarse a una página de

contactos. Tampoco por qué narices lo haces tú, si chasqueando los dedos en una esquina podrías cortar el tráfico con las tías que te salieran al paso.

Norberto, alias Rober Kincaid, ha elegido un rincón ambientado con un sofá y

dos butacones enfrentados donde toma un té. Viste un traje color tabaco oscuro,

con una camisa blanca sin corbata, y unos zapatos *sport* de ante. Ha logrado un estudiado desaliño, como el mío, aunque dudo que nos hiciéramos con el primer premio en el certamen de «La Pareja del Año», un detalle trivial dado que mi objetivo es quitarnos la ropa lo

antes posible.

—¡Hola, soy Norberto! Tú eres... ¡Oh!
Acabo de darme cuenta de que no sé
cómo te llamas.

—Miss MoneyPenny —apunto,
desperzando mi sonrisa.

—Me refería a tu verdadero nombre —
replica con un rictus de seriedad—.

No me gustan las caretas.

En la primera impresión trasciende
formalidad, lo que sugiere que este
flirteo

va a demandar de mí una considerable inversión de energía.

—Te lo dije pero no te diste cuenta. Soy... —¿No odia la impostura? Pues atento a esto— ... Paqui. En realidad María Francisca Molins. —Estoy utilizando el nombre de mi abuela paterna, que mira por donde se llamaba Paca—. Cuando

nos conocimos te comenté «Ojalá sea tu Francesca», porque me pareció una señal.

A mi candidato a amante vespertino se le ilumina la cara al tragarse mi

mentira, como un niño su papilla de frutas; al momento nos sentamos y toma la

iniciativa de la charla. Transcurridos cuarenta minutos de cuasi monólogo su dotes amatorias siguen siendo un enigma, pero se ha destapado un recalcitrante hablador cuya perorata me adormece.

—¿Estás cansada?

—¡Oh, no! Es que madrugo muchísimo. Vigilar las obras es lo que tiene —le

acucio con la hora a ver si se lanza y roza mi rodilla, una vez que he deslizado la

tela del vestido a medio muslo.

—Si quieres lo dejamos aquí y quedamos otro día... para comer, por ejemplo.

¿Qué te parece?

—¡Noo! —suelto—. No te abandonaría ahora por nada del mundo.

Con actitud complacida, el argentino retoma su exposición sobre la dinámica

de grupos en las empresas farmacéuticas; mientras, yo no veo la ocasión de arrojarme a su boca porque no la cierra ni debajo del agua y eso que, según él, practica el submarinismo.

En un intento de acercamiento reclino la cabeza sobre

mi brazo, posado en el respaldo del sofá, en ese ademán que las mujeres

aprehendemos desde crías, y trabo con mis dedos su mano. Él consiente la

caricia unos segundos, e incluso enreda con ellos, hasta que se da cuenta de que

necesita sus dos manos para esbozar en el aire la distribución de los laboratorios

donde ensayan unos experimentos clínicos llamados a cambiar el curso de la historia, y que a mí me importan un

bledo. A la mierda el hechizo.

—Te parecerá ciencia ficción, pero gracias a nuestros medicamentos *anti-*

aging la humanidad vivirá cien años.

—¡Oh, qué bien! —apostillo, mientras rumio que el pronóstico de cien años

aguantando su verborrea es para dinamitar su empresa con una bomba nuclear—.

Norberto, ¿por qué no me hablas de Cozumel? Me encantaría viajar allí.

Acto seguido arranca a detallar la flora y fauna de la isla mexicana. Me pregunto

si hablará con semejante locuacidad cuando folla, porque este tonillo dulzón refrenda sus dotes narcóticas.

Pasado un rato, empiezo a padecer hormigueo en las piernas —las cuales no

sé cómo cruzar para evitar que se duerman— y en la boca, entumecida de sonreír

sin ganas. A fin de espabilarme, echo unas rápidas ojeadas al salón, hasta que en

una de ellas, al fondo, a la izquierda, reconozco a alguien. El hombre se ubica de

espaldas a mí y, aunque pueda chocarte, a veces la estructura craneal es más explícita que el rostro. Sí, apuesto a que se trata de él. Esa cabeza cuadrada de cabello canoso cortado al cepillo, el grueso cuello sonrosado, la corpulencia de

unas espaldas fornidas a las que la edad empieza a vencer... El destello metálico

de un minúsculo aro en el lóbulo de la oreja. De inmediato recompongo mi postura, arrojando mis muslos, sin dejar de asentir a las descripciones de Norberto, alias Rober Kincaid, acerca de una isla que a ti y a mí siempre nos apeteció conocer, pero a la que gracias a

él empiezo a coger una manía descomunal.

—¿Sucedes algo? —pregunta cuando rescato la agenda de la mesa.

Entonces guarda silencio, escrutándome con sus ojos claros, y en este instante

me echaría sobre él, porque acabo de corroborar que callado destila mayor

atractivo que largando más que las cotorras de los patios de vecinos. La mayoría

de los hombres no hablan cuando tienen que hacerlo y eso nos desquicia; y otros

no callan, lo que nos descompone.

—No. Solo que debo anotar una cosa que tú me acabas de recordar, a fin de

que no se me olvide. Pero sigue, por favor, porque tus palabras hacen que me sienta en el mar de Cozumel.

—Bueno, ahora estaba hablando de Playa Limón, en Costa Rica.

—¡Ay! Eso mismo quería decir. Es que me trabo solo con mirarte.

Transcurridos unos pocos minutos el dueño del contundente cráneo se yergue,

toma su gabardina y tras estrechar las

manos de quienes le acompañan, se

dispone a abandonar el *hall*. Disimulo escribiendo una nadería; no obstante, no consigo impedir que mis ojos le busquen de forma instintiva, hasta que nuestras miradas terminan cruzándose. Él frena y permanece estático durante unos

violentos segundos, dudando si debe acercarse o no. Yo saludo con la mano y vuelvo a embeberme en mi agenda, marcando así una evidente distancia entre ambos. Cuando segundos después redirijo mi atención al mismo punto del hotel, Spencer Wilkins ya no sigue allí.

Imposible no retrotraerse a otra tarde de hace cuatro años, que no olvidaré jamás.

Entonces sí me había citado con un cliente en el Café Gijón, y eso que no suelo frecuentarlo pues encuentro algo antiguo su paisanaje de madrileños

trasnochados decretando que la ciudad aún les pertenece, aferrándose a un

tiempo que se ha desvanecido; prefiero el Madrid del siglo XXI, el iconoclasta y

multirracial.

Di con el reflejo de Spencer Wilkins en uno de los espejos laterales. Ocupaba

un mesa reservada, al fondo, y mi cliente y yo nos encontrábamos en un velador

junto a la puerta; entre ambos espacios trepaban unas columnas que dificultaban

la visión. Al principio no les presté atención, lo hice cuando detecté algo: ese lenguaje no verbal del afecto, cierta ternura en el modo en que se contemplaban... cómo él limpiaba los restos del café en la comisura de los labios

de su amigo, la delicia en que se apretaban las manos. Un halo blando y empalagoso chirriaba en la compostura de aquel hombretón irlandés que siempre personificó un dechado de masculinidad. Me centré en mi charla y no volví a pensar en ellos hasta que se

pusieron en pie antes de haber concluido mi negociación, cosa que les obligaba a cruzar por delante de mi mesa para salir del Café. Reparé en su intercambio de caricias según se encajaban los abrigos y, entonces, apenas se giraron hacia la puerta, me atenazó el estómago un agudo pellizco. Cuánto hubiera deseado hacerme invisible, volatilizarme; sin embargo, nada lograba que apartara los ojos de tu padre y su socio.

Cuando tu padre trataba de anudar la bufanda al cuello de Spencer me

reconoció, y de inmediato afloró a su mirada un miedo feroz. Acababa de

descubrirse uno de esos secretos que

deben mantenerse al resguardo, al otro lado

de la cerradura, y sintió cómo se venía abajo la tramoya de su vida y junto a ella

los mil y un decorados tras los que se solía ocultar. El terror transformó su rostro

en una careta inane. Recuerdo que se le cayeron al suelo unos papeles y Spencer

tuvo que agacharse a recogerlos porque él era incapaz de reaccionar. Sé que podría haber tomado la iniciativa restando importancia a la situación, saludándoles como si tal cosa, como si

aquel tropiezo no delatará nada anormal; sin embargo, fuimos conscientes de que la clandestinidad que llevarían años protegiendo acababa de emerger de entre las sombras como un periscopio, y se exponía ahora bajo la luz de un potente foco. Nadie podía fingir. Los tres conocíamos la naturaleza de ese cariño del que yo me había percatado sin lugar a equívocos. No hubo un «hola» ni un «adiós». Se marcharon del Café actuando igual que si yo fuese una desconocida con la que nunca más volverían a cruzarse. No obstante, antes de desaparecer por la puerta giratoria, Spencer me

lanzó un aguijonazo de advertencia que nos ha llevado a evitarnos por sistema.

Desde esa fecha jamás se ha producido una alusión, un doble sentido, una

palabra que sonrojara, que destapara la caja de Pandora o la de truenos.

Huelga admitir que el espíritu de aquella tarde ocupa su sitio entre tu padre y

yo, y ha ido socavando la hondonada en que se ha convertido nuestra relación, lo

que me lleva a aceptar, con profunda tristeza, que ese hallazgo fortuito malogró

mi apoyo en tu familia. Perdí a mi aliado, al cómplice afectivo y entrañable que

siempre fue él, abandonándome el azar a la arbitrariedad de tu madre. Esto me

sirvió, eso sí, para entender por qué tu padre no se encaraba con Leonor: su deber es amparar su amor, objetivo en el que no consiente impedimentos.

¿No percibiste nada anómalo en su relación, Fernando? Tras años de trabajar

en la consultoría, ¿no te percataste de lo que había entre ellos, no descubriste una

seña cómplice, esa expresión o mirada encargada de revelar lo que no cuentan las conversaciones; lo que los hombres encubren y los sentimientos desarropan?

No te oculto que durante un tiempo dudé si tu debilidad, esa sensibilidad exacerbada que pondera Julia, no probara la existencia de una homosexualidad reprimida como la de tu padre, lo que denotaría una aprensión irracional, e incluso un síntoma de ignorancia, porque las preferencias sexuales no se heredan. Sin embargo, existe una desesperación que te dirige sin frenos a la locura, y admito que, a veces, se cuela en mi cabeza. Quizá por dicho motivo, estos días atrás me

torturaba encontrar la huella de un hombre en ti; e interrogaba a Mariana por presencias masculinas en casa, buscaba entre tus

papeles nombres de varón, fotografías que te comprometieran, el rastro de un beso equívoco... ¿Alcanzas a entender el nudo gordiano de mi insistente rastreo?

En mi razón entra competir con otras mujeres, pero el mundo del deseo

masculino se me escapa de entre los dedos como el más escurridizo jabón.

Nunca te he hablado de esta inquietud, y barrunto que si lo hiciera no podría

sostenerte la mirada después, porque desataría un tsunami de consecuencias

imprevisibles. Ahora sé que en el amor no todo puede compartirse. Es lícito guardarnos cosas. Hay palabras del corazón que deben perecer en la boca. No todo lo que discernimos, tememos o maliciamos cada uno, llegaría a ser comprendido por el otro, porque algunas de esas taras que nos hacen seres imperfectos se magnifican al escucharlas. Si el amor perfecto no existe, tampoco el absoluto —si me apuras, ni el excluyente—, entonces habrá que ponerle

condiciones, lo que pasa por limitar la

verdad. En fin, presumo que este viaje a mis avernos conlleva también un exorcismo, el de mis peores demonios, y a la

postre, un proceso de desmitificación de las creencias con las que me he

desenvuelto hasta ahora.

Igual que me llevaré a la tumba mi visita a la casa de Ruth, su mirada mientras ojeábamos los buzones, el deseo que emanaba su piel, sus incontenibles ganas de ti... Bajo ningún concepto, ni sometida a las mil torturas, te contaré lo

que sucedió aquella tarde de invierno de

hace cuatro años. ¿Para qué? ¿Qué mujer podría confesar a su marido que su padre, ese hombre al que idolatra y cuya estela de éxito es tan larga que él ha tomado el camino contrario porque emularle resulta, además de imposible, frustrante, lleva mintiéndole desde que nació?

—¿Estás escuchando lo que te digo?
¡Francesca! ¡Oye!

—Lo siento, no tengo costumbre de... —
respondo, tras regresar de mi

ensimismamiento—. Como todo el mundo me llama Paqui, pero vamos que tú

me puedes llamar como quieras. Como si no me llamas.

—¿Qué dices?

—¿Qué hora es?

—Las ocho y veinte. Llevamos casi hora y media hablando. Se me pasa el

tiempo contigo, eres increíble.

—Tú también, hijo. Digo que...

—Que es tarde, claro... Si quieres podemos... otro día. ¿Quedamos a comer

este fin de semana? O te propongo que visitemos una exposición estupenda que

hay en El Prado...

—¡Ah, no... mira las exposiciones me cansan mucho! —sostengo mientras

recupero mi bolso y busco algo en el compartimento interior.

Al abrirlo un resplandor plateado me hace fijarme en el último de tus móviles.

Como en el *flash back* de una película recreo lo sucedido con él antes de acceder al hotel, y me veo ajustando la segunda de mis tarjetas, la empleada días atrás con Pedro Reviriego, y enviando a la mujer con la que antes había intercambiando unas frases, este mensaje: «Ninguna acción es inocente.»

—¿Qué haces, qué necesitas? —
pregunta el argentino.

Por respuesta tomo sus manos y deposito
en ellas el envoltorio de un

preservativo mientras me muerdo
sensual el labio inferior.

—Mi querido Robert Kinkaid, la parte
más interesante de *Los puentes de
Madison* transcurre en la bañera. ¿Vas tú
o voy yo a la recepción, a reservar una?

Un ángel negro

En este negocio sostenemos que las gangas brotan pateando la calle no

ojeando las inserciones en los periódicos; sin embargo, no conviene desestimar

los anuncios de venta. De hecho yo me disciplino a batirlos con frecuencia. Hoy,

en especial, me afano en escarbar en ellos cualquier cosa que me distraiga y me

ayude a olvidar a Ruth, cuyo asesinato una semana después se ha esfumado de la

prensa digital, pero no de mis inquietudes. O eviten mi mortificación por la frase

que acabo de recibir en mi Blackberry: «Tengo tanta ansiedad como miedo de volver a verte.» No sé qué relámpago habrá detonado en tu cabeza, en ese inestable contrapeso en que malvives, para que asome esta sombra, o acaso Julia te ha contado algo y a estas alturas sabes que yo sé lo que no debería saber, y entonces la farsa se ha vuelto tan enrevesada que no ha nacido el guionista

capaz de desanudar sus tramas y dignificar su final. Aunque, a lo mejor, simplemente

te has levantado con el pie izquierdo.

—¿Vienes a comer? —propone Lupe.

—Bueno —acepto, con la esperanza de sacarte de mi cabeza.

Antes realizo una última comprobación en el móvil gris con detalles

metálicos, a través del que he enviado un críptico mensaje de buenos días:

«Cuando creemos que nadie nos ve, se deslizan inocentes nuestros secretos

hacia

la luz», por ver si obtengo respuesta. Nada; como ayer, que tampoco se dio por

aludida al texto «ninguna acción es inocente». No importa, lo hará. Nadie es inmune a la curiosidad.

Durante el almuerzo Lupe se ha desahogado hablando de Yago, de sus

perspectivas de futuro, de su frustración y sus miedos, y yo he estancado un rato

mis ofuscaciones.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?

—Ni lo he pensado —respondo entre sorbo y sorbo de café.

—Vete al pueblo. El pasado te sentó fenomenal. ¿Fernando viene para el Día del Padre, verdad? ¿Te das cuenta como todo pasa muy rápido?

Demasiado. A veces la vida es tan intensa que te cambia en un abrir y cerrar de ojos.

A la vuelta he formalizado unas gestiones telefónicas y he echado una última

y desganada ojeada al periódico. En el corazón del mismo, abre la información

local una noticia a media página. Cuando la descubro se me despeña el corazón.

La ilustran dos fotografías: en una, una pareja de policías arrastra a un hombre,

del que solo se distinguen las piernas porque la posición adelantada de los agentes encubre su torso; la otra retrata a un joven apoyado en una barra, envuelto en un guardapolvos negro, bastante largo, y luciendo unas gafas de aviador, a la cual le acompaña el siguiente pie textual: «El detenido M.R.J. en una fotografía reciente facilitada por fuentes

de la investigación.» Ajusto las lentes de cerca, esas que me resisto a usar, para confirmar mi presentimiento. Es él, lo corroboro. El hombre con el que tuve un fugaz topetazo mientras ascendía

a casa de Ruth el jueves de la semana pasada. Recuerdo que me contrariaron sus

gafas —quién las necesitaría en una escalera tan sombría— y su urgencia, pero

lo que iba a acometer exigía abstracción y lo dejé pasar.

No obstante detecto que la imagen me sugiere algo más. Presumo que sí. Ese

pelo rizado, el tono cobrizo de su piel...
¡Dios Santo! Sé dónde le he visto antes.

Justo el día anterior, la noche en que vigilaba a Ruth frente a su balcón...

¡Maldita sea, es él! El tipo cuya presencia me intimidó bajo la lluvia en plena calle... si bien era noche cerrada y él se situaba a contraluz, su planta resulta inconfundible, lo es su cabello, ensortijado y abundante. El abrigo de cuero negro, cómo olvidar aquel olor... el.. ¡Oh, idéntico al del portal! De repente vuelve a mí ese poderoso hedor a piel recién curtida, como de guarnecería, según deduje en un primero momento, pero no... esa sombra entre los

cubos de

basura... allí se escondía él... El asesino de Ruth se me ha ofrecido como un libro

abierto y mi egolatría no me ha permitido verlo. Yo arremetí contra el poso de seguridad de una víctima. Violé su hogar y, por tanto, a ella.

Me sobreviene una arcada y termino arrojando la comida en la misma

papelera, incapaz de arrastrarme hasta el aseo.

—¿Estás bien? —pregunta la recepcionista, a quien he debido de asustar.

—Tranquila, un virus estomacal. Se me pasa enseguida.

—La *Helicobacter pylori*, seguro, a mi madre le sucede lo mismo. ¿Te traigo una manzanilla?

—No. Cierra la puerta, por favor.

Con notable esfuerzo leo lo publicado y compongo el perfil de un varón de veintinueve años, de profesión DJ, hijo de una actriz cubana y un hombre de negocios español, de familia acomodada y existencia disoluta; un ave nocturna que solía encapricharse de mujeres a quienes atrapaba en una red de lujo; no obstante, tarde o temprano afloraba su

comportamiento agresivo. Al parecer mantuvo una turbulenta relación con Ruth hasta finales del año pasado, cuando

se produjo una ruptura que él se resistía a admitir, pues, según los conocidos, eran frecuentes sus enfrentamientos en un intento de recuperarla. El texto no menciona ningún eufemismo del tipo «ella había rehecho su vida», traduciendo en esto que no saben de ti, y que lo medular en las desventuras de Ruth no eras

tú, sino él. Su verdugo la acechaba y ella se había instalado en un sempiterno miedo, tal y como se desliza en alguno

de sus mensajes; el hecho de haberlos subestimado me hace sentir mezquina. Me resulta fácil evocarlos, sus frases contenían un peso emocional que en sus primeras lecturas asimilé a rebuscadas figuras poéticas; pero no, eran gritos de rescate que ignoré y tampoco tengo la certeza de que tú no hicieras lo mismo: «Sálvame del demonio. No dejes que vuelva a mí, no dejes que me lastime más.»

De repente me da por sospechar que él estuviera al tanto de mi presencia en el

apartamento y temo que haya podido delatarme a la policía, para acto seguido reconocer que, en todo caso, sería yo

quien debería poner en conocimiento de las autoridades lo que sé. Pero cómo hacerlo y qué sentido tendría cuando ya se encuentra detenido.

¿Y si fuiste su redentor, Fernando? Si las semanas que pasasteis juntos

supusieron para ella lo más cercano al paraíso del amor, ¿quién soy yo para convertirme en Dios y salvar o condenar a mi antojo? Quizá Ruth y tú os encontrasteis en un momento en que dabais sentido a la vida del otro. Una contradictoria maraña me impide pensar con claridad y cierro los ojos a ver si soy capaz de poner algún orden en ella.

Pasado un rato, por lo menos logro

priorizar mis movimientos. Por lo pronto

me marcharé este fin de semana. Nuestra casa se vuelve una celda irrespirable cuando la perspectiva es encerrarme en ella. Marco el teléfono de mi madre y le anuncio mi llegada mañana.

—¿No podrías venir el sábado que viene que hay romería?

—El otro vuelve Fernando.

—Haz lo que te venga en gana. A la abuela le harás feliz.

—Ya. Y a ti, desgraciada.

—Hala, avisa cuando estés llegando.

Lo siguiente ha sido la señal de comunicar al otro lado de la línea y mi retortijón de tripas. Si no fuese porque necesito llorar sin exponer los motivos, ponerme unas zapatillas y arrastrar a la abuela por esos campos de Dios...

La primavera ha convulsionando la tierra reverdeciéndola, tanto que parece un paisaje del norte de España en lugar del secarral de La Mancha. «*On the road,*

again», canta Willie Nelson en el iPod que me grabaste con tus canciones favoritas, que no suelen coincidir con

las mías, pero hoy sí. Hoy te extraño a rabiar.

—¡Mira, cariño! La música de papi —
apunto a Lucas, quien acaba de abrir

sus adorables ojos azules y se revuelve
en su sillita porque quiere

desengancharse de ella, pero quedan
diez quilómetros y le insto a ser
obediente.

Una vez rebaso Almagro y tomo la recta
que traza la CM-413, bajo las

ventanillas y conduzco con un alboroto
que deshilacha mi melena en cintas

doradas al viento. Necesito un aire que me agite por fuera y por dentro, y se lleve

lejos lo sucedido en los pasados días. En el duermevela de anoche aparecía de vez en cuando Noberto, alias Robert Kinkaid; su cara cuando tomó el preservativo entre los dedos fue un poema.

—Creo que te has equivocado conmigo. No es esto lo que buscaba en ti.

Metió el profiláctico dentro de mi bolso, mostrando la misma aversión que le

inspiraría la cosa más repugnante del mundo, e inició su homilía.

—Soy un hombre que confía en encontrar el amor. Que está seguro que ahí

fuera, en algún sitio, hay alguien con quien edificar un proyecto en común. Una

mujer sensible, culta y espiritual, deseosa de amar. Alguien que se acopla a ti y

tú a ella y... verás... presumo que no soy un bicho raro o un tipo anticuado, de hecho estoy seguro de que muchos hombres piensan como yo, por eso identifico de inmediato lo que quiero y lo que no. Ese lugar al que pretendes llevarme es

zafio y carece de sentimientos. He estado antes en ese sitio donde estás tú y...

—Disculpa, pero no tienes ni idea de dónde estoy —le interrumpí porque empezaba a sentirme humillada.

—Tranquila, no te esfuerces, no me importas nada. He probado decenas de citas con el «final feliz» que me propones y me han hastiado. Ya no, no quiero

eso. Estoy asqueado de acostarme con mujeres demasiado accesibles; con

mujeres que juegan a ser hombres, que se presentan como liberadas y después lloran por las esquinas que nadie las quiera, que despotrican contra los príncipes azules pero mueren porque les inviten un fin de semana a París y les inundan la

casa de rosas. Que toman la iniciativa en el flirteo, seguras de que han conquistado la luna por no pronunciar «te quiero», o tener a varios hombres al retortero. Mujeres que se creen que por ser infieles son más *guays*, que mienten en sus perfiles y, lo peor, se engañan a ellas mismas porque, en el fondo, buscan amor y pretenden conseguirlo a cambio de sexo. Lo que deberíais de

preguntaros

cuando os quejáis de que no hay hombres a vuestra altura, es qué mierda nos ofrecéis, porque si consideráis que vuestra valía es lo que tenéis entre las piernas, así os va.

En ese momento se me escapó una involuntaria interjección irónica al

recordar un argumento que repetía Julia cada vez que fracasaba en sus intentos

amorosos: «Los hombres que habitan en el planeta Tierra son basura cósmica interestelar, puesto que los mejores ejemplares nunca abandonaron Marte.»

O

este otro: «No hay hombres disponibles. Todos son homosexuales, adictos, maltratadores o están casados.»

—Si te hace gracia esto que te cuento es porque eres aún más frívola de lo que he imaginado.

De nada me servía defenderme o rebatirle, era una pérdida de tiempo y

energía; la versión argentina de Clint Eastwood en *Los puentes de Madison* solo me hubiera interesado para una cosa y ya ni siquiera. A continuación, me sorprendió tomando mi agenda.

—¿Qué haces? —inquirí, molesta.

No respondió mientras escribía en ella.

—Te voy a hacer un favor —advirtió al acabar—. A ti y a los tíos con los que

quedes de ahora en adelante: a) no utilices nuestras armas; no os pegan y, a la larga, os destrozan la autoestima; b) explica lo que deseas desde el principio, no engañes a nadie, es ruin; por eso no entres en lo que no quieres si no pretendes

salir escaldada; y c) este es el lugar que necesitas —señalando su anotación—.

Gente que como tú busca lo rápido, sin ataduras ni compromisos. ¿No quieres follarse? Pues entra ahí.

Como antes de la invasión de los

monstruos

Granátula siempre me recordó a las matrioshkas rusas, que nunca dejan de

sorprender. El núcleo urbano es una suma de casas, mitad encaladas mitad en piedra, que se desparrama en los cuatro puntos cardinales, a lo largo de los cuales se diseminan ruinas romanas, vestigios de la Edad del Bronce, varios volcanes, un embalse, un campo de

aviación reliquia de la Guerra Civil, una estación de tren abandonada... Quien no se entretiene aquí es un muermo.

Tras instalarme, y antes de comer, he animado a la abuela a dar un paseo.

Bien abrigadas porque el día resulta engañoso, superamos el enjambre de

viviendas echando a andar por el arcén de la carretera de la Virgen, una vía que

muere en el Santuario de Oreto y Zuqueca.

Hoy está seria. Es raro porque ella en los asuntos trascendentales tira

adelante, templando las penas.

—¿Estás bien?

—Concentrada. Si hablo no camino —
me responde mirando al frente.

La abuela se enamoró de quien no debía,
y cargó con un embarazo que le

costó disgustos a puñados. Lo sé, aunque
en casa nunca se habla de ello. La
familia de la abuela gozaba de recursos,
lo que favorecía el respeto entre los
vecinos, pero esta pleitesía se perdió
cuando sucedió «aquello». «Aquello»
fue un amor proscrito. Cuentan que ella,
una hija única malcriada entre tules, en
la rebeldía de los dieciocho años perdió

la cabeza por un jornalero y no cejó hasta

que terminaron juntos. Pronto, esa sociedad autárquica que la admiraba y

envidiaba a partes iguales, saltó de la burla a la ignorancia pública,

contemplando sus padres cómo se dilapidaban sus deseos de emparentarla con

alguna que otra fortuna fuera del municipio.

La abuela renunció a todo para instalarse en una casa de labranza con quien

siempre consideró su marido, aunque no lo opinara ningún papel. En el único espacio donde comían y dormían, le atendió la partera y en él nació mi madre.

Una tarde de otoño, cuando su hija no había cumplido el año, el trabajador no regresó del campo. Tras aburrirse de esperarlo en el chamizo, la abuela se plantó en la era con mi madre en sus brazos, gritando un nombre que no he llegado a

conocer porque nadie lo pronuncia, y sobre su cabeza una luna vestida de luto prematuro. Alimentó durante días y días la esperanza de que volviera, pero se

desesperó sin verle aparecer por la puerta; en cambio, sí lo hicieron sus padres para arrancarla del lugar al que, a su juicio, nunca debería haber ido.

No se necesitan demasiadas aclaraciones para dilucidar qué sucedió, para

entrever la mano siniestra de quienes en aquel tiempo hacían y deshacían a su antojo —encargos que se cobraban las deudas de honor al anochecer y en silencio— y terminarían mandando lejos a aquel hombre. Su desaparición, el

dolor de un amor arrancado de cuajo, debió de devastarla; hasta que asumió que

sería su viuda sin documentos y solo le quedaba aferrarse al consuelo de las melodías de Xavier Cugat.

Esta historia la he ido componiendo mediante retazos entresacados de los

susurros que compartían mi madre y las vecinas o las pocas amigas, tejiendo un

pachtwork de hilos sueltos y cabos por anudar, porque el pasado se custodia bajo un manto de bocas cerradas.

—Fernando me engaña —confieso de pronto.

—¿Y qué hombre no engaña? — responde ella con pasmosa naturalidad.

Me ha sorprendido oírme y, al tiempo, me impresiona lo que resuena dentro

de mí. No he pronunciado, como hubiera gritado hace un par de semanas, el hijo

de puta, malnacido, cabrón, de mi marido — *mi, mi, mi*, de *mi* propiedad —, y te he llamado por tu nombre. Tres palabras que duelen, pero ya no aniquilan como al principio.

—No una vez sino varias... y con varias mujeres —aclaro.

—Como todos. Los que no lo hacen de jóvenes, lo hacen de viejos.

—No es así. Estamos en el siglo XXI,

las relaciones modernas...

—Ay, cariño, entre los hombres y las mujeres solo hay «relaciones». Las de siempre. Ni modernas ni gaitas. Los hombres persiguen una cosa y las mujeres otra; en el rato en que coinciden se casan, tienen hijos, y luego cada uno a lo suyo. Quien siempre miente nunca engaña, no lo olvides.

Bajo la cabeza. Las deportivas se han cubierto de una tierra rojiza que ha teñido los cordones. Se me hace difícil continuar.

—¿Te acuerdas del Casino?

—No me voy a acordar, abuela. Fui

contigo después de morir Franco, yo

tendría doce o trece años, y se convirtió en algo memorable porque era la primera vez que entraban las mujeres en él.

—Porque en realidad era una casa de putas.

—¿En serio?

—Vaya, desde antes de la guerra. Los maridos acudían allí como quien se

toma un café, y sus mujeres lo veían normal. Te diré que más de una se quitaba

así el paquete de encima, porque, si no, le tocaba aliviarle a ella. Y luego estaban

las mantenidas, que de eso también había en este pueblo. Cuatro monos y bien

pocos andaban con quien la Iglesia disponía. Pero eso es la vida, Abigail. La de

ahora y la de siempre.

Casi me había olvidado de tus agendas, de Sombras, la casa blanca en pleno

barrio de El Viso, del Club Five. Esta desmemoria certifica que mi mente ha

puntuado tus afrentas en orden de importancia, y ha desestimado la infidelidad con una puta por vulgar e intrascendente. No obstante, me entristece recordarlo.

—Me da mucha pena.

—Pues debería darte risa, cariño mío — comenta mi abuela mientras me

aprieta el brazo del que se acaba de colgar—, porque hacemos un drama de algo

que sucede desde que el mundo es mundo. ¿Te acuerdas de la tía Amparo, que

regentaba una botica? La pobre murió hace años —Dios la guarde en su gloria

—, pero no sabes la guerra que tenía con su marido, que era registrador y se pasaba la semana en un piso de Ciudad Real; alguien debió de irle con el cuento de que vivía con una señorita, y le montaba tales números que se enteraba medio

vecindario. Al parecer un día cogió el coche de línea y se plantó en la casa.

Cuando abrió la puerta la otra, vestida y enojada como no te imaginas, ella que

la ve... se tira a sus pelos... armaron un cisco que no te menees. El caso es que

cuando llega el marido lo primero que le echa en cara es porque a ella no le compra esas cosas y él le suelta: «Porque lo que te regalo a ti tengo que declararlo a Hacienda, son gananciales; sin embargo, lo de ella es dinero negro.»

¡Menudo listo!

Esbozo una amarga sonrisa reconociendo que mire donde mire localizo a

parejas adulteradas por la mentira, mostrando unas frívolas carcasas relucientes

pero renegridas por dentro. Amalgamas hechas de rutina y costumbre. Seres

humanos molidos por males tan enquistados que ni saben cuándo empezaron,

porque si la felicidad es un relámpago, un maravilloso estado pasajero, la infelicidad se perpetúa y cronifica.

—¿Qué piensas, hija? No te quedes callada que me preocupas.

—Solo que... Por lo que explicas el amor no existe. Es teatro, y tenemos que resignarnos a él. No, no, yo... me resisto a admitirlo.

—No te he dicho eso, sino que no es bueno exagerar, que es distinto.

—La mentira es sucia, abuela. Prefiero que me apuñalen en el corazón que no por la espalda.

—Eso es verdad. No hay que ocultar las cosas, ni las más feas. La única forma de remediar las heridas es dejarlas al aire porque si se cubren, se llenan de pus y la carne termina pudriéndose. Pero no todo el mundo posee la valentía de

confesar lo peor de sí mismo; por eso conviene ser indulgente a la hora de juzgar

a los demás.

Desmenuzo sus palabras, explorando en

mí algún rastro de misericordia, y

finalmente confirmo que no se halla esa virtud cristiana entre las mías. En la abuela, sí; ella va a misa, implora a Dios y al Santo que se deja. Yo no creo en eso. Ni siquiera considero que haya creído en ti alguna vez. O quizá sí, no en ti

como medida absoluta, pero sí en nosotros. Ahora me has vuelto agnóstica del todo.

En este instante, durante los segundos en que ella presiona mi brazo

indicándome que abandonemos el curso de la carretera, me doy cuenta de que

apenas avanzo porque no sé qué va a suceder entre nosotros. Lo natural sería recibirte blandiendo los papeles del divorcio; sin embargo, hasta que no arraigue la certeza de nuestra separación carece de sentido consultar a un abogado. «Para

el papeleo siempre hay tiempo —sugirió Julia la otra noche—. Lo importante es

que tu corazón dictamine qué necesitas y lo qué estás dispuesta a ofrecer.

¿Comprensión? ¿Perdón? ¿Empatía? ¿Ruptura y duelo?» Ella soltaba esto y a mí

solo me venía una palabra a la cabeza:

«revancha». Según Julia debería de invitarte a que te expliques, a que te desnudes como no lo has hecho jamás, pero entonces correría el riesgo de indultarte. Y eso no, nunca. ¿Quién perdonaría a un majadero con el cerebro triturado? Alguien tan ido como él, claro está.

Al cabo de unos minutos me doy cuenta de que hemos recorrido unos cuantos

metros por el linde entre dos fajas de terreno, una en barbecho y la otra sembrada

de vides que empiezan a brotar.

—¿Adónde vamos? —inquiero,

extrañada.

—Ahora verás.

El asfixiante recuerdo

Las piedras adquieren sentido examinadas de cerca. Desde la parte baja del terreno la perspectiva resulta desordenada y casual, como si una riada, en lugar de arrastrarlas con ella, las hubiera amontonado allí, olvidándolas después. Pero

no, poseen un orden lógico, encajan unas sobre otras. Las lajas, trabadas por medio de una argamasa de cal y arena, conforman un túmulo de planta circular que crece en forma de cono, hasta integrar un catafalco deteriorado por el

tiempo

y la falta de cuidados. Circundo un montículo cuyo diámetro no supera los tres

metros, más dos y medio de altura — aunque apunta haberlos superado en su día

—, mientras la abuela permanece postrada frente a él. En cualquier dirección se

distinguen cultivos, algunas casas diseminadas, una lejanía roja y amarilla

salpicada de tortuosos árboles que plasmaron los pinceles de Benjamín

Palencia

en su obra. ¿Ves? De él sí ambicionaría un cuadro, no el deprimente Viola de tu despacho.

—¿Qué es esto, abuela?

—Mi casa.

Estupefacta, la contemplo señalar con la mano un punto en el espacio.

—Ahí estaba la entrada. Un hueco sin puerta sobre el que poníamos esteras para que no nos comiera el frío. Y a esa altura había un agujero, como un ventanuco. Aquí nació tu madre.

Un frío de siglos me estremece de arriba abajo. Desearía arroparla, como a un pajarito mutilado; sin embargo, apenas lo intento ella se echa a un lado e interpreto que necesita mantenerse firme, no abatirse antes de tiempo. A cualquier víctima, por antigua que sea su laceración, se le debe dignidad y respeto.

—Yo ponía flores en el tragaluz. Cada mañana, llevando a tu madre a la espalda, salía en busca de las más bonitas y formaba un ramillete atándolas con

un cordel. Solo quería que cuando él

regresara de la era esto pareciese un hogar.

—Abuela, yo...

—Schh —poniéndose el índice sobre los labios reseco—. No poseía más que un pantalón, dos mudas y dos camisas. Y sus manos. La primera vez que se las

vi estaban llenas de grietas. Sucedió una tarde de verano, paseando con mis amigas. Yo tenía dieciocho años, y él, veinticinco. No sé por qué empezaron, quizá porque les gustó que no aparentase ser un jornalero —de lejos se le veía buena planta— y ellas, acostumbradas a los melindres del pueblo, se

envalentonaron a decirle cosas; ya sabes lo ladinas que somos las mujeres.

Cuando él replicó echaron a correr. «Os sobran remilgos y os falta lo que tiene que tener una mujer», les gritaba. Solo yo crucé el sembrado: «¿Se puede saber qué tiene que tener una mujer? Dímelo a la cara», le solté. Se quitó el pañuelo de la cabeza para empaparse el sudor y ahí me percaté de las heridas de sus manos.

Sus dedos eran largos, huesudos, y a mí me dio por pensar la de cosas que no crearían unos dedos así. «Ovarios para sentir y hacer lo que quiere, no lo que le

mandan.» Ese día le propuse curarle las manos con limón y aceite. «¿Te van a dejar tus padres? Estas son sus tierras. ¿Ves esas piedras? Hasta la renta por dormir dentro de ellas me restan del jornal», fue su respuesta. «No tengo que pedirles permiso. Yo hago lo que quiero.» Así nos conocimos. Para cuando cicatrizaron las cortaduras estábamos locos de amor.

Una oportuna ráfaga de viento se lleva mis lágrimas y humedece los ojos de la abuela.

—Estos sitios se llaman «carapuchetes», hay varios por los alrededores.

Ahora acogen los aperos del campo, pero por entonces la gente vivía en ellos. De

niña tuviste que ver alguno. Este creo que no, por lo menos nunca te traje. —

Niego con la cabeza porque no me nace la voz, y percibo que en ella también empieza a quebrarse—. Hace siglos que no venía; antes lo hacía a diario. Nadie supo cuánta felicidad hubo entre estos pedruscos.

La confesión desata un aterrizaje forzoso en su biografía. No importa si ella

apuntala sus cimientos con vigas de acero o de cristal, porque aquí estoy yo

para

declarar que sí lo sé, abuela, que me conozco el sublime encaje de dos pieles tejiendo una sola. Que sé que dos personas corrientes pueden avivar un amor extraordinario. Despliego mis brazos como alas de ángel formando una coraza para consolarla, según meso el frágil cabello recién teñido en honor a su nieta, porque querría estar perfecta. Tras minutos de llanto compartido, y sonarse la nariz con un pañuelo que saca de la manga del jersey, se recompone y prosigue.

—Antes te conté que durante el rato en que hombres y mujeres coinciden en

lo que quieren, se casan, tienen hijos... y tal cosa puede durar un mes, un año, diez o, a veces, hasta que te mueres. Únicamente ya por ese *rato* merece la pena vivir. Nadie salvo tú conoce si tu *rato* ha terminado o no, Abigail. Si decides que, a pesar de lo que Fernando haya hecho, todavía se dan motivos... defiende tu matrimonio, pero nunca lo hagas por temor a quedarte sola, por la

conveniencia de un hombre al lado. Mi *rato* duró dos años, un mes y diecisiete días. Hubo un tiempo en que contaba las horas pero se me han olvidado. Nada me asegura que si no hubiese sucedido lo que sucedió el *rato* continuaría, o por el contrario seríamos como la tía Amparo

y su marido... El tiempo curte lo que el amor destroza, pero no lo que construye, pues esto no se olvida; por eso aquel *rato* ha dado sentido a mi existencia.

Ansío interrogarle a qué se refiere con «lo sucedido», si ella conoce la

realidad o la frase obedece a una simple conjetura, mas no lo hago.

—Siempre ten presente una cosa: una mujer no necesita a un hombre,

necesita a *su* hombre, aunque, a veces, no llegue en esta vida y tenga que resignarse a encontrarlo en la siguiente. O aparezca, pero él esté ensimismado con una o con varias mujeres, que en

nada le convienen. Algunos hombres son así de necios. O llegue defectuoso, y entonces toque ir quitando sus taras una a

una como los pistilos de la flor de azafrán. O te lo arrancan y te dejan más vacía

que si te hubieran rajado las tripas y hubieran sacado hasta los intestinos por el

agujero.

Entre lágrimas beso los cuarteados mofletes, sus manos enrojecidas y que sin

pretenderlo me hacen rememorar esas otras que la enamoraron. La abuela ignora

que acaba de provocar un alud de afecto hacia el fantasma de quien fuera mi abuelo.

—Vale de congojas, reina mía. ¿Sabes? Yo me tomaría un poquito de queso y una copa de vino. Hala, *pa'* casa.

—Abuela... ¿cómo se llamaba? — pregunto cuando ha empezado a andar.

La mujer lanza una ojeada por encima del hombro y sigue caminando.

No piensa responderme.

La lumbre encendida. El pilón de piedra. Flores de marzo. Alcanfor. Un tocadiscos ruinoso. Xavier. «Besar tus labios quisiera.» Un, dos, tres, cuatro.

Pasos al cielo. El entrecejo de mi madre. Un tensiómetro. Judías verdes con chorizo de la huerta. Chascarrillos. La vajilla de las fiestas. Un diente más. Mi niño dolorido. El chinero. Fotos en sepia. Un runrún de agua a lo lejos. Verbena.

Mi vieja manta. ¿El mando de la tele? Sus gafas. Las pestañas mojadas.

Sortijillas en el pelo. Cosquillas en las muñecas. Una aldaba en acción. Las vecinas. Besos con aroma a anís. Rosquillas. Inspeccionar el móvil. Ignorarme.

Ignorarte. La luna enmohecida del armario. Bolsas de lavanda. Compota. Cosas

dulces. Las manchas de sus manos. Mis recuerdos. Los suyos. Las campanas.

Misa de ocho. Lucas y yo chapoteando en la bañera. ¿Pollo? En pepitoria.

Sábanas de hilo. Mis iniciales. Una bolsa de agua caliente. Mi hijo durmiendo entre mis brazos. Fuego por

dentro. Amor. No te mueras nunca,
abuela.

El domingo amanece con el cielo
encapotado y riesgo de lluvia.

—¿Qué hacemos? ¿Volvemos a casa o
quieres comer con las abuelas? —

pregunto a Lucas, que juega a aparecer y
desaparecer bajo las sábanas.

—Quedarme para siempre con las
abuelitas —suelta, como si hacerlo con
sus

padres fuese una tortura.

Tanto velar por él y mira por dónde sale.

Ejercer la maternidad incluye un aprendizaje en el desapego.

—No bajes de la cama. Voy al baño y vuelvo enseguida —le ordeno.

Mientras trato de domar mi melena escucho arrastrar algo en la alcoba y

pregunto a Lucas qué está haciendo, a lo que responde un «nadaaaa» que no me

creo en absoluto. Cuando regreso descubro a mi hijo encaramado a un taburete,

extendiendo sus brazos hacia arriba.

—¿Se puede saber qué haces ahí?

—Quiero esa caja, mami.

Desconcertada, miro en derredor tratando de adivinar dónde ha posado el niño

y de repente me desplomo a los pies de la cama.

—¿La caja de galletas?! —exclamo para mí.

—¡Sí, era mami! —afirma, arrancando a aplaudir.

La vieja caja de galletas. El estuche de latón donde la abuela guardaba las tortas de aceite, los roscos de anís, y que depositaba en el estante superior de la

alacena a fin de que, ni subida en la más alta de las banquetas, pudiera hacerme

con ella. Ese objeto prohibido al que siguió en su condición la lata de Cola-Cao

cuando me trasladé con mis padres, y que ahora remansa sobre una cómoda entre

figuras de cristal y estampas de santos.

—¿Para qué la quieres, Lucas? — pregunto con un temor difícil de contener

ante la sospecha de que mi hijo sea tan parecido a mí. Y a ti.

El niño me observa contrariado, sorprendiéndose de que yo no posea las mismas ganas que él por descubrir qué guarda dentro.

—¿Para qué? —insisto.

—Para ver sus secretos —aclara con naturalidad.

Me aproximo a él y le agarro por los hombros mirándole fijamente a los ojos;

hago un esfuerzo para no transparentar emoción alguna que le asuste o le

intimide, aunque estoy a punto de quebrarme. Esos ojos azules, siempre

transparentes, se han enturbiado y ahora recuerdan a los míos; pero al instante vuelven a ser los tuyos, Fernando, comprobando que nuestro hijo guarda lo mejor y lo peor de nosotros.

—¿De verdad quieres saber qué hay dentro?

—Sí, mucho.

—¿Quieres que lo veamos juntos?

—Sí, mami, sí.

—Será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

A continuación deposito la caja sobre la cama. Con los años las peonías y las

rosas que la decoran han perdido lustre y lucen una pátina envejecida que la convierten en objeto de almoneda.

—¡Qué nervios, mami!

Quizá debiera de ojearla antes, no vaya a contener alguna sorpresa negativa,

pero la expectación de Lucas es tal que no puede esperar.

—¿Qué deseas que haya? ¿Lo has pensado?

El niño se encoge de hombros mientras dirige sus pupilas al techo en señal de

indecisión y vuelve la cabeza a la

ventana donde ve cómo el sol trata de hacerse

hueco entre las nubes.

—¡Un arcoíris! Quiero un arcoíris.

—Que así sea, mi amor.

Entonces levanto la tapa y descubro la colección de hilos de la abuela.

En cuanto terminamos de desayunar la abuela aparece en la cocina

sosteniendo un paraguas e indicándome con la cabeza la dirección de la puerta de salida.

—¿No podríais quedaros? Tiene pinta de empezar a descargar de un momento a otro —comenta mi madre.

—Quiero andar —asevera—. Tú nunca me acompañas.

—Madre, porque vas como una locomotora y me agotas. Anda, llévate a tu

abuela. Si no luego no habrá quién la aguante.

A veces opino que la relación entre mi madre y yo ha entrado en barrena y ese tabique que empezó a levantarse hace

tantísimo tiempo —cuando decidió

enviarme con la abuela y en el momento en que más felices estábamos, regresé a

Valencia sin aclaraciones—, se ha transformado en un sarcófago de hormigón de

esos donde sepultan la basura nuclear. Anoche estuvimos a punto de otro

encontronazo al insistir en deshacerse del piso de la Malvarrosa; fingí que no la

escuchaba, pero ella reiteraba sus intenciones de venderla. Esa casa es un baúl de

recuerdos y no tengo espíritu para airearlo. Allí siguió viviendo mi madre el día

en que mi padre apostó por su amor con una peluquera. Él aseguró que nunca hubiera sostenido una relación a dos bandas, no obstante, las mujeres detectamos enseguida la hipocresía. Pasados los años se casaron, pero no puedo evitar mi desapego hacia ellos en el que influye, seguro, que él haya cumplido 65 años y su mujer tenga más o menos mi edad.

Hay algo perverso en el patrón «hombre maduro tirándose a una mujer veinte, treinta años más joven». ¿Acaso

suponen que van a rejuvenecer metiéndola en una vagina rebosante de estrógenos como si fuese el elixir de Shangri-La?

—¿Y la tienda? ¿Qué piensas hacer con ella?

Tras la separación, mi madre adquirió un estudio en el barrio de El Carmen,

situado al lado del negocio que planeó junto a una amiga, apenas un mostrador

de baratijas para clientas que hacen de él su confesionario. No respondió.

Cuando quiere es hermética.

Decididamente, la ligazón maternal la trabo con la abuela. Si el genio de la lámpara me hubiese obsequiado un deseo, la haría inmortal.

Salgo de casa sospechando que pretende departir conmigo a solas, pulsar mi

estado de ánimo; sin embargo, me choca que solo se dedique a relatar bagatelas.

—Todavía no sé qué voy a hacer —abro el turno.

—Ya lo sabrás. Confío en ti y tú deberías hacer lo mismo.

Aguardo unos segundos a que descubra sus cartas, pero eso no sucede. A lo

mejor tiene que ser así, porque, una vez el desengaño sedimenta, nadie más que

tú puede encajar las piezas de tu rompecabezas.

—¿Te acuerdas del pozo de nieve? — me consulta.

—Claro, no me dejabas ir por si me caía dentro.

—No había donde caerse.

—¿Ah, no?

—Está a ras del suelo. De algún modo había que asustar a los niños.

—Los mayores causáis muchos traumas
—ironizo, y beso su cabeza.

Ella sonrío ladina mientras nos acercamos a una antiquísima nevera, una construcción de piedra en la cual los vecinos conservaban sus alimentos

acarreando nieve de la sierra, cuyo uso se remonta al siglo XIX y fue perdiendo

utilidad a medida que los frigoríficos invadieron las cocinas. Ahora es un basurero. Frente a ella crece un nogal dejado de la mano de Dios que solíamos visitar en mi infancia.

—Este árbol siempre te gustó, ¿verdad?

Recuerdo que en verano nos traíamos

las sillas plegables y mientras hacías ganchillo, yo me comía un bocadillo de Nocilla que sabía a gloria. Con la de horas que hemos pasado aquí podríamos haber mandado construir un banco de obra.

—Entonces hubiera venido la gente.

—¿Y qué más te da?

—Este sitio es mío.

Me turba tanta severidad. De repente la abuela parece situarse lejos de aquí,

como si sonara su propia canción dentro

de su cabeza.

—¿Tú plantaste este árbol?

—No —suelta cortante—. ¿Sabes qué? No todo el mundo mira igual, Abigail.

La mayoría de las personas tratan de ser amables y cercanas, pero eso no significa que se entreguen a los demás. La gente se guarda mucho; quizá tengan miedo de que les hagan daño, o sean mezquinos. Solo unos pocos, muy pocos, lo

hacen desde dentro de ellos mismos, y ahí comprendes que de verdad les interesa

lo que tú sientes, o piensas, o sufres. Él miraba así. Por eso se dio cuenta de lo

que me pasaba, de cuáles eran mis inclinaciones; no tuvo que andarse por las ramas, con esos necios romances que sostenían los chicos, pidiéndote salir y qué sé yo cuantas pamplinas. Vale más un minuto de deseo disfrutado en la piel que

años rondando por el pensamiento.

La abuela recuesta su espalda contra el nogal; la noto cansada.

—A veces sueño que vuelve. Se me hace raro porque él aparece como

entonces y yo como estoy ahora, y se lo explico. Le digo que me mire, que soy

una vieja, pero él responde que no me ve así, sino como cuando nos conocimos.

«No podemos cogerlo donde lo dejamos», le insisto, y ¿qué crees que me

responde? «Mejor es donde estamos ahora.»

—¿Tú deduces que...? No sé, que se trate de una señal, que él...

La abuela ordena callar de nuevo. Su silencio atenaza. La radiografía tratando

de vislumbrar en ella a la joven enamorada, sin embargo mi vena prosaica solo

atina a distinguir sus hinchados tobillos allí donde crece el brezo al amparo de las sombras.

—Lo sembraron mis padres —arranca—. El árbol. Lo plantaron ellos.

Con trabajo empieza a dejarse caer a lo largo del tronco y yo la tomo en volandas, asustada. ¿Te encuentras bien? ¿Te has mareado? ¿Podrás regresar andando o quieres que vaya a por el coche? «Anda, no seas melodramática», rehúsa mientras acaricia el tronco. A un metro del suelo la abuela posa su mano

sobre una hendidura en la madera y sus dedos se deslizan por ella proyectando la

señal de la cruz. De pronto me llevo las manos a la boca, previendo lo que va a confesarme.

—Aquí está él. Aquí lo enterraron. Tras asesinarlo vilmente tuvieron la

indecencia de sepultarlo plantando un árbol que hundiera sus raíces en sus huesos. Eso hicieron mis padres, junto a los que mandaban en el pueblo, y para desdicha mía tuve que cuidar de ellos hasta que murieron; fue peor que penar mi

amor en el purgatorio. Pero aquí me encuentro, firme y en pie, como mi nogal.

Aquí me vais a enterrar. Te lo aviso a ti, porque tu madre es una cabezota y ni

dejando una pila de testamentos me haría caso. Estas tierras me pertenecen, puedo hacer lo que me plazca en ellas. Don Isaías, el cura, ya lo sabe y bendijo el árbol. Ahora a ver si no le cambian de parroquia, que esa es otra —una fuerza

invisible tira de la abuela, levantándola —. La mayoría de las personas otea al horizonte creyendo que el futuro les traerá algo mejor. Yo necesito

retroceder a mi pasado para seguir adelante. Cada uno se afana una cosa para sobrevivir.

Hija, no quiero que bajes tu cabeza, quiero que la uses para pensar porque nadie

puede ayudarte. Un día despertarás conociendo el camino. Ten fe.

Cuánto sufrimiento custodia este trozo de tierra, con la de veces que he

jugado sobre él, jamás lo hubiera sospechado. Estrecho a la abuela con tanto amor que me va a estallar el pecho; entre mis brazos arropo a un corazón hecho pedazos, sostengo sus piernas

extenuadas de perseguir lémures y
enlazo los

dedos de ambas, los suyos agarrotados
por querer asir lo imposible, y desde
esa

postura, a petición suya, recitamos las
fórmulas mágicas de unas oraciones que
milagrosamente aún recuerdo.

—¿Quieres saber cuál es la mayor
ironía que nos ha jugado el destino? —

pregunta al terminar.

—¿Cuál?

—Fernando. Su nombre era Fernando.

Tu viaje dura un año

«Se ha equivocado de número. No di importancia a su primer mensaje, pero

puesto que reincide en su error le ruego que lo corrija. Gracias.» Lo descubrí anoche al conectar el teléfono gris; lo leí con satisfacción y apagué el aparato.

Sucedió al poco de meterme en la cama, portátil en mano —tras deshacer la bolsa de viaje, dar la cena al niño, acostarlo, ducharme—, decidida a enviarte una foto del fin de semana. Elegí una que había tomado mi madre

donde se me contempla agachada junto a Lucas, con el pelo revuelto; y te la remití en un correo sin texto, cuyo asunto era «Esperándote». Estuve a punto de escribir «Despertar al lado de vos», pero me contuve.

Por sus habilidades fotográficas mi madre se ganó un beso sonoro, en un

arranque mío que nos sorprendió a las dos, y la abuela, uno de esos estrujones que abducen el alma del otro. «Cada vez me parezco más a ti —confesé a su oído antes de abandonarla—. También creo que el deseo no puede ahogarse y por ese *rato* merece la pena vivir.» Me prohíbo especular lo que opinaría ella si

conociera mi faz más abominable, si supiera las alucinaciones a las que me castigan la rabia y el odio. De hecho, antes de reconocerle eso, sobrevolaba por mi mente una frase a la que puse coto en la misma punta de la lengua: «Por ese

rato merece la pena *matar*.» Sí, me la tragué, pero ahora envenena mis entrañas.

Me carcome saber si hubiera tenido el valor de hacerlo, si llegaría a matar para defender lo mío. Seguro que por mi hijo, sí; asesinaría a quien atentara contra él, le arrancaría los ojos y le rebanaría el

cuello sin inmutarme si con ello salvara
a

Lucas. ¿Y por ti? ¿Mataría por ti? Se
precisa arrojo para colarse en una casa
y

destrozarla... pero aniquilar a un ser
humano... Arrastraré siempre los
grilletes de

la duda.

Esta mañana, desde la oficina, he
remitido un nuevo mensaje a la mujer
del móvil gris: «Si uno quiere guardar
un secreto debe ocultárselo también a sí
mismo. El Gran Hermano te observa.»
Sentencias «orwellianas» dirigidas a

cebar el desconcierto y la angustia en alguien de quien ignoro todo. Mi única pesquisa

es que su número aparece en tu teléfono en varias conexiones realizadas el pasado dos de febrero, a las 10.47, a las 13.15, a las 13.50, a las 17.30 y a las 19.10, esta de casi una hora de duración. Nada más, tanto que si yo no hubiera marcado el número y hubiese atendido el terminal una niña antes de que su madre se lo arrebatara, ¿quién me aseguraba que se tratara de una mujer? Podría ser cualquiera, hasta un psicólogo con quien te sometes a terapia telefónica, tal y

como propusiste a Julia. Incluso cabe la eventualidad de que ella haya adquirido

la línea recientemente y no comparta nada con quien la tuvo en su día.

La falta de datos me pone en evidencia porque refleja la inexistencia de un plan, y por tanto tan solo aspiro a intimidar a una desconocida que sabrá lo que es la incertidumbre, el miedo a ser descubierta. El objetivo pasa porque se sienta

acosada, más que por mis mensajes —en el fondo, bastante cándidos— por sus

sospechas: ¿En qué momento fui indiscreta, o lo ha sido él? ¿Quién nos

ha visto?

¿Qué conoce mi pareja? ¿Me habrá traicionado mi mejor amiga? No conozco

infidelidad que no caiga en la tentación de ser compartida con alguien para paladearla como un triunfo. Una aventura sexual nunca se silencia.

También cabe la posibilidad de que ella, agobiada, solicite un cambio de

número, o no lo haga porque en su pleito interno gane el interés por averiguar quién se camufla tras los mensajes. No conviene desestimar el poder de atracción de una cerradura.

—¿Estás liada? —pregunta Lupe según golpea la puerta con los nudillos—.

Hoy has venido pronto. ¿Qué tal en el pueblo?

—He llenado las alforjas de cariño. ¿Tú?

—Me he hinchado a ansiolíticos para dormir. Yago se ha peleado con un

chaval del centro y se ha dislocado el hombro. Llegará un día en que ni me inmute, aunque de momento... Por cierto, gracias por lo de Julia. A otra cosa: el contestador de la oficina está petado.

—¿Cómo?

—Micaela Pellejero. Lleva insultándonos desde el viernes por la tarde. Lo

más suave ha sido «allá os rompáis la crisma en cuanto salgáis de casa». Yo no

dejo de mirar donde piso, no vaya a ser una harpía.

Es una bruja con todos sus atributos, pero no voy a revelárselo a Lupe.

—¿Qué hacemos con ella? —inquire.

—Ignorarla. Y desconectar el contestador. Desviemos las llamadas a nuestros

teléfonos y colguemos cada vez que veamos su número.

—Ilusa, nos va a brear. Es capaz de llamarnos desde una cabina.

—Casi ni quedan. Además, va en nuestro sueldo. Se marchará, Lupe, no tiene

más remedio.

De repente suena el timbre de mi Blackberry; en la pantalla leo «Carlota».

—Atiende, luego hablamos. —Lupe se esfuma, mientras extrae la cajetilla del

bolsillo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto al descolgar.

—Señora, qué gusto oírla. Te he intentado localizar este fin de semana, ¿no has visto mis llamadas? —La voz de Carlos tiene tintes de reproche.

—Estaba fuera de Madrid, con mi familia.

—¡Oh! Estabas fuera de Madrid, con tu familia. Vaya, es que... me había

quedado solo porque... Bueno, planeé que hubiéramos podido quedar.

—¡Qué pena, me habría encantado! —miento.

Durante unos minutos saltamos de lo profesional a lo personal hasta que

ambos interpretamos que es el momento de decir adiós.

—Abigail... —Carlos retarda su pregunta con una de sus ponderativas pausas

—. ¿Alguna vez te preguntas qué es esto que nos traemos? Si tiene algún fin o

será siempre un... coito *interruptus*.

Suelto una risa desganada, porque lo que menos me apetece ahora es una

auditoría sentimental.

—A veces en la vida hay que improvisar, Carlos —declaro, esgrimiendo un

aforismo de los que pueblan los libros de motivación.

—En la vida hay que improvisar — repite, ganando tiempo para pensar—.

¿Hasta cuándo?

—Hasta que dejemos de divertirnos o las ganas nos detonen entre las piernas.

—¡Qué lista eres! Y cómo me gustas. ¿Comemos?

—¿Mañana?

—Hecho.

Apenas cuelgo voy a los ajustes del teléfono para cambiar el nombre de

«Carlota» por el de «Carlos», pero antes de pulsar «guardar», desisto. Creo que

debo aplicarme la misma frase que acabo de defender ante él: en ocasiones conviene fluir, dejarse mecer por los acontecimientos, e incluso actuar por impulsos. Soy consciente de que nada cambiará en este ilusorio *affaire* entre Carlos y yo; no obstante, los beneficios de la «no relación» parecen evidentes.

No todo en la vida alcanza por fuerza

una resolución, ni se precipita hacia un final específico. Algunas cosas se mantienen *sine die* en una tensión nunca resuelta.

En el móvil gris con detalles metálicos aún no hay respuesta a mi mensaje, pero en el correo electrónico acaba de entrar la tuya.

Querida Abigail, cuánta ternura veo en la foto. Lucas está enorme; me

parece que llevo demasiado tiempo fuera. Siento como si mi viaje durara

un año y me hubiera perdido algunas cosas, lo que me entristece

sobremanera.

Si era una foto inocente decirte que has acertado, pues ha ido directa al corazón. Si responde a tu astucia mostrándome lo que me rodea para que no me extravíe, asegurarte que no lo necesitabas. Sois todo para mí.

¿Disfrutasteis en Granátula? Tu madre, tu abuela, ¿están bien? Tu familia

no está hecha de la misma falsa pasta que la mía; a pesar de la separación

de tus padres, y de que tu madre y tú andéis siempre a la gresca —riñas de

gatos, nada más—, su esencia es el

amor. Entre vosotros no guardáis

disfraces, ni posturas ni fingimientos. Yo vivo en una pose continua frente

a los míos; la única persona en este mundo que me conoce eres tú.

¿Sabes en qué no dejo de pensar? En dónde estaremos tú y yo a mi vuelta.

¿Nuestra pareja se situará en el punto en que la dejamos al despedirnos o

ha sucedido algo, un revulsivo... la ausencia como fermento de una nueva

etapa entre nosotros? ¿Seremos capaces de pulir nuestros errores? Tengo

tanto miedo como deseo de ti.

Te amo. Más de lo que jamás sospeché.
Fernando.

Quien siempre miente nunca engaña,
aseguraba la abuela. ¿Y quién lo hace a
ratos nos obliga a escudriñar con lupa
cada argumento para detectar la
impostura

de lo que no lo es? «La única persona en
este mundo que me conoce eres tú», si

no hubieras añadido esto habría dado
por bueno el texto, pero eres un necio
embustero que me oculta su verdadera
cara a saber desde cuándo. Qué puñetera

habilidad tienes, Fernando, para
crisparme, para encender el fuego bajo
mi culo

y que la válvula de la olla exprés
empiece a girar como una posesa. Ya
has vuelto a arrojarme a esa frenética
espiral que avanza impulsada por una
rueda de molino y me lleva a husmear
por donde nunca me hubiera atrevido.

Evito responderte, y en su lugar tecleo
en el buscador de Google un nombre,

el que Norberto, alias Robert Kinkcaid,
escribió en mi agenda. Dicha dirección

revela una página en negro y rojo con
imágenes de cuerpos trabados, sobre los

que se impresionan los consabidos mecanismos de identificación para

obstaculizar el libre acceso. Se parece a otras que he visitado antes, páginas web

con reclamos del tipo: «Únete y acuéstate esta noche con una madre salida», o

advertencias como «Estás a punto de entrar en un sitio donde verás hombres y mujeres de tu ciudad desnudos. ¿Serás discreto si conoces alguno?». Qué coño discreto, ¿alguien supone que si la madre del compañero de colegio de su hijo airea sus tetas en un sitio así sus fotos no van a correr más que la pólvora entre los miembros de la Asociación de

Padres? ¿La gente es idiota o vive en Marte?

«Conexión discreta», repiten muchas, porque de establecerse una «relación»

jugarían en otra liga. «Pues sí, soy infiel. Engaño a mi mujer, pero qué bien sienta», sostenía en una quien se hacía llamar Vividor27. Lugares donde las mujeres se inscriben de forma gratuita a modo de reclamo, como esos conejos que sueltan en las carreras para espolear al animal cuyo fin es atraparlos.

«Respetar los derechos sexuales de los miembros de nuestro “club”. Nuestras

usuarias son mujeres normales, ni

prostitutas ni estrellas porno», advierte otra.

¿Normales? ¿Es normal la tía que responde en una página de Internet si tiene o

no el vello púbico depilado, o el tío que cataloga su pene como «polla pequeña,

gorda, normal o larga»? ¿Lo soy yo acaso, mientras relleno mi perfil

emboscándome en mi *alter ego* Miss MoneyPenny? «¿Tienes ganas de tener un

encuentro adúltero, una aventura extraconyugal?», esta es su «seductora»

publicidad. «¿De follar a destajo?», se interesa el perfil masculino sobre el que he clicado por descarte, porque me contraría que nadie muestre su rostro.

—¿No vas demasiado deprisa? —pregunto yo.

—¿Qué quieres? ¿Jugar a las casitas? Si has entrado aquí es porque estás más caliente que el cenicero de un bingo, tía.

A punto de desconectarme, admito que me hace gracia su ingenio y le indulto un rato más.

—¿Cómo eres?

—¡Joder, que cómo soy! Un tío de treinta tacos, al que le molan los gintonics

y los coños por igual. ¿Vives en Madrid capital? Porque solo follo en veinte kilómetros a la redonda.

—¿Me mandas una foto?

—¿Tú sabes dónde te has metido?

—Por supuesto.

—La norma es clara: no verse la cara. El morbo de ignorar con quien has quedado.

—Las normas están para romperlas.

—¿A ti no te pone quedar con alguien que no sabes cómo es?

—Imagínate que tengo setenta años y dentadura postiza.

—Tía, para metértela no necesito que seas Gisele Bündchen. ¿En serio

quieres una foto mía?

—Sí.

Pasan unos minutos, en los cuales la pantalla se congela y temo haber perdido

la conexión, hasta que brota la instantánea de un amorfo pene erecto en un pubis

depilado, luciendo un *piercing* en un glande gordo y enrojecido, y debajo: «Qué,

¿has mojado braga, tía?»

Me esfumo de la página, asqueada.

—Manu, quiero ir a Encuentros — anuncio nada más descolgar.

—¡Buenos días, Manu! —replica él con sorna—. ¿Qué tal estás? ¿Va todo

bien? Sí, sí, la reforma del edificio de la

plaza de Lavapiés progresa, a pesar de

que esta semana anuncian lluvias torrenciales en Madrid y tenemos medio tejado

abierto... y de que la inquilina invade el descansillo cada dos por tres para insultar a mis obreros. Pero, vamos, nada importante. ¿Decías algo, princesa?

—Perdón, veo que la obra te da quebraderos de cabeza pero... necesito ir a Encuentros.

—Necesitas —repite despacio—. Abigail, la gente *necesita* comer, pagar la hipoteca, aprobar una oposición,

casarse, la quimioterapia para curar su puto cáncer... pero no *necesita* acudir a un local de intercambio.

—¡Sí! Yo, sí.

Estuve en muchos ojos

—¿No podías haber elegido al
quiropático? —sugiere Manu,
tanteando

cómo encajar su trasero en un sillón de
terciopelo algo estrecho para él—. Está

como un tren, es limpio y discreto.
Chica, para desquitarte echando un
polvo, no

se precisan tantas alforjas.

—Te van a oír.

—¿Crees que la gente viene aquí a escuchar, alma cándida?

Manu ha pedido un ron a palo seco y agota la copa de un trago; precisa munición para soportar este «suplicio», asevera, abatido. En torno a nosotros se diseminan una docena de individuos, conversando distraídamente según mojan

su cubata con panchitos. Este espacio emula a una discoteca demodé para

cuarentones, decorada en tonos rojizos que adoptan matices según oscila la luz, y

bolas de espejos pendiendo sobre

nuestras cabezas. Se supone que deberíamos estar presenciando un paraíso de placer; sin embargo, aún no detecto ningún vicio. «Los hombres no pueden entrar solos —ha declarado Manu mientras caminábamos por la calle Vicente Caballero, antes de toparnos con esa entrada

cuyo aspecto no sugiere un templo del sexo tras ella—; tienen que acudir en pareja, pero nadie les pide el libro de familia. Como si se han conocido en el Metro horas antes.» El club se emplaza en un vecindario de clase media, enclavado entre las vías de Sainz de Baranda y Doctor Esquerdo, y a espaldas del Hospital Gregorio

Marañón.

—Todas las casas de vicio deberían colindar con algún hospital; no te haces

una idea de la de patologías que provoca follar. Además de las pastillitas, que la

gente se las toma sin medida.

—¿A qué viene esta moralina, Manu? Pareces salido de unos ejercicios

espirituales.

—Porque me obligas a comulgar con ruedas de molino, que diría mi madre.

Esa sí que es una señora.

—Ah, ¿y yo no?

—Tú eres... una reina... sin corona, porque tienes la cabeza hecha cisco. Por

cierto sé de uno que murió de un infarto en un puticlub, le sacaron a la calle y le

dejaron tirado en una esquina. A ver quién era el guapo que revelaba a su esposa

dónde había palmado su marido. Mejor en la calle que en la cama de una puta.

—No te creo.

—Vaya que no; me lo contó un amigo policía que fue quien dio el aviso.

—¿Te lo tiraste?

—A quién, ¿al muerto?

—¡Al policía, idiota!

En lugar de aclarármelo, Manu ha mudado su rictus para advertirme un par de

cosas antes de entrar.

—Tienes mi tiempo y mi protección hasta las diez, no más tarde, porque me

convertiré en calabaza y entonces me

importará una mierda lo que estés

haciendo. Espero no arrepentirme. Si se enterara Fernando, se me caería la cara.

—Tranquilo, mi marido conoce el sitio.

Una gruesa cortina a nuestra izquierda blindada el acceso a una reducida pista circular donde bailan tres o cuatro mujeres.

—¿A los hombres les da vergüenza o qué?

Las comisuras de su boca se disparan hacia arriba en su célebre mueca, antes de afirmar que me conviene conocer

algún código del mundo de los liberales.

—El hombre se coloca al otro lado de la celosía e introduce la mano a través

de la rejilla y, si la mujer acepta que él la toque, eso significa que le dejan sumarse a la pareja. Si ella se aleja, no debe insistir. Aquí «no» es «no».

—Aquí y en la China, no te joroba.

—¿Quieres ir?

—¿Adónde? ¿A bailar? Ni de coña.

—En este sitio los tíos no sacan a bailar, Abigail. Sacan a follar.

—No te engañes: vengo a cotillear, no a aparearme con cualquiera que se me cruce.

—Muy bien. ¿Quieres averiguar cómo es un cuarto oscuro?

—Claro.

Manu se yergue, me tiende su mano y me transporta hacia una puerta pintada

igual que la pared, situada al final de la barra. Abre y cierra para quedarnos atrapados en una especie de cámara de descompresión, o una de esas dobles entradas de seguridad de las sucursales bancarias. «Tenemos que esperar a que

se encienda una luz verde», informa, y mi mente recupera del archivo de los

«hechos dignos de ser recordados» el juego de luces en el apartamento rentado

por horas donde te citabas con Elena Dader, tal y como ella reconoció. Un escalofrío me recorre la espina dorsal y me cobijo bajo el brazo de Manu como si me asediaran mil peligros.

—¿Estás bien? ¿Nos vamos?

—Para nada. Adelante.

La puerta se pliega hacia nosotros; tras ella se abate un nuevo cortinaje que debemos franquear a fin de acceder a un

habitáculo, todo él teñido de negro. El luminoso de la salida de emergencia permite distinguir varios bultos en

movimiento, además de una especie de mostrador anexo a la pared donde

copulan dos personas.

—Solo hay hombres; es mejor que salgamos —susurra Manu.

—Agorero, déjame mirar.

—Qué morbosa eres.

Tras habituarme a la oscuridad confirmo la presencia de tres hombres,

vestidos, con los pantalones a la altura de las rodillas, penetrándose por turnos.

De repente uno se acerca a Manu y, sin coqueteo alguno, echa mano a su

bragueta. Azorado, él le rechaza pero me cuestiono qué haría de no estar yo presente. Resulta tan violento animarle a participar, como mostrarme disconforme. Decido apartarme retrocediendo unos pasos hasta sentir la pared a

mi espalda; sin embargo, lo que creí que era una medianera, adquiere vida y empieza a palparme el culo. Difícil no soltar un chillido nervioso, motivo por el que Manu me arrastra fuera de

inmediato.

—No le había visto, me he asustado —
me justifico.

—Cómo lamento haberte traído; no es un
parque de atracciones, Abigail.

Quienes acuden aquí saben lo que
quieren.

—Yo también sé lo que quiero.

—No, no lo sabes. Te comportas como
una cría caprichosa.

—Joder, Manu. Quiero saber por qué
viene mi marido, qué encuentra en este

sitio.

—Muy bien —responde con enfado—. Vas a averiguar lo que él halla aquí,

aunque es más que probable que te repugne.

Manu ase mi cintura y subimos unas escaleras que nos conducen a un

vestuario, desocupado en este momento. Una sucesión de taquillas, unas

cerradas y otras con la llave oscilando de sus puertas, cubre parte de sus paredes.

En el interior de los casilleros distingo

toallas, una sábana y varios preservativos.

—Desnúdate y guarda tus cosas dentro; voy al de hombres. Puedes salir con

la toalla puesta o no, pero te advierto que nadie la lleva encima.

—¿Estás seguro de que tú no frecuentas este lugar? Lo conoces demasiado

bien.

—Frecuentaba. El tiempo de un verbo cambia el sentido de las cosas.

—No me has revelado dónde guardar la llave.

Manu estalla en risas contemplándome jugar con ella en la palma de la mano,

mientras sujeto la ropa de lencería en el doblez del brazo.

—¡Menudas tetas tienes, princesa!

—Vete a la mierda —replico entre risas, tratando de cubrirme.

—Soy un homosexual curioso. Anda, tira *p'alante* que vas a montar un escándalo.

—Tú primero, quiero verte el culo —le digo dándole un cachete.

De modo tácito sabemos que esta

experiencia solo la podemos abordar

sazonándola con humor. «Para llegar a la salida hay que cumplimentar el

recorrido completo, como en Ikea», comenta según nos asomamos a los

primeros espacios que sorprenden por su austeridad, con una única cama

ocupando casi todo el espacio disponible y poco movimiento en su interior. De

ahí pasamos al interior de lo que parece una mazmorra, donde una pareja

practica el sadomasoquismo: la mujer ha

apresado al hombre por los brazos y las piernas; él lleva encima una capucha de tela negra y una erección algo precaria,

como si el guion del que es protagonista acabara de tomar un giro que no le placiera, y ella, unas botas de cuero negro besando sus ingles y varias cadenas en torno al cuerpo, iguales a las que tensa para girar la rueda encargada de estirar las extremidades masculinas. El tipo no se queja, pero debe de doler un rato. En una esquina un hombre y una mujer contemplan la acción abandonados en lo que

parece un incomodísimo banco, mientras se masturban mutuamente. Me

asombra su juventud; no sé por qué supuse que estas prácticas atraían a parejas

hastiadas de su rutina sexual y, por tanto, maduras.

A medida que avanzamos el ambiente se caldea y humedece, como si los

efluvios corporales quedaran suspendidos en él igual que reliquias, y cuesta respirar. Enseguida descubro el motivo: a mi izquierda, tras descender unos peldaños, aparece un espacio de paredes verdes en el cual un catre a ras del suelo bordea un *jacuzzi* que imita a una terma romana. A estas alturas me doy cuenta de que el local aspira a ser

un parque temático del sexo, y para ello utiliza decorados de cartón piedra y ambientaciones históricas inspiradas en las antiguas películas de serie B, como aquellas que visionaban Manu y su frustrado amor, el

director de cine.

—Me gusta, vamos. —Y bajo hacia el estanque interior.

—No visitamos un *spa* —me recrimina Manu, según tiende la toalla sobre la

colchoneta y se sienta en ella. Yo le imito.

Nos ubicamos uno al lado del otro,

observando el bullir del agua, tal y como

lo haríamos en la sauna del gimnasio o frente a la orilla del mar.

—Reconoce que es relajante —insisto—. ¿Te has metido ahí dentro alguna vez?

—Sí.

—¿Quieres hacerlo ahora?

—No.

—Ay, vale. Qué borde eres.

Coso mi brazo al suyo apresando su mano. Es una mano imponente, mano de

hombre que resguarda y vela por el ser querido, lo que no se contradice con lucir

una pulcra manicura. Ha introducido la argolla de la llave de la taquilla en su dedo anular; al descubrirlo hago lo mismo, porque si no voy a perderla. Manu y yo estamos tan pegados que mis tetas presionan su torso, y mis muslos los suyos.

Sin pretenderlo dirijo mi mirada a su entrepierna, donde asoma una cola tan esmirriada que resulta una rareza en mitad de una anatomía superlativa. Está

incomodísimo, de hecho hasta comprendo su temor a que suceda algo que no pueda o no sepa manejar; malicio que si pudiera disimular su pene, guardárselo

dentro como lo ocultan los transexuales, lo haría. Y si yo me dejara, ahora mismo me conduciría a la salida en volandas.

La pareja que contemplaba las prácticas BDSM acaba de entrar directa al

agua actuando como si no estuviéramos aquí, lo que despierta mi interés por ver

de qué forma se comportarán. Chapotean un rato hasta que la chica se acerca a

nosotros y sin mediar palabra me acaricia un pie. Lo hace con tal delicadeza que

no lo retiro; me recuerda los masajes de mi peluquera tras la pedicura. La sonrío

agradecida. De repente se lleva mi pie a la boca y empieza a lamirme los dedos.

—Vámonos de aquí, rubia, o te comerá entera —propone Manu al oído—.

Levanta la mano derecha como si la estuvieras frenando, suave pero decidida.

Así lo hago. E igual que si hubiera apretado su botón de desconexión, la

chica

se da la vuelta y al segundo está abrazando a su pareja. O a lo que sea. Según dejamos atrás este sector nos toca sortear a un grupo de hombres postrados en torno a una colosal cama de cuero negro, donde un amasijo de carne en el que cuesta identificar a quién corresponde cada miembro, se lo está pasando muy bien. La sicalíptica composición me atrapa de inmediato y quiero saber más sobre ella.

—¿Esperan turno o qué?

—Miran.

—Así, ya está. Miran. ¿Y eso les pone?

—Al que más a ese.

Manu dirige su barbilla hacia un hombre gordito y algo cabezón que se

masturba embelesado pegado al lecho.

—Debe de ser el marido. Ahí dentro solo hay una mujer, los demás son

hombres. He contado seis pero a lo mejor se suman... ¿Ves? Otro más. Esta práctica se llama «Gang Bang». Si todos eyacularan sobre ella, y en la boca, sería «bukake». A veces se incorpora la pareja, otras, no. Depende.

—¿Depende de qué?

—De lo cachondo que estés, de lo que disfrutes contemplando o de que no

importe que te la metan a ti también. ¿Pretendes doctorarte o qué?

A nuestro lado alguien manda callar. La banda sonora es un murmullo que no

amortigua las palabras; presto atención e identifico los acordes de «Sexual Healing», de Marvin Gaye. Un clásico para ponerse a tono. Pido disculpas al tipo, y como respuesta él desliza sus dedos a lo largo de mi barbilla hasta llegar al pecho, dejándolos sobre mis pezones unos segundos antes de pinzarlos entre

el índice y su pulgar. Perturbada, bajo la mirada y observo cómo los aprieta con

una tensión intermitente, que sin querer me recuerda al modo en que, a veces, te

aproximas a mi clítoris. Concentrarme en ti me agita, aunque no sabría evaluar

de qué manera. No sé si acabo de excitarme o siento una repentina vergüenza al

idear que pudieras verme ahora mismo.

Entiendo que debo frenarle antes de que se haga ilusiones, y alzo la mano según me ha enseñado Manu. Él, obediente, balancea la cabeza, sonrío y se aleja.

Busco a mi amigo y le encuentro un par de pasos por delante; presumo que no se ha percatado de nada. Mejor.

Toda clase de incitaciones al sexo cuelga de las paredes a través de unas pantallas que emiten porno en bucle, al igual que proyectan los canales infantiles dibujos animados, embobando en un caso y en otro a quienes los observan. En

esas imágenes vemos alta seducción o puras cerdadas, antes de ojear el interior de un cuarto en cuyo centro se desdobra una pirámide escalonada, donde un tipo

saborea el sexo de una mujer arrodillada en una grada superior a la suya.

—Casi seguro que no se han visto las caras —cuenta Manu—. La gracia es que la mujer espere en esa posición a que alguien la pruebe.

—Pero podría hacérselo una tía, sin ser lesbiana.

—Y descubrirle, entonces, el verdadero misterio de su vida. ¿Qué, te lo estás pasando bien, Cenicienta? No olvides la hora. A las diez te saco de los pelos.

Aplaudo que Manu se proteja en su

sentido del humor. Me elevo de puntillas y acaricio esa barba siempre perfecta. «Qué grande eres», le digo. Lo salvable de

esta experiencia pasa por redescubrirle, por admitir que contaba con una cantera

de amistad muy mal aprovechada. No obstante, no quiero reconocerle que este lugar posee algo, una misteriosa fuerza que somete tu voluntad y exacerba tus sentidos. Ese etéreo néctar flota en el aire y te emborracha sin beberlo. Te excita sin rozarte. Cortinas, tresillos practicables, agujeros en la pared, espejos con dobles y triples intenciones...

A continuación nos adentramos en un recinto de luces violetas donde dos

mujeres se estimulan sobre una cama vibratoria, mientras un joven las vigila. «El

Jardín de Afrodita», indica un letrero adherido a un estrafalario artilugio que resucita en mi cabeza a la silla del ginecólogo, y sobre el que una mujer se recuesta mientras un hombre le practica un cunnilingus sentado en una butaca a sus pies. Me aproximo a ellos. Son magnéticos. La pareja destila una esmerada

asociación de pulcritud y belleza, ayudada, además de por su aspecto

físico, por

la delicadeza de una estancia con más
claves dirigidas a tentar el deseo
femenino

que lo conocido hasta ahora. De cerca el
erotismo se dispara.

Me encanta el semblante femenino
disfrutando de un placer egoísta, el
éxtasis

de su boca entreabierta, el cabello
rojizo cayendo en cascada. Es preciosa.
Su cuerpo se tensa definiendo unos
músculos sin un ápice de grasa, las
piernas infinitas, los muslos brillando
bajo un foco de reflejos azulados. Me

sacude la fiereza con la que muerde sus nudillos y cimbra las caderas en la pieza de cuero y metal a medida que alcanza el orgasmo. Admito que su presencia me

hipnotiza, tanto que no sé cuánto tiempo ha transcurrido hasta que abre los ojos

y se despereza, incorporándose como una gacela. Desearía tocarla, pero un

freno, una arcaica represión interna, no me deja hacerlo; ignoro si obedece al manido pudor, a los clichés, a mi propia educación... o a ti, porque llegar a sentir algo por una mujer supondría mayor traición que disfrutar con un hombre, ¿no te

parece?

No me he percatado de que él se ha ubicado a mi espalda, musitándome que

es mi turno, que disfrute de una experiencia maravillosa, que me deje llevar, que

no me ruborice... y cuando quiero darme cuenta sus manos me han deslizado sobre el potro, acoplándome a la postura en la que ella ha visitado el cielo, segundos antes. Notar la frialdad de su lengua me contrae o quizá no sea su lengua sino un vibrador, lo desconozco, no puedo verlo. No es que me provoque repulsión, aunque tampoco el placer que se espera de un tío que te está lamiendo

el coño. Ahora sus dedos se deslizan por mis labios hasta la vagina, tratando de

destensar mi musculatura, y esto me recuerda a cualquiera de las exploraciones

médicas que realizamos las mujeres a lo largo de nuestra vida, lo que me termina

bloqueando. De repente me sobreviene una sacudida de asco y repulsa, y me digo que no quiero seguir, que necesito frenarle, por lo que levanto las piernas con decisión propinándole un tremendo golpetazo. Pego un brinco y ni me excuso cuando salgo disparada en busca de Manu, a quien no distingo por

ningún sitio porque parece haberse esfumado.

Una vez fuera de «El Jardín de Afrodita» retrocedo parte del camino,

intentando no llamar la atención y no despertar el mismo sentimiento compasivo

en otro «caballero» que le haga regalarme un cunnilingus o cualquiera de sus destrezas sexuales. Entonces identifico a Manu. Se encuentra en el acceso a la pirámide del amor, apoyado contra la pared, con una mano en la cabeza y la otra acariciando la del chico que un rato antes reparaba en las dos mujeres del Jardín

y ahora le practica una felación.

Sobresaltada, busco un lugar dónde esconderme y lo hago en el primer

recoveco que encuentro. En fugaces ráfagas como relámpagos, regresa esa clase

de abandono que sufrió la niña del mercado tras distraer el faro de la mano materna. Por suerte me repongo enseguida. El deseo es un potente reconstituyente.

—¿Qué coño haces aquí? —chilla Manu, tan asustado que resulta cómico.

—¿Y tú?

—Dando una vuelta. Entendí que sobraba.

—Pues no, te equivocaste. Vámonos.

No nos pedimos más explicaciones; lo genial de contar con un nuevo «mejor

amigo gay» es que en materia de moral nunca va a exigírtelas. El tramo final desemboca en una pequeña piscina redonda, circundada por amplios sofás rojos y negros. La música cede ante la banda sonora de los jadeos de quienes los ocupan. La atmósfera se espesa y aumenta la temperatura unos grados. Hombres y mujeres amando como les pide el cuerpo.

—Antes era distinto —dice Manu para sí, según enfilamos la salida hacia el

vestuario. Pero yo le escucho y es vital que lo haga porque eso aclararía algunas cosas.

—¿Ha cambiado la decoración?

—Hace tiempo. Las últimas veces que vine ya estaba así.

—¿Cómo era antes? —indago.

—Pues... creo recordar que poseía neones en tonos azules; como la luz de las

discotecas de antes. Y las camas eran...

—De estilo ibicenco, envueltas en tules y velos blancos, ¿verdad?

—¿Tú cómo lo sabes?

Esa herida

En el exterior la humedad también se ha condensado, y un clima prelluvia se

cuela por los respiraderos del aire acondicionado, empañando los cristales.

Hemos estacionado cerca de la vivienda de Manu porque su calle estaba

imposible.

Desde que hemos salido de Encuentros su inquietud pasa por conocer de

dónde había sacado yo esa información antigua. Grosso modo le he contado lo de tu vídeo porque hasta este momento no le había hablado con claridad de él y él ha concluido que debió de grabarse tiempo atrás, teniendo en cuenta que la última vez que visitó el club fue hace más de diez años y presentaba el aspecto de ahora. Por otra parte me ha ratificado la prohibición de filmar en su interior,

salvo que se alquile para alguna celebración privada —despedidas de soltero, aniversarios—. También ha añadido que hay quien disfruta grabando a sus parejas, porque les excita visionar el material después y compartirlo en

Internet.

«Candaulismo», así se llama una filia sexual que tú y yo nunca hemos

practicado, pues, salvo la Polaroid y algún momento puntual, no nos ha dado por

inmortalizar nuestros polvos.

—Diez años. ¿Por qué diez años? —
sonsaco a Manu.

—A lo mejor eran doce.

—¿Y por qué doce?

—¡Coño, Abigail, como si son treinta y

cinco! Quiero irme. Me agotas.

—Solo trato de comprender por qué dejaste de ir. Por qué me has hecho sentir

como si te arrastrara al patíbulo... y luego no ha sido para tanto.

—Es mi vida —replica Manu mientras entreabre la puerta del coche.

—¡Mierda, tú te sabes la mía de cabo a rabo! ¿Qué amistad me estás

vendiendo?

Observo los dedos de su mano derecha crisparse sobre la manija de la puerta,

y los de la izquierda ahogados en su puño. La mirada hierática, fija en algún punto del salpicadero. En su interior se pugna un combate entre lo que quiere guardar y lo que clama a gritos salir de él.

—O te vas o cierras la puerta, porque me estoy helando de frío —decido.

—Júrame que no vas a volver.

—Volver adónde, ¿a ese antro?

—Prométemelo, Abigail —ruega, cerrando la puerta y tomándome por los

hombros—. Envenena a la gente, la cambia para siempre. Te lleva a un lugar

del

que no regresas. Parece inofensivo pero descubre algo depravado de ti que tú ignorabas, y a partir de ahí cambiarás. ¿Alguna vez te has parado a escuchar la letra de «Hotel California», de los Eagles? Es como si la hubieran escrito para mí: «*You can check out any time you like, but you can never leave*’. [» 9](#)

—Esto es por tu ex, ¿verdad? Por la mujer con la que estuviste casado. Ella era la que te acompañaba.

—No.

—Sí, me lo insinuaste la primera vez

que mencioné Encuentros .

—No.

—Contaste que le hiciste mucho daño...

—¡Que no, joder! —Una veladura blanquecina asoma por las comisuras de su

boca, mientras escupe sílabas y saliva mezcladas—. No es por ella, es... por mi

hijo.

A pesar de la enflaquecida luz de las farolas descubro lágrimas en sus ojos y

tal abatimiento que no me atrevo a seguir; sin embargo, la lengua obra sola.

—¿Tienes un hijo, Manu? ¿Por qué nunca me has hablado de él? ¿Dónde está? ¿Cómo es? ¿Se parece a ti?

—¡Porque no, porque hace doce años que no le veo! ¿Puedes ponerte en mi piel? ¿Te imaginas lo que serían doce años sin Lucas, sin abrazarlo, sin una foto

suya?

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando?

—¿En serio nunca te habló Lupe de esto? Supuse que en algún momento lo habría hecho.

—¡No! El otro día traté de averiguar algo sobre tu matrimonio, porque tú me lo comentaste de pasada, pero... valoré que no era un asunto cómodo para ella.

—Porque nos presentó. Ana era amiga de Lupe, habían estudiado en la misma facultad, aunque era menor que ella. Lupe y yo nos conocíamos de la sierra, ya

que pertenecía a la pandilla de su

hermana. Ana empezó a ir los fines de semana

y nos gustamos. Tenía ocho años más que yo, y no sospechas lo que representa

para un chaval de dieciocho años salir con una tía de veintiséis. —De repente se

abre su necesidad de sincerarse y, con ella, las compuertas de su prevención—.

Me quitó la venda de los ojos, me enseñó a leer periódicos y libros, a tener criterio sobre cine, a hablar de política, a follar... Y mantuvo la paciencia necesaria para que concluyera la carrera y empezara a buscarme la

vida, hasta que un día se le acabó y resolvimos casarnos. Acababa de cumplir veintisiete años, y ella, treinta y cinco, una mujer de vuelta en muchas cosas. Al poco empezó su obsesión con tener un hijo; no hacía más que contar los días del ciclo y la regla se convertía en un drama. Yo la amaba tanto que tampoco deseaba otra

cosa, para mí era todo: mi maestra, mi amiga, mi hermana, mi amante... Por fin

llegó Manuel. Le pusimos mi nombre, sí, aunque siempre le llamamos Manu, de

ahí que yo adoptara su diminutivo. Las personas que me conocen no lo utilizan

porque estiman que me hieren, en cambio, escuchar «Manu» me hace revivirle.

Me acerca a él. Al hijo que me robaron.

Manu traga saliva. Sus confianzas están hechas de hiel y le dañan la

garganta. Busco en los compartimentos del coche una botella de agua; solo

encuentro un blíster de pastillas de menta.

—¿Estás bien? —Es una expresión manida, mas no doy con otra mejor.

—No. Pero nunca lo estoy al recordar.

Sus manos tiemblan mientras extrae el caramelo. Esas manos seguras que me

protegían esta noche parecen las de un niño grande asustado. Contemplar la vulnerabilidad masculina sigue causándonos perplejidad, en cambio entendemos natural la fragilidad femenina porque la presuponemos una condición inherente a

la mujer. Es injusto que sigamos sonrojándonos ante un hombre que tratar de digerir su duelo por un amor perdido o por el hijo al que no ve.

—Ana tuvo un embarazo horrible: primero, el tedioso tratamiento hormonal,

luego un riesgo de aborto que le obligó a permanecer en cama durante meses...

En suma, le costó mucho volver a ser ella otra vez. A lo mejor nunca lo logró del

todo, porque, cuando empezaron las discusiones, una de las cosas que me

recriminaba era que no la deseaba como al principio. ¿Sabes qué? No resulta fácil de encajar que la mujer que te ponía como una moto se haya convertido en una *madre*. De tu hijo, sí, pero una *madre*. Te voy a confesar algo que me avergüenza, aunque a lo mejor tú me entiendes. Yo... asistí al parto... ¿Puedes hacerte una idea de lo que es... esa...

vagina abierta en canal de la que sale tu hijo de repente? La imagen me dejó impactado durante semanas y, después, cada vez que metía la cabeza entre sus piernas, me acordaba de aquel momento tan

cabrón. Muchas veces me he reprochado: «Joder, eres un puto homosexual. ¿Qué

querías? Los coños te habrán repugnado desde el principio de los tiempos.» Sin

embargo, no fue así, a mí ella me había excitado siempre. ¿Me oyes? Siempre.

¡Y las tetas! Tenía unas tetas... Hoy cuando te he descubierto desnuda y te

he...

—¡No, por favor, Manu! No aludas a ello, me violenta una barbaridad.

—No quiero incomodarte, en serio. Es que... me... han recordado a las tuyas.

¿Puedes discurrir cómo se siente un hombre cuando ese pecho que él adora se transforma en dos ubres que ni siquiera puede tocar porque su mujer se queja al mínimo roce? Los primeros años del niño fueron ásperos, hasta que un día Ana

llegó con aquella idea. Sí, la iniciativa salió de ella. No sé quién le hablaría de

Encuentros, pero una noche me lo soltó... razonó que reflotaría nuestra pasión, que sería un revulsivo, que había leído libros sobre *swingers*... y yo, que no le había puesto los cuernos jamás, que hubiera podido aguantar una vida entera matándome a pajas solo por tenerla cerca, cedí. ¡Maldigo la hora! La primera vez que crucé la puerta que hemos pasado esta tarde tenía treinta y un años, Ana, treinta y nueve. Claro que se empezaba a notar la diferencia de edad, y aun así

me encantaba. Si tú hoy estabas cohibida, tendrías que haberme visto; me decía

qué cojones hago aquí, como alguien toque a mi mujer me lío a guantazos, y si se me acerca un tío le parto la carta... Bah, cosas de machitos. Pero aquello funcionó. Créeme fue un acicate en nuestro matrimonio. Me enardecía ver a Ana cachonda mientras uno se la metía por detrás y ella me comía la polla; y supongo

que a ella le pasaba lo mismo. ¿Cuándo me gustó por primera vez que me tocara un tío? No me acuerdo, el tránsito sucede de forma natural. Supongo que al estar

en grupo no te escandalizas. Él te

manosea y tú a él, al tiempo que besas a tu mujer. O a otra tía. Hasta que llega el punto en que acaricias siempre al mismo.

A partir de ahí se concatenan las sensaciones: aprecias una sexualidad distinta donde cada poro de tu piel amplifica el deseo, adquieres una nueva conciencia de tu cuerpo, y valoras que tu pareja *hombre* interprete lo que Ana y otras mujeres no han llegado a entender de ti. Un día te das cuenta de que eso no te satisface solo un día a la semana, sino que aspiras a tenerlo cuando regresas del trabajo,

cada noche, al despertarte los

domingos... y ya no quieres compartir a esa persona con otras, de modo que empiezas a frecuentarla en un apartamento, un hotel, en tu coche o en un parque, o te escapabas con un «compañero de trabajo» a

una obra fuera de Madrid. Ella no era tonta... ¿Qué coño tonta?, era la tía más lista que me he echado en cara y supo que sucedía algo, pero erró dictaminando que me había hastiado de los clubes porque no se le ocurrió nada mejor que proyectar citas domésticas con otras parejas.

Escucho a Manu, no solo movida por la empatía que me despierta su historia,

sino esforzándome en trascender a ella e imaginarme cómo habrá sido ese

tránsito en el caso de tu padre. ¿Habrá conocido desde niño la naturaleza de sus

deseos? ¿Despertaría a la homosexualidad en la adolescencia? ¿O fue su socio Spencer Wilkins quien, en edad madura, le espoleó a metamorfosearse en su auténtico *yo*? Atendiendo a la reacción de la mujer de Manu no parece tarea fácil identificarla, pues se cubre de capas de impostura, y sospecho que algo parecido le habrá sucedido a tu madre. De hecho el mundo de Leonor gravita en torno a

ella con tal tozudez que le cuesta

apreciar las singularidades de los demás y, junto a ellas, lo que sienten de verdad.

—Pertenezco a la tribu de los malditos, que describía Proust. Te estoy

abrumando, rubia, lo siento. Los secretos se guardan en una botella de cava; si el

tapón está bien encajado no importa el tiempo que lleve en la bodega que, en cuanto sueltes el corcho, el líquido saldrá disparado.

—No, Manu... estoy... impactada. ¿Qué pasó entonces?

—¿Entonces? ¿Quién en su sano juicio

invita a otra pareja teniendo a un niño

de cuatro años en la casa? Terminé echándoles de la cama y cuando cerré la puerta me dije «se acabó». Expliqué a Ana que no quería este tipo de relaciones, que ya no, que no era el mismo... y ella pareció entenderlo; sin embargo, volvieron las discusiones y una vida sexual inexistente. Tres meses después estallé y le confesé que había otra persona. Ana reaccionó bien y me conminó a que viviera la relación el tiempo que considerara oportuno porque ella me

esperaría, ya que lo nuestro estaba por encima de un vínculo físico y

blablablá...

simple palabrería, hasta que se empeñó en conocerla. Conocerla. En mi opinión,

buscaba meterla en la cama segura de que, en la competencia, ella saldría triunfadora fuese o no más joven, más guapa, más sensual, más inteligente o más cachonda... No importaba, sabía que ninguna mujer podría alcanzar la influencia

y el dominio que ejercía sobre mí. Ahí desvelé que no se trataba de una mujer,

sino de un hombre; todo se vino abajo, como si a nuestro matrimonio no le hubiera sujetado un solo cimiento. Para

acortarte la historia... el final fue que un juez dictaminó orden de alejamiento y prohibió el contacto físico con mi hijo.

Así de crudo. Hasta llegar a ese punto, elucubra las de cosas sucias que hizo mi

ex para lograrlo: acusaciones de maltrato, pederastia, incitación a la

prostitución... incluso acudieron a testificar contra mí alguna de esas parejas con

las que compartimos intimidad. Todo muy agradable, sí, señor. Mi hijo tenía cinco años y de esto han transcurrido doce. A veces me llega una foto suya después de sortear tantos controles que

ni la censura franquista ocultando un pezón. Solo sé que reside en Zaragoza y que Ana se volvió a casar tras lograr la nulidad. Mi única esperanza pasa porque al cumplir los dieciocho, me busque...

pero también, ¿qué hijo querría encontrarse con un padre sobre el que pesan tantas deshonras? En fin... jamás sale de mi mente; hace siglos que no puedo dormir si no me atiborro a pastillas porque me da por llorar. Un hijo es un trozo de ti que respira, piensa y siente, ignorando que tú respiras, piensas y sientes por

él. Y escucha bien: si pudiera dar

marcha atrás, no cruzaría la puerta de ese diabólico lugar, jamás me acercaría a una polla por más placer que me hayan dado, más que todas las mujeres juntas... renunciaría a cualquier cosa con tal de tenerle cerca —Manu calla y a lo lejos se escucha el camión de la basura moviéndose dificultosamente por un barrio de calles estrechas y morales anchas; vivir es esta mezcla de profundidad y ligereza, de drama y sainete costumbrista

—. El deseo es una adicción. Lo es el morbo por probar lo desconocido. Pero no

resultan gratuitos pues ocultan una tasa

que no podemos evadir. No entres en ese lado oscuro, no lo pises, Abigail, no destroces tu vida como hice yo con la mía.

—Se frota los ojos para empañarse las lágrimas; me parece humillante pasarle un

pañuelo—. Ahora no me hagas preguntas, no podría responder ninguna.

Discúlpame si te parezco maleducado, pero voy a abrir la puerta y a desaparecer.

Esta noche no soporto hurgar más en mi herida. También necesito pedirte algo

que sé que vas a cumplir: mañana o pasado, cuando nos volvamos a ver, ni tú ni yo mencionaremos nada de lo que te he relatado. Si en algo me aprecias, no vuelvas a hablarme de ello.

Manu abre la puerta, desciende del coche ajustándose su gabán de

entretiempo, y antes de cerrarla se agacha. De repente parece otro.

—Te sugerí que te tiraras al quiropráctico, pero como eres una perra te va lo

duro. A ver si viene tu marido y te aplaca. ¡Bye, rubia!

Solo cuando arranco el coche y callejeo para tomar la Gran Vía me doy

cuenta de dónde habíamos aparcado: estábamos a un par de calles del piso de Ruth, llámame Siete, del lugar que fue su sudario.

Ahora sí que necesito aire. Bajo las ventanillas y la corriente hace que unas minúsculas gotas de agua se claven en mi piel. ¿Está lloviendo? No, estoy llorando.

Ya he cruzado, Manu. Hace tiempo que me pudro al otro lado.

[9](#) Puedes registrarte en el momento que quieras, pero no te podrás marchar.

Un animal obsceno

Si hoy no fuese tu cumpleaños no estaría aquí. Seguramente hubiera

organizado una fiesta sorpresa tras esconder durante días tu regalo en el altillo del vestidor. Quizá no hubiera tenido la ocurrencia de idear lo de aquel cumpleaños donde introduje tus gemelos en el interior de unas bolas chinas, pero

habría buscado un reservado en algún restaurante de moda al que acudirían

nuestros amigos, entre ellos Julia —

quien me envía a cada rato mensajes de

«Ánimo, ya queda menos», en modo *coach*—, la cual habría presentado en sociedad a su exótico Yamir, alias «no soy Sayid de *Lost*, aunque me parezco».

Habría encargado una tarta de limón en Embassy —tu favorita—, sobre la que lucirían dos velas que tú hubieras soplado tomando mi mano, al tiempo que pedirías ese deseo que imploras al cielo y nunca te envía. Todo esto de haber estado tú aquí, claro.

Por el contrario me he limitado a enviarte un mensaje de felicitación que habrás leído al despertarte, aunque lo has respondido a las cuatro de la tarde,

hora española, lo que me ha crispado sobremanera.

Mierda, ¿por qué no lo has hecho antes? Que sepas que el culpable de que acabe de aparcar en este lugar y me encuentre a punto de tomar el ascensor hacia la quinta planta, eres TÚ.

Son las 19.55 horas del miércoles 16 de marzo, día de tu cuarenta y dos cumpleaños. El primero sin ti.

La moqueta amortigua el sonido de mis tacones al avanzar por el corredor.

Una pena porque me gusta su *tac-tac-tac*. Me infunde poder. Si no pisara en blando resonarían con un ritmo

ligeramente obstinado. Habitación 5942. No he encontrado una regla para memorizar el número antes de salir del coche y lo he

apuntado con lápiz de ojos en el dorso de la mano. A lo mejor mi inconsciente quería olvidarlo, vete a saber.

«La puerta estará entreabierta. No llames.» ¿Ves? De esto sí me acuerdo, no

en vano tengo una memoria semántica gracias a la que, evocando una palabra, a

veces incluso un olor, puedo recrear con

minuciosidad una situación vivida

tiempo atrás. Las frases se me dan bastante bien —a casi todas las mujeres—, en

especial las que al oírlas escuecen como si vertieras sal sobre una herida abierta.»

Enseguida encuentro la puerta. Se sitúa a pocos metros de la salida del

ascensor. Podría darme la vuelta, porque creo que no me ha oído llegar, pero no.

Mi instinto animal me anima a seguir. No obstante, parece inevitable preguntarse

qué me ha traído hasta aquí, y la mezcla de sensaciones que desata la duda corta el aliento.

No sé por qué ahora pienso en ella, incluso antes que en ti. Será porque está muerta y nadie puede caminar ligero si arrastra un cadáver sobre sus espaldas.

Será porque la conciencia representa un lastre demasiado pesado. Desde hace días recuerdo de forma obsesiva cuando me aseguras que tengo una parte oscura que no sabes cómo gestionar y, detrás de esta confesión, sospecho tu miedo a mirar al monstruo a los ojos tal y como deben de medir el peligro los valientes.

Yo lo soy, tú eres el miedo que me ha henchido de valor, porque hay que tenerlo

para empujar esta puerta ignorando lo que me aguarda al otro lado. Lo hago, y

acto seguido desemboco en una habitación decorada en tonos grises donde luce

una única lámpara en un espacio en penumbra. Al fondo destaca un ventanal, a

través de cuya persiana se filtran tenues hilos de luz horizontales. Junto a ella un

hombre trajeado se gira decidido hacia

mí.

Durante unos segundos interminables medimos nuestras respiraciones en

silencio. Supongo que dará vueltas a lo mismo que yo, ¿quién de los dos tomará

la iniciativa?

—¿En qué pensabas mientras venías? —
arranca él.

Lo primero que me sorprende es su tono de voz. Su envergadura física no

armoniza con semejante timbre adolescente. Lo segundo, su rapidez al escupir las sílabas como los humos de

un tubo de escape defectuoso.

—Una pregunta imprecisa —apunto por decir algo, eso sí esforzándome en

dotar de gravedad la frase.

—¿El último pensamiento? —también es ágil razonando.

—Has consumido tu turno. Me toca a mí. ¿Por qué lo haces?

—¿Por qué lo hago? —repite histriónico —. Las mujeres sois unas curiosas

impenitentes. ¿Y si respondo que porque me da la gana? Me aburre lo vulgar. ¿Y

tú?

—O me equivoco o me da la sensación de que estamos compitiendo.

—¿Cuándo no competimos los hombres y las mujeres? —A continuación

avanza un paso y suelta a bocajarro—. ¿Llevas sujetador? Me gustan las tías que

no lo usan porque se rebelan contra él; en cambio, aborrezco a las que no se lo

ponen por simple dejadez.

Soy incapaz de responder. No sé qué espera de mí, si que me muestre más

ingeniosa que él o que sea yo quien empiece el juego de una vez. Además, detecto en su forma de hablar una agresividad latente que me arroja a la intemperie. Nada resulta como lo había planeado.

—Estás a contraluz, no te veo —
necesito saber cómo es.

—Y tú en sombra. Lo dejamos en tablas.

—¿Eres consciente de que en este pulso se nos puede ir la tarde?

—¿A qué te dedicas?

Estallo en risas porque este diálogo me resulta kafkiano; por lo menos se ha

diluido mi temor y, en contrapartida, se han incrementado mis niveles de curiosidad.

—Algunos dirían que compro y vendo, yo digo que decido —contesto.

—En un primer impulso pensaría que te refieres a la Bolsa, pero me hubiera fijado en ti allí. Las mujeres como tú lleváis un imán encima y el hierro es un metal que tiene memoria.

El hombre se dirige a un aparador donde reposa una champanera, que yo no había descubierto aún; de hecho la

habitación es más grande de lo que había calculado al entrar, pues posee un doble fondo que no se detecta desde la puerta.

El hombre viste un traje de factura impecable y sufre una incipiente alopecia en

la coronilla, aunque se peina para disimularla.

—Es Don Perignon. A todas las mujeres os gusta —pronuncia después de

llenar dos copas de champán.

—¿A todas? Yo prefiero el ron añejo. Solo. Los clichés nos ciegan y por su

culpa dejamos de ver los matices. La vida reside en ellos.

—No concibo nada más morboso que un polvo con filosofía.

Se aproxima hacia mí portando las dos copas entre las manos, lo que facilita

un análisis de sus rasgos: tiene la cara redonda y señales de haberse rasurado la

barba recientemente, con probabilidad en el cuarto de baño antes de que

apareciera; los labios gruesos y oscuros, y unos ojos que podrían ser bellos si no

se dejase las pestañas en un ordenador. Sí, es probable que se trate de un bróker.

En conjunto no me desagrada, aunque me resultaría invisible fuera de esta

habitación.

He localizado a este hombre media hora después de recibir tu mensaje, y en él

la cortesía de unas frases destinadas a agradecer la felicitación de un amigo cualquiera, no a tu mujer; de hecho incluso he dudado que las hubieras escrito tú.

Qué manía tienes de aparentar formalidad cuando redactas en la

prevención de que pueda leer tu texto media humanidad. O mejor, qué facilidad para la ciclotimia. Encolerizada he enredado un rato en la web, antes de decidirme a dejar un mensaje en el perfil de quien tengo delante: alguien que respondía al apodo X5px56w. Me decanté por esa combinación de cifras y letras porque, o se trataba de un psicópata que encubría su identidad o, dada su perspicacia, se merecía un café.

En los minutos posteriores no respondió, así que apagué el ordenador de la agencia, me despedí de Lupe, conduje a casa, merendé con Lucas, me duché y a las siete menos diez conecté mi portátil.

Y ahí estaba él. Poco después

seleccionaba una falda, una blusa y los zapatos más altos de mi guardarropa para

vestirme de nuevo. Puede que esté a punto de realizar la mayor de mis locuras, la

más desquiciada; sin embargo, la perspectiva de pasar el resto del día de tu cumpleaños dando vueltas en torno a lo mismo, como un electrón grillado, devanar la madeja con Julia por teléfono, darme un atracón de helado viendo series por la televisión, extrañarte, extrañarte y extrañarte, sentir que tu falta mi aprieta el corazón,

maldecir mi destino, llorar, acotar el terreno del dolor para que me lastime lo mínimo, resultaba insufrible. He preferido vagabundear por el lado oscuro ya que mi vida arroja una enorme vulgaridad.

—¿Qué hacemos con el champán? — pregunta.

Agarro una de las dos copas y la apuro de un tirón. Él habrá dado dos sorbos

cuando le acerco el cristal para que vuelva a llenármela. Natural, si fuese él no

necesitaría encandilarme para acostarme con una mujer como yo. Cuando

retorna lo hace también con un hielo, que desliza por mi escote.

—Usas sujetador —afirma—. ¿Y bragas?

—¿También te gustan las que se revelan y no las llevan? Te aseguro que es bastante incómodo.

Se coloca el hielo en la boca y lo acerca a la mía; no me seduce besarle y, tras

un par de devaneos con la lengua, me retiro con sutileza. A continuación, procedo a desabrocharme la camisa, mostrando un sujetador color frambuesa de idéntico color a la blusa. Imagino que se ha percatado de que no me agradan

los

besos porque no vuelve a intentarlo y se dedica a bosquejar mi piel ayudado por

el hielo. Posee los dedos largos, las uñas cuidadas y un tacto suave. Cierro los ojos y al poco siento su lengua lamiendo la humedad entre mis senos, antes de desembarazarme del sujetador. Un burbujeante hilo amarillo vaga por mi escote

y él emprende una carrera con la boca para evitar que caiga sobre la alfombra,

hasta terminar agarrándome las tetas y mordisqueando las dos al mismo tiempo.

Agradecería que sosegara sus tendencias caníbales, por lo que sugiero que vaya con cuidado.

—¿No te gusta el sexo duro? — cuestiona.

—¿Sexo duro? ¿En general? Prefiero la turgencia localizada.

Mi sarcasmo le hace gracia y se ríe un rato antes de seguirme el juego.

—¿Cómo esta? —pregunta, girándome las caderas y obligándome a apoyar

las manos sobre la cama mientras me sube la falda y empieza a manosearme

bajo

ella, al tiempo que restriega su pelvis en mis nalgas.

—Delicadeza, caballero. Las mujeres tenemos otro ritmo.

—Estoy dispuesto a bailar al que tú quieras. Déjame contemplarte así, no te muevas. Me encanta tu culo. ¡Buff, tía, estás buenísima!

Sensualmente me doy la vuelta, deslizando la cremallera de la falda y

dejándola escurrir hasta el suelo. Acto seguido me sitúo incitante frente a él,

vestida solo con el tanga frambuesa y unos zapatos de salón cuya altura prolonga mis piernas.

—¿Dónde andabas metida? ¿De dónde coño sale un pibón como tú?

—Del otro lado. El de las niñas que no abren puertas cerradas ni miran a través de la cerradura. Del lado en que las cajas de galletas se quedan siempre en el altillo de un armario.

—Me importa un carajo cómo sea ese lado del que hablas, porque en este...

—metiéndose la mano en el bolsillo del pantalón y extrayendo un puñado de preservativos que lanza sobre la cama

igual que confeti— ... me voy a comer todas las galletas así me dé un puto atracón.

Sonrío mientras rescato el envoltorio de un condón con sabor a fresa. Lo abro

y me lo acerco a los labios.

—¿Puedo conocer tu nombre antes de que me folles?

Me ha brotado un tono de voz tan erotizado que no me reconozco, como si me

hubiese transformado en otra persona. Sospecho que es el monstruo que mora en

cada uno de nosotros.

Ten por seguro, Fernando, que este hombre ni me seduce ni despierta en mí

un morbo especial; sin embargo, el placer de dominarle representa el mejor estímulo para acostarme con él. Vamos a suponer que compartimos el mismo discernimiento y esta es también tu motivación para pasarte a la zona siniestra,

entonces estaríamos empatados; pero sospecho que tú llegaste huyendo de la

infelicidad y urgido por la vocación de dejar huella en los demás. Este matiz cambia la percepción por completo.

Para esas otras mujeres eres un ser digno de asombro, singular, no una vida a

medias. Ante ellas no eres la débil sombra de tu esposa, no te doblegas, no hay

sumisión ni servilismo; no eres un desempleado de lujo, y menos aún el idiota que no ha logrado despegarse de la estela de su padre o del castrante control de su madre. El iluso soñador que se da bruces con sus fracasos ha desaparecido e

incluso proyectas la imagen de un salvador, lo que fuiste para Ruth. Ellas no te

miden por aquello que no haces o no logras, sino por lo que expresas o sientes.

Quizá cualquiera de esas mujeres se parezca a mí al principio, cuando era yo antes de ti. Quizá elogien lo mismo que yo admiraba. Quizá reciten mis declaraciones de amor y te acaricien como yo lo hacía. Seguro que no pierden el

tiempo en lo cotidiano y, en cambio, nutren un mundo de fantasía ajeno a la vulgaridad de los problemas diarios; con ellas Lucas no tiene fiebre, no existen cañerías que se agrietan, ni impagos... la erosión de la convivencia

se reduce a un concepto de revista femenina. Para remate ofreces a cada una la versión de ti mismo que deseas. Un puntilloso y exclusivo trabajo, sí señor.

En cambio, yo no concito dobleces; soy clara: hasta aquí me ha traído,

primero una impetuosa venganza, después mi exaltación del morbo. El sexo es

una energía vigorosa. Heroica.

—No, sin nombres —replica.

—¿No te interesa el mío tampoco?

—Tampoco. Ya sabes las bases de este juego. Ni nombres, ni direcciones, ni

fotografías. Para esa clase de mamoneo existen decenas de sitios en la red. Esto

es otra cosa.

—Ni una sola palabra de amor —
sentencio.

—En efecto, ni una sola palabra de amor.

Llueve a cántaros

A pesar de haberme duchado, me siento sucia, detestablemente sucia. Por lo

menos ha mostrado la «gentileza» de marcharse nada más terminar, lo que nos ha evitado el cilicio de hablar sin nada que decirnos.

El diluvio adquiere su nombre por esta lluvia torrencial que me obliga a

circular a no más de ochenta por la A-6. Abro la ventanilla y es como si me lanzaran un cubo de agua en plena cara;

de inmediato la cierro.

El mutismo en el interior del coche, roto desde fuera por la furia de los limpiaparabrisas, infunde miedo. Conecto la radio, sin ánimo para las trifulcas políticas de las noticias, y navego entre las emisoras hasta dar con una melodía conocida. No canta victoria, pero la tarareo. Me gusta «Revolver», sus letras cosen hebras de emociones universales usando agujas afiladas; de hecho es imposible no apropiarse de alguna de ellas porque rechinan dentro. Demasiado dentro. «... pero aquí quién no es cobarde por amor». Cuando la canción amenaza con tormentas intento apagar la radio pero

mis dedos, exánimes,

estrangulan el volante. «El peligro es perder a quien se ama...» Una de esas agujas brinca de mis tripas al corazón y lo perfora, «... comprobar que en casa ya no espera nadie y que no hay nadie a quien puedas esperar».*

Sin mirar por el retrovisor pego un «volantazo» a mi derecha. Aparco en el arcén. Salgo del coche bajo ese aguacero que me cala hasta los huesos, que me empantana el alma con una tromba ácida y corrosiva, y desde lo más recóndito

de mí, emerge tal desgarró que me dobla por la mitad, clavándome de rodillas

sobre el asfalto.

Una sinfonía de cláxones y luces frenéticas alerta de un peligro que yo no veo, porque a qué temer cuando se vive en el infierno.

Irrumpo en casa pasadas las once de la noche. A ella también la acosan unas tinieblas que no desaparecen ni encendiendo todas las luces de mi alcoba. Me desprendo de la ropa empapada, dejando a mi paso un reguero de culpa.

Culpas. Negligencias amontonadas igual que las prendas del suelo. Como el

fragrante desamparo de mi hijo, quien duerme a escasos metros gracias a que una extraña —por la que he sentido desprecio, desconfianza...— vela por él.

Indolencia al desatender mi trabajo, pues llevo días de una dejadez

peligrosísima. Incluso de mi salud, poniendo en riesgo mi integridad física y psicológica. ¿Acaso me ha abandonado el sentido común?

El agua de la ducha desciende mansa desde el cielo del cuarto de baño, pero

yo no salgo del averno. Al finalizar me embozo en una sudadera y me dirijo al

cuarto de Lucas.

Mi niño es un ángel que nunca sabrá la clase de mujer que soy. Pobre Manu y

qué desdichado su hijo, sancionado a crecer sin él porque el rencor ha pintado a

su padre como un engendro. Nada justifica una venganza semejante. Puede que

tu padre haya sostenido su doble vida en el afán de resguardaros a ti y a tus hermanas, puede que incluso os protegiera de los desmanes de vuestra madre, por tanto no soy quien para reprobarlo. A algunos progenitores les

mueve su egoísmo y a otros, una rendida generosidad.

Reclino medio cuerpo sobre la cuna, y beso a Lucas deshaciéndome de amor.

«Que la maldad perezca antes de acercarse a ti», susurro en un sortilegio recién

inventado.

Entro en la cocina, bebo un poco de yogur líquido según compruebo si se

escapa luz por debajo de la puerta del cuarto de Mariana —no parece—, y salgo

cerrando tras de mí.

Preveo una noche de horas largas y sueños cortos. Instintivamente me recluyo

en tu despacho porque aquí empezó todo, tanto que si no hubiese fallado la impresora seguiríamos igual. Tú y yo, una pareja en continua combustión.

Sojuzgándonos a veces, disputando otras, ajenos a que la auténtica batalla estaba

por venir y nos inmolaría.

La inquietud me expulsa del sillón orejero a la mesa, de las estanterías al

ventanal, donde marco distancias con una lluvia que no cesa, aún sin saber si estoy dispuesta a liquidar nuestro matrimonio. A estas alturas tendría que haber clarificado mi decisión, en cambio, tras lo sucedido hoy, las líneas que separan a

la víctima del victimario se diluyen. Es como si el temporal lo empañara todo.

A ti y a mí siempre nos gustó competir; piensa en el tenis, por ejemplo. Cada

vez que jugamos dobles nos encanta enfrentarnos. Mientras otras parejas

propician ir juntas, nosotros buscamos medirnos; sin embargo, en esta afrenta,

el

ganador pulverizará al contrario y se quedará malherido. A lo mejor nos faltó conocernos en lo más hondo, y eso nos hubiera convertido en dos espejos frente a frente con venia para decirnos todo.

«Pasado mañana estarás aquí», señalo en voz alta, y de súbito advierto que no

he resuelto algunos detalles que me delatarían, ya que, si bien reorganicé tus facturas —cuyas copias guardo en la agencia bajo llave, sumadas al disco duro con los ficheros encriptados—, si dejé tus libretas tal y como las hallé, si es improbable que detectes la manipulación de tu ordenador, pronto

descubrirías que en tus teléfonos no hay tarjetas, salvo en el de Ruth. Al recordarla me invade tal desvanecimiento como para abalanzarme sobre el ventanal y abrirlo. Nunca me distanciaré de esta condena, del espanto de su muerte, aunque la lógica me indulte de cualquier responsabilidad. El agua se cuele con saña y cierro el cristal de inmediato.

Me temo que estoy acorralada. Si pidiera las tarjetas a Julia se negaría a dármelas, en la suposición de que quiero inspeccionar los teléfonos a la desesperada antes de que vuelvas. Está convencida de que te perdonaré; que llegará un día en que mostremos las

cicatrices con orgullo, sabido el trabajo invertido para recuperarnos de ellas. Su buenismo me estomaga.

Siento frío y acudo al dormitorio a por algo de abrigo. En el vestidor

descuelgo una chaqueta tuya, una prenda con capucha y dos profundos bolsillos,

en los que hundo mis manos mientras vigilo la cadena de luces amarillas que riela en el horizonte a través del telón de agua. Al fondo de las faltriqueras palpo una tarjeta de plástico y unos cuantos papeles. Un desmayo me desploma sobre

la cama, porque no soporto encontrar

más secretos sobre ti, estoy reventada;
aun

así, no me resisto a cotejarlos bajo el
foco del flexo.

Las «sobras» de papel consisten en una
tarjeta de habitación, unos tickets de

acceso a un *spa* y al campo de golf de un
hotel, cuyo nombre resulta familiar, pero
la fecha se remonta tres años atrás.
Apurada, busco en el portátil la web del
establecimiento y sus fotografías me
ayudan a evocar el puente de mayo que
pasamos en él. Sucedió durante una
época en que te empeñaste en jugar al
golf y luego te desinflaste, como otras
veces, de modo que la bolsa de cuero,

los hierros

y los palos se almacenan en el trastero, al lado de una bicicleta y nuestros esquís.

El secreto del golf reside, no en la rotación de la muñeca, sino en el modo en

que se distribuye la fuerza en cada ejecución. Se lo escuché a un cliente durante

la firma de una hipoteca; él se jactaba de ser un buen golfista y de dejarse llevar

por la intuición antes de elegir el palo idóneo cuando dudaba entre uno u otro:

«Los palos siempre te abren el camino. Solo hay que escucharlos.» «Los palos siempre te abren el camino —pronuncio despacio, igual que si invocara al oráculo—. Solo hay que escucharlos.»

La lluvia arrecia, tanto que las luces del horizonte han mudado en una difusa

mancha ambarina. De repente rompo en carcajadas yo sola. Soy un dragón de cólera deslumbrante cuando agarro al vuelo las llaves de casa.

El secreto para que una pareja funcione exige trascender a lo obvio; por ello,

además de poseer los mismos valores, la misma pasión, idénticos objetivos...

es

necesario aunar los mismos trastornos mentales.

Lo primero que tramo es un rodillo hecho con la toalla que encajo bajo la puerta. Lo segundo, abrir el ventanal de par en par.

En comparación a cómo se agita el viento, que hoy no respeta reglas, la lluvia

invade el despacho hasta llegar a la mesa, la centenaria mesa que perteneciera a

tu abuelo y después de tu padre. Ni

siquiera las cortinas, que se batan en virulentas ondas, frena su empuje. Al tiempo desagua sobre tu escritorio unos cubos que he acarreado antes y a los que me dispongo a rellenar en el grifo de la terraza, mientras una ducha helada me resbala por encima. Gozando, contemplo

el agua al derramarse sobre el ordenador, formando pequeñas balsas a lo largo del sobre de la mesa. El líquido desciende sinuoso por la madera, filtrándose en cada uno de los cajones... Entonces lanzo los cubos hacia el techo, aunque parte

se vierta sobre mí.

A continuación, abro la cremallera de la

bolsa que acabo de subir del trastero

y dejo que mi instinto me dicte qué palo de golf debo de elegir; una vez lo tengo

entre las manos, trepo a la mesa y golpeo la escayola que en cuanto se

resquebraja se desprende en cascajos sobre ella, cubriendo el despacho de una pátina blanca como un bizcocho enharinado. Una de las lascas rompe el cristal que protege la madera. Cuando el techo que demarcaba tu escritorio se ha desprendido, procedo a rematar el ordenador atizándolo con el hierro. Mis

golpes se suman a los gritos y los empujones de Mariana al otro lado de la

puerta, quien logra abrirla de un empujón.

—¡Por Todos los Santos! Señora... ¿se encuentra usted bien?

—Perfectamente. No se preocupe... es la lluvia. Qué destrozo, ¿verdad?

La mujer viste un ridículo pijama con estampado de Mickey Mouse y se

arropa con una de esas toquillas de croché que vestían las abuelas, según me clava sus pupilas de carbón. Yo coloco el palo sobre la mesa sin importarme que lo descubra y me adelanto hacia ella, chorreando.

—He tratado de evitar lo inevitable; ya ve... no lo he logrado. La única culpable de *todo esto* es la lluvia.

Mariana me escruta, aturdida, e imagino el esfuerzo de su cerebro por

disolver el sopor mientras trata de discernir qué está ocurriendo, hasta que sonrío

y determino que lo ha logrado; que por fin ha comprendido este mensaje que trasciende a las palabras y que ilustra a un hermanamiento femenino, a una inquebrantable sororidad, capaz de traducir el dolor del alma de una mujer y el modo en que ella se defiende.

—Sí, señora... tiene razón, la culpa es de la lluvia. ¿Cierro la cristalera?

—Por favor. Ya advirtieron los del cerramiento que daría problemas... y ha tenido que ser hoy. ¿Se acuerda, verdad?

—Claro. ¿Sabe algo? Lluve como en mi país —apunta, asegurando los

cierres—. Dicen que cuando el agua viene así es para llevarse lo malo.

—¿Ah, sí? —Las dos cruzamos la mirada y asentimos al tiempo—. Figúrese

que se ha filtrado a través del techo... Imagine que mi marido hubiera estado

ahí,

le habría caído encima...

—Habría sido una calamidad provocada por el aguacero.

—En efecto, menos mal que nosotras le protegeremos siempre. ¿No le parece?

—Siempre, señora.

—Se llevará un disgusto cuando vuelva... Se ha perdido todo, la mesa, su ordenador... sus *cosas*. Vaya, habrá que explicárselo, y usted me va a ayudar, ¿a

que sí, Mariana?

—Por supuesto. Le contaré que ha hecho todo lo humano por salvarlas, pero

no ha podido ser. Lo he visto con mis propios ojos. Ahora acudo a por toallas y

trapos para no calar a los vecinos. Y le traigo un albornoz, no vaya a coger una

pulmonía. Eso sí sería un problema. Los apuros de verdad los pasamos al

enfermar, del cuerpo o del espíritu. Lo demás no es importante.

Está claro que la vida te da y te quita

aliados con artero capricho.

Tiritando, inspecciono el desastre y estimo que tardaremos semanas en

sobreponernos a él. Entonces, entre los trozos de escayola, refulge algo dorado.

Eliminando el polvo de encima descubro el áureo marco de mi foto de boda cuyo

cristal se resquebrajó justo el sábado en que te fuiste. Permanece igual que ese día.

Malherida, pero resistiendo.

Basura acumulada

La mañana del jueves toca enmendar el disparate. Si contemplaras, a la luz de

un día que ha clareado cristalino, la hecatombe de tu despacho, te echarías a llorar.

Lo más prioritario era realizar una compilación fotográfica que he mandado a

Lupe por mail, so pretexto de mi ausencia esta mañana, y también compartiría con Manu y Julia, en cada

caso por un motivo. A continuación, encargarme de desechar la porquería de tu escritorio.

—¿Qué clase de batalla campal has disputado ahí? —ha preguntado Manu, al

poco de recibir las imágenes.

—Necesito que me ayudes. Tienes que llevarte la mesa hoy mismo. Y preciso

una relación de los daños para el seguro.

—Hay gato encerrado, ¿verdad, princesa?

—Cambieemos tu animal por una zorra muy lista.

—¡La madre que te parió! ¿Tú sabes la que tengo montada en la obra de

Lavapiés? El agua ha permeado las cubiertas...

—Normal —le digo—, pasa cuando llueve en Madrid. Mándame un par de

operarios y una furgoneta. Acércate al mediodía, te invito a comer. ¿O es que no

pensabas hacerlo?

—A esa hora pensaba follar, rubia, pero

está visto que lo tuyo es joder.

He acumulado el contenido de tus cajones en bolsas de basura, salvo las

agendas Moleskine que conservaré, junto al resto de tus «misterios», en mi escondrijo de la agencia; a su vez he triturado el ordenador, y me desharé de sus piezas dispersándolas en diferentes puntos de reciclado. Entre Mariana y yo hemos retirado las alfombras, las cortinas y los muebles auxiliares afectados. Al despacho le envuelve un hedor a humedad, y la tarima ya empieza a

abarquillarse.

—¿Quieres que lleve la mesa a un chamarilero o la deposito en un

contenedor? —se ha interesado Manu, al poco de llegar a casa.

—De momento, guárdala en la nave; veremos si puede restaurarse. Me entra

la vena nostálgica, ¿qué quieres?

—A lo mejor tienes corazón, rubia.

—Sí, hecho pedazos.

—Solo aclárame una cosa: ¿este despropósito, sobre el que no te voy a

interrogar, significa que le perdonas?

¿Borrón y cuenta nueva?

Nos tomábamos un café de pie, apoyados contra la *boiserie* porque no hay dónde sentarse sin mojarnos el trasero, y al escucharle he rebotado su pregunta en mi interior, sin obtener una respuesta.

—El pasado no se puede reparar —he sentenciado al cabo de un rato—.

Nadie absuelve un engaño tan imbricado como el suyo; no obstante, lo que estás contemplando puede ser un boleto para huir de una decisión mediocre. ¿Qué se supone que tendría que haber hecho? —

chasqueando la lengua—. ¿Qué hubiera hecho cualquier otra mujer?

—Los seres humanos somos bastante predecibles. Creo que la mayoría se

hubiera planteado la separación. Chusco, teniendo en cuenta que la mitad de la

humanidad está hastiada de la otra media, y busca un rato de felicidad en cualquier sitio, lo que indica que tampoco te iría mejor con otro.

—Manu, ¿tú me consideras coherente y cuerda?

—Te considero visceral y apasionada,
lo que me provoca más. Prefiero un
corazón roto a uno seco.

Al final, de tanto devanar la infidelidad,
el amor y el desamor, el café se nos
ha helado entre las manos.

—Si algo me has enseñado estos...
criminales días —le he confesado al
despedirle—, es la diferencia entre
doble vida y doble moral, porque la
gente las
confunde.

—La gente es vulgar, Darling. Yo siempre compartiré contigo mis cosas, pero

nunca más me pidas que te acompañe...

—Schhh —poniendo mi dedo índice sobre sus labios—. ¿Te he dicho que

eres el gay más sexi que conozco y que tienes un culo glorioso?

—¡Cabrona! Y mañana... déjate llevar —apunta, metiéndose en el ascensor—.

Cierra esta etapa y recibe la siguiente sin expectativas, a lo que venga. Recuerda

que, para empezar un párrafo, antes hay que poner un punto y dejar un espacio.

—No te engañes, Manu —susurro cuando su impotente figura desaparece dentro del elevador—. El juego no ha acabado.

A media tarde me he desplazado a la agencia, donde he repasado unas operaciones pendientes con mi socia y he charlado al teléfono con Julia, quien se

ha sentido complacida ante mi decisión de darnos un tiempo, hasta que todo se

ha ensombrecido. Conjeturo que ha sido porque le ha afectado visionar las

dantescas imágenes de tu despacho, junto a lo poco convincentes que parecían mis argumentos acerca de lo pavoroso que fue achicar el agua de él.

—¿Me vas a contar que ha sucedido realmente?

—Te lo he detallado al dedillo, el agua se filtró a través de la cubierta y ahora parece un lodazal.

—¿En ese cuarto exclusivamente?

—En efecto.

—Tienes una casa de doscientos metros y llueve sobre una habitación.

—No sé dónde quieres ir a parar, Julia.

—A lo providencial de tu desastre casero.

—Si lo crees oportuno abro los grifos y dejo que se inunde el resto de la vivienda para compensar.

—Me agota tu sarcasmo. Allá tú y tu conciencia con lo que hayas hecho;

ahora, ten presente que Fernando tratará de localizarme para contarme cómo se

siente, qué tipo de sensaciones ha tenido

durante el viaje... y le va a contrariar sobremanera no hallar su mundo tal y como lo dejó. Si yo me escamo, también lo hará él —ha sostenido Julia, y acuso en esto cierto dominio sobre ti porque me

temo que disfruta manteniendo un control intermitente en tus necesidades —. Lo

más saludable sería poner las cartas encima de la mesa.

—Es mi marido, Julia. ¿No crees que esas decisiones me competen a mí?

—No quería inmiscuirme. Sabes que lo hago...

—Por mi bien, por el de los dos, lo sé. Por eso te rogaría que te deshicieras de las tarjetas de los teléfonos...

—¿Qué? Pertenecen a Fernando, no puedes pedirme eso.

—Sí puedo. Debo hacerlo. Si se las entregamos estaremos en el punto de inicio de esta insurrección porque entonces querrá esclarecer lo que sé y cómo lo he indagado. Ahí no me callaré y eso le destrozaría.

—Suenas a amenaza, Abigail. No me gusta. Debo lealtad a Fernando.

—A mí también. A veces estamos obligados a bascular entre lo malo y lo peor. No dudo de tu magisterio en psicología, pero no eres su terapeuta, no lo olvides, y sí es mi matrimonio.

—Déjame que lo piense.

—No lo vas a pensar, Julia. Cuando salga de la oficina me voy a acercar a tu casa y destruiremos juntas esas tarjetas que luego tiraremos por el inodoro.

¿Entendido? De lo contrario sospecharé que estás boicoteando mi relación y entonces digeriré con amargura que las

explicaciones que sostuviste hace varias noches son inveraces, y me ocultas algo entre Fernando y tú.

—No estoy de acuerdo con tu proceder, pero no quiero una guerra contigo. Te espero a las siete y media.

Según avanzaba el día he ido empeorando y, apenas llego a casa, me siento desfallecer. Me tomo la temperatura y pasa de 38 grados. Mariana me lleva un consomé a la cama que ingiero a regañadientes, mientras zascandileo en el portátil buscando un mensaje que anuncie tu vuelta. «Te estoy escribiendo

demasiado», reconociste en uno de los últimos. A lo mejor por eso no encuentro nada.

—Le advertí que la ropa mojada es malísima. Y deje la computadora de una vez, va a terminar pareciéndose al señor.

—Ahora ya no tiene —respondo, irónica.

—Mejor. Así tendrá que entretenerle usted.

Antes de apagar la luz constato en el móvil gris con detalles metálicos que la

mujer ha dejado un mensaje en respuesta a mi «Si uno quiere guardar un secreto

debe ocultárselo también a sí mismo. El Gran Hermano te observa», aunque

bastante vulgar: «No sé quién es ni qué busca, pero si continua acosándome lo

pondré en conocimiento de la policía.»

Dado que la fiebre limita mi fluidez mental, contestaré mañana. O pasado. A esta partida todavía le quedan movimientos. Lo que sí hago es enviar un recado al móvil de Orquídea Negra por si llegas a leerlo —o por si lo hiciera ella, para escarmentarla—: «Tu ausencia es un tatuaje que no logro borrar, ni sabiendo que en pocas

horas trazarás sobre él palabras nuevas.»

¿Será cierto esto que he escrito o se debe a la calentura? Tarde o temprano debería indagar la naturaleza de mis sentimientos. Cuando te despedí en el aeropuerto no estaba enamorada. Seguro que no. Sin embargo, presiento que ahora no podría sostenerlo con idéntica rotundidad. En todo caso creo que nos pasamos la vida esperando a que el otro reaccione primero y al final nos quedamos con mil cosas por saber, por decir, por sentir... de ahí lo prioritario de analizarse con honestidad. ¿Es factible enamorarse varias veces de la misma persona? ¿Y por qué amamos a

quien nos lastima y, en cambio,
despreciamos el afecto templado? ¿Solo
cabe en mí el amor tóxico?

El sueño me vence sin despejar nada.

Solo en sueños me dices tu secreto

Me he despertado empapada en sudor y bastante revuelta, por lo que tomo

una manzanilla antes de que Mariana lleve a Lucas a la guardería y entro en la

ducha. Minutos después escucho ruidos en la alcoba.

—¡Estoy en el baño, Mariana! — replico, elevando la voz—. Le aviso cuando

pueda arreglar el cuarto.

Ella no responde y malicio que ha vuelto a las andadas, a ser la mujer

taciturna de siempre. Intento divisar lo que pasa en mi dormitorio a través de una

veladura de cristales empañados cuando, de repente, apareces en el umbral del baño. Rectilíneo y soñoliento por efecto del *jet lag*. La barba crecida, algo más delgado, la piel bronceada y endiabladamente guapo. Tu mano derecha suelta la bolsa de cuero que te regalé una Navidad como si contuviera el peso de tus remordimientos, y me radiografías pasmado. Ni siquiera te

desprendes de ese chaquetón que no conozco, una especie de sahariana que habrás comprado en Chile, quizá junto a ella. La suposición de que Orquídea Negra la haya elegido

me produce escalofríos, a pesar de que el agua tibia corre por mi espalda en un catártico caudal. No había proyectado así este capítulo de mi descenso a los infiernos.

Sin despegar mis ojos de ti corto el grifo, lo que nos abandona a un silencio roto por el crujido de la mampara al abrirse. De refilón reparo en mi cuerpo desnudo en el azogue que ocupa la pared

opuesta a la ducha. Quisiera cubrirme porque no me siento guapa. Mi piel está demasiado blanca, me avergüenzan mis

ojeras y mi cabello, tras lamer el cráneo, cae en riachuelos por los hombros.

Unas lágrimas engrosan las gotas de agua que atraviesan mis mejillas. Me achica

el frío, a la vez que un arrebatado incandescente arde como magma en mi interior.

Dicen que si puedes manejar una pasión entonces no lo es y yo me confieso estúpidamente desmadejada. ¿Qué

locura es esta? Supongamos que
contesto amor, que escribo en tu piel
nuestra historia, que inundas de
mensajes los árboles

y de promesas los espejos, que
envolvemos lo que nos profesamos con
hermosos

papeles de celofán... pero cómo
calificar «amor» a un sentimiento que no
cuida

del otro.

—Dios Santo, si un día dejases de ser
mía me volvería loco —confiesas,

mientras tu tacto invisible me estremece.

Trato de pronunciar algo en consonancia
y en su lugar me nace un patético

«Has llegado antes de lo previsto». A
diario me he interrogado cómo sería
encararme contigo según saltaba de una
decisión a otra, de una postura a la
siguiente; hasta que esta semana,
hastada de exprimirme la cabeza,
recelando que fuese a detonar en cientos
de pedazos a cual más desesperado, e
impulsada por la abuela, resolví
improvisar, segura de que el destino,
cifrando con certera

caligrafía, me relataría al oído qué
hacer. Y aquí estoy, decidida a dejarme
mecer

por él.

Apenas te deshaces del gabán reconozco la prenda que vistes bajo él. Llevas

la camisa vaquera que rehusaste meter en la maleta, por la que discutimos antes

de marcharte. Descubrírtela, comprobar que al final la añadiste a tu equipaje, me

provoca un llanto inconsolable, como si con él rindiera homenaje a todos los duelos de mi vida.

—Mi amor, no... no llores, por favor. Estoy aquí. He vuelto. No pienso

marcharme sin ti, nunca más —aseguras,

arrullándome—. Ha habido días en que creía morir...

Hablas y hablas, pero no quiero escucharte porque es inevitable que me hieran tus palabras. Prefiero que tu lengua se enrede con la mía en el espacio que

dejan las dos bocas entreabiertas, todavía sin atrevernos a franquearlas. Mis piernas se doblan cuando me arropas en un abrazo de oso que traspasa la humedad de mi piel a tu ropa.

—Voy a mojarte, pásame la toalla.

—Me encanta tu humedad, Abi. ¡Oh, pareces una niña desvalida! Cómo

adoro protegerte y nunca te dejas.

—Por lo menos el pelo... Sécame el pelo.

Hábilmente formas un turbante con la toalla mientras yo, en una enfermiza

laxitud, acaricio tu piel, deslizo mis dedos entre tu pelo apelmazado tras horas de

hundirte en el asiento de un avión, acojo tus besos, que sorben la mezcla de agua

dulce y salada de mi rostro.

Reencontrarme contigo me traslada una
confortable

sensación de pertenencia, como quien
regresa a su hogar tras sufrir decenas de
inclemencias al albur de los elementos.
La sensualidad con la que tus manos
recorren mi espalda, acariciando mis
glúteos, desata mi deseo por lo que
desabrocho los botones de tu camisa y
recorro tu pecho con la punta de la
lengua. Tú aflojas el cinturón,
desabotonas el vaquero, y al momento tu
ropa descansa en el suelo del baño. El
espejo delata el bronceado de tus
nalgas, deduciendo que has tomado el
sol desnudo, y te lo advierto sin sortear
cierto tono de reproche.

—Lo tomé en la terraza del hotel —
mientes—. Pensé que te gustaría.

Vuelves a mentir y empieza a resultarme
indiferente porque quizá me haya

acostumbrado. O puede que, como
también lo hago yo, nos hayamos
asemejado

en el cruel ejercicio del engaño.

—Estoy excitado desde que he montado
en el avión —silabeas mientras

presiono mi pubis sobre tu erección y
tus dedos acarician mi sexo—. He
tenido

que masturbarme en el aseo de la cabina, qué burrada. Estás ardiendo, Abi. No te

imaginas cuánto.

—Tengo fiebre. Aún no te he contado que ha habido un... accidente en casa.

Hace dos noches se desencadenó una terrible tormenta... fue horrible... se

desplomó el techo de tu despacho... Parecía una tubería reventada porque el agua

caía a chorros...

—¿Qué estás diciendo? ¿Estás bien,

amor? —preguntas angustiado, y sé que
tu preocupación es real.

—Te prometo que traté de salvar lo que
había en el despacho, pero era peor

que un tsunami arrollando cualquier
cosa a mi alrededor. No te imaginas
cómo

terminé... escurriendo agua como si
hubiera navegado bajo un vendaval. ¡Oh,
lo

siento Fernando! Tu mesa se destrozó,
tus cosas... tus... tus papeles. Los
proyectos, el ordenador... el agua ha
arrasado todo... La pobre Mariana trató

de ayudarme, de salvar lo que fuese, pero qué inutilidad sacar algo de esa masa de

papeles mojados que cubría el suelo del despacho. Ya verás qué pena cuando lo

veas... No me siento bien, temo que he enfermado.

—Nada de eso me importa, solo tú. Qué mal lo habrás pasado, y encima sola.

¿Te ha visto un médico? ¿Llamamos a uno?

No te respondo. Se me ocurren mejores cosas que dilucidar asuntos que

entorpecerían esta aventura. En su lugar,
muerdo tus pezones antes de ponerme

de rodillas y tomar tu pene entre las
manos como un trofeo. De alguna
manera lo

es: mi triunfo tras un mes delirante. A
medida que te agitas rodeo con la lengua

la base de tu polla, sintiendo las venas
engrosándose a lo largo del tronco, y
sigo

hasta el glande. Antes de apresarlo entre
mis labios busco tus ojos y me regalas

una sonrisa impagable, así que lo
aprisiono entre la lengua y el paladar,

mientras

introduzco mis dedos en la boca y tras ensalivarlos los deslizo por la piel de tu

escroto y los testículos. Siento cómo tensas los músculos y tiembles.

—¡Para amor, no voy a poder aguantar!
Vámonos a la cama —propones—.

No quiero que sigas aquí desnuda.

Con ternura me arrastras hasta unas sábanas revueltas y vacías desde hace

demasiado tiempo, y me rindo sobre ellas. Un escalofrío me lleva a tirar de la punta del edredón para cubrirme con

él.

—¿Seguro que estás bien, Abi? Tienes el pelo empapado. Espera.

—¿Adónde vas? Por favor no desaparezcas... otra vez no —gimo para mí,

cuando te veo saltar de la cama y la febrícula me deja desamparada. Al momento

vuelves tonteando con el secador en la mano. Resultas tan cómico—. En

realidad, ese aparato podría servir para...

Los dos nos echamos a reír mientras lo enchufas y diriges a mi cabeza sus bocanadas de aire caliente; he quedado derrengada y tú arrodillado delante de mí, así que vuelvo a secuestrar tu pene y a aspirarlo entre mis labios mientras, con tu mano libre, estimulas mi clítoris. Tras un rato de sostener esta acrobacia, tiro del cable y lo arranco del enchufe, invitándote a una nueva postura.

—¿Recuerdas mi sabor? —propongo.

—¿Lo dudas? Llevo tu olor y tu sabor hasta en mi sombra.

Tus manos planean en torno a mi cuello y, al tumbarte sobre mí, tu polla presiona mi vientre. Ibas a besarme pero te

inhibes según respiras el viciado aire que exhalo, porque mis inspiraciones son cada vez más entrecortadas.

—¿Qué pasa? —te pregunto.

—Necesito mirarte.

A modo de respuesta rasco tu barba con mis uñas. Me agrada tanto esa

sensación, no era consciente de lo que echaba de menos los pequeños gestos involuntarios que comparten dos cuerpos que se conocen tan bien. Me gusta el efecto rasposo de tu barbilla y le doy un lengüetazo, a lo que tú reaccionas fundiéndote en un beso profundo que me hace desearte dentro de

mí con furia.

«Voy a comerme lo que me pertenece»,
recitas a mi oído, por tanto basculo las
caderas y te ofrezco mi sexo a modo de
cáliz cuyo néctar vas a libar. Primero te
entretienes mordiendo mis muslos,
succionándolos en plan ventosa,
besando la piel que rodea mi vulva,
estimulándome con una lengua que
repara el clítoris antes de separarme los
labios y hundirse en mi vagina. Esta
alternancia me enloquece y una cadena
de deliciosos calambres ondea mi
abdomen. Entonces levantas la cabeza y
tu mirada azul, cargada de necesidad,
me devora completa

mientras aseveras que no concibes otro lugar donde vivir que no sea mi coño, que me amas incluso cuando no me lo dices. Y me suplicas un orgasmo. Y una noche en vela para hartarnos. Y amor a raudales. Y un hijo más. O diez. Y mi tiempo a fin de hacernos viejos juntos. Entonces desapareces de mi vista y vuelves a lamirme el sexo en inmisericordes círculos que me extenúan hasta que, por fin, sacándome de encima esta crisálida de animal doméstico que me ahoga, bramo salvaje porque una lengua de fuego funde mi sexo y yo me disuelvo en él. En uno de tantos espasmos agarras mi cadera, levantándome las

piernas a la altura de tus hombros, y hundes tu polla de una brutal embestida.

Grito y tú me sellas los labios a mordiscos. Durante unos instantes

permanecemos inmóviles, acoplándonos uno a otra, transpirando juntos, hasta

que empiezas a deslizarte adelante y atrás, primero en lentos movimientos

rítmicos, a continuación en violentas arremetidas que desencadenan tu orgasmo,

al tiempo que yo sigo retorciéndome de placer. Soy peor que esas pilas que no se

agotan nunca.

Te has desplomado sobre mí, besándome despacio. Siento la tibieza de tu

esperma resbalar por mis muslos mientras tu miembro sigue dentro. Me

desbordo cuando haces eso. Me encanta ese vaivén gracias al que revives tu erección y, pasado un rato, podemos retomar lo que creíamos terminado. Mi deseo siempre encuentra tu camino.

—Para, por favor —te suplico, porque voy a correrme otra vez.

—Déjame, no te imaginas lo que deseaba tenerte así. Abigail, sepa que la

amo. ¿Quiere usted casarse conmigo?

—Primero habrá que divorciarse.

—¡Aja! ¿Así que eso es lo que ha rumiado esta cabecita estos días? —
según

acaricias mi cabellera aún húmeda.

—Y cosas mucho peores. Mmm, ¿qué tal si nos hacemos un tatuaje? —

planteo de pronto, y me sorprendo porque no lo tenía preparado.

—¿Otro?

—Me aburre el que tenemos. Está muy

visto.

—Ok. Elige un lugar secreto que solo conozca yo.

Luego acercas tus dedos a mi boca — saben a ti, y a mí— y los chupeteo

divertida. Júrame que permaneceremos siempre así, que no nos hemos

entumecido en el adiós de un aeropuerto, ni ha sentenciado a muerte nuestra pareja una impresora inservible. Que todavía nos cabe más amor. Entonces retorna a mí esa placentera onda que me torna elástica, curva mi cuello y mis caderas, y me derrito entre tus brazos como cera.

—¿Otra vez? ¿Acaso te estás enamorando, Abigail?

—¡Capullo! —protesto, golpeándote la espalda, al tiempo que me corro.

Esta vez, de forma inconsciente, se me va la vista hacia la entrada de la alcoba a tiempo de descubrir que has dejado la puerta entreabierta y que, desde el otro lado, nos observa Mariana. Los carbones de sus ojos brillando en la poca

luz del pasillo me turban; sin embargo, aseguraría que sonrío cuando tira del picaporte para cerrar la hoja de madera.

—¿Pasa algo?

—Todo en orden —respondo.

Todo en orden, sí, mas... ¿por cuánto tiempo? ¿Una semana? ¿Un mes?

¿Apenas durante la dulce tormenta que libera tu vuelta?

El problema anida en tu carácter insondable, los complejos y tormentos que se intuyen, aunque nunca los plantees. Con franqueza, no sé si seré capaz de domesticarte.

No obstante, ahora me prohíbo darle vueltas. Quizá la fórmula pase por

acostumbrarse al laberinto que somos, dado que van a acontecer hechos sobre

los que es mejor no reflexionar por adelantado.

En cualquier caso, ¿quién impide al gusano de seda que siga hilando?

Septiembre me acerca a ti

Si este texto se tratase de una novela al uso contaría con un final que el autor

habría pergeñado convenientemente para ella. Pero no lo es, y como tal presenta

un devenir incierto. Si observáramos un período concreto en la vida de un grupo

de personas, comprenderíamos la dificultad de precipitar sus historias

mediante

un final. Lo normal es que algunos de sus conflictos continúen, otros se

encaucen y unos cuantos se anuden con ojeriza.

Este relato compartía con cualquier narración el inicio, el detonante que

desencadenó todo, y una suma de impedimentos que he sorteado por instinto, teniendo en cuenta que lo sucedido se sometía a la ley de la improvisación porque no hubo un plan premeditado, sino mi denodada resistencia a caerme por el abismo que se abría bajo mis pies.

Es por ello que no posea un desenlace convencional. Transcurridos seis meses

la mayoría de las cosas prosiguen su curso. Eso sí, quizá le interese al lector conocer lo que el destino ha deparado a quienes protagonizaron los acontecimientos que ocupan estas páginas, así como averiguar qué clase de

relación mantenemos Fernando y yo, máxime si gusta de fisgonear a través de una mirilla. Si le provoca paladear las galletas escondidas en el altillo.

Empezaré por Micaela Pellejero, cuya defensa numantina del piso alquilado

en la plaza de Lavapiés continúa, aunque presenta visos de terminar porque su cabeza —mitad blanca, mitad de un berenjena desteñado— se ha desquiciado del todo. La mujer parece un espectro de ademanes enloquecidos que larga

jaculatorias a quien las quiera escuchar. Pocos, por cierto. Durante los meses de

la reforma, que se ultima en estos días, los obreros relataron sucesos rarísimos:

su gato muerto en el portal, vasos de agua con roeles de sal y vinagre por las esquinas, hierbas secas, pedazos de carne putrefacta, por no aludir a los concatenados impedimentos en una obra

que ha durado y costado más de lo

previsto. Menos mal que Carlos Ouso, con quien dilato una tensión sexual no resuelta, ha cubierto las espaldas de nuestra agencia prorrogando el crédito puente hasta la venta de los apartamentos, pues se muestra convencido de que la bonanza del mercado inmobiliario no ha tocado techo. En cambio, Fermín, el director de la sucursal bancaria, reitera machacón: «Nos vamos a la mierda. Se cierne sobre nosotros una burbuja que será la ruina de mucha gente.» Se trate o

no de un agorero, soy de la opinión de que entre un optimista y un pesimista

urge

buscar posturas de consenso. De momento, Lupe y yo cuadramos bien las cuentas.

Por cierto, el verano ha echado a mi socia años encima. A finales de julio su sobrino Yago abandonó el centro de reclusión de menores y ella alquiló una casa

en Altea a la cual se trasladó junto a sus sobrinos, buscando desconectar del perro año que llevaba, pero para contar las noches que Yago durmió en el chalet sobran dedos en una mano. Lupe regresó

de la playa, consumida. En cambio, él

lo hizo más alto y más hecho físicamente, acompañado de una novia agujereada

de *piercings* y embrujada por quien aparenta diez años más de los que tiene. En su día ya predije que Yago sería una perdición que molerá la autoestima de muchas mujeres.

—Cuando quieras te arreglo lo que necesites —me dijo el primer día que nos

vimos tras las vacaciones.

—Vete a la mierda.

—¿Sabes que me hago pajas pensando en tus tetas?

—Que te follen —solté poniéndome a su altura. Imperdonable.

Quien rebosa felicidad es Julia. Mi amiga pidió una excedencia en el hospital

para acompañar a Yamir en su regreso a Londres, donde trabaja auxiliando a colectivos marginales mientras perfecciona su inglés. Desde allí hablamos de vez en cuando por Skype, pero la relación nunca se recompuso. Esa clase de amistad

asimilable a la hermanad de la sangre se

ha evaporado. Nuestras conversaciones de ahora se ciñen a lo que hacemos y no a lo que sentimos, y menos aún a lo que somos. El guion de esas conexiones podría concretarse en un dietario de tareas.

Ahí reside la diferencia entre la verdadera amistad y la otra: por la auténtica, no

solo no pasa el tiempo, sino que desestima lo accesorio porque su misión es acercarse al alma del amigo, y esta no se halla en el repertorio de lo que ejecutas o representas socialmente. Su viaje nació con un pronóstico temporal

incierto — un año, dos...—, pero puesto que Yamir posee un aceptable nivel económico y el

arraigo de Julia en España es débil, no descarto que enraíce en Inglaterra. Puede

que dé la sensación de dirigirme a ella con desapego; sin embargo, en justicia, debo reconocer que, a veces, al observar sus rizos, su tez dulce, en la pantalla del ordenador, vuelvo al escenario de abandono que sufrió la niña en el Mercado Central de Valencia. Una parte de mí seguiría extrañándola aunque la tuviese al lado porque esa mujer no es Julia. «Mi» Julia. Claro que

cuento con más amigas

y que siempre estará Manu, aunque me toque guerrear con su ciclotimia. Sus esporádicos novios apenas sirven como un antídoto pasajero, puesto que nada palía el agujero de la paternidad, ya que, tristemente, los dieciocho años que ha cumplido su hijo, no han cambiado nada entre ellos. Lo descubrí el día en que Lupe felicitaba a alguien por su cumpleaños: «Dieciocho solo se festejan una vez en la vida. Hoy te mereces lo que desees, Manu», la escuché decir. Las

obviedades no necesitan aclaraciones.

Esforzarse en reglar las relaciones

paterno-filiales resulta obtuso. Ojalá la experiencia de mi madre me ameritara con Lucas; sin embargo, solo me guía el corazón. Ella y yo seguimos cruzándonos en la misma endeble cuerda floja. Por

desgracia, ha colgado el cartel de «Se vende» de la casa de la Malvarrosa; recordarlo me entristece. A la desesperada, constatando que ni la influencia de la abuela ni la mía debilitaban su cerrazón, recurrí a mi padre para que nos ayudara

a que desestimara la idea. El resultado, peor que catastrófico, nos abocó a una bronca cainita y a dos meses sin

hablarnos. En cuanto a la abuela, sigue incorruptible y feliz tras haberse quitado el peso del silencio de encima. Cada vez que visito Granátula, depositamos un ramo de crisantemos sobre las raíces de su nogal. «Los hombres engañan de cintura para abajo, las mujeres, del cuello para arriba», son sus dichos que yo convierto en mis aforismos diarios.

Quien no ha vuelto a mencionar a su hijo ni su fijación por retornar a

Ecuador, es Mariana. Me sorprende la inusitada complicidad que trabajamos

cuando tocó adecentar el despacho de Fernando. En él ubiqué una mesa de

cristal sin cajones, donde todo permanece a la vista, y sobre ella el último modelo de Mac, programado, en teoría, por el informático de la agencia y, en la práctica, por Marcos, mi hacker de cabecera, que instaló un *keylogger* capaz de registrar cada movimiento del teclado, cada búsqueda en Google. Cada mail.

Al principio, obsesionada, entraba en el programa a diario varias veces, lo que

hacía que llevara un control de los movimientos de Fernando: me informaba de

con quién se mensajaba, qué páginas frecuentaba, si recibía un mensaje, lo

contestaba o lo esquinaba. Poco tardé en examinar su ordenador una vez al día y después a aquilatar su trasiego cada dos o tres jornadas. En el presente lo hago si

me acuerdo o estoy desocupada, porque en mi incuria confluyen dos realidades:

el trabajo de Fernando y mi rutina. La espuma de mis acelerados días no me consiente perder el tiempo.

La vida de Fernando ha dado un vuelco de 180 grados desde que, a

comienzos de primavera, a Stephen Wilkins, el socio de su padre, se le detectara

un cáncer de pulmón. Contemplar cómo se ha ido consumiendo ha

desencadenado una secuencia de amarguras, aunque, al otro lado de la balanza,

haber presenciado algunos gestos de ternura entre los dos hombres ha avivado mi cariño hacia ellos. Los primeros pronósticos, más alarmistas que la evolución real de la enfermedad, forzaron a Stephen a abandonar su trabajo en la

consultoría; el padre de Fernando resolvió secundarlo ante la estupefacción de Leonor, que no entendía por qué asumía la obligación

de cuidarlo. «Stephen es mi mejor amigo, por tanto estaré a su lado el tiempo que me necesite. Además,

he cumplido sesenta y seis años, tendría que haberme jubilado ya. He aguantado

porque a él no le había llegado la edad. Es mi momento.» Dicho y hecho. Con

una determinación irreconocible, delegó el negocio en manos de su hijo. Todo.

La titularidad, los clientes y las acciones. De la noche a la mañana, Fernando se

encontró liderando a una docena de ingenieros y a otros tantos empleados, y

me

sorprendió descubrir en él un arrojo equiparable al que se había destapado en su

padre. Diría que para que aflorara su verdadera esencia ellos necesitan jugar a la

ruleta rusa, con una pistola en la sien. A partir de ahí, Fernando se enfundó un

traje de ejecutivo, que no solo no le holgaba sino que parecía confeccionado a medida: concursos, ideas, propuestas donde maridaban el arte y la ingeniería...

El tablero sobre el que se sumaron proyectos imposibles durante años, y a los que arrasó aquella providencial «tormenta», ha desaparecido de su vida.

En un perverso equilibrio de fuerzas, la determinación de mi suegro ha ido erosionando la audacia de mi suegra; de hecho cuanto más rotundo se muestra él, más apocada Leonor. Les sucede como a esas parejas donde si uno se comporta

más enamorado, el otro se retrae y viceversa. Cuesta pronosticar que el

funcionamiento de la atracción amorosa sea inversamente proporcional a lo que

uno entrega, pero sí interpreto que una

relación requiere de un sublime pacto donde se midan las fuerzas y se decreten los compromisos.

Volviendo a Leonor, da la sensación de que usurpaba terrenos a su alrededor,

como un latifundista acopiando minifundios, hasta que los propietarios han

decidido hacer valer sus fueros. Ahora, encaja con estoicismo que su marido pase parte de la semana en la casa que Stephen posee en El Escorial, y soporta las andanadas de su hijo cuando tocan, porque Fernando ya no es el pelele de sus

caprichos. Me pregunto qué deliberará ella, pues, en apariencia, justifica estas ausencias alabando la lealtad entre los dos hombres; sin embargo, sospecho bastantes miedos acosándola en su interior. Quizás esa ceguera que yo presumía,

gracias a la que había ignorado la homosexualidad de su marido, no era tal, y a

lo mejor ni se atreve a contradecirle para no desempolvar viejos y espantosos fantasmas. ¿Puede alguien desconocer la verdad de su pareja durante toda una vida? De producirse esto, quién se adjudica más

responsabilidad en el engaño, ¿aquel que lo oculta o quien no lo quiere ver? En ocasiones presiento que estuve

a un paso de convertirme en Leonor, aunque, por suerte, mi malsano instinto por

descubrir los secretos me exoneró.

Por este motivo estoy al tanto de que mi marido posee dos números de

teléfono, el personal y el del trabajo, pero no descarto que guarde alguno más en

la oficina. En casa no, porque he revisado hasta los dobladillos de sus

pantalones.

Por Julia conocí que comenzó a frecuentar a un psicólogo, cuyo nombre ella

ocultó a conciencia.

—Me he extralimitado informándote. No pienso decirte más. Deberías

conocer las reglas —arguyó.

—Estoy colegiada, podría enterarme.

—¿Y qué lograrías con eso?

Tenía razón. Una noche, cuando mi amiga se había mudado a Londres,

Fernando me confesó que acudía a terapia.

—Genial, todos deberíamos hacerlo alguna vez —respondí, con ánimo de restarle importancia.

—¿De verdad te parece bien?

—Por supuesto.

Nunca más hablamos de ello, tanto que ignoro si sigue yendo o no.

Es evidente que estamos juntos. Seguimos casados, moramos la misma casa,

el mismo lecho y el cuerpo del otro. La pareja se trata de un ente vivo que evoluciona con independencia de cómo lo hacen sus miembros. Supongo que planean mil preguntas en torno a mi asección. ¿La anterior etapa está enterrada y

los desgarros, suturados? ¿Confío en que Fernando haya dejado de urdir su red

de mentiras o sospecho que mantiene otras relaciones? ¿Le he perdonado?

¿Estoy enamorada de él? ¿Hago de tripas corazón por nuestro hijo? Admito mi

incapacidad de responder a todas ellas,

entre otras cosas porque mi vida también

ha girado diametralmente.

No obstante, el universo de la pareja se ha convertido en un objeto de análisis

perenne porque gusto de observar, estudiar e interpretar lo que hacemos hombres

y mujeres, y por ello concluyo nuestra responsabilidad en parte de las miserias que sufrimos. Con frecuencia detecto relaciones edulcoradas que optan por un sucedáneo en lugar del sentimiento real, en sus dietas de amor *light*. Imagino que tenemos miedo a consumir un amor

verdadero, con sus calorías, su atracción de grasa y su chute de vitaminas, aunque si el ser humano se merece ser feliz debería estar dispuesto a intentarlo. Cualquier logro implica renunciaciones.

Sí, es cierto que Fernando y yo nos mentimos; sin embargo, no más que otras

parejas; no más que aquellas que simulan llevarse de cine cuando en realidad hacen malabarismos para sobrellevar una relación paralela. Ante esta precariedad cabría sostener que el modelo está feneciendo, pero conviene

remontarse a la arqueología del amor para discernir por qué existe la pareja.

Tiene su sentido, su propia lógica interna.

Ahora, no nos engañemos: la mayor parte de las relaciones que nos rodean

son simples conexiones. Y no las enjuicio entre otras cosas porque mi álder ego,

Miss MoneyPenny, intima de este modo. A través de ella conozco a hombres de

lo más variopinto, aunque mi preferencia se decanta por las citas rápidas que no

tienen que derivar, por fuerza, en un coito. A veces sucede que al entrar en la

habitación de un hotel sabes que no pasarás de ahí, en cuyo caso inventas un subterfugio para esfumarte lo antes posible. Los motivos son variados: no te agrada su aspecto, desprende un olor raro, percibes cierta agresividad o, como ocurrió una vez, descubres que le conoces. Me sucedió con un cliente a quien había mostrado una casa, junto a su mujer, en dos ocasiones anteriores. Cuando accedí al cuarto estaba tumbado sobre la cama, luciendo palmito cubierto solo por un bóxer tan justo que resultaba histriónico.

—Un momento, ¿tu cara me suena? —
advirtió él, azorado—. ¿Eres...?

—Abigail, la de la inmobiliaria.

—¡¡Joder, joder, joder!! —dijo, levantándose y cubriéndose con la colcha—.

Perdona, yo esto... no lo hago... es la primera vez.

Muy tranquila me senté en un butacón y traté de calmarlo, empleando mis estrategias de psicóloga en excedencia.

—Ninguno de los dos debemos excusarnos. El hecho de que estemos aquí

pertenece a nuestra intimidad, una esfera

del ser humano a la que no deberían acceder ni siquiera nuestras parejas.

—¿Tú haces esto mucho, tía?

—La frecuencia es indiferente, y los motivos de cualquier práctica sexual,

privados, y loables, siempre que sea un acuerdo consentido por quienes

intervienen en ella. Parece obvio que la premisa fundamental de esta clase de encuentros, la del desconocimiento del otro, se ha trasgredido, por lo que no conviene seguir adelante.

—Por supuesto, me voy ahora mismo. No se te ocurra decir nada a mi mujer...

¡Qué coño, no te voy a volver a ver en la vida! Y eso que a ella le molaba mogollón el apartamento.

—Escúchame bien: tú y yo no volveremos a cruzarnos, pero es injusto que

prives a tu mujer de una oportunidad como la de esa vivienda. Mi socia se encargará de todo. Ella retomará la negociación ignorando los motivos, puesto que que nos intercambiamos clientes sucede muy a menudo.

Por suerte remonté la venta, pero el susto no se le quitaría en tiempo a aquel don Juan de gimnasio.

Al respecto, admito que poseo dos móviles con los que he desarrollado una hábil treta: cuando necesito desaparecer, con un teléfono oculto en el bolsillo marco el número del móvil que antes he guardado en el bolso, y me invento alguna urgencia. Esta artimaña la puse en práctica en la tienda donde trabajaba Ruth, llámame Siete. Es mencionarla y trepidarme el cuerpo entero. No la

olvido. Su estela está presente en buena parte de mis pensamientos. El único efecto positivo del paso del tiempo en los muertos es que no les desgasta. Ruth permanece congelada en el soplo fugaz donde nos intercambiamos un par de

frases junto a los buzones de su edificio. Siempre presenta un idéntico gesto ansioso, desatado ante el anhelo de encontrarse con Fernando. A veces sueño con ella en las situaciones más peregrinas —desde compartir el asiento contiguo de

un avión a practicar buceo juntas—, mientras que en otras recreo su agonía entre

mis brazos y resulta aterrador. Alguna, incluso, he sido la ejecutora de su muerte.

Entonces asedia ese añejo dolor que me revienta por dentro. En algún momento

llegas a concebir que estás desensibilizada y que aquella desgracia resultó biodegradable; sin embargo, por más centrifugados que hagas a tu cerebro, la desgracia sigue ahí.

Que maneje en simultáneo dos dispositivos móviles refleja mi maestría

usando y desechando números a mi antojo; de hecho, las líneas prepago son mis

coartadas. Utilicé varias en el acercamiento a la mujer con la que mi marido contactaba a través del teléfono gris con detalles metálicos. Nunca llegué a saber de quién se trataba y ahí va cierta decepción en esta detective de

pacotilla.

Durante dos, tres semanas, mis mensajes, que ella calificaba de «acoso», se sucedían en un flujo de presión continua, cambiando el número cuando comprobaba que me bloqueaba. Hasta que decidió modificar el suyo y la mujer

terminó diluyéndose en la nebulosa del recuerdo. En cierto modo logré lo que pretendía: que el miedo y la desconfianza fueran sus compañeros de viaje.

También es cierto que contaba con demasiados objetivos como para desgastarme

en uno tan difuso: citas a contrapié,
juegos de seducción virtual...

En ocasiones, únicamente apetece un
café con alguien. Un humilde café.

Conversar sin mayor trascendencia.
Otras te reservas la intención, a ver qué
sucede. En esa hipótesis lanzas el
anzuelo a la espera de que tu presa se
acerque y consienta ser capturada. El
proceso depura simpleza: redactas un
mensaje

desplegando unos resortes que
funcionaron antes, lo emites y esperas.
Quizás obtengas una respuesta inmediata
o requiera de obstinación. Aquí la
voluntad es tan elástica como virulento

el deseo.

Hoy coinciden ambas circunstancias, por ello he enviado un texto tras días de intentarlo sin lograr ninguna contestación. He aprovechado que la persona se encontraba en línea, lo que no se había producido antes.

—Hola, disculpa que no te respondiera pero ya no entro en este perfil —es su primer mensaje.

No me parece una frase original, pues suelen emplearla para hacerse los interesantes.

—¿Y por qué lo has hecho ahora?

Tarda un rato en aclararlo.

—No sé bien, supongo que por educación. Has insistido tanto. Y porque la

foto es bonita, lo admito. ¿Es tuya?

Podría elaborar una tesis sobre las imágenes utilizadas en los perfiles de las webs de contactos y las reacciones que provocan, y por descontado jamás elijo una que me comprometa. En estas páginas, máxime con determinados hombres,

las fotografías inspiradoras dan

resultado. Hablamos un rato sobre ella, cuando empiezo a notar que declina su interés.

—¿No quieres seguir charlando?

—Mejor que no, no puedo.

—Eso es que eres médico y acaba de entrar un paciente. O bombero con un

fuego por apagar. Prefiero un incendio a admitir que tienes pareja y ha aparecido

de repente.

—Un aplauso a tu sentido del humor.

—No lo aclaras.

Transcurren un par de minutos sin contestación, aunque permanece conectado.

—Eso es que vais en serio —añado—. A lo mejor no debería perseverar.

—A lo mejor.

—Pero quizá lograrse que nos tomáramos un café.

—No creo.

—No te he pedido casarme contigo. Solo un café. Me gustaría conocerte —
insisto.

—Vas a pensar que soy imbécil, pero...
estoy dejándolo, como el tabaco.

Cuando aducen eso es que han conocido
a alguien que les gusta mucho y no
se atreven a estropearlo. Los hombres
son necios: no se dan cuenta de que los
impedimentos vuelven más estimulante
el juego.

—Si tienes pareja, ¿por qué lo haces?
—sondeo—. Me refiero a abrir tu perfil
y mirar qué hay en él.

De nuevo se enroca en su retaguardia.
Empieza a resultar cansino y crispante,

las dos cosas.

—Acabas de confirmármelo, los silencios son elocuentes. ¿Nadie te contó eso

alguna vez? Di, anda, ¿por qué?

—¿Y tú? —suelta por fin.

—Una larga historia.

—Todas lo son.

—¿Cuánto de larga es la tuya?

—¡Buff!

—Joder, qué críptico eres. ¿Un café y

me lo cuentas? ¿Qué tienes que perder?

—A lo mejor mucho.

Una frase así sugiere que ellos han reconocido el cebo, han empezado a

salivar y dudan si probarlo o no.

—Un café no te compromete a nada. No esperemos, quedemos ya para no

arrepentirnos. ¿Te pilla bien la zona de Serrano?

—Me pilla.

—¿El Lateral? ¿En dos horas?

—No, ¿qué dices? Es... es de locos.

—¡Venga, va! Una locura al día está permitida.

Mi interlocutor tarda en añadir una frase.

—¿En serio odias las canciones de Nino Bravo, Miss MoneyPenny? —

pregunta por fin.

—¡Sí! No te imaginas cuánto. ¡Son abominables! ¿Tú?

—Yo también y mira que me gusta la música, pero...

—Un café. Treinta minutos. Y te hablaré de un lugar maravilloso donde

practicar el buceo... ¿Te gustaría?

—Suena bien. Bueno, quizás un café sí, como despedida... de todo esto.

—¡¡¡Guau!!! En dos horas. Elige una de las mesas de la cristalera, son las mejores. Llevaré un *blazer* negro de cuero y vaqueros. ¿Tú?

—Traje y corbata. Soy un hombre responsable. Ya sí. *Bye!*

Mi pulso va a mil y exudo adrenalina por cada poro de mi cuerpo; me temo

que no he deseado tanto un café en toda mi vida. En un impulso, vuelvo a escribir.

—¿Sabes una cosa? Cómo nos vamos a querer.

Sin embargo, él no entra a este capote ensangrentado que aireo delante de sus narices.

A veces, pasa. A veces los hombres se sienten avasallados cuando una mujer emplea sus mismas armas con ellos. Responde al efecto espejo: si frente al espejo en que nos estamos contemplando proyectamos otro, no nos reconocemos

en él.

Aparezco en el bar Lateral veinte minutos antes de mi cita, siendo fiel a mi costumbre: quien llega primero examina al otro desde el anonimato y, por tanto, con ventaja. Enseguida me acomodo en un recodo de la barra; pido una tila que

amaestre mis nervios y acudo al aseo a fin de comprobar mi aspecto, temiendo

que la ansiedad lo desbarate. Desde mi guarida puedo vigilar la puerta, lo que me

permite confirmar que acaba de entrar en la cafetería un hombre trajeado, que no

enmascara sus nervios según baja los escalones ajustándose la corbata. Es él.

Desde lejos se ve muy alto y su traje azul noche le sienta perfecto. Al pie de

la escalera dirige su cabeza a derecha e izquierda decidiendo qué mesa elige; al

final opta por la que está pegada al ventanal. Me gusta mucho su corte de pelo,

puesto que delata esa aviesa simbiosis entre un caballero y un canalla que a las

mujeres nos pierde. El recién llegado se sienta de perfil a mí y mientras se acerca

el camarero, echa un intranquilo vistazo al móvil que termina guardando en el bolsillo. Minutos después le sirven un café de sobre que él remueve mirando en derredor, por lo que supongo que empieza a impacientarse, así que respiro hondo

y me digo que es el momento. El fatal punto de no retorno donde uno de tus pies

avanza hacia el vacío y solo puedes saltar. Dejo unas monedas sobre la barra y

busco las espaldas de algún camarero para emboscarme tras ellas, pues deseo una aproximación sigilosa. A solo dos

pasos se huele su aroma y se escucha mi corazón. Aprovecho que está abstraído en su taza para bordear la mesa y

situarme frente a él. En cuanto escucha mi voz levanta la cabeza en un resorte.

—¡Hola! Soy Miss MoneyPenny, Fernando.

Los ojos de mi marido viran de la sorpresa al horror cuando, tras alzar su mentón, se topa conmigo. En su mandíbula sombrea la barba, por lo que no se ha afeitado antes de venir como si lo hubiera hecho a su pesar, como si le costara

encontrar la atracción que antes le

motivaba a encuentros como este.
Aprieta los

párpados y entreabre los labios, pero no pronuncia una palabra, de manera que arrastro una silla y me siento, respetando su silencio.

—¿Va a tomar usted algo? —pregunta un camarero, a quien espanto con la

mano igual que a un moscardón.

—¿Desde cuándo lo sabes? —logra balbucir.

—Eso, qué más da.

Sus manos se despliegan inanes sobre la

mesa simulando dos apéndices

ajenos a su cuerpo. Yo extiendo mis dedos con la intención de apresarlas y, al primer roce, él retrocede; están heladas. Me cuesta calcular el tiempo que permanecemos estáticos y sin interactuar, como maniquíes arrumbados. Durante una fracción de segundo Fernando amaga con levantarse, pero yo susurro un

«no, por favor, no me dejes», y vuelve a congelarse. El rato siguiente mantiene la cabeza gacha y los hombros vencidos hacia delante.

—¿Por qué, Abi? ¿Por qué lo has

hecho? —pronuncia, por fin, sin perder de

vista la taza de café.

—¿En serio quieres que te lo explique?
A lo mejor para demostrarme lo mala
persona que soy.

Fernando levanta su mirada buscando la mía; tiene los ojos enrojecidos y las mejillas cubiertas de unas lágrimas que se enjuga, avergonzado, con una servilleta. Rebusco en el bolso un paquete de pañuelos de papel y se lo acerco;

no quiero violentarle limpiándole yo, pero no puedo evitar que mis dedos se escapen hacia su rostro y le acaricien. Al principio bosqueja un mohín de rechazo, no obstante insisto e insisto hasta que termina arrullando mi mano con la suya. A partir de ahí se desata en él un llanto de niño que me termina contagiando. Lloramos los dos sin consuelo y no me importa que nos miren porque los individuos que están aquí no nos ven, tan solo contemplan a un hombre y a una mujer en plena quiebra, encajando una mala noticia, quizás una muerte repentina, una ruptura, la pérdida de un trabajo, pero ni por asomo apresarían lo que en verdad somos. Una naturaleza formidable capaz de

sobreponerse a mil infiernos, uno tras otro.

—¿Qué es esto, Abi? Tu venganza, ¿verdad? Lo que llevarás preparando Dios

sabe cuánto tiempo —pregunta quien se imagina derrotado en la más cruenta de sus batallas.

Siempre supe que, llegada a este punto, se abrirían ante mí dos caminos, y los

dos pasarían por sincerarme. El primero me obligaría a auditar nuestro

matrimonio, oreando los mil trapos

sucios que escondemos bajo la cama, y el segundo a retratarme en el presente, en el justo instante en que compartimos la mesa de un lugar público una tarde de un ventoso septiembre. A abordarlo sin recelos, a abrirme en canal y dejarme de subterfugios. El abismo del pasado representa un hermético agujero negro, el del presente apunta un sinfín azul bajo mis pies cuyo fondo no distingo. Ambos infunden vértigo, sí, pero detecto tal verdad en los ojos de mi marido, en los de un hombre vencido, sin armas que velar ni ejército que defender, que, si la hubo, la duda se disipa de inmediato.

—¿Qué es «esto» me preguntas? —
artículo entre unas lágrimas que sorbo

como los niños—. No, venganza no. Esto es admitir que te entiendo y te acepto;

decirte que sé cómo te has sentido y lo que has sufrido, que yo también estoy llena de taras, que soy un ser imperfecto que conoce de cerca el morbo, que alterno, como tú, con los secretos y los miedos, que a veces soy una gata encelada y otras... una bestia. Que mi instinto es más animal que el tuyo... Esto es, aunque no lo creas, una puta... una jodida declaración de amor.

Nota de la autora

Contaba Idea Vilariño durante una de las pocas ocasiones en que valoró

abiertamente su relación con Juan Carlos Onetti, su amante discontinuo, su condena de amor, que una noche él llamó implorándole que fuese a verle. Una

espiral de desencuentros les apresaba desde hacía años, peleándose y

juntándose a cada rato. Idea, con devastadora crudeza, narró cómo ella se encontraba en aquel momento junto a alguien que la amaba; sin embargo, no dudó y acudió en su auxilio. Cuando entró en el apartamento se sentaron espalda contra espalda sin pronunciar palabra, él leyendo un libro y ella, abocada a lo mismo. Tras esa

inexplicable noche, a la mañana siguiente, Idea agarró el rostro del escritor y le gritó: «Sos un burro, Onetti, sos un perro, sos una bestia.» Y

desapareció. No sería la última vez.

Burro, perro, bestia. Animales.

No es gratuito, pues, que a la mayoría de los capítulos de esta novela les encabecen versos de Idea Vilariño, recogidos en *Poesía completa* (Ed. Lumen), y cuya lectura sacude hasta llegar a convertirnos en una suma de moléculas violentas. Idea advirtió a Onetti: «Nos moriremos sin aprender a hablarnos», y esta declaración serviría tanto para los personajes del libro como

para, quizás, algunos lectores, pues no todos los seres humanos giramos en idéntica órbita. Si nuestro entendimiento no apunta ser fácil, menos aún en materia amorosa.

Del mismo modo menospreciamos la huella que dejamos en los demás por

efímero que sea nuestro paso por su rutina. Ni yo misma lo percibo salvo cuando, durante el proceso creativo, me convierto en un radar. De ahí que recordara con tozudez mientras escribía, el verso de Ignacio Elguero — periodista, escritor y poeta— que compartió conmigo una tarde en RNE cuando

le anticipé el propósito de la novela:
«Qué tentación el abismo cuando se
supera

el vértigo.»

Buscaba una aproximación a la
infidelidad que me alejara de la
especulación

racional y la hallé en el morbo. En esa
curiosidad exacerbada que nos impulsa
a

abrir las cajas de galletas y a asomarnos
a través de una cerradura. «Quien
disfruta su imaginación la conoce.» Ese
verso lo define muy bien.

¿Nunca has tenido la sensación de que las ideas revolotean como polillas

alrededor? ¿Que aquello que madura tu mente también lo están rumiando otras

personas al mismo tiempo? ¿Que ya ha habido alguien antes que tú que se

plantea los mismos dilemas y que, por tanto, no eres un espécimen raro al apreciarlos? A veces necesitamos nominar las cosas para que, al pronunciarlas, se proyecte la luz sobre ellas y nuestras relaciones dejen de parecer fosas abisales. Idea Vilariño y Juan Carlos Onetti sufrieron la convulsión del amor y la infidelidad, pero ni fueron ni serán los únicos.

En otro orden de cosas, que la historia se desarrolle en 2005 adquiere sentido

porque en esas fechas conviven dos circunstancias que condicionan a sus

personajes. Ambas tuvieron lugar en la esfera social pero, en la práctica, modelaron nuestra intimidad: la incubación de una crisis a la que permanecíamos ajenos y la inexistencia de teléfonos inteligentes. En el primer caso, esa alegría del bolsillo del pantalón se contagiaba a otras partes de la prenda, y en el segundo, la aparición de los Smartphones con sus App de contactos ha anulado cualquier sofisticación en el cortejo sexual y la

infidelidad

resulta ahora demasiado accesible, lo que habría supuesto una merma para el ingenio de Fernando. Por ello considero tan estimable la ayuda del experto en nuevas tecnologías Javier Sirvent, quien se vio obligado a viajar al pasado reciente para explicarme la informática de hace diez años. Idear el mundo cotidiano sin un iPhone resulta francamente difícil.

Agradezco también a Carmen Melón sus aclaraciones sobre el trabajo

inmobiliario. Y a Elvira Ródenas esa generosidad de compartir algo tan suyo que

inspiró un sorprendente giro en la novela. Gracias, gracias.

Por regla general escribo en silencio, pero Abigail se ha convertido en una protagonista tan guerrera como para imponerme las melodías que han acompañado sus pasos, de ahí que me sienta obligada, en su nombre, a

agradecérselo a los autores de las mismas, muy en especial a Carlos Goñi —

Revolver— sin cuya banda sonora la escena del aguacero no se hubiera desencadenado.

De algún modo lo tuve claro desde el principio, siempre supe que lo que

arrancaba siendo un hecho corriente solo podría crecer si se alejaba del cliché.

Ignoro qué hubiera hecho yo en la piel de Abigail, porque solo aproximarme a

sus zapatos me provoca un vértigo atroz, pero sí me he respondido a la pregunta

de la caja de galletas. ¿Y tú?

Solo cuando dinamitas lo previsible, nace lo excepcional.

Madrid, junio de 2017

Sound Track de *Animales domésticos*

«El peligro», Revolver. Warner Music Spain. 1987.

«Hotel California», Eagles. Asylum Records. 1976.

«Just feel better», Carlos Santana & Steven Tyler. Arista Records. 2005.

«Litros de alcohol», Ramoncín. Hispavox. 1980.

«Me lo dijo Adela», Abbe Lane, Xavier Cugat Orquesta. 1957.

«Seda y hierro», Antonio Vega. Warner

Music Spain. 2001.

«Sexual Healing», Marvin Gaye.
Columbia Records. 1982.

Document Outline

- [Portadilla](#)
- [Créditos](#)
- [Cita](#)
- [Contenido](#)
- [El inicio](#)
- [1. Orquídea Negra](#)
- [2. Una fecha te encadena al calendario](#)
- [3. En el centro del laberinto, tu nombre](#)
- [4. Este terco sentir](#)
- [5. El juego](#)
- [6. Tras la máscara](#)
- [7. Estás lejos y al sur](#)
- [8. Una espera insensata](#)

- [9. Sin lágrimas ni amor](#)
- [10. Esas lunas de sombra](#)
- [11. La noche no es azul, es amarilla](#)
- [12. Lo que llega en el día frío](#)
- [13. Esta tarde te amo](#)
- [14. Llámame Siete](#)
- [15. Esos mundos sellados](#)
- [16. Un extraño huésped I](#)
- [17. Un extraño huésped II](#)
- [18. Y me vence y lo venzo](#)
- [19. Sembradora de fantasmas](#)
- [20. Solo barro que brilla](#)
- [21. Jeroglíficos trazados en jardines](#)
- [22. Cayendo en la boca del infierno](#)
- [23. Desde la sombra](#)
- [24. Los versos de los hombres](#)
- [25. Estoy pensando en ti](#)

- 26. Un pozo de agua oscura
- 27. Inventando la tarde
- 28. Quiero hacer que te olvides de su nombre
- 29. El peso del silencio
- 30. Ya en desnudez total
- 31. Entro en el juego
- 32. Si acaso estás jugando
- 33. Viento sur, tercer piso
- 34. Tras la puerta
- 35. No hay por qué odiar los tangos
- 36. Los filos de las nubes
- 37. Aseguran que aman
- 38. Cada estrella caduca
- 39. La tristeza no alcanza
- 40. La que busca y no encuentra
- 41. Una presencia de hombre
- 42. De aire pesado y dulce

- [43. Un ángel negro](#)
- [44. Como antes de la invasión de los monstruos](#)
- [45. El asfixiante recuerdo](#)
- [46. Tu viaje dura un año](#)
- [47. Estuve en muchos ojos](#)
- [48. Esa herida](#)
- [49. Un animal obsceno](#)
- [50. Llueve a cántaros](#)
- [51. Basura acumulada](#)
- [52. Solo en sueños me dices tu secreto](#)
- [Septiembre me acerca a ti](#)
- [Nota de la autora](#)
- [Sound Track de Animales domésticos](#)

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Cita](#)

[El inicio](#)

[1. Orquídea Negra](#)

[2. Una fecha te encadena al calendario](#)

[3. En el centro del laberinto, tu nombre](#)

[4. Este terco sentir](#)

[5. El juego](#)

[6. Tras la máscara](#)

[7. Estás lejos y al sur](#)

[8. Una espera insensata](#)

[9. Sin lágrimas ni amor](#)

[10. Esas lunas de sombra](#)

[11. La noche no es azul, es amarilla](#)

12. Lo que llega en el día frío
13. Esta tarde te amo
14. Llámame Siete
15. Esos mundos sellados
16. Un extraño huésped I
17. Un extraño huésped II
18. Y me vence y lo venzo
19. Sembradora de fantasmas
20. Solo barro que brilla
21. Jeroglíficos trazados en jardines
22. Cayendo en la boca del infierno
23. Desde la sombra
24. Los versos de los hombres
25. Estoy pensando en ti
26. Un pozo de agua oscura
27. Inventando la tarde
28. Quiero hacer que te olvides de su nombre

29. El peso del silencio
30. Ya en desnudez total
31. Entro en el juego
32. Si acaso estás jugando
33. Viento sur, tercer piso
34. Tras la puerta
35. No hay por qué odiar los tangos
36. Los filos de las nubes
37. Aseguran que aman
38. Cada estrella caduca
39. La tristeza no alcanza
40. La que busca y no encuentra
41. Una presencia de hombre
42. De aire pesado y dulce
43. Un ángel negro
44. Como antes de la invasión de los
monstruos
45. El asfixiante recuerdo

46. Tu viaje dura un año